57252

57252

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

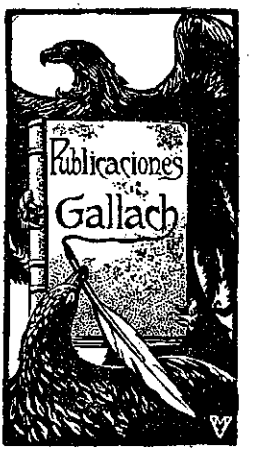
© Biblioteca Nacional de España

HISTORIA DE ESPAÑA

Y

DE LAS REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

© Biblioteca Nacional de España



© Biblioteca Nacional de España

R. 758. 154

HISTORIA DE ESPAÑA

Y DE LAS

REPÚBLICAS LATINO-AMERICANAS

POR

D. ALFREDO OPISSO

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
SOCIO DE MÉRITO DE LA ARQUEOLÓGICA TARRACONENSE

CON UN PRÓLOGO DE

D. MIGUEL S. OLIVER

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Y OTRO PRÓLOGO, REFERENTE A LA PARTE DE AMÉRICA, DE

D. FEDERICO RAHOLA

SENADOR DEL REINO

TOMO X

Estado social de España en el siglo XV.
Guerras en Flandes. — Las Germanías.
Los comuneros de Castilla. — Guerras en Italia.

BARCELONA
CASA EDITORIAL "GALLACH"
416, CONSEJO DE CIENTO, 418

© Biblioteca Nacional de España

PROPIEDAD DEL EDITOR

—

DERECHOS DE TRADUCCIÓN
RESERVADOS

IMPRENTA DE HENRICH Y C.ª — BARCELONA

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES EN EL SIGLO XV

CAPÍTULO PRIMERO

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS

LAS UNIVERSIDADES

Generalidades, página 1. — La imprenta, pag. 2. — El papel, pag. 5. — La pólvora, pag. 5. — La brújula, pag. 6. — Los viajes, pag. 6. — Protección dispensada a la enseñanza por los Reyes Católicos, pag. 6. — Las Universidades, pag. 9.

CAPÍTULO II

LAS LETRAS EN CASTILLA DURANTE EL SIGLO XV

Los poetas en el reinado de Don Juan II, página 13. — Los poetas en el reinado de Enrique IV, pág. 18. — El Romancero, pág. 20. — La poesía en tiempo de los Reyes Católicos, pág. 21.

CAPÍTULO III

CASTILLA: LA NOVELA

El Arcipreste de Talavera, página 27. — La novela simbólica, pág. 29. — Libros de caballerías, pág. 31. — La Celestina, pág. 33.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

Castilla: La filosofía, la didáctica y la historia

La filosofía, página 36. — La didáctica, pág. 40. — La historia, pág. 42. — Oratoria, pág. 44.

CAPÍTULO V

El teatro

Orígenes, página 45. — Juan del Encina, pág. 47.

CAPÍTULO VI

Las ciencias

Las ciencias, página 49. — La Medicina, pág. 51.

CAPÍTULO VII

Letras catalanas en el siglo XV

Los poetas, página 58. — En Cataluña, pág. 59. — En Valencia, página 62.

CAPÍTULO VIII

Letras catalanas. — Los prosistas

Los historiadores, página 67. — Jurisconsultos, pág. 68. — La novela, página 69. — Boscán, pág. 72.

CAPÍTULO IX

Las bellas artes

Arquitectura, página 74. — Estilo mudéjar, pág. 78. — Renacimiento, página 79. — Escultura, pág. 79. — Pintura, pág. 84. — Los cuatrocentistas catalanes, pág. 85. — Grabado, pág. 86. — Influencia extranjera en el arte español, pág. 87.

CAPÍTULO X

Las artes suntuarias

El lujo español, página 91. — Orfebrería, pág. 92. — Tapices, pág. 93. — Armería, pág. 94. — Bordados, pág. 95. — Cerámica, pág. 95. — Vitraria, pág. 96. — Metalistería, pág. 96. — Indumentaria, pág. 97.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI

La música

La música, página 102.

CAPÍTULO XII

Las costumbres

Peregrinaciones, página 104. — La policía urbana, pág. 112. — Diversiones, pág. 116.

CAPÍTULO XIII

La religión, página 117.

PARTE SEGUNDA

EL EMPERADOR CARLOS V

CAPÍTULO PRIMERO

La sociedad española a principios del siglo XVI, página 121.

CAPÍTULO II

Los primeros años

(1517 - 1520)

Los flamencos, página 130. — En Castilla, pág. 131. — Supersticiones, página 137. — Aragón, pág. 138. — Desastre de Argel, pág. 139. — En Cataluña, pág. 140. — Capítulo del Toisón de Oro, pág. 142. — En Valencia, pág. 145. — Comienzo de las Germanías, pág. 147. — Disgusto general en España, pág. 148.

CAPÍTULO III

Los comuneros

(1520)

Abandono de España, página 150. — Cortes en Santiago, pág. 151. — Primeros chispazos en Valladolid, pág. 152. — La soberbia del rey, página 154. — Primeros chispazos, pág. 155. — La rebelión, pág. 157. — El partido comunero, pág. 158. — La reina D.ª Juana, pág. 161.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

La revolución comunera

(1520)

El programa de las comunidades, página 163. — Traición de Girón, página 165. — Expedición de Acuña, pág. 169. — Torrelobatón, página 170. — Reanúdase la guerra, pág. 174. — Acuña en Toledo, página 174.

CAPÍTULO V

Villalar

(1520 - 1522)

La batalla, página 177. — La venganza, pág. 183.

CAPÍTULO VI

Las germanías de Valencia y de Mallorca

(1520 - 1522)

Los Trece, página 188. — Desórdenes de Valencia, pág. 191. — Las Germanías de Mallorca, pág. 193. — La guerra, pág. 194. — Sitio de Játiva, pág. 197. — Batalla de Murviedro, pág. 201. — Invasión castellana, pág. 204. — La rota de Orihuela, pág. 205. — Vicente Peris, pág. 206. — La represión, pág. 211.

CAPÍTULO VII

(1522)

La Germanía de Mallorca, página 215.

CAPÍTULO VIII

Rivalidad de Carlos y Francisco I

(1521 - 1523)

El despecho del francés, página 218. — Invasión de Navarra, pág. 220. — En los Países Bajos, pág. 221. — En Italia, pág. 224. — En Alemania, pág. 227. — Fuenterrabía, pág. 229. — En Cataluña, página 231. — Invasión de Francia, pág. 233. — En el valle de Arán, pág. 236.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

Pavía

(1523 - 1526)

Coalición contra Francia, página 237. — Bonivet en Italia, pág. 240. — Invasión de Provenza, pág. 241. — Los españoles en Lombardía, página 243. — Leiva en Pavía, pág. 245. — Batalla de Pavía, pág. 249.

CAPÍTULO X

Prisión de Francisco I

(1525 - 1526)

En Pizzighitone, página 258. — Temores y perfidias de los coligados, pág. 259. — Francisco I en Madrid, pág. 261. — Desaires de Carlos V, pág. 263. — El rey de Francia en libertad, pág. 266.

CAPÍTULO XI

El saco de Roma

(1527 - 1529)

La liga Clementina, página 268. — Los españoles en Roma, pág. 270. — Intenciones pacíficas de Borbón, pág. 274. — El asalto, pág. 276. — Prisión del Papa, pág. 279. — Coalición contra Carlos V, pág. 281. — Tratado de Cambray. — Sumisión de Italia a la casa de Austria, página 284. — Rebelión de los moriscos en Valencia, pág. 287.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

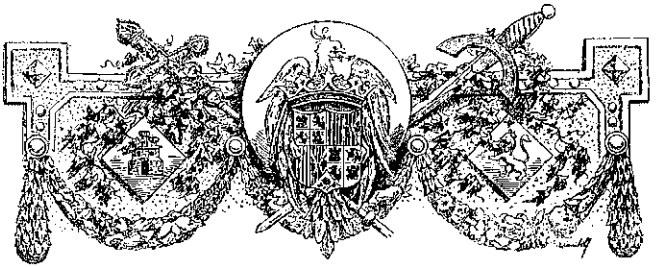
LÁMINAS

Págs.

El Emperador Carlos V..... 123
Batalla de Villalar..... 176
Suplicio de Padilla..... 185
Revolución popular en Valencia contra los nobles..... 205
Batalla de Pavía. Prisión de Francisco I..... 257
El Papa en el castillo de Sant'Angelo, guardado de vista por los españoles..... 280

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España



PARTE PRIMERA

LAS CIENCIAS, LAS LETRAS Y LAS ARTES EN EL SIGLO XV

CAPÍTULO PRIMERO

INVENCIONES Y DESCUBRIMIENTOS. LAS UNIVERSIDADES

La imprenta. — La Biblia políglota. — La pólvora. — La brújula. — El papel. — Los viajes. — Las Universidades.

Generalidades El desarrollo que había adquirido lentamente la cultura en los anteriores siglos, experimentó en el XV un impulso rapidísimo, sobre todo bajo los Reyes Católicos, hasta el punto de poderse calificar de verdadera revolución, a lo cual hubieron de contribuir diversas causas.

En primer lugar las grandes invenciones y los magnos descubrimientos realizados en aquella centuria; después la influencia italiana, en virtud del frecuente trato de Aragón y Castilla con aquellos Estados; por fin el descubrimiento de América.

© Biblioteca Nacional de España

La imprenta. Entre las invenciones hay que citar en primer lugar la de la imprenta.

Ya a principios del siglo XV se había imaginado, en los Países Bajos, grabar sobre una plancha de madera una página de letras o un dibujo, y con impregnarla de tinta, colocar luego una hoja de papel encima, y someterla a la presión de un tórculo, se obtenía en seguida un ejemplar. Claro está que para cada nueva página había que grabar una nueva plancha, y de ahí que, para abreviar y no tener que recurrir cada vez a una plancha entera, se tuviese la idea de valerse de letras sueltas, de madera, que se colocaban una al lado de otra.

Así las cosas, ocurriósele a Juan Guttenberg, de Maguncia, reemplazar las letras de madera por otras de metal, y así quedó inventada la imprenta, destinada a ser el arma más poderosa del progreso. El primer libro impreso fué una *Biblia*, estampada en Maguncia, el año 1455, del cual podría decirse que data una nueva era para la humanidad.

A pesar de la rapidez con que cundió la invención por toda Europa no llegó a España, según unos, hasta 1468, y según otros, hasta 1474. Los que sostienen lo primero suponen que la ciudad donde hubo imprenta antes que en ninguna otra fué Barcelona; los segundos atribuyen a Valencia tan señalada gloria. Existe, en efecto, un opúsculo titulado *Pro condendis orationibus*, impreso en Barcelona con fecha de 1468, pero los enemigos de esta prioridad dicen que está equivocado el año.

Desde estas ciudades se propagó luego por Zaragoza, Sevilla, Salamanca, Zamora, Burgos, Monterrey, Madrid, Tarragona, Murcia, Toledo y otras ciudades. Consta que el monasterio de Scala Dei (Tarragona) poseía imprenta propia en 1491, teniéndola también los de Montserrat y Valldemosa. Por lo general las imprentas eran ambulantes y sus dueños solían ser alemanes,

© Biblioteca Nacional de España

tales como Brunn, Spindler, Rosenbach, Teodorico, el presbítero Botel, Luschner; era francés el maestro Gumiel y catalán el presbítero Posa (1481).

Los primeros libros impresos eran de tamaño en folio, y los caracteres góticos, pero después el formato fué menor y se apeló a los caracteres latinos. Es notable la belleza de aquellas primeras ediciones, de tal suerte, que puede decirse que apenas nacida la imprenta llegó al colmo de la perfección.

Los países que con más entusiasmo acogieron la nueva invención fueron Italia y Alemania. A fines del siglo XV corrían impresas 10.000 ediciones, la cuarta parte de las cuales habían salido de los tórculos de Venecia.

No es menester ponderar las consecuencias inmensas que produjo la imprenta. «Se esparcieron por todas las clases sociales, dice un autor, miles de ejemplares de libros nuevos o antiguos; ya no fueron solamente los clérigos y estudiantes los que conocieron las obras científicas y los libros sagrados. Los seglares y particulares trabaron conocimiento con la literatura y la teología y se lanzaron a ello con el ardor propio de quien emprende un estudio nuevo. De esta suerte se formaron una literatura laica y una teología laica, que fueron el Renacimiento y la Reforma.»

Los Reyes Católicos se distinguieron siempre por la protección que dispensaron al nuevo invento, favoreciendo en gran manera a los impresores. Así vemos que en 1477 la reina de Castilla eximía del pago de alcabalas, almorifazgo y otras gabelas al impresor de Murcia, Teodorico Alemán, «por ser uno de los principales inventores y factores del arte de hacer libros y correr muchos peligros de la mar por traerlos a España». E iguales concesiones se hicieron al librero Antón Cortés, de Florencia, en 1489, y al piamontés Melchor Garricio, establecido en Toledo, en 1502.

© Biblioteca Nacional de España

Entre las grandes obras de aquellos primeros tiempos de la imprenta debe citarse, en España, la famosa *Biblia Poliglota*, monumento insigne de ciencia filológica y del arte tipográfico.

Esta Biblia consta de seis tomos; los cuatro primeros (Antiguo Testamento) contienen el texto hebreo y griego, y, además, en el Pentateuco, el caldaico; el V la versión griega de los Setenta y la Vulgata (Nuevo Testamento); el VI gramáticas y vocabularios de caldaico y griego.

Para la fundición de los caracteres hebraicos y caldeos, y la impresión de la obra, fueron llamados a Alcalá Aznar y Guillén de Brocur. Por haberse impreso en Alcalá (*Compluto*) se llama *complutense*.

«El trabajo, escribe el P. Quintanilla, sólo de la corrección y ajustamiento de los lugares de la Sagrada Escritura e interpretaciones y otros estudios duró diez años continuos, y cada día tenían junta sobre lo que se iba obrando y conferían y argüían, desentrañando las dificultades, no sólo los referidos doctores, sino otros muchos que fueron llamados para el nacimiento desta insigne obra, en particular desde el año de 508, que fué el primero desta Universidad, y muchas veces, o las más, presidía las juntas y era el que resolvía la dificultad el siervo de Dios Fr. Francisco Ximénez, como los mismos doctores confesaban, y con ser ellos tan doctos en esta materia de Escritura, daban el primer lugar a nuestro cardenal, porque más de cuarenta años no profesó otra ciencia, y tenía algunos principios de las lenguas.»

Tomaron parte en las correcciones del texto los más famosos humanistas españoles y extranjeros; como caldeizantes y hebraizantes, Alfonso de Zamora, Alfonso de Alcalá y el maestro Coronel, judíos conversos; como helenistas los hermanos Vergara y el cretense Demetrio Ducas; como latinistas el famosísimo Anto

© Biblioteca Nacional de España

nio de Nebrija, Fernando Núñez de Guzmán, *el Pinciano,* o sea de Valladolid, Bartolomé de Castro, *el Burguense;* etc.

Parece que esa *Biblia Complutense* le costó a Cisneros más de 50.000 escudos de oro, pero por muy bien empleados pudieron darse ya que gracias a su difusión se acrecentó grandemente el nivel del estudio de las humanidades, en gran decadencia a la sazón, en España toda, lo mismo en la universidad salmantina que en la valenciana.

Duró la impresión de la *Biblia* cinco años: de 1512 a 1517, pero no empezó a circular hasta 1520.

El papel. Esta invención tuvo grande alcance, pues proporcionó a la imprenta el material adecuado. Su introducción en Europa fué debida a los árabes, pero no se propagó hasta principios del siglo XIV en que se generalizó el uso de camisas y otras ropas interiores de tela, con lo cual se obtuvo grande abundancia de trapos, restringiéndose con ello el uso del pergamino, material muy costoso. En cuanto al llamado papel *de algodón,* fabricado antes del siglo XIV, no era tal, sino que estaba hecho de trapos de hilo mal preparados.

La pólvora. Todo induce a creer que la pólvora era conocida ya de los chinos desde siglos antes de nuestra Era, aunque sólo la empleaban para fuegos artificiales; conocida era también de los alquimistas, desde el siglo XIII, que fué el siglo de la alquimia, pero sin que estallase, pues únicamente se corría. Parece que los verdaderos inventores fueron los árabes, al purificar el salitre en el siglo XIV, perfeccionándose luego lentamente la fabricación, hasta que Bertoldo Schwartz describió las verdaderas proporciones en que debían entrar el carbón, el azufre y el salitre.

La invención de la pólvora determinó la de las armas de fuego, comenzando por los cañones o *tubos* de

© Biblioteca Nacional de España

metal, mediante los cuales el poder real pudo ya desafiar la resistencia de los castillos, lo cual fué el golpe de gracia descargado sobre el feudalismo.

La brújula. Igualmente, como la pólvora y el papel, se debe a los árabes la propagación de la brújula. Ya sabían ellos que la aguja imanada se dirige siempre hacia el Norte, y por eso emprendían navegaciones a que los demás pueblos no podían atreverse, salvo los más osados, como fué el caso de los noruegos que, sin brújula, llegaron hasta Groenlandia.

Su introducción en Europa data del siglo XIII, aunque de pronto no se utilizó sino como juguete, pero después se imaginó colocar la aguja sobre un pivote y encerrar el aparato dentro de una caja, y así quedó constituída la brújula o aguja de marear.

Los viajes. Ya sabemos que a fines del siglo XV había sido descubierto por los portugueses el camino de la India, por el Cabo de Buena Esperanza, y se creía que Colón lo había encontrado también yendo por el Oeste. Con eso se propagaron extensamente las especias, aparte de los grandes cargamentos de oro y plata que nos llegaban de América, todo lo cual influyó poderosamente en el avance de la civilización.

Protección dispensada a la enseñanza por los Reyes Católicos. A compás de los nuevos conocimientos y de los profundos cambios originados por las invenciones y descubrimientos que hemos indicado, generalizábase el afán de saber, con grande entusiasmo compartido por los Reyes Católicos, bajo cuyo gobierno tanta importancia adquirieron los letrados, a expensas de la nobleza puramente militar, y poco menos que completamente ignorante hasta entonces.

Este deseo de que Castilla dejase de ser un reino ajeno a la cultura, fué lo que movió al cardenal Albornoz, en el siglo XIV, a fundar el famoso Colegio español de Bolonia, destinado a albergar a la juventud

© Biblioteca Nacional de España

que aspirase al saber; y aquellos colegiales, en efecto, fueron los que importaron las enseñanzas alcanzadas en Italia, y con ello la afición a las humanidades y a las obras de la antigüedad. Por lo general, hasta entonces, las clases elevadas se contentaban con saber leer, escribir y contar, mejor o peor, quedando limitado al clero y a escaso número de seglares el conocimiento de las disciplinas superiores.

Débese a los Reyes Católicos, aunque mejor diríamos a la reina, el ejemplo de honrar la instrucción y fomentar el saber. De ahí que quisiera aprender, ya en edad madura, la lengua de Cicerón, tomando por maestra a la famosa D.ª Beatriz Galindo, llamada *la Latina,* hija de Salamanca, y aunque no llegó a ser una consumada humanista, la poseía en bastante grado para hablarla y entenderla, como hablaba y entendía también otras lenguas.

De ahí que deba elogiarse sin tasa ni medida a doña Isabel por su empeño en fomentar la cultura, pues la nobleza tenía por axioma que el saber era funestísimo a las virtudes militares, lo cual no era verdad, como bien lo demostró el instruidísimo Gran Capitán, tan buen latinista y aun erudito como incomparable general.

Digamos ahora que no deja de ser notable el número relativamente crecido de damas latinas que florecieron por aquel entonces, pues a D.ª Beatriz Galindo hay que agregar la hija de Antonio de Nebrija, sucesora de su padre en la cátedra de Alcalá; Lucía Medrano, que explicaba en Salamanca clásicos latinos; D.ª Juana de Contreras, de Segovia; las hijas del conde de Tendilla, D.ª Isabel de Vergara, la poetisa Isabel Lora y muchas más, hasta constituir la admiración de Europa.

Uno de los medios de que se valieron los Reyes Católicos para fomentar la instrucción fué el llamamiento de varios humanistas italianos para desempeñar el

© Biblioteca Nacional de España

cargo de preceptores de sus hijos: D. Alfonso de Aragón, bastardo de D. Fernando y futuro arzobispo de Zaragoza, recibió las lecciones de Lucio Marineo Sículo; las hijas fueron confiadas a los hermanos Antonio y Alejandro Geraldini, y las dos menores, D.ª Juana y D.ª Catalina, se hicieron famosas por su gran saber, tanto que D.ª Juana, en Flandes, contestaba en seguida en latín a los discursos que en esta lengua se la dirigían, pero no se contentó con eso D.ª Isabel, sino que fundó en su propio palacio una escuela o *seminario de nobles* en que estudiasen los futuros personajes de la corte, confiando su dirección a Lucio Marineo, siciliano, y a Pedro Mártir de Anghera (castellanizado en *Anglería*), perteneciente a una noble familia de Milán y recomendado, mientras se hallaba en Roma, por nuestro embajador el conde de Tendilla. Pedro Mártir comenzó por servir en el ejército, pero después se hizo sacerdote, y en este concepto fué nombrado preceptor, con funciones de *contino*, como si dijéramos gentilhombre de cámara, y más adelante capellán de la real casa.

Preciso es detenerse aquí un instante para dar idea de cómo entendían la pedagogía aquellos ilustres varones. Habiendo notado Lucio Marineo que era un tormento para los pobres príncipes el uso de las enormes gramáticas latinas, entonces en uso, les hizo aprender la lengua de Virgilio en gramáticas muy elementales, salvo completar lo que faltara con la lectura y explicación de los autores, y lo mismo hizo Anglería con excelentes resultados.

Gracias a las enseñanzas recibidas en aquel seminario, formáronse gran número de ilustres personajes, a quienes el saber no impidió figurar como grandes generales, diplomáticos, políticos y prelados. Alumnos de Pedro Mártir de Anglería fueron D. Juan de Portugal, duque de Braganza; el duque de Villahermosa,

© Biblioteca Nacional de España

D. Alfonso, primo del rey; los Girón, los Silva, los Mendoza, los Fajardo, los Alba, los Córdoba, los Priego.

Y no había más remedio que aprender. «Lo que los reyes fasen, malo o bueno, escribía Lucena, todos ensayamos de lo faser; si es bueno, por placer a nos mesmos; si es malo, por aplacer a ellos. Jugaba el rey: eran todos tahures; estudia la reina: somos agora estudiantes.»

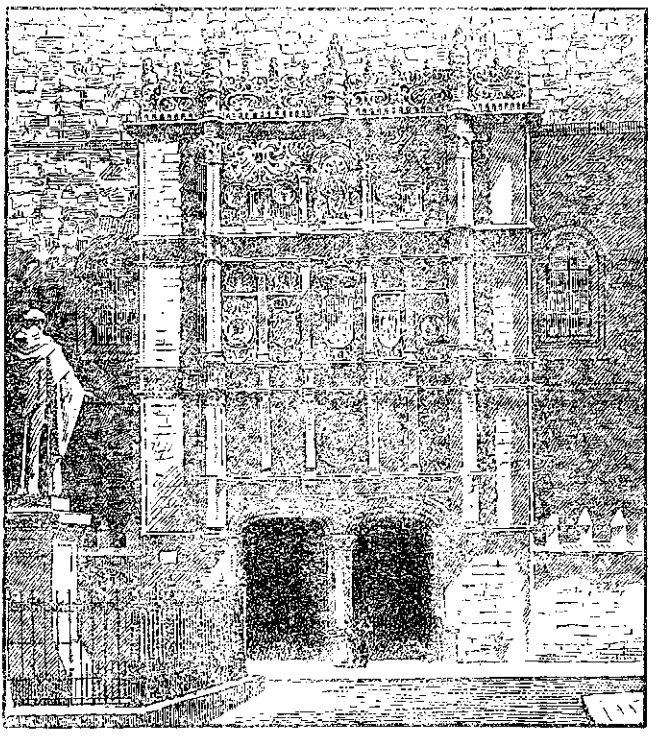
Debe advertirse, sin embargo, que así como en Italia las humanidades se confundían con el paganismo, en España no se apartaban de la más rígida ortodoxia, y su estudio tenía mejor un carácter moral que no un fin filológico, aunque no faltaron también eminentes latinistas y helenistas.

Las Universidades. En tiempo de los Reyes Católicos ocupaba el puesto principal la de Salamanca, en Castilla, pero juntamente con aquel gran centro había numerosos establecimientos de enseñanza a cargo de la Casa Real, de las Ordenes Militares, de los Dominicos, Agustinos y Franciscanos, y aun a expensas de ciertas ciudades y villas. Las disciplinas que allí se enseñaban eran cuantas se conocían entonces, desde los elementos de gramática hasta la teología, el derecho y las ciencias matemáticas y naturales. Para el régimen de aquel numeroso conjunto de colegios y la universidad, funcionaba un Consejo superior, que tenía su jefe, el rector, por elección, su cancillería, su jurisdicción, sus bienes propios. El número de estudiantes era de más de cuatro mil.

Entre los profesores había varios italianos, entre ellos Pedro Pontea, catedrático de derecho civil, Antonio Blansardo y Lucio Marineo, pero no faltaban eminentes españoles, como Antonio de Nebrija, reformador de la gramática y fundador de los estudios filológicos, y el portugués Arias Barbosa, helenista de primer orden.

© Biblioteca Nacional de España

Sea como fuere, preciso es decir que los estudios que se hicieron en Salamanca dejaban mucho que desear y convenía elevar su nivel, que es lo que movió a Cisneros a fundar la Universidad de Alcalá. Pedro



Universidad de Salamanca

Mártir de Anglería exclama: «Si hay algún hombre instruído y bien versado en las letras latinas, puede afirmarse que no es español o que es un español educado en Italia desde su más tierna infancia.» Arias Barbosa escribía: «Apenas somos en Salamanca dos o

© Biblioteca Nacional de España

tres que hablemos latín; el mayor número habla en español, y aun en jerga.»

Menos ilustre que la salmantina era la universidad de Valladolid, la segunda en importancia.

Sólo un grande hombre puede citarse de aquella época: Juan Luis Vives, pero éste, valenciano, vivió siempre en el extranjero, y aun se le debe acusar por su lucha contra el insigne Nebrija, reformador de la gramática.

En la corona de Aragón abundaban las universidades: las había en Lérida, fundada por Jaime II, en Barcelona, creada por Alfonso V *el Magnánimo*, en Gerona, en Mallorca, en Valencia, en Huesca, siendo las disciplinas iguales a las de Salamanca y no muy notable la elevación de los estudios científicos, aunque sí los de Teología y Derecho.

Cisneros fué quien real y verdaderamente llevó a cabo la obra de crear una grande Universidad, aunque no ocurrió esto hasta 1508, en que fué inaugurada, con el nombre de *Colegio Mayor de San Ildefonso.*

Era el propósito de Cisneros, en un principio, que sólo se cursasen en Alcalá los estudios de Teología y Derecho canónico, pero acabó por dar entrada a todas las materias que se explicaban en las demás universidades, y no reparó en el coste, pues llamó a los más reputados maestros así de España como del extranjero, les señaló espléndidos sueldos y les regaló hermosas casas de campo donde entregarse al descanso cuando estuviesen fatigados de dar lecciones.

Las enseñanzas comprendían la Filosofía, la Teología, la Medicina, el Derecho canónico, la Gramática, el Griego, añadiéndose luego el Hebreo.

Digamos que lo que hemos llamado *Filosofía* recibía entonces el nombre de *Artes,* y comprendía las Súmulas, la Lógica, la Física o Filosofía natural y la Metafísica, de lo cual hablaremos más adelante.

Entre los catedráticos de Alcalá han dejado memo-

© Biblioteca Nacional de España

ria, siendo bien conocidos por sus obras, Nebrija, y Tomás García o sea Santo Tomás de Villanueva, y con ellos el teólogo y matemático Pedro Ciruelo, los doctores Tarragona y Bernardino, el canonista Villar del Saz, etc.

El edificio, felizmente conservado, era soberbio, de estilo plateresco, todo mármoles y hierros forjados.

Dícese que cuando Francisco I (el fundador del famoso *Colegio de Francia*) visitó en 1528 la Universidad Complutense, exclamó: «Cisneros ha llevado a cabo lo que yo no me hubiera atrevido a emprender, y ha hecho él solo lo que en mi patria ha sido debido a largas generaciones de reyes.»

Además, gracias a aquel afán de cultura, suscitado por los Reyes Católicos, se fundaron academias y cursos privados en muchos palacios de la nobleza y hubo verdadera ansia por aprender en los centros extranjeros, lo cual hizo decir al famoso Erasmo, el primer humanista de aquel tiempo: «En España, en el transcurso de pocos años, se han elevado los estudios clásicos a tan grande altura, que no sólo debe excitar la admiración de las más cultas naciones de Europa, sino servirles de modelo.»

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

LAS LETRAS EN CASTILLA DURANTE EL SIGLO XV

LA POESÍA EN EL REINADO DE D. JUAN II. — EN EL DE ENRIQUE IV. — EL ROMANCERO. — LA POESÍA EN TIEMPO DE LOS REYES CATÓLICOS.

Los poetas en el reinado de Don Juan II.

Tres italianos, Dante Alighieri y Francisco Petrarca, poetas, y Juan Boccacio, prosista, llevaron a cabo, en el transcurso del siglo XIV, una revolución en la literatura, en la cual ejercieron la más completa hegemonía, suplantando la que hasta entonces había pertenecido a Francia.

Y esta influencia debía dejarse sentir más particularmente en España, en primer lugar por conducto de nuestros juristas, que volvían de Bolonia de estudiar derecho, llenos de italianismo, o romanismo, luego por las constantes relaciones de la corona de Aragón con Sicilia y Nápoles, y, por fin, en virtud de los tradicionales vínculos con la Santa Sede.

Como precoz representante de la influencia dantesca debe citarse a cierto Francisco Imperial, sevillano, hijo de padre genovés, del cual basta dar noticia, pues nada tienen de extraordinarias sus numerosas poesías, incluídas en el *Cancionero de Baena,* llamado así del

© Biblioteca Nacional de España

nombre de su colector Alonso de Baena, judío converso, secretario de D. Juan II.

Innumerables fueron los *dantistas*, incluyendo en ellos al infante D. Enrique que tradujo la *Divina Comedia* y procuró imitar al Alighieri en obras de su invención (*Los Trabajos de Hércules*), de igual manera que al Petrarca.

También pertenece al número de los *dantistas* el célebre marqués de Santillana, del que hablaremos luego, en la *Coronació de mosen Jordi* (en catalán), *El Infierno de los enamorados, Querella de amor* y, sobre todo, en la titulada (sin serlo) *Comedieta de Ponza* (120 octavas de arte mayor), inspirada en la derrota sufrida cerca de la isla de Ponza por la escuadra de D. Alfonso V *el Magnánimo*, que cayó prisionero de los franceses, juntamente con los infantes. Por de contado que el argumento consiste en un sueño.

Con todo, el rey de los dantistas castellanos es Juan de Mena, poeta cordobés, nacido en 1411, insoportable hoy, pero que en su tiempo fué el ídolo de D. Juan II, de D. Alvaro de Luna, de Santillana, y aun mereció que Cervantes le llamara el *gran cordobés*. Su obra más famosa es *El Laberinto*, alias *las Trescientas*, por constar de este número de partes.

No por eso, sin embargo, se daban por vencidos los poetas españoles castizos, o sea los que continuaban la tradición de la poesía lírica galaico-portuguesa, a la cual se añadió ahora la provenzal o floralesca, pálido reflejo de la trovadoresca de otros tiempos.

Y así fué cómo si el reinado de D. Juan II no cuenta con ninguna gloria guerrera, ni política, es en cambio fértil como ninguno en poetas, ya que su número era legión, comenzando por el mismo rey y D. Álvaro de Luna; el catálogo de Amador de los Ríos contiene 215, aunque fueron muchos más.

Dado lo revuelto de los tiempos no fué de extrañar

© Biblioteca Nacional de España

que adquiriera gran desenvolvimiento la sátira política, género siempre de actualidad en España, y en este concepto deben ser señaladas las *Coplas de ¡ay panadera!* atribuídas a Juan de Mena, y bien podría ser por su íntima amistad con el marqués de Santillana, mortal enemigo de D. Álvaro. El objeto se reduce a satirizar el valor, o, mejor dicho, la falta de valor demostrada por algunos caballeros, cuyos nombres cita en la batalla de Olmedo, donde D. Álvaro venció al rey de Navarra y a la nobleza rebelde.

Viniendo ya al famoso marqués de Santillana Don Íñigo López de Mendoza (1398-1458), hemos de decir que el prócer castellano se distinguió tanto en las letras como en la política, viniendo a ser bajo el reinado de D. Juan II lo que el infante D. Juan Manuel en el siglo XIV. Perteneciente al bando más turbulento de la nobleza hizo cruda guerra al condestable D. Álvaro de Luna, persiguiéndole aún con sus sátiras después del ajusticiamiento del infeliz privado en la plazuela del Ochavo de Valladolid. «Varón muy docto aunque no supiera latín, escribe el Sr. Salcedo Ruiz, tenía una magnífica biblioteca, mandó hacer traducciones de Virgilio, Ovidio y Séneca; sus familiares eran hombres de letras, y él vivió siempre en una atmósfera poética y literaria impregnada de generoso entusiasmo y de buen gusto. Juan de Mena fué su gran amigo. El marqués sobrepujó a Mena en sencillez y en muchas de las cualidades que avaloran el ingenio. Por sus escritos pertenece a todas las escuelas de su tiempo: fué poeta alegórico y dantesco, lo fué didáctico y lo fué provenzal, o, mejor dicho, petrarquesco.»

La producción del marqués de Santillana fué muy numerosa: escribió *Los Proverbios* o *Centiloquio*, colección de máximas entresacadas de la sabiduría popular y de las Sagradas Escrituras, para enseñanza del príncipe de Asturias D. Enrique; de la belleza de la

© Biblioteca Nacional de España

forma y excelente fondo de esos proverbios darán idea estos fragmentos:

Fijo mío mucho amado
Para mientes,
E non contrastes las gentes,
Mal de su grado:
Ama, e serás amado,
E podrás
Faser lo que non farás
Desamado.
¿Quién reservará al temido
De temer,
Si descripción e saber
Non ha perdido?
Si querrás, serás querido,
Cá temor,
Es una mortal dolor
Al sentirlo.
. . . . . .
E sea la tu respuesta
Muy graciosa:
Non terca ni soberbiosa,
Mas honesta.
O fijo!... cuán poco cuesta
Bien fablar!
E sobrado amenasar
Poco presta.
. . . . . .
Tanto tiempo los romanos
Prosperaron
Cuanto creyeron e onraron
Los ancianos;
Mas después que a los tiranos
Consiguieron,
Muy pocos pueblos vencieron
A sus manos.

© Biblioteca Nacional de España

Otras obras son: *Diálogo de Bias contra fortuna; Canto fúnebre* o elegía a la muerte del marqués de Villena; las *Edades del Mundo,* compendio, en verso, de la Historia Universal; la ya citada *Comedieta de Ponza;* el *Doctrinal de privados,* en que apoyándose en el triste fin de D. Álvaro de Luna, a quien trata duramente, amonesta a los favoritos para que tomen ejemplo de lo que le ocurrió a aquél.

Como se ve, la mayor parte de estas composiciones son de carácter didáctico, y no ofrecen, por lo mismo, grande interés al presente; pero en cambio han llegado ahacerse populares muchas de sus poesías lírico-amatorias y de sus *Canciones y dezires.* En esta parte, en sus *Pastorelas, Vaqueras* y *Serranillas,* el marqués de Santillana es uno de los poetas más agradables con que cuenta nuestro Parnaso, y por la frescura de su inspiración y la gracia de la forma goza de estimación muy superior a la de los líricos de los siguientes siglos, de difícil lectura para la actual generación por ilustres que sean sus nombres. Santillana es en esas canciones y decires un poeta verdaderamente castellano, exento de petrarquismo y de culteranismo provenzal, continuador de la poesía galaico-portuguesa popular; pero no en sentido realista como el Arcipreste de Hita, sino tan idealista como el de aquellos poetas de la primitiva lírica gallega, contemporáneos de D. Alfonso *el Sabio.* ¿Quién no se ha embelesado con la preciosa serranilla de la *Vaquera de la Finojosa?* Y, sin embargo, tiene otras tan bonitas o más aún que ésta.

Al par de los citados poetas merecen particular mención el famoso Jorge Manrique, Rodrigo de Cota, Juan del Encina, Gil Vicente, Juan de Timoneda, Lucas Fernández, Fernán Pérez de Guzmán, Villasandino, Macías (poeta poco notable como tal, pero célebre por su desastrado fin, cantado por Ruiz del Padrón, pues pereció traspasado por la lanza de un marido celoso),

© Biblioteca Nacional de España

Fernández Jerena, etc., los cuales florecieron en el transcurso del siglo XV, aunque bajo distintos reinados.

Los poetas en el reinado de Enrique IV.

Fué éste el período por excelencia de la sátira política.

El primero en fecha es Gómez Manrique, que si bien parece ceñir sus censuras al gobierno particular de Toledo, bien se ve que alude a la política de Castilla, o, mejor dicho, a la de Enrique IV. Distínguese la sátira, conocida vulgarmente por *Coplas al mal gobierno de Toledo,* por su severidad, aunque sin salirse de la mesura propia de tan elevado personaje. Véase una estrofa que da idea del tono general:

Todos los sabios dixeron
Que las cosas mal regidas
Cuanto más alto subieron
Mayores dieron caídas.
Por esta causa recelo
Que mi pueblo con sus calles
Avrá de venir al suelo
Por falta de gobernalles.

Pero no habían de mantenerse en tan noble circunspección los demás satíricos, y sus ataques a D. Enrique y su mal gobierno fueron verdaderamente atroces.

Atribúyense a Rodrigo de Cota las célebres *Coplas de Mingo Revulgo,* aunque otros las creen originales de Hernando del Pulgar. Rodrigo de Cota era judío converso toledano, y fué el autor del delicioso pasillo o diálogo titulado *El Viejo y el Amor,* cuyas preciosas quintillas y el hondo sentimiento que en las expresiones campea lo hacen merecedor de figurar entre las más valiosas joyas de la literatura castellana.

Las *Coplas* son una terrible sátira contra Enrique IV, a quien compara con aquel famoso rey *Candaulo,*

© Biblioteca Nacional de España

que murió por tonto, al tomar por ministro a Gyges, que lo primero que hizo fué asesinarle, ya que era imposible cogerle por el anillo que le hacía invisible, y reinó en su lugar. Acrimínale por sus amoríos con D.ª Guiomar de Castro y encubre el nombre de don Beltrán de la Cueva con el de lobo carnicero.

El lenguaje es el dialecto de la alta Extremadura, y el argumento se reduce a un diálogo entre Mingo Revulgo, o sea el pueblo, y el pastor Gil Arribato, que es el representante de la moral. Del tono de la sátira dan muestra las siguientes estrofas, alusivas al rey:

Armanle mil guadramañas,
vno l'pela las pestañas,
otro l'pela los cabellos...
¡así se pierde tras ellos
metido por las cabañas!
Uno le quiebra el cayado,
otro le toma el zurrón,
otro l'quita el zamarrón...
¡y él tras ellos desbabado!
. . . . . .
E aun él... ¡torpe majadero!
que se precia de certero,
fasta aquella zagaleja,
la de Nava Lusiteja,
le ha traído al retortero.
La soldada que le damos,
e aun el pan de los mastines,
coméselo con ruines;
¡guay de nos, que lo pagamos!

(La *Nava Lusiteja* es D.ª Guiomar de Castro.)

En cuanto a las *Coplas del provincial* pueden calificarse sin exageración de libelo infamatorio, lleno de las más insolentes injurias a gran número de persona-

© Biblioteca Nacional de España

jes, cuyos nombres se citan con todas las letras. Sirva de muestra la siguiente copla:

A ti, Fr. Diego de Ayala,
Marido de D.ª Aldonza,
¿A cómo vale la onza
De cuerno? Así Dios te vala.

Créese que esa colección es obra de varios autores, y prescindiendo de su mérito literario, aunque lo tiene, es un documento precioso para formarse idea del grado de corrupción a que había llegado la sociedad, y que hacía presagiar la aparición de un brazo de hierro que pusiese coto a tal desquiciamiento.

El Romancero. Es indudable que ya hacia el siglo XIV, y con mayor motivo en el XV, se compusieron romances que, por lo mismo, se llaman *viejos*, figurando entre ellos los de D. Rodrigo, Pelayo, Bernardo del Carpio, Fernán González, D. Pedro *el Cruel*, Don Álvaro de Luna y parte, cuando menos, del *Romancero del Cid*.

Por más que algunos hayan querido sostener que los romances son imitación de la poesía narrativa y lírica de los árabes, es indudable que esta forma poética, tan exclusivamente española, nació con los idiomas vulgares «al sembrar los trigos», como poéticamente dijo Lope, esto es, son eminentemente nacionales.

Ya dijimos que los romances no fueron más que una transformación, abreviada y brillante, de los antiguos y larguísimos *cantares de gesta* de los juglares, pero transformación muy lenta y poco menos que insensible.

A fines del siglo XIV la musa popular creó una nueva forma de romances, no ya históricos, sino reales, basados en la lucha de moros y cristianos, por lo cual fueron llamados romances fronterizos, que Milá y Fontanals califica de joya incomparable de la poesía cas-

© Biblioteca Nacional de España

tellana. A su vez dice Menéndez y Pelayo: «Cada uno de estos romances es, en medio de su brevedad, un íntegro poema. Algunos son semi-artísticos, pero en otros, en los mejores, podemos sorprender la elaboración del canto popular, tal como brotó del hecho mismo, tal como pudo sonar en boca de los vencedores, si entre ellos surgió algún juglar inspirador.»

La poesía en tiempo de los Reyes Católicos.

Hemos visto que antes sobreabundaron que escascaron los poetas en los reinados de D. Juan II y D. Enrique IV, y que muchos de ellos florecían aún al advenimiento de los Reyes Católicos.

A este grupo vamos a referirnos ahora, comenzando por Antón de Montoro. Sábese de él que era judío converso, de profesión sastre, establecido en Córdoba. Adulador de la reina Católica, hasta el sacrilegio, como lo demuestra esta copla:

Alta Reina Soberana,
Si fuérades antes vos
Que la fija de Santa Ana,
De vos el fijo de Dios
Recibiera carne humana,

distinguióse especialmente como poeta satírico, que atacado por numerosos émulos o envidiosos contestaba a estocada limpia. Así, como un tal Juan de Valladolid le insultara por su origen, contestó diciendo:

Alta reina de Castilla,
Pimpollo de noble vid,
Esconded vuestra vajilla
De Juan de Valladolid.

No se mordía, pues, la lengua el converso, mas no por eso dejaba, sin embargo, de vibrar en su lira la cuerda

© Biblioteca Nacional de España

patética, y es muy sentida la súplica que a su advenimiento al trono dirigió a D.ª Isabel encareciéndola interviniera para que cesasen las matanzas de judíos que se perpetraban a su advenimiento al trono.

Continuaba aún, a pesar de su avanzada edad, aquel Gómez Manrique que en el anterior reinado había compuesto las *Coplas al mal gobierno de Toledo.* Nombrado por los Reyes Católicos corregidor de esta ciudad, se inmortalizó, o se hizo digno de ser inmortalizado, con los versos que mandó esculpir en una lápida de la escalera de aquellas Casas Consistoriales, y debieran figurar en todas:

Nobles, discretos varones
Que gobernáis a Toledo,
En aquestos escalones
Desechad las aficiones,
Codicias, amor y miedo.
Por los comunes provechos
Dejad los particulares
Pues vos fizo Dios pilares
De tan riquísimos techos,
Estad firmes y derechos.

Citemos ahora a Juan Álvarez Gato, también del tiempo de Enrique IV, y de quien dijo D. Gómez Manrique que «fablaba perlas y plata». Parece fué natural de Madrid, e Isabel la Católica le nombró mayordomo suyo. «De poco o ningún sentimiento, dice el Sr. Salcedo Ruiz, distínguese Álvarez Gato por su agudeza, siendo buen texto para el estudio de aquellos *tiquis miquis* amorosos e insultos discretos que tanto gustaban en el siglo XV.»

Ningún poeta de aquel reinado puede compararse sin embargo en celebridad con el famosísimo Jorge Manri-

© Biblioteca Nacional de España

que, el autor de la admirable elegía *A la muerte del maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique.*

«Lo demás que hizo, que no fué mucho, dice el señor Salcedo, recomiéndase generalmente por su sencillez, cualidad estimabilísima siempre, y más cuando se florece entre poetas sutiles y alambicados como los de aquel tiempo; pero si Jorge no hubiera escrito las coplas citadas, a buen seguro que no se destacara su nombre con el relieve y el brillo con que le vemos hoy.

»Fué Jorge sobrino de Gómez, y debió de nacer en Paredes de Nava, cabeza del señorío de su padre, allá por el año de 1440. Pasó toda su vida combatiendo, primero por el infante D. Alfonso contra Enrique IV, y después por los Reyes Católicos contra el Marqués de Villena y otros magnates que hacían la causa de *la Beltraneja;* en esta última guerra, corriendo el 1478, encontró prematuro y gloriosísimo fin en un encuentro junto al castillo de Garci-Muñoz; según Pulgar, que es el más merecedor de crédito en este punto, murió en el campo de batalla; Garibay y Zurita indican que fué retirado del campo, muriendo luego a consecuencia de las heridas.

»Sus famosas coplas son cuarenta y tres, formando un conjunto orgánico, a que se da desde el siglo XVI el nombre clásico de *elegía;* pero hay que entender este nombre en un sentido muy amplio para que siente bien a la composición de Jorge Manrique. Quizá le cuadrase mejor el de *meditación,* porque eso viene a ser: una meditación sugerida al poeta por la muerte de su padre.»

Advirtamos ahora que, siguiendo a Quintana, que las suprimió en sus *Poesías selectas castellanas,* falta en todas las antologías lo que constituye el verdadero argumento de las *Coplas* o sea las referentes a su padre, D. Rodrigo Manrique, que son nada menos que 26, de entre las cuales citaremos estas dos, y bastan:

© Biblioteca Nacional de España

No dejó grandes tesoros,
Ni alcanzó muchas riquezas
Ni bajillas,
Mas hizo guerra a los moros,
Ganando sus fortalezas
Y sus villas;
Y en las lides que venció,
Caballeros y caballos
Se prendieron,
Y en este oficio ganó
Las rentas de los vasallos
Que le dieron.

No es menester ponderar la admiración de que han sido objeto *universalmente* las Coplas de *Jorge Manrique,* pero no faltan nunca detractores. Contra el parecer de Lope de Vega, que dijo merecían estar escritas con letras de oro; contra la opinión de los que las tradujeron al latín y a todas las lenguas modernas, y las traducen aún hoy mismo, contra Camoens, que las imitó, contra Longfellow, que las califica de «poema modelo en su línea, así por lo solemne y bello de la concepción, como por el noble reposo, dignidad y majestad del estilo, que guarda perfecta armonía con el fondo», se ha levantado D. Juan Valera, que le califica de plagiario del poeta árabe rondeño, del tiempo de Fernando III, Abul-Beka, cosa rara en un escritor tan de la manga ancha en punto a plagios. Igualmente le ataca Menéndez Pelayo, suponiéndole *falto de sentimiento,* y, por fin, citaremos a Quintana, que califica su forma de cansada, poco armoniosa «y sólo propia a las agudezas de concepto o epigramáticas». Juicios que sólo sirven para arraigar más la creencia de que aun los más ilustres escritores están sujetos a soltar enormidades. Dígase lo que se quiera, las *Coplas de Jorge Manrique* bastarían por sí solas

© Biblioteca Nacional de España

para la gloria de toda una literatura, y no hay poesía española que la supere en sentimiento, profundidad y belleza de la forma.

En plano inferior a Jorge Manrique se hallan, de consiguiente, todos los demás poetas que por entonces florecieron. Cuéntanse entre éstos tres frailes: Íñigo de Mendoza (a quien algunos han querido atribuir las *Coplas de Mingo Revulgo*), el franciscano fray Ambrosio de Montesinos y el P. Juan de Padilla, conocido por *el Cartujano.*

Fray Íñigo se dedicó sobre todo a satirizar a las mujeres y en general a los viciosos de toda laya de su época, lo cual hizo que se levantara un gran clamoreo contra él, lloviendo sobre su persona los más violentos epigramas:

Este religioso santo
Metido en vanos placeres
Es un lobo en pardo manto.
¿Cómo entiende y sabe tanto
Del trato de las mujeres?

decía uno.

Con todo, es fácil que esos ataques fueran debidos a la mucha privanza que tenía con la reina. Aparte de tales composiciones, escribió en quintillas y romances una larga *Vita Christi*, un *Dechado* de la reina, en el metro de las *Coplas de Jorge Manrique* y muchas poesías religiosas.

También fué muy estimado de la Católica reina Fray Ambrosio de Montesinos, el fray Jacopone Castellano; es un poeta verdaderamente franciscano: sencillo, ingenioso, idealista. Por fin, el *Cartujano* imitó el género alegórico de Dante en dos pesados poemas religiosos: *Retablo de la vida de Cristo* y *Los doce triunfos de los doce apóstoles.*

© Biblioteca Nacional de España

Garci Sánchez, que si bien era llamado *de Badajoz* había nacido en Écija, fué un poeta erótico que tuvo la ocurrencia de adaptar el texto de las Sagradas Escrituras a los asuntos más profanos.

De Juan del Encina, Timoneda y otros hablaremos al tratar del teatro.

La grande afición que hacia la poesía se desarrolló en las cortes de D. Juan II y de los Reyes Católicos hizo que se formaran *Cancioneros* o colecciones de composiciones de gran número de autores del tiempo, en cuyo caso se llamaban *generales*, o bien *Cancioneros particulares*, de un solo autor. Es famoso entre los primeros el *Cancionero de Baena*, anterior al 1445, el de Hernando del Castillo (1511), y entre los segundos el de Urrea (1513), publicado en Zaragoza.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

CASTILLA: LA NOVELA

El Arcipreste de Talavera. — La Novela simbólica. — Novela histórica. — Novela sentimental. — Libros de caballerías. — Amadís de Gaula. — La Celestina.

El Arcipreste de Talavera.

Dejamos la historia de los prosistas castellanos en la época de D. Juan Manuel, bajo el reinado de Alfonso XI, siguiendo ahora un escritor de extraordinaria importancia, puesto que transformó el tipo de la prosa castellana «derramando un tesoro de dicción popular en el cauce de la lengua culta», dice Menéndez y Pelayo. Nos referimos al genial Arcipreste de Talavera, el bachiller Alfonso Martínez de Toledo, autor de *Corbacho* o *Reprobación del amor mundano* y racionero de Santa María de Toledo (1448).

«La lengua desarticulada y familiar, la lengua elíptica, expresiva y donairosa, la lengua de la conversación, la de la plaza y el mercado, entró por primera vez en el Arte con una bizarría, con un desgarro, con una libertad de giros y movimientos, escribe el glorioso D. Marcelino, que anuncian la proximidad del grande arte realista español.»

© Biblioteca Nacional de España

El libro del Arcipreste de Talavera no tiene más antecedente que el del Arcipreste de Hita, a quien cita varias veces con no disimulada admiración, y aunque algunos han pretendido diferenciarlos por su finalidad, no parece que sea así, pues si el buen Juan Ruiz pretende ensalzar el *Buen Amor* y le resulta todo lo contrario, igual le ocurre al bachiller Alfonso Martínez de Toledo, que empuña las disciplinas para descargarlas reciamente sobre las espaldas de las hijas de Eva, y luego le resulta una novela picaresca.

La riqueza de su vocabulario es inaudita. «Si de algo peca el estilo del Arcipreste de Talavera, dice Menéndez y Pelayo, es de falta de parsimonia, de exceso de abundancia y lozanía. Su vena es irrestañable, su imaginación ardiente y multicolor apura los tonos y matices; pero tanta acumulación de modos de decir, por chistosos y peregrinos que sean; tantas repeticiones de una misma idea, tantos refranes y palabras rimadas pueden fatigar en una lectura seguida. Así y todo, ¿quién no le perdona de buen grado sus interminables enumeraciones, sus diálogos y monólogos sin término? ¿quién no se deja arrastrar por aquel raudal de palabras vivas, que no son artificial trasunto de la realidad, sino la realidad misma trasladada sin expurgo ni selección a las hojas de un libro?»

El libro del Arcipreste ha llevado muchos títulos, a capricho de los amanuenses, pero predominó el de *Corbacho* por alusión a *Il Corbaccio* del autor del Decamerón, que es una terrible sátira contra las mujeres; sin embargo, no tiene nada que ver una obra con otra, reduciéndose únicamente la semejanza al título.

Por lo demás, no le faltaron detractores al Arcipreste, los cuales tomaron a su cargo la defensa del bello sexo, figurando entre estos apologistas el poeta Juan Rodríguez del Padrón, en su *Triumpho de las donas*, Mosén Diego de Valera (*Defensa de virtuosas*

© Biblioteca Nacional de España

mujeres) y D. Alvaro de Luna (*Libro de las virtuosas e claras mujeres*).

Menéndez y Pelayo cree que si alguien influyó en la parte doctrinal del *Corbacho* fué el enciclopédico escritor catalán Fr. Francisco Eximenis, aunque no tanto como influyó el Arcipreste en Fernando de Rojas, autor de la *Celestina*.

La Novela simbólica.

Considerando como novela el *Corbacho*, aunque su autor sólo se propusiera (saliéndole al revés) escribir una disertación moral contra el peligro de las malas mujeres, incluiremos también en el mismo género la *Batalla campal de los perros y los lobos* y el *Tratado de la perfección del triunfo militar* de Alfonso de Palencia. La primera parece ser una sátira política, compuesta en 1457 y la segunda (1459) es una alegoría en que se personifican la *Milicia*, la *Discreción*, la *Prudencia*, la *Obediencia*. A pesar de este simbolismo, no puede ser amena ni curiosa la obrita. Dícese en ella que los españoles se distinguen más por el valor que por la disciplina, «de donde proceden muchos inestimables daños e quizá menguas». Como asistente a la entrada de Alfonso V en Nápoles, describe muchas ciudades que ha visto durante su viaje, y al hablar de Barcelona dice que «resplandece por un increíble aparato sobre las otras cibdades de España», por más que a la sazón atravesara una grave crisis comercial, lo cual hacía que no fuese ya lo que había sido un tiempo.

Pero no solamente celebra Alfonso de Palencia la hermosura de la ciudad, sino que no puede contener su entusiasmo al comparar aquel orden y prosperidad con el decaimiento y la anarquía de Castilla. Por el grande interés que tiene el caso reproduciremos lo que dice: «Oh buen Dios, ya agora miro una cibdad situada en una secura, y en medio de la esterilidad es muy abundosa, y veo los cibdadanos vencedores sin tener

© Biblioteca Nacional de España

natural apareio, y el pueblo poseedor de toda mundanal bienandanza por sola industria. Por cierto estos varones consiguen los galardones de la virtud, los cuales, por ser bien condicionados, poseen en sus casas riquezas; y por el mundo, fasta más lexos que las riberas del mar asiático, han extendido su nombre con honra, y con todo no preuían agora vevir sin culpa, mas afirman que su república es enconada de crímines. La semejante criminación procede de una *sed* de bien administrar, mas nosotros, demonios muy oscuros, demandamos guirlanda de loor viviendo en espesura de aire corrompido, y porfiamos perder todas las cosas que nos dió conplideras la natura piadosa, desdeñando los enxemplos de los antepasados, y aviendo por escarnio lo que es manifiesto. Et por ende siguiendo este camino, me ha causado una cierta mezcla de cuyta y de alegría, ca tanto se me representa la oscuridad de los nuestros cuanto me deleyta mirar el resplandor de los otros.»

También debe citarse entre las novelas una obra titulada *Regimiento de príncipes o gobierno del rey Prudenciano en el reino de la Verdad,* de autor anónimo, dedicada al entonces príncipe D. Carlos (después el I de España). Es, como ya indica su título, una novela alegórico-política, de la cual se conoce solamente un fragmento en que, si bien de soslayo, se ataca a la Inquisición, y se propone la asimilación de sus procedimientos a los de los tribunales ordinarios.

Otra novela, *histórica,* aunque completamente fantástica, es la titulada *Crónica sarracena* o *Crónica del rey D. Rodrigo,* «que más propiamente se puede llamar trufa y mentira paladina», dice Fernán Pérez de Guzmán. En esta *Crónica,* muy popularizada luego, está basado el famoso dramita de *El puñal del godo* de Zorrilla.

Compusiéronse también novelas sentimentales: fíjase

© Biblioteca Nacional de España

en 1430 la publicación de *El siervo libre de amor*, del trovador gallego, cantor de Macías, Juan Rodríguez del Padrón, pero más importante que la citada es otra, autobiográfica, en que refiere sus misteriosos amores con una altísima dama, que acabaron retirándose él de la corte de Enrique IV y metiéndose fraile.

Famosa novela sentimental también es *Cárcel de amor*, del bachiller Diego de San Pedro, compuesta en el reinado de los Reyes Católicos. Está en forma de cartas. Pocas novelas se podrán leer en que se vea un amante tan furiosamente enloquecido por su dama. Aquel Werther del siglo XV se suicida dejándose morir de hambre y muere, rodeado de sus amigos, haciendo el panegírico de las mujeres. Para Diego de San Pedro no hay más Dios que su idolatrada *Laureola*, lo cual hizo que el libro fuese anatematizado, sin perjuicio de que se estamparan dos ediciones en el siglo XV, 23 en el XVI y más de 20 en el extranjero, y de que se hiciese una traducción catalana en el siglo XVI, reimpresa hoy. Prohibida la tal novela por el Santo Oficio, desapareció de la circulación.

Tanto en una como en otra de estas novelas se hace patentísima la influencia de los italianos Boccacio y de su discípulo Eneas Silvio, cuyos cuentos eran conocidísimos en España, especialmente la *Fiametta*, de la cual se hicieron muchas traducciones.

Libros de caballerías.

Hace notar D. Juan Valera, creemos que acertadamente, que si en otras cosas no podemos pretender los españoles la primacía, estamos en nuestro derecho al reclamarla, por ejemplo, en toda obra de imaginación: las amenas letras, las bellas artes, habiendo creado en la primera nuevos géneros. Así, hemos creado el teatro moderno con la *Celestina;* la novela moderna con los libros de caballerías, la novela pastoral y la picaresca. Ahora bien, el arquetipo de los primeros es *Amadís de Gaula*.

© Biblioteca Nacional de España

Desde luego, la procedencia es extranjera y el asunto está tomado de una leyenda del ciclo carlovingio, pero tan completamente renovada que nada tiene que ver la forma que aquí la dimos con la que ofrece el original.

Explícase este fenómeno por lo tardío de la introducción de aquella literatura en nuestra España (aunque el ilustre Milá y Fontanals opina lo contrario) cuando ya en el extranjero se habían olvidado las tradiciones caballerescas, de suerte que lo que había desaparecido ya en Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, constituyó aquí una novedad, admirablemente en consonancia con nuestra afición a todo lo caballeresco. De ahí la inmensa popularidad de que gozaron los libros de caballerías, pasando luego esta afición, con no menos entusiasmo, al extranjero.

La primera obra, en este género, por su fecha, su mérito y su influencia fué el citado *Amadís de Gaula,* traducido a todas las lenguas europeas.

El *Amadís* que conocemos hoy y no deja de ser voluminoso, escrito por Garci-Ordóñez de Montalvo en tiempo de los Reyes Católicos, es refundición o corrección de otro anterior, quizá de a mediados del siglo XIV y que se había hecho sumamente popular. El problema está en saber si el primitivo *Amadís* fué compuesto por el portugués Vasco de Lobeira o es de autor español, pero todo indica que su verdadero origen es el segundo, aunque se ignore el nombre del que lo compuso, según críticos tan ilustres como el Dr. Luis Braunfels (1876), Gayangos, Valera y otros. Menéndez y Pelayo no se pronuncia declaradamente respecto a la cuestión; en cambio, reconoce en la novela huellas del *Tristán* y del *Lanzarote.*

La primera edición de este libro peregrino se publicó en 1508, y desde entonces hubieron de abundar extraordinariamente las imitaciones, hasta Cervantes, cuya

© Biblioteca Nacional de España

obra inmortal no es, en suma, más que el último libro de caballerías, aun siendo una parodia.

La Celestina. Lugar aparte merece esta obra inmortal, que, como el *Amadís de Gaula*, pertenece al reinado de los Reyes Católicos, siendo la primera edición conocida la del 1499, y aunque su autor la titula *Tragicomedia*, inclúyela Menéndez y Pelayo en el género que titula *Novelas dialogadas*. A juicio del pasmoso erudito y admirable escritor citado, debió de ser escrita a fines del siglo XV, no para ser representada sino para ser leída, y fué su autor *único* Fernando de Rojas, natural de la Puebla de Montalbán, cristiano nuevo, de profesión abogado, avecindado en Talavera y por algunos años alcalde mayor de esta ilustre villa.

Aunque su fin es moral, como el *Corbacho*, y tantas otras obras encaminadas a igual fin, *describe demasiado lo humano*, como dijo Cervantes

(según siente Celesti-
libro en mi opinión divi-
si encubriera más lo huma-).

Literariamente es una joya del lenguaje, y si algunos han acusado al autor de hacer demasiados eruditos a los personajes, sólo desdén merece su reparo, pues así se hablaba entonces y así quería el público que hablaran los personajes, de igual manera que a nadie le extraña hoy que el vulgo hable de conscientes, orientaciones, autonomía, solidaridad, societarismo, democracia, y sobre todo de verónicas, faroles, largas, quites, etcétera, y demás palabrotas de la jerga parlamentaria y tauromáquica. La instrucción estaba bastante difundida entre todas las capas sociales para comprender las alusiones clásicas.

«El lenguaje, dice el Sr. Salcedo Ruiz, no puede ser más rico, más jugoso, más apropiado a los personajes y a las situaciones, y a la vez más suelto, más libre,

© Biblioteca Nacional de España

más espontáneo. El autor declara que escribió los veinte actos en quince días de vacaciones, y aunque no sea esto cierto, la ilusión que sugiere la lectura de *La Celestina* es que fué escrita al correr de la pluma por un hombre tan dueño y soberano de los secretos de la lengua y tan maestro en el arte de escribir, que improvisando esculpía.

»Los tipos, aun los más secundarios, son retratos maravillosos arrancados de la realidad. Todos parecen hablar, moverse, vivir. Campea sobre todos la *Celestina,* que es la *Trotaconventos* del Arcipreste de Hita; pero seguramente no tomada del *Libro del buen amor,* sino de la vida misma, del mundo vicioso de Salamanca. El autor debió de conocerla y tratarla mucho. En torno de la alcahueta típica giran todos los personajes de la obra, representativos de las diversas condiciones y clases sociales; pero todos agitados, revueltos, movidos por esa pasión universal y avasalladora del amor que perpetúa la especie y es el encanto de la vida; mas también, cuando no es refrenada en sus justos límites, la destrución moral y material y el tormento y bochorno del ser humano. El autor nos muestra las variedades, las distintas manifestaciones de esa pasión, desde la puramente animal, sentida por los criados y rameras del cortejo de Celestina, hasta la quintaesenciada, sutil, romántica de Calixto, que es ya una herejía o como un sistema filosófico. Pero todas estas variedades se resuelven en lujuria y libertinaje, y luego en deshonra y sobresaltos continuos para la seducida Melibea; finalmente, en muerte trágica. Es el destino de cuantos no están en guardia contra su propio instinto sexual, que no lo refrenan y castigan no consintiéndole más satisfacciones que las prescritas o toleradas por la ley social. Detrás de los placeres de la carne está la muerte —la muerte innoble y deshonrosa—acechando siempre.

»Ofrécenos, por último, *La Celestina,* un cuadro

© Biblioteca Nacional de España

complejo, o, mejor dicho, completo de la vida humana por todos sus lados o aspectos. Allí está el romanticismo más exaltado junto con el más abyecto utilitarismo, lo que ahora se llama *la alegría de vivir* o de pecar, con las tristezas de los desenlaces inevitables; allí se vive y se muere; lo que es ansia de amor en Calixto, es fuente de vil ganancia para Celestina; aparecen los distintos medios sociales, cada uno con su color característico, pero todos juntos, influyendo los unos en los otros, corrompiéndose recíprocamente, siendo cada uno de ellos un tono, un matiz del colorido humano, parte del gran cuadro sintético pintado por este autor incomparable. Echando el compás sobre la historia de nuestra literatura para señalar sus cumbres, hay que fijar una punta en la epopeya nacional, y poner la otra en el *Libro del buen humor,* levantar luego la primera para colocarla en *La Celestina,* y poner la segunda en el *Quijote.*

»El éxito de *La Celestina* fué inmenso. Traducida inmediatamente al francés, al italiano, al alemán y al latín, sus ediciones se multiplicaron en todas las naciones europeas. Varios poetas, como D. Pedro Manuel de Urrea, Juan de Sedeño y Ortiz de Zúñiga, la pusieron, en todo o en parte, en verso. Mendoza y Calderón lleváronla al teatro. Y como de todas las obras nuestras, pronto empezaron las imitaciones y continuaciones. *Feliciano de Silva* escribió la *Segunda Celestina; Sancho Muñoz,* la *Tragicomedia de Lisandro y Rosalia; Gaspar Gómez de Toledo,* la *Tercera parte de la tragicomedia de Celestina; Juan Rodríguez Florián,* la *Florinea; Salas Barbadillo, La ingeniosa Elena, hija de la Celestina,* etc. Casi todas estas obras, no sólo carecen de mérito, sino que lo que imitan preferentemente de su insuperable modelo son las escenas licenciosas, convirtiéndolas en lúbricas. El realismo exagerado tiene eso: se transforma fatalmente en pornografía.»

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

CASTILLA: LA FILOSOFÍA, LA DIDÁCTICA Y LA HISTORIA

LA FILOSOFÍA. — LA DIDÁCTICA. — LA HISTORIA. — ORATORIA

La Filosofía No puede citarse España, aunque con loable patriotismo pretendan muchos ilustres eruditos, como tierra propicia al cultivo de la filosofía, y con mayor motivo aún desde que se halló bajo la celosa vigilancia de la Inquisición, e igual podría decirse respecto al estudio de las ciencias físicas y experimentales. Ciertamente que la defensa de la existencia de una ciencia española cuenta con paladines como D. Gumersindo Laverde, Menéndez Pelayo y otros, pero la verdad es que si podemos presentar un Cervantes, un Fernando de Rojas, un Lope, un Velázquez, no tenemos quien oponer a Newton, Galileo o Leibnitz, sin que esto sea decir que no contemos con muchísimos nombres verdaderamente ilustres en su género, dejando aparte a los Arnaldo de Vilanova, Ramón Lull y otros sabios y filósofos de la Corona de Aragón, y a los filósofos y sabios arábigos o judaicos españoles. Esta escasez, mejor que carencia, sin embargo, cesó durante el siglo XVI y parte del XVII en que el cultivo de las cien-

© Biblioteca Nacional de España

cias fué verdaderamente espléndido, para sumirse luego España en la más profunda ignorancia hasta el advenimiento de la casa de Borbón.

Sin sacar, pues, las cosas de quicio, ni en pro, ni en contra, diremos que hubo en el siglo XV una filosofía española, con todos los caracteres de tal, que describe un ilustre sabio contemporáneo, D. Tomás Maestre, en los siguientes términos:

«Encrucijada la tierra de España donde pueden registrarse los estratos étnicos de la evolución humana, ha sido también cruz de los caminos en la que concurrieron los sentimientos y ritos religiosos, las ideas filosóficas, los adelantos positivos y científicos, los aleteos sublimes del Arte, de las distintas razas que sobre este suelo se afrontaron. Pero por condiciones del remanso en que tan diversas corrientes de la vida forman el remolino, al mezclarse y fundirse, los rasgos antropológicos y los destellos del juicio, la fortaleza de los cuerpos y los anhelos del alma, como en crisol que aquilata y refina el oro, como en lente que reúne y mezcla en la intimidad de su foco central los mil rayos dispersos de la luz, de igual manera aquí las doctrinas más varias, las preocupaciones más diversas, la emotividad hecha sistemas y dogmas y la experiencia hecha saber, se sincopan por alquimia divina del espíritu, en un solo ente: la *Unidad.*

»Por eso el *gnosticismo alejandrino,* acarreado por Prisciliano, toma un carácter esencialmente peninsular y ofrece sus dones aprovechables a la obra común de los *armonistas;* por eso el *misticismo escéptico y agotante* de los primeros islamitas y de Al-Gacel, trasunto de las concepciones *quietistas* de la India, lo mismo que el *talmudismo* del *Sepher Jatzirah* y el *cabalismo* hebreo, al pasar por las críticas y doctrinas de Ben-Badja, de Abu-Beker-ben-Abd-el-Melek-ben-Tofail, de Averroes, de Salomón-ben-Gabirol, de Ben-Ezra, de Jehudá-Levi,

© Biblioteca Nacional de España

de Abraham-ben-David, de Maimonides, de Moisés de León, se desnudan de la desesperanza *absorbente,* del milagro caldeo, de la Taumaturgia de Samaria y ofrecen sus preciados frutos, aquellos únicamente útiles, a las escuelas cristianas, que los emplean en la obra sublime de la *Unidad.*

»Este es el motivo por el cual el pensamiento abstracto, juego de especulaciones discursivas, de la filosofía germánica no ha podido entrar en la ciencia española, y, en cambio, el *positivismo* contemporáneo y la *doctrina de la evolución* se enseñorearon rápidamente de nuestras enseñanzas y disciplinas. Y es que la filosofía germánica resulta cosa extraña a la libertad del espíritu español; mientras que el *positivismo* adáptase de modo admirable, como instrumento de trabajo, a la condición independiente e individualista de nuestra alma nacional, y la *doctrina de la evolución* nos proporciona el fundamento científico de la *unidad;* es decir, del *armonismo.*

»Claro que aquí hemos tenido pensadores geniales y aparentemente independientes de este canon filosófico nacional, como han sido Gómez Pereira, Francisco Sánchez, Martín Martínez, entre otros. Mas si escudriñamos atentamente en la *Antoniana Margarita,* en la obra del apóstol español del *escepticismo,* y en la *filosofía* de Martín Martínez, nos convenceremos bien pronto que las tendencias recónditas de estos sabios en el fondo no son otras que las *armonistas;* ellos buscan el *principio universal,* la *unidad,* razón y fundamento del carácter propio que toma la Ciencia en España.»

Importante papel desempeñan en la historia de nuestra filosofía los judíos, acerca de los cuales da el Dr. D. Anselmo Herranz las siguientes noticias:

«Reducidos los moros al reino de Granada por las conquistas de San Fernando, los judíos expatriados por los Almohades regresaron a España y las escuelas

© Biblioteca Nacional de España

rabínicas tomaron gran incremento, saliendo de ellas los siguientes filósofos:

»Joseph Albo, que en su *Libro de los principios fundamentales* reduce a la existencia de Dios, la revelación y la inmortalidad del alma, los trece artículos de la fe de Maimónides.

»Abraham Bibago, que comentó los *Posteriora Analytica*, de Aristóteles, según la mente de Averroes.

»Joseph-ben-Schem-Tob y su hijo y sucesor Schem-Tob, notables por el número de sus obras y sus conocimientos filosóficos.

»Juda Abrabanel, conocido bajo el nombre de *León Hermoso*. Nació en Lisboa en 1470 y murió en Nápoles expatriado por el edicto de 1494. En sus célebres *Diálogos de amor* abandonó el elemento peripatético-arábigo, seguido por los judíos en Filosofía, y adoptó el platónico-cabalístico. Estos diálogos tuvieron, por razón de las circunstancias del Renacimiento italiano, una aceptación extraordinaria y no hay duda, como hace notar el Sr. Menéndez Pelayo, que tienen trozos de un platonismo tan hermoso como sugestivo.»

Otros escritores, judíos conversos y judaizantes, se distinguieron también en España: tales Pablo de Santa María, canciller de los reinos de León y Castilla, que escribió sobre Teología y Escrituraria; Jerónimo de Santa Fe, autor del libro *Hebræmastix* (azote de los hebreos). Yusuf Albo, antes citado, representaba, dentro de la filosofía judaica, el estoicismo; este Albo no era converso, sino que atacaba los dogmas católicos, como la Eucaristía y la Trinidad, e impugnaba la misa. Igual hostilidad mostraba Yuzaf-Sem-Tob, expositor de la ley mosaica y refutador de Santo Tomás de Aquino. En cambio, el judío converso fray Alonso de Espina atacaba con violencia a sus antiguos correligionarios e intentó, bajo Enrique IV, establecer contra ellos la Inquisición.

© Biblioteca Nacional de España

Digamos ahora que eran judíos conversos muchos catedráticos de Salamanca.

Dedicáronse, por este mismo tiempo, y con tendencias *armonistas* al cultivo de la filosofía la famosa médica D.ª Oliva Sabuco de Nantes, en su obra *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre;* el pedagogo Pedro Juan Núñez, paisano de Luis Vives; Alejo Venegas, autor del curioso libro *Las diferencias de libros que hay en el mundo;* Hernán Alonso de Herrera; López de Stúñiga, Nicolás de Paz, Isabel Poya y otros.

La Didáctica. Merece particular mención en la literatura del siglo XV la *Visión delectable de la filosofía y artes liberales,* compuesta por el bachiller Alfonso de la Torre para uso del Príncipe de Viana, enciclopedia de carácter principalmente científico, en forma de coloquios. «El fin didáctico, dice el nunca bastante ponderado Menéndez y Pelayo, se sobrepone al estético, y la obra entera merece figurar en los anales de la filosofía española más bien que en los de ficción recreativa. Como texto de lengua científica no tiene rival dentro del siglo XV; la grandeza sintética de la concepción infunde respeto; algunos trozos son de altísima elocuencia, y la novedad y atrevimiento de algunas de sus ideas merecen consideración atenta... Por ejemplo (*en nota*), su teoría del profetismo, muy semejante a la de Maimónides; sus ideas sobre el entendimiento agente, más afines a las de Avempace y Algazel que a las de los escolásticos; su doctrina de las tres vidas del hombre, que reaparece en muchos místicos; sus ideas sobre la música, que es para él una especie de metafísica latente, como para Schopenhauer (*¿y no podría añadirse como para Wagner?*); su clasificación de las lenguas en guturales, paladiales y dentales; sus ideas sobre la palabra, que son las de la escuela tradicionalista, etc.»

A la literatura didáctica pertenece también el *Libro*

© Biblioteca Nacional de España

de los pensamientos variables, de cuyo autor sólo se sabe que era «un pobre castellano con algo de portugués», diálogo político-moral, dedicado a D.ª Isabel *la Católica,* y encaminado a excitar su celo para castigar a los robadores y tiranos que tanto habían hecho sufrir a los campesinos y villanos en el anterior reinado. Citaremos el siguiente trozo, de un diálogo entre un rústico y un rey, que demuestra que no vienen de ayer las ideas de Proudhon sobre la propiedad: «Los hombres, dice el gañán — modelo de *El Villano del Danubio,* del obispo Guevara, plagiado a su vez por Lafontaine en su fábula del *Paysan du Danube,* — en este mísero mundo venidos todos, fueron igualmente señores de lo que Dios, antes de su formación, para ellos había criado, e desta manera, si honestamente decir se puede, gran enemiga debemos haber e tener los tales como yo con los altos varones, pues forzosamente, habiéndose usurpado el señorío nos han hecho siervos. E puesto que su majestad diga que aquesta larga e gran costumbre es ya vuelta en naturaleza, sepa que por aquellas leyes por donde lo dicho se principió, querríamos el contrario rehacer, porque toda cosa que con fuerza se hace, con fuerza deshacer se tiene.»

Alfonso de Madrigal, *el Tostado*

Citemos también entre los didácticos al famoso obispo D. Alfonso de Madrigal, por otro nombre *el Tostado,*

© Biblioteca Nacional de España

insigne polígrafo, dotado de tan prodigiosa memoria que ya no olvidaba lo que una vez leía. Escribió unos *Comentarios* sobre la Biblia y sobre la historia eclesiástica de Eusebio, varios tratados de Mitología e infinidad de libros sobre toda suerte de ciencias.

D. Alfonso de Cartagena, de raza judía, converso y obispo de Burgos, fué proclamado por el Papa Pío II en el concilio de Basilea: *alegría* de las Españas y honor de los prelados. Escribió *Libro de las mujeres ilustres, Memorial de virtudes, Genealogía de todos los reyes de España* y otros.

La Historia También, abandonando la forma de las antiguas crónicas, se hizo didáctica la historia, procurando los autores inspirarse en las relaciones de los Livios, Césares y Salustios.

Al tiempo de D. Juan II corresponden Mosén Diego de Valera, criado en aquella corte y entusiasta partidario de la causa de D.ª Isabel contra *la Beltraneja,* autor del *Tratado de las armas, Ceremonial de príncipes* y la ya citada *Defensa de las virtuosas mujeres.* Fué un valiente capitán que llevado de su amor a los combates peleó a las órdenes de los reyes de Francia y los emperadores de Alemania; el *Cura de los Palacios,* anteriormente nombrado varias veces; Hernando del Pulgar, autor de los *Claros Varones de Castilla* y la *Crónica de los Reyes Católicos,* gran escritor e historiador dotado de sano sentido crítico.

Pertenecen al reinado de Enrique IV dos grandes historiadores: Diego Enríquez del Castillo, capellán del rey, más notable, sin embargo, como moralista que no en concepto de fiel narrador, y Alfonso de Palencia, que, en clásico estilo, compuso unas décadas en que atacaba encubiertamente al rey.

Ilustres historiadores del tiempo de los Reyes Católicos fueron también Pérez de Guzmán, que recopiló la crónica de D. Juan II; Fernán Nuño, que escribió

© Biblioteca Nacional de España

la de Enrique III, y el alférez Gutierre Díez de Gámez, autor del *Victorial* o *Historia de D. Pedro Niño, conde de Balbuena.* Esta obra, muy encomiada por la riqueza de datos que aporta respecto a los usos de la caballería y la marina de entonces, se distingue también por las sabias reflexiones que contiene, debiendo advertirse que D. Pedro Niño pertenece al siglo XIV.

«Dice aquí el autor, escribe el alférez Gámez, que el home se puede salvar en guerra de cristianos, si quiere, ca la guerra con cristianos el rey se vea si face guerra justa e non: ca los súbditos obligados son a facer lo que les él mandare, segund ley de Castilla. Pero ha de guardar el home cuatro cosas: la primera, que non mate home despues que le tiene en su poder o preso o vencido: la segunda que guarde las iglesias non faciendo mal nin daño alguno a los que en ellas se acojen. La tercera que a las mujeres non se llegue nin se tome ninguna mujer casada nin soltera. E la cuarta es non quemar panes ni casas; porque aquel daño e mal alcanza a los inocentes e a los párvolos que non ficieron por qué.»

No hemos de hablar de Pedro Mártir de Anglería, por haber escrito en latín sus cartas sobre los sucesos de su tiempo y el descubrimiento de América, pero sí, en el género epistolar, de Isabel *la Católica,* de Cristóbal Colón, uno de los más admirables escritores castellanos, de Cisneros y sus secretarios, Gonzalo de Córdoba, Fernán Pérez del Pulgar, Fuensalida, etc., «cartas reveladoras, dice el Sr. Salcedo Ruiz, no sólo del talento de sus autores, sino de lo mucho que se iba difundiendo en España el arte de escribir bien, aun en los documentos no destinados al público, ni compuestos con intención apócrifa.

No hablemos del famoso *Centón epistolar* del bachiller Cibdad Real, del tiempo de D. Juan II, por haberse demostrado que era apócrifo.

© Biblioteca Nacional de España

Uno de los autores didácticos más notables, en su especialidad militar, fué el capitán Gonzalo de Ayora, cuyas cartas, aparte de su interesantísimo contenido, «constituyen, dijo una autoridad tan bien sentada como D. Manuel de la Revilla, una muestra elocuente de los progresos que había hecho la lengua castellana».

Oratoria. No habría que buscarla ciertamente en las Cortes, ya que por entonces no había ni luz ni taquígrafos, sino en el púlpito, donde brilló en primer término fray Hernando de Talavera.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

EL TEATRO

ORÍGENES. — JUAN DEL ENCINA.

Orígenes. A pesar del tiempo transcurrido y de los inmensos descubrimientos hechos, subsiste la opinión de Moratín de que los primeros ensayos en el arte escénico español tuvieron ocasión en las fiestas de la Iglesia. «El ejemplo de Roma autorizaba este uso y el objeto religioso que le motivó disipaba toda sospecha de profanación escandalosa.»

Todo inclina a creer que la introducción de esos *dramas litúrgicos* vino de Francia, en cuyas catedrales se representaban diversos *misterios*, que posteriormente salieron del templo para extenderse por toda la ciudad.

«En aquellas ciudades de la Edad Media, sin fiestas ni diversiones, y en que las noches eran tan obscuras y silenciosas, dice el Sr. Salcedo Ruíz, estas fiestas radiantes en que ardían hogueras y antorchas por plazas y callejas, y todo era bullicio, y resplandecía el interior de la magnífica catedral con innumerables luces, y los cantos y versos en lenguaje vulgar alternaban con la música y se renovaba en todos el interés de ver y oir el *Misterio* que se había visto ¡y oído desde

© Biblioteca Nacional de España

la niñez, tenía un encanto indecible, de que apenas podemos formarnos idea los hombres de esta generación, ensordecida y deslumbrada por todo género de espectáculos de luz y estruendo.»

Los importadores de esos misterios fueron los benedictinos de Cluny, a quienes encomendó Alfonso VI el afrancesamiento de Castilla; ellos fueron los que trajeron el *Oficio de pastores, La Sibila de Nochebuena, Los tres Reyes Magos* y las *Tres Marias,* función de Pascua, que formaron parte de la liturgia de la catedral toledana y eran declamados por los clérigos, hasta que después tomó parte en la representación el elemento profano, que se encargó de la parte de *los pastores,* raíz de los futuros *rústicos* y *graciosos* del teatro clásico.

«Al lado de las representaciones religiosas (misterios), escribe el Sr. Ortega y Rubio, había otras profanas, cuyos actores eran los trovadores y juglares. Los trovadores cortesanos recitaban o cantaban cuentos y apólogos en los banquetes de los nobles y en las fiestas de los guerreros. Los juglares populares representaban sus composiciones (farsas o juegos de escarnio) en plazas, calles y también en las casas de los señores. Aunque la literatura provenzal considera sinónimos los nombres de trovador y juglar, en Castilla se llamaba trovador al poeta erudito y juglar al declamador callejero.

»Cultivóse en Barcelona en los siglos XIII y XIV la *tensó,* especie de escena entre dos interlocutores (poetas), o un debate, sobre el cual cada uno mantenía su opinión.

»Valencia debió de ser la primera ciudad que disfrutó del teatro, pues en el año 1384 se representó en el real palacio una tragedia intitulada *L'Hom enamorat y la Fembra satisfeta,* escrita por el lemosín mosén Domingo Masó, consejero del rey Juan I de Aragón.

© Biblioteca Nacional de España

»Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que hasta mediados del siglo XIV no aparece ninguna composición que tenga carácter verdaderamente dramático, siendo la primera la *Danza de la Muerte;* se ignora el nombre de su autor, pues si se atribuyó al Rabbí D. Santo de Carrión, no fué de éste, por la sencilla razón de que la obra la escribió un cristiano y D. Santo permaneció siempre judío.

»Después, en 1414, era festejado en Zaragoza Fernando *el Honesto* con un espectáculo alegórico en que intervenían la *Justicia,* la *Verdad,* la *Paz* y la *Misericordia;* luego salió a luz la composición intitulada *Coplas de Mingo Revulgo* y últimamente *Diálogo entre el Amor y un Viejo.*

»Dícese que en el año 1469 se representó una comedia según unos, un drama pastoril o ingeniosa égloga según otros, en casa del conde de Ureña para obsequiar al infante D. Fernando de Aragón con motivo de sus desposorios con D.ª Isabel (después *la Católica*); pero el verdadero fundador de nuestro teatro fué el salamanquino Juan del Encina.»

Juan del Encina. Fué este tan renombrado personaje el primero que sacó de las iglesias la representación de los autos o misterios para llevarlos a profanos lugares, lo cual hace que se le considere como el padre del teatro español.

El primer auto representado fuera del templo, y con asunto no religioso, lo fué en el castillo de Alba de Tormes, residencia del duque de este nombre, aquel D. Fadrique de Toledo, uno de los contados nobles del partido fernandista.

Sábese que nació en 1469 en la aldea de Encina de San Silvestre, que estudió en Salamanca, estuvo al servicio del duque de Alba, ignórase en qué concepto, y que era poeta y músico; residió muchos años en Roma como familiar del papa Alejandro VI, se ordenó de sa-

© Biblioteca Nacional de España

cerdote, estuvo en Jerusalén, donde cantó misa, y falleció en Salamanca a la edad de 65 años.

Las comedias se representaban en el castillo de Alba, ante los duques, sus nobles invitados y la servidumbre, por Nochebuena y Carnestolendas. Las obras de Juan del Encina se publicaron por primera vez en 1496 y se hicieron de ellas seis ediciones en poco tiempo, en Salamanca, Zaragoza, Sevilla y Burgos.

Estas obras consisten en varias *Eglogas* sobre la Natividad; representaciones de la Pasión y la Resurrección; otras églogas amatorias; el *Aucto del Repelón,* basado en unas burlas de estudiantes a unos pastores; la comedia de *Fileno y Zombardo,* de trágico desenlace, en coplas de arte mayor y con notable pureza de lenguaje; la *Farsa de Plácido e Vitoriano,* prohibida por la Inquisición.

Compuso además Juan del Encina muchos otros escritos, en verso o prosa, pero su fama proviene, sobre todo, de sus obras escénicas.

Numerosos fueron los imitadores del insigue padre del teatro español, pero dejaremos de dar cuenta de ellos por pertenecer ya al siguiente siglo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

LAS CIENCIAS

LAS CIENCIAS. — LA MEDICINA.

Las Ciencias. En esta parte hemos de reconocer que no fué mucho lo que produjimos, salvo los judíos conversos y los rabinos, como el Burguense, Alvar García, Alfonso de Baena, Ramón Vidal, Zarfati, el Zadique de Uclés, etc., pero como se dedicaban sobre todo a la alquimia y la astrología, y estas ciencias acarreaban al que las estudiaba fama de mágico y nigromante, pocos eran los que tenían bastante abnegación para exponerse a que el Santo Oficio le enviara a la hoguera.

Por los grandes servicios que prestó hay que citar al rabino de Salamanca, Abraham Zacuth, que entre otras obras escribió un *Almanaque perpetuo,* cuyas tablas o efemérides calculadas por el meridiano salmantino, sirvieron de guía a nuestros navegantes y descubridores del siglo XVI para sus observaciones astronómicas. Este *Almanaque* fué impreso en Venecia en 1502 y traducido después al latín por Alfonso de Córdoba y al castellano por José Vecino, discípulo de *Zacuth,* o Zacuto, como se le llamaba aquí.

© Biblioteca Nacional de España

Cultivaron con brillantez las ciencias exactas notables sabios españoles, siendo en gran número los tratados de Astronomía, Náutica y Álgebra que se publicaron. Recordemos que el primero en dar la vuelta al mundo fué un español: Juan Sebastián de El Cano; el famoso Pedro Sánchez Ciruelo dió a luz el primer tratado completo de Matemáticas, reformó la teoría de la refracción astronómica y atacó con violencia las supersticiones de la Astrología; y Martín Cortés separó los meridianos magnéticos de los astronómicos, fijó el polo magnético y reconoció la falsedad del sistema de Ptolomeo, tenido hasta entonces como certísimo e incommovible; Juan Rojas Sarmiento inventó un astrolabio, fundado en una nueva proyección de la esfera, que fué adoptado en Francia e Italia en substitución del de Ptolomeo. Andrés de San Martín hizo patente que los datos de las tablas astronómicas no correspondían con los movimientos de los cuerpos celestes, y Diego de Zúñiga, en pleno siglo XV, explicaba y defendía el sistema de Copérnico. De algunos de ellos habremos de continuar hablando con referencia al siglo XVI.

Igualmente se distinguieron como astrónomos y matemáticos muchos marinos profesionales, mereciendo especial mención el famoso piloto vizcaíno Juan de la Cosa, uno de los compañeros de Colón.

Es indudable que hubo de dedicarse también al cultivo de las ciencias el célebre D. Enrique de Aragón, erróneamente denominado *el marqués de Villena,* pero su fama de nigromante hizo que la ignorancia de los fanáticos de aquel tiempo entregara al fuego, después de su muerte, sus escritos científicos.

De todas suertes y sin dejar de haber aquí verdadero espíritu científico, el desarrollo de la inteligencia fué completamente teológico, y lo que con mayor afición se estudiaba era la dialéctica y la metafísica.

© Biblioteca Nacional de España

La Medicina. En esta parte no hay que hacer ninguna reserva, pues no sólo se elevó mucho el nivel de los estudios, sino que florecieron gran número de eminentes médicos, con plena personalidad española, que debían señalar el camino a los del siguiente siglo en que la ciencia a que nos referimos llegó a su mayor brillantez.

Al tratar de la historia de la Medicina en este siglo englobaremos en un solo capítulo los progresos realizados así en Castilla como en la corona de Aragón, ya que por su carácter en nada se distinguían los estudios entre unos y otros reinos, cuando tan diferentes son, según las lenguas, las producciones literarias.

Cabe a la noble ciudad de Valencia la gloria de haber fundado el primer asilo de dementes, por obra del religioso mercenario Fray Jofre Gilabert (1409). Se le denominó *Hospital de Inocentes,* nombre convertido después, allí y en las demás ciudades, en el de *Casa de Orates.*

La fundación de este hospital respondía a una urgente necesidad, pues a causa de las grandes plagas que sufrió el reino de Valencia, y más en particular su capital, guerras intestinas, pestes, carestías, pérdidas de intereses y demás, se desarrolló una epidemia de vesanias, de suerte que a todas horas se veían correr locos por las calles, en perjuicio suyo y grave peligro de los transeuntes. De ahí que a la elocuentísima voz de fray Jofre Gilabert se formase una cofradía de diez individuos que, a sus expensas, fundaron y sostuvieron el hospital.

Entusiasmado D. Alfonso V *el Magnánimo* ante la nobilísima obra de la Cofradía de los Inocentes, enriqueció el hospital de dementes y le impuso la divisa de *Urbis et Orbis,* esto es, para albergar lo mismo enfermos de la ciudad que del mundo entero.

A esta Casa de Orates siguieron otras en Zaragoza,

© Biblioteca Nacional de España

Sevilla, Toledo y Valladolid, aparte de lo cual se fundaban también hospitales, como la *Morberia* de Mallorca, sostenidos de fondos particulares.

Como sabia medida de previsión se fundaron también *mancebías,* en las cuales eran admitidas las prostitutas sanas, a quienes, «por disposiciones de buen gobierno» se proporcionaba cama, alimento y botica.

Creáronse también hospitales militares de campaña, y Valencia, siempre caritativa, construía, a expensas del Ayuntamiento, un Hospital general civil, que, incendiado en 1545, fué reedificado en seguida por la inagotable caridad de aquel pueblo.

Abundaban también las escuelas de Medicina, siendo notable que en la de Zaragoza se autorizase la disección de cadáveres; inmenso adelanto que fué a no tardar imitado en la de Barcelona, en cuya universidad se fundaron clases especiales de cirugía.

La profesión estaba bien defendida por severas ordenanzas contra los intrusos, así en medicina como en farmacia.

Era grande, en todos sentidos, la protección de que gozaba la clase médica: D. Juan II de Castilla creaba un tribunal de examinadores, ante el cual debían dar prueba de su competencia los que aspiraban a ser médicos o cirujanos; vino después la creación del Protomedicato, compuesto al principio del eminente cirujano Alfonso Chirino y el licenciado Bribiera, y cuyo oficio era velar por el prestigio de la Corporación y sus intereses materiales; finalmente se instituyó el cuerpo de médicos de la Real Casa.

Cuando tales pruebas de estimación recibían los médicos, merecido lo tendrían, y, en efecto, notables eran los trabajos que publicaban y acertadísima su práctica. De haberse seguido el parecer del Dr. Yanguas, médico de Cisneros, esto es, sangrar a D. Felipe *el Hermoso,* dictamen desechado por los médicos fla-

© Biblioteca Nacional de España

menos que le asistían, no se hubiera cumplido su sentencia, pues pronosticó que de no sangrarle moriría.

Citemos entre los más reputados médicos de aquella centuria a Jerónimo Torrella, de Valencia, que dedicó a D. Fernando *el Católico* su importante obra en latín: *Exposición de Avicena;* Guillermo Aventurer resumía en su *Antidotario* toda la doctrina de Avicena y Rasis; un anónimo daba a luz una especie de enciclopedia médica, en castellano, con el título de *Epílogo de Medicina* y *Cirugía conveniente a la salud,* etc. Sin embargo, como el espíritu de la época era sobre todo de observación, los profesores escribían especialmente sobre determinados asuntos; Gutiérrez, de Toledo, sobre el mal de piedra; Pintor, de Valencia, sobre la peste; Villalobos y Torrella, sobre *las bubas;* Luis Alcañiz, sobre higiene; Cobo, Chirino, Ruiz de Isla, sobre cirugía.

Es muy notable por su mérito literario la *Medicina en romance* y los *Problemas,* de Villalobos, de quien dice Capmany, en su *Teatro de la elocuencia:*

«Escribía Villalobos con franca y arrogante entereza, propagando muchas verdades con una libertad y sal socrática, que hace el principal precio de sus discursos morales y políticos, después del mérito de su pluma, en el manejo de su idioma patrio, cuando éste más necesitaba de buenos escritores que lo matizasen y enriqueciesen con la dulzura y gracia de un estilo florido.

»Considerando su mérito por esta parte, en justicia debe ser colocado Villalobos en el catálogo de los buenos escritores en prosa, de la tercera edad de la lengua castellana.

»En el tratado de los problemas usa de un lenguaje limpio y florido: sus composiciones son generalmente más ingeniosas que brillantes, más amenas que elegantes, más juiciosas que nobles, y más agradables aún por la novedad de las expresiones que por la de los

© Biblioteca Nacional de España

pensamientos; pero abundan de nacionales donaires, de sabrosos motes, de floridas sentencias, producidas en un estilo breve, sencillo, y, sobre todo, clarísimo.

»La demasiada familiaridad de su estilo ofendería algunas veces a la gravedad filosófica, si la útil crítica con que la sazona no supliere la falta de dignidad; y la incorrección y desaliño en que cae en algunos lugares fuera desagradable, si no la borrara la viveza y ligereza de su pluma, y en particular su pureza y propiedad en la lengua castellana, por cuyas cualidades siempre será citado más cómo buen escritor, que como grande autor.»

He aquí algunas muestras de la manera como versificaba este médico-poeta: no puede estar mejor descrita la pasión erótica:

«Verás al paciente perder sus continos
negocios y sueños, comer y beber,
congoxa, suspiros y mil desatinos,
desear soledades y lloros mezquinos
que no hay quien la valga ni pueda valer:
perdida la fuerza perdido el color
y cuando le hablan de amor luego llora
y el pulso es sin orden y mucho menor
y nunca se esfuerza y hace mayor
sino cuando puede mirar su señora.»

Villalobos combate en estos términos a la senectud, empeñada en hacer lo reservado a los jóvenes:

«Porque se casa de gana
un viejo con mil dolores
y que sufra sus hedores
una moza limpia y sana?
Quando refrenar presume
el vicio que es del demonio

© Biblioteca Nacional de España

por consumir matrimonio
su triste vida consume.

—

Porque se pinta con tino
porque se aluzia la vieja,
porque pone la cerneja
tan rubia como oro fino:
¿no sabe que la vejez
no se encubre con color:
antes se muestra mejor
cuanto es más falsa la tez?»

Un acontecimiento morboso de la más trascendental importancia surgió a fines de este siglo XV y sobre cuyo origen no andan todavía acordes los autores: tal fué la violentísima epidemia de *bubas*, o sea de sífilis, que con fulmínea rapidez se propagó por toda Europa.

Sostienen unos que el mal fué importado de América por Colón, en su primer viaje, y alegan otros que ya era conocido de antes. Es partidario del primer parecer el erudito Chinchilla, apoyado en Ruiz de Isla, que residía en la Española; del segundo el no menos ilustre D. Antonio Hernández Morejón. Y sucedió que, como nadie quería ser el autor, echábanse la culpa unas naciones a otras. Si en Castilla llamaron *bubas* a aquella terrible y funestísima enfermedad, los portugueses lo llamaron *mal de Castilla*, mientras los indios de Calcuta y demás ciudades bajo el dominio lusitano lo llamaron *mal de los portugueses;* los italianos lo denominaron *mal francés*, los franceses *mal napolitano*; los españoles *mal gálico*, los que residían en América *mal serpentino*.

Predomina hoy la creencia de que es un disparate la atribución de la sífilis a origen americano, o, mejor dicho, a la gente de Colón, de vuelta a España, y triunfa la opinión de Hernández Morejón cuando dice, refi-

© Biblioteca Nacional de España

riéndose a la especie propagada por Ruiz de Isla (el que ejerció en la Española):

«No sé cómo sin consultara la historia se haya podido dar crédito a este autor con tan necias relaciones. Colón en su primer viaje sólo llevó a la América 90 hombres, según consta de la relación de su hijo y de obras posteriores: de éstos dejó treinta y ocho en la isla Española, habiéndosele muerto entre ida y vuelta algunos, por consiguiente sólo llegaría con cuarenta o cincuenta a lo más; de manera que era necesario, como dice el erudito Floranes *que estas gentes, desde el momento de su desembarco, hubiesen ido de puerta en puerta, y de lugar en lugar, sembrando por todas partes el morbo gálico, como si fueran torbellinos disparados de la región del fuego con la misión de abrasar al mundo, según la velocidad y prontitud con que se propagó.*

»Es bien extraño que el *autor serpentino* estuviese tan a obscuras de los acontecimientos de aquella época, cuando dice que los españoles infestados contaminaron el ejército de Carlos. ¿Cuánto más verosímil sería hacer esta imputación a los cuatrocientos mil judíos expulsados de España por mandato de los reyes católicos que llegaron en gran número a Nápoles en el mes de agosto de 1492, ya heridos de pestilencia, como lo afirmaron varios autores, de tal suerte, que en el mes de septiembre siguiente murieron dentro de la ciudad más de veinte mil personas, cuya mortandad se extendió por todo el reino? He aquí por qué los franceses, no sin fundamento, llamaron aquella peste mal de Nápoles. Hubo, empero, circunstancias por las cuales la enfermedad venérea tomó un carácter tan intenso y contagioso, sin que para su explicación se necesitase apelar a los compañeros de Colón.

»Las pestes que en los años anteriores se habían padecido, como la de Granada, que contaminó el ejército de Fernando el *Católico,* la de la ciudad de Zara-

© Biblioteca Nacional de España

goza, y las sufridas en el Principado de Cataluña, y otras, revelan algo más positivo y racional que la opinión emitida por Ruiz de Isla. No es posible que un corto número de hombres ocasionase una infección tan pronta, general y grave como se le imputa.»

Lo que parece ser cierto es que siempre hubo *bubas* en el mundo, perdiéndose su obscuridad en la noche de los tiempos. Si a fines del siglo XV se exacerbó el mal, tomando carácter de epidemia, debido sería a causas especiales. Y tanto es así, que hoy aparecen momias egipcias con señales evidentes del tremendo mal.

Entre los escritores médicos catalanes sobresalieron Bernardo, que vivía a principios del siglo XV, y Antonio Amiguet, de Barcelona, a fines del mismo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

LETRAS CATALANAS EN EL SIGLO XV

LOS POETAS. — EN CATALUÑA. — EN VALENCIA.

Los poetas. Comprenderemos bajo este título no solamente la literatura del Principado, sino la de Valencia y Mallorca, ya que lo mismo un lenguaje que otro son catalanes.

«Ni los andaluces, ni los aragoneses, ni los extremeños (ninguno de los cuales se tiene por castellano), dice D. R. Miquel y Planas, han pensado jamás en sostener que la lengua por ellos hablada no sea el castellano, y eso que el habla de un gaditano, por ejemplo, en todo momento es distinguible de la de un hijo de Burgos. ¿Por qué, pues, los valencianos han de tener tantos escrúpulos en reconocer que hablan catalán?»

Sin embargo, los autores valencianos persisten en sostener que poseen lengua propia, a la que denominan *lemosina,* haciendo con ello al *llemosí* «tributario de una región francesa que tiene hoy otro lenguaje oficialmente reconocido, que es el común a toda Francia». Digamos ahora que sostienen la comunidad de lengua entre catalanes, valencianos y mallorquines Rodrigo, Jimeno, Cerdá y Rico, valencianos todos ellos; Milá

© Biblioteca Nacional de España

y Fontanals y Rubió y Lluch, catalanes, y Menéndez Pelayo, castellano.

En Cataluña. Son los siglos XIV y XV la edad de oro de la literatura catalana. Esta lengua, llegada ya a su mayor grado de desarrollo, adquirió tal perfección y sabor literario, que puede considerarse como una de las más trabajadas. «Los reyes desde su trono, dice Balaguer, los sacerdotes desde su púlpito, desde el foro los abogados, los poetas desde sus academias, desde su tribunal los jueces, desde sus escaños los legisladores, desde el campo de batalla los capitanes, todos se dirigían en catalán al público y ésta era la lengua nacional, la única que se hablaba en todas partes, la que llevaban a apartadas comarcas nuestros ejércitos vencedores, la que estaba muy lejos de poder imaginar que debía venir para ella un día en que se la llamase *dialecto* por los mismos que habían de llamar *Coronilla* a la Corona de Aragón.

»No deja de ser un singular dialecto, dice Luis Cutchet, el habla natural, materna, de todos los reyes de Aragón, desde el marido de Petronila hasta el marido de Isabel *la Católica*. En este dialecto escribió sus Comentarios D. Jaime *el Conquistador;* en él escribían y se expresaban los Pedros; en él daban los partes de sus victorias los Marquets, Rogers de Lluria, Cabreras y tantos otros ilustres almirantes; en él, prescindiendo ahora de otros mil escritores que juntos forman grandes y preciosas bibliotecas, pues siempre fueron los antiguos catalanes tan dados a letras como a armas, compusieron sus historias Muntaner, Desclot y Tomich; en este dialecto tiene páginas de magnífica elocuencia Arnaldo de Vilanova, el sabio e inmortal fundador del colegio de Medicina de Montpeller, páginas que no son celebradas como algunas de clásicos griegos y latinos, sólo por ser poco conocidas; y en este mismo dialecto, por fin, se redactaron códigos que fueron celebrados,

© Biblioteca Nacional de España

traducidos y aceptados por las más civilizadas y florecientes naciones de la tierra. El catalán sólo puede ser dialecto para aquellos que, no tan sólo ignoran esta lengua, pero además ignoran por completo la historia del país en que se habla.»

Sabido es que ya en el siglo XIV había fundado Don Juan I, *el Amador de la gentileza,* los Juegos Florales, a imitación de los de Tolosa, institución espléndidamente protegida por los sucesivos monarcas. Celebrábanse con gran solemnidad y contaban con el entusiástico concurso de D. Enrique de Aragón (el mal llamado marqués de Villena), autor del libro titulado *La Gaya ciencia.*

Del brillante estado a que llegó en el transcurso del siglo XV la poesía catalana son buena prueba los *Cancioneros* de París y de Zaragoza, en los cuales están coleccionadas gran número de composiciones de los principales poetas, comenzando por Ausias March, aunque fuera valenciano de nacimiento.

Fué éste el que, con justicia, mayor celebridad obtuvo, pues en época en que se leía poco hubieron de hacerse cuatro ediciones de sus libros, sólo en el transcurso del siglo XVI, y fueron traducidas al castellano la mayor parte de sus poesías.

Fué grande amigo y valido del príncipe de Viana, y el marqués de Santillana, su coetáneo, le llama *gran trovador,* y modernamente se le ha calificado de *Petrarca catalán.*

«Fué, en efecto, un poeta de primer orden, dice Balaguer. Todos sus cantos rebosan sentimiento y genio, y están esmaltados de grandes bellezas, con valentía en el pensamiento, con hermosura y armonía en la frase.

Qui no es trist, de mos dictats no cur (1)

(1) Quien no esté triste, no cuide de mis escritos.

© Biblioteca Nacional de España

dice una vez en un arranque de sublime melancolía.

Jo só malalt tenint lo cos tot sa (2)

exclama otra vez en uno de sus inspirados *Cantos de amor.*

Plagués a Deu que mon pensar fos mort! (3)

dice con sintética frase en otro canto, añadiendo poco después con la misma terrible y sombría energía que tiene la maldición de Job:

Malehit lo jorn quem fou donada vida! (4)

»A la mujer a quien ama le dice en una de sus poesías:

Casta no sóu perque Deu ne vol casta (5).

Y en otra apostrofa al amor con estos versos traducidos al castellano por Garcilaso de la Vega:

Amor, amor, un habit m'he tallat
de vostre drap, vestintme l'esperit.
En lo vestir molt ample l'he sentit,
e fort stret cuant sobre mi's estat (6).

»Valencia y Cataluña se disputan la gloria de ser la patria de Ausias March. Dicen los valencianos que fué señor de Beniarjó, cerca de Gandía, y que como tal sin duda, de los profesores que de cuando en cuando

---

(2) Enfermo estoy teniendo el cuerpo sano.

(3) Pluguiese a Dios que hubiese muerto mi facultad de pensar.

(4) Maldito el día en que nací a la vida.

(5) Virgen no sois porque Dios ha querido que quedase raza vuestra.

(6) Amor, amor, un hábito he vestido
del paño de tu tienda bien cortado:
al vestir le hallé ancho y holgado,
pero después estrecho y desabrido.
(Soneto XXVII de Garcilaso.)

© Biblioteca Nacional de España

venían a nuestro país a celebrar públicas academias, en donde leían, explicaban y comentaban la *Iliada*, la *Eneida* y los poetas griegos y latinos.»

Aparte de esta poesía erudita había otra, popular, compuesta de cantos y romances, algunos admirables, y que aumentaron de una manera extraordinaria en el transcurso de los dos siguientes siglos. A esta poesía anónima pertenece el famoso *Virolay de la Verge de Montserrat:*

Rosa plascent, soleyl de resplandor,
Stela luscent, johell de sant amor,
Topaci cast, diamant de vigor,
Rubís millor, carboncle reluscent':
Lir trascendent, sobrant tot altre flor,
Alba jausent, claretat sens foscor,
En tot contrast ausist lo pecador,
A gran maror, est port de salvament,
Aygla capdal, volant pus altament,
Cambra reyal del gran omnipotent
Parfaitament auyats mon devot chant,
Per tots priant siatmos defendent.

En Valencia. No a menor altura que los poetas catalanes rayaron los valencianos, y aun tal vez les superaron en número: ya hemos hablado de Ausias March, y a este nombre glorioso hemos de añadir ahora los de Juan Roig de Corella, Jaime Roig Gasull, Bernardo de Fonollar y tantos otros.

Jaime Roig es el autor celebérrimo del *Llibre de les dones*, llamado también el *Spill* y de *Lo Procés de les olives*, satíricas ambas y asaz picarescas. *El proceso de las Aceitunas*, por ejemplo, consiste en una discusión entre mosén Fenollar y Juan Moreno, mozo, al preguntarle el primero al segundo: ¿Cómo os las componéis, al comer aceitunas, para sacarles el hueso, y al

© Biblioteca Nacional de España

comer caracoles, para hacerles salir de su concha, no pudiendo yo hacerlo con las solas encías por carecer de dientes?»

Bajo tal enunciado se desarrolla, sin embargo, una conversación libertina, pero en la que se mantiene de tal manera el equívoco que podría pasar por inocente del todo.

Tomó a su cargo la resolución de la disputa el caballero mosén Jaime Gazull en el *Somni de Joan Joan,* no poco libre, declarándose la victoria a favor de los mozos contra los viejos.

Ambas obras tuvieron muchos imitadores en el siguiente siglo.

También pertenece a la xv.ª centuria *La Brama dels Llauradors,* que sólo puede interesar como pasatiempo filológico.

La *Obra pera'ls vells* es un alegato en favor de los viejos, original de Juan Moreno, autor también del *Coloqui de dames,* una de las obras más escandalosas que se hayan escrito jamás, y anterior a 1486.

De otra índole es Juan Roig de Corella, pues dejó varias poesías religiosas llenas de exquisito sentimiento. A este poeta cupo el honor de que sus obras figurasen entre las primeras que se estamparon en España.

Aparte de los citados son innumerables los poetas que florecieron en Valencia en el transcurso del siglo xv, según demuestra el libro que con el título de *Obres e trobes, les quals tracten de lahors de la sacratíssima Verge Maria,* contiene las composiciones presentadas asistió a las Cortes de Valencia en 1446, mientras, por el contrario, pretenden los catalanes que fué natural de Cervera, donde es positivo que la familia March tenía el señorío de los lugares de Montcortés y Canós.»

Otros poetas son Arnaldo March, que floreció a principios del siglo xv, Bernardo Miguell, Jaime March,

© Biblioteca Nacional de España

Jordi de Sant Jordi, de quien hay copiadas siete poesías en el *Cancionero* de Zaragoza y otras en el de París, poeta petrarquista, tan inspirado como elegante; Pedro March, Luis de Vilarasa, Luis de Requesens, Francesch de la Vía, Perot Johan, Pedro Torroella, que escribió en catalán y en castellano, Leonardo de Sors, Jaime Safont, y los que diremos luego. En su mayoría estos poetas son hoy de difícil lectura, por lo conceptuoso de su estilo y la eterna loanza o censura de las mujeres, a que se reduce la mayoría de los asuntos. Otras veces caen en lo licencioso, y entonces, en vez de pecar de insípidos alcanzan el mayor grado de inmoralidad.

Continuando la enumeración de poetas del siglo XV, citaremos a Pedro Galvany, Ramón Savall, Arnau de Vill, Francisco Ferrer, Boxadors, Garau, etc., etc., todos ellos igualmente sentimentales y medianos.

Añadamos ahora Guillermo Gibert, que cantó en sentidas endechas la muerte del Príncipe de Viana; Juan Fogassot, que también dedicó al mismo asunto unas hermosas estrofas; Juan Scrivá, traductor de Ovidio; Fray Rocabertí, autor de los poemas *Comedias e la glosa d'amor;* Francisco de Pinós, camarlengo del príncipe de Viana y cantor también de su trágico fin; Pedro Coromí; Baltasar Balaguer, poeta religioso, mosén Estanyá, poeta verdaderamente inspirado y lleno de hondo sentimiento, como lo demuestra esta canción:

Rich só d'enuigs e pobre de conhort.
Luny de tot be, abundat en dolor,
Desventurat e mal content d'amor.
Essent jo viu, vos dich que ja só mort.
No trob remey, ni sé a qui m'acost,
Ne passe temps en res que pler me sia,
Perque am mes la mort quem sia tost

© Biblioteca Nacional de España

Que viure luny de vos qui sou m'aymia.
O trist de mi, catiu en mala sort,
E corregut de mos mals e tristor,
Desventurat e mal content d'amor,
Essent jo viu vos dich que ja só mort.

Citemos, finalmente, a Cariteu, que no sólo trovó en catalán sino también en italiano, pues en Italia vivió casi siempre, habiéndose impreso sus poesías con el título de *Opere del Chariteo.*

«En el cancionero de París, dice Balaguer, en el *Jardinet dels orats* de la Biblioteca de Barcelona, y en varias colecciones, hay poesías de otros muchos autores de la época, entre ellos *Azá* o *Azam, Ramón de Cardona, Baltasar Portellas, Vilagut, Bernardo Serra, Juan Rocafort, Ramis, Pastrana, Pedro de Queralt, Francisco Oliver, Verdú,* los tres hermanos *Masdovellas* (Pedro, Juan y Berenguer), *Francisco Guerau, Martín Gralla, Figueras, Ferrando, Pedro Dabella* o *de Abella, Lorenzo Mayol, Puig* y *Pujol.*

»Y adviértase que las obras de todos estos poetas pertenecen a la literatura seria, científica, digámoslo así; a la poesía considerada como ciencia, y ejercida por jóvenes entusiastas que eran asiduos discípulos, al certamen celebrado en dicho año. Véase si hay poetas y copleros:

Fray Luis Despí, virrey de Valencia, Jordi Sentellas, Juan Roig de Corella, Bernardo Fonollar, Francisco Casteliví, Barceló, Juan de Nagera, Berenguer Cardona, Pedro Pérez, Juan Moreno, Antonio Valmanya, Luis Monyoz, Juan Gamiza, Arcís Vinyolas, Sombrebero, Lenzol, Genis Fira, Miquelot Pérez, Villalva, Juan del Bosch, Gazull, Luis García, Bernat Despuig, Jerónimo Monzó, Bernardo Valmanya, Pedro de Civillar, Lorenz Diamant, Juan San Climent, Bartolomé Salvador, Juan Berdanxa, Luis Catalá, Bartolomé Di-

© Biblioteca Nacional de España

mas, Francisco de San Ramón, Mateo Esteve, Pedro Alcanys, Jaime Roig, Pedro Bell y Juan Vidal.

Digamos ahora que este libro, a todas luces *fué el primero que se ha impreso en España,* en la ciudad de Valencia, el año de 1474.

Cabe a Valencia el honor de haber excedido a todos los demás reinos en punto a la protección concedida a la poesía y al fomento de la cultura.

Consta, en efecto, que aquellos dignos jurados habían llamado, primero, en 1423 y después al siguiente, a un famoso humanista veneciano llamado Maestro Guillermo, pagándole cada vez cien florines de oro, para que diese lecciones públicas de literatura latina en las Casas Consistoriales. Sábese que habló de Virgilio y de Boecio, cuyo libro *De Consolatione* gozaba entonces de gran predicamento.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

LETRAS CATALANAS. — LOS PROSISTAS

LOS HISTORIADORES. — LOS JURISCONSULTOS. — TEÓLOGOS Y FILÓSOFOS. — LA NOVELA. — BOSCÁN.

Los historiadores.

«Los principales historiadores catalanes, dice Balaguer, están representados por Pedro Tomich, autor de las *Histories e conquestas del realme de Aragó e Principat de Catalunya;* por Gabriel Turell, de quien son obras el *Recort historial* y el *Tractat de la armería;* por Bernardo Boades, autor del *Llibre dels fets d'armes e eclesiàstichs de Catalunya;* por Andrés Alfonsello, que escribió unas notas sobre las guerras de este país en tiempo de Juan II; por un llamado Boschá o Boscá, autor de los *Anals de Barcelona desde el any* 1195 *a* 1480; por Miguel Pablo Fadell, que escribió un dietario del cual dicen haberse servido Diago para formar su historia de los condes de Barcelona; Jaime García, antecesor de Carbonell en el cargo de archivero y autor de una *Historia de Catalunya;* Marcos Iglesias, que escribió sobre antigüedades y orígenes de algunos monasterios; y, finalmente, por Jerónimo Pau, hijo del jurisconsulto del mismo nombre, que fué canónigo de Barcelona, pasando

© Biblioteca Nacional de España

Roma, donde fué bibliotecario del Vaticano, sabiéndose de él que dejó escritas en latín dos obras con el título de *Barcinona* y otra con el de *Fluminibus et montibus Hispaniæ*.

Jurisconsultos Fué en esta parte riquísima Cataluña, así como en teólogos y filosófos. Brilló entre los legistas Guillermo de Vallseca, de quien dice Zurita «que era la persona de más autoridad y crédito y más estimada sobre los letrados que concurrían en el Principado, y de mucha virtud y bondad, y de muy buena conciencia y fama; y que era varón de mucha autoridad y de gran ciencia en la profesión del derecho civil, y de un ingenio muy singular..., en cuya persona todo el Principado hacía tanta confianza, que le tomaron por consejero común, como a persona de puro corazón y muy limpio en las manos y de una gran bondad e integridad».

Escribió Vallseca muchos y buenos comentarios sobre los *Usatjes* y demás constituciones de Cataluña, y votó en favor de D. Jaime de Urgell, en el Parlamento de Caspe, en el cual fué uno de los compromisarios.

Fueron asimismo grandes letrados Tomás Mieres, Callís, Marquilles, Gualbes, Riusech, Montserrat, etc., comentadores de las constituciones de Cataluña, de los fueros de Valencia, etc.

Entre los teólogos y filósofos descuellan San Vicente Ferrer, que tan decisiva influencia ejerció, aunque contra derecho, en el Parlamento de Caspe; Bernaldo Boil, el primer patriarca del Nuevo Mundo; Pedro Degás, Pedro Descós y Juan Llobet, insignes catedráticos de la Universidad de Mallorca, o *Luliana*, y lulianos todos ellos y el famoso Sabunde, catedrático de la Universidad de Tolosa, de quien hay que hablar con particular detenimiento.

«Este notabilísimo filósofo español, dice D. Anselmo Herranz, que cierra con broche de oro el período de la

© Biblioteca Nacional de España

escolástica, nació en Barcelona, fué médico, y por los años de 1436 enseñó Filosofía y Teología en Tolosa de Francia. Es lo único que se sabe de su vida. Su obra tan importante y popular, que se llamó *Liber creaturarum, sive de homine,* y que hoy generalmente lleva el título de *Teología natural,* es, por su contenido, un tratado de Teología ético-cristiana. Por más que algunos le han calumniado de racionalista, su doctrina es la de Santo Tomás, si bien discrepa en el método y modo de tratar las cuestiones. Así como Santo Tomás, que escribía para los fieles, toma por base la Escritura, la tradición y enseñanzas de la Iglesia y llama en su ayuda a la razón y a la ciencia, Sabunde, que escribía para los no creyentes, se sirve sólo, para hablar de Dios, de sus atributos, del pecado, etc., de argumentos naturales. Sin ser discípulo de Raimundo Lulio, sin seguir el método y opiniones de éste, coincide Sabunde con él en algunos puntos, como en exagerar las fuerzas de la razón humana con respecto a las verdades de la fe y sobre todo con relación a la Trinidad. Los que pueden reclamarlo por suyo no son los occamistas y racionalistas, sino los ontólogos, ya que Sabunde admite el valor científico de la prueba ontológica para demostrar la existencia de Dios, adelantándose a Descartes y sobrepujándole en las explicaciones al orden moral y práctico que dió a esta demostración, y echando mano, además, de la prueba moral empleada siglos después por Kant. Este es el gran mérito de Sabunde, cuya doctrina contiene el fondo y la esencia de la *Crítica de la razón práctica.*»

Entre los sabios de lengua catalana mentaremos al geógrafo Jerónimo Pau; a los astrónomos y astrólogos Bernardo de Granollach, Juan Vila y Matías Vila; y al insigne cosmógrafo Jaime Ferrer, de Blanes.

La Novela. Cuenta la literatura catalana con un libro de caballería tan famoso como el mismo

© Biblioteca Nacional de España

Amadis de Gaula, sin que quepa duda sobre su verdadero origen, *Tirant lo Blanc,* aparte de otros muchos de igual índole, importante alguno de ellos.

Tal es el caso de *Curial y Guelfa,* novela, mejor que caballeresca, erótico-sentimental, visiblemente inspirada en la *Fiammèta* de Boccacio, tan imitada en España, como queda dicho, aunque también haya motivos para creerla de origen francés. La acción pasa en Montferrato, y consiste en que ofendida una dama por su indiscreto caballero, de estirpe catalana, le despide, diciéndole que no volverá a admitirle en su gracia hasta que cien varones, cien caballeros, cien damas y cien doncellas griten a una *¡Perdón!* sin saber por qué.

El galán, que no es lerdo, compone entonces una canción para ser cantada en un concurso poético al que asiste su dama, en la cual se comparaba con el elefante caído, que no puede levantarse sin ajeno auxilio. El estribillo es *¡perdón!* y *¡perdón!* exclamó todo el concurso con lo cual hubo de ser perdonado por la altanera señora. Califica Milá y Fontanals esta novela de *mezcla de gótico y renacimiento,* género muy común en aquella época.

También deben colocarse entre los libros de caballería algunas novelas en verso, como la *Faula* de Guillem de Torrella, inspirada en el ciclo de la Tabla Redonda; *Blandin de Cornualles,* de autor catalán, escrita en provenzal; *Storia del amat Frondino et de Brissona,* en prosa y verso, en forma epistolar.

No tienen comparación, sin embargo, en importancia, con *Tirant lo Blanch,* que Menéndez y Pelayo tiene por el mejor libro de caballerías después del *Amadis de Gaula.* Su autor es el valenciano Johanot Martorell.

La obra es eminentemente realista, y en muchos pasajes escandalosa. Parece que Martorell la escribió primero en portugués y la vertió después al catalán,

© Biblioteca Nacional de España

o valenciano si se quiere, y aun llegando a más, parece deducirse que fué en su origen un libro inglés, aunque se tiene esto por ficción del autor, según costumbre del tiempo; con todo, esto no es más que una hipótesis, y bien pudiera ser verdad, aunque no se conozca ningún *Tirante* británico.

Parece lo más natural suponer que en *Tirante el Blanco* entran elementos de muy distinta procedencia, combinados con el fondo original, pues el autor viajó mucho y leyó, por lo que resulta del texto, muchos libros de pasatiempo. Por lo demás, como no se trata más que de un rápido resumen histórico y no de un tratado de historia de la literatura, nos limitaremos a decir que, según Menéndez y Pelayo, es *Tirant lo Blanch* «uno de los libros más catalanes que existen, con cierta indefinible nota de gracia y ligereza valenciana, que le da un puesto aparte entre los prosistas de aquella literatura, como a Jaime Roig entre los poetas».

Citemos ahora una rara particularidad, y es que este libro tan primoroso tuvo muy poca resonancia en España; en catalán sólo tuvo dos ediciones, en el siglo XV, y en castellano una sola, mientras obtuvo un éxito inmenso en Italia, donde fué objeto de numerosas imitaciones, debiendo contarse entre éstas las de Mateo Bojardo, Ludovico Ariosto y Mateo Bandello, del cual tomó Shakespeare el argumento de *Mucho ruido para nada.*

Aunque compuesta a últimos del siglo XIV, puede incluirse entre las producciones del siguiente, pues todavía vivía y escribía en éste su autor, *Lo Somni d'en Bernat Metge,* libro calificado por Rubió y Lluch de «joya de la prosa catalana» y de «reina de los diálogos de nuestra lengua adornada con ática y ciceroniana elegancia». Se trata de un sueño en el que disertan las sombras de D. Juan I y numerosos personajes de la antigüedad acerca de la inmortalidad del alma.

© Biblioteca Nacional de España

Sábese de Bernat Metge que estuvo al servicio de los reyes D. Juan I y D. Martín *el Humano* (fallecido éste en 1410, y al cual sobrevivió nuestro autor), tradujo del toscano el libro de *Valter y Griselda*, de Petrarca, y compuso un poema titulado *Llibre de Fortuna y Prudencia*.

Abundan en *Lo Somni* las traducciones literales de Cicerón y Boccacio, aunque sin citar a los autores, procedimiento a la sazón nada extraño, pues igual hicieron el infante D. Juan Manuel con el beato Ramón Lull, y el capitán Salazar con Maquiavelo, sin que eso amenguase en lo más mínimo su mérito.

Boscán. Llegados ya a fines del siglo XV encontramos a un poeta catalán, barcelonés, a quien le cabe la singular fortuna de haber iniciado la revolución que trastornó por completo el curso de la poética castellana, «abriendo el cauce toscano» por donde tan caudalosa debía correr aquélla. Y, en efecto, *si no introdujo, aclimató* en Castilla el *verso endecasílabo* y *el soneto*.

Nació mosén Juan Boscá Almugáver en Barcelona, de familia de *ciutadans honrats*, ignórase el año. Pasó muy joven a la corte de los Reyes Católicos, donde recibió lecciones de Lucio Marineo Sículo y castellanizó su apellido Boscá o Boschá en el de *Boscán*. Estuvo en el sitio de Granada, fué preceptor, a su vez, de don Fernando de Toledo, hijo del duque de Alba y, por fin, se estableció en su patria natal, donde casó con la hermosa valenciana D.ª Ana Girón de Rebolledo, a cuyo lado fué sumamente dichoso, según escribía él mismo a D. Diego Hurtado de Mendoza.

Figuran en el *Cancionero* de Zaragoza dos *Danzas de amor* en catalán, que no pasan de medianas; pero su importancia, como queda dicho, depende de haber introducido en la poesía castellana el metro italiano, revolución que acabó por triunfar, después de una gran

© Biblioteca Nacional de España

resistencia de los tradicionalistas contra los modernistas, fué gracias a Garcilaso de la Vega, discípulo de Boscán y apasionado amigo suyo.

No vale gran cosa este poeta como versificador, pues sus versos no son nada armoniosos; pero, en cambio, puede figurar entre los mejores prosistas castellanos como traductor del famoso *Cortigiano* de Baltasar Castiglione.

La literatura española, por lo dicho, recibió numerosos elementos italianos, o, mejor dicho, toscanos, con Petrarca, Boccacio y los autores que florecían en aquel brillante siglo XV, en que España imponía su dominación a Nápoles y disponía a su antojo de la suerte de aquella península.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

LAS BELLAS ARTES

ARQUITECTURA. — ESTILO MUDÉJAR. — RENACIMIENTO. — ESCULTURA. — PINTURA. — LOS CUATROCENTISTAS CATALANES. — GRABADO. — INFLUENCIAS EXTRANJERAS EN EL ARTE ESPAÑOL.

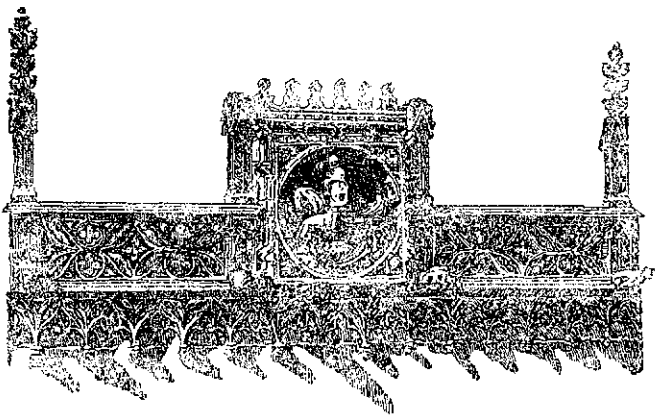
Arquitectura. Continuó dominando en el siglo XV, hasta pocos años antes de su terminación, el estilo ojival, pero con características especiales, lo cual ha hecho se le diera el nombre de *gótico florido*, y cobró gran vuelo la llamada arquitectura *mudéjar*, uno de cuyos rasgos era la riqueza y perfección de los *artesonados*, o *alfarjes*.

Hay que enlazar la aparición del gótico florido con el cambio experimentado en la sociedad, pues de lo anteriormente dicho podemos colegir que las costumbres habían sufrido gran relajamiento, sobre todo bajo los reinados de D. Juan II y Enrique IV, en Castilla, y con el mayor comercio con Italia, donde nunca había podido echar raíces el ojival, y menos en el Sur, que es donde dominábamos. De ahí que el gótico, tan elegante y majestuoso en el siglo XIV, sufriese como una decadencia en el de que tratamos.

Animadas todas las clases sociales por el espíritu de novedad, cansábanse ya del gótico tal como había

© Biblioteca Nacional de España

sido hasta entonces, y para halagar aquel afán por cambiar aumentaron los arquitectos las cresterías, las agujas, los calados, los festones; alteróse la forma de los arcos, siendo reemplazada la ojiva por el arco conopial, el elíptico y el adintelado; fueron con mucha frecuencia sacrificados los capiteles y se adelgazaron en extremo las columnas; los muros, en vez de su antigua lisura se cubrieron de ornamentación y se procuró real-



Friso decorativo gótico. (Palacio de la Generalidad de Barcelona)

zar el interés de las fachadas con grandes y variados cuadros de relieve que atrajesen la atención.

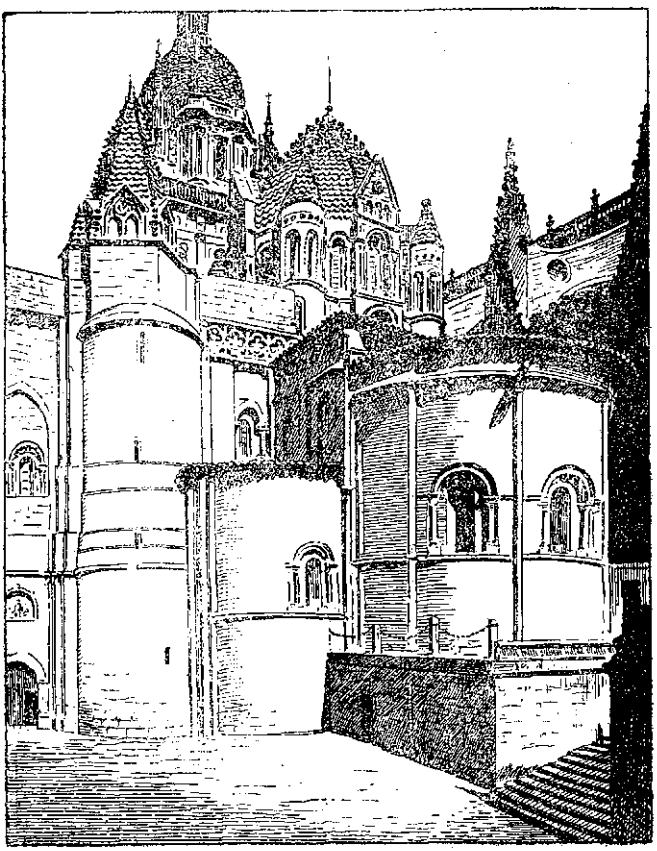
Así resultó que se exageraron al extremo los alardes de fantasía, se olvidó la armonía matemática a que tan rígidamente se habían ajustado los antiguos mazoneros, esclavos del *módulo,* y las majestuosas masas y la pureza de las líneas desaparecieron bajo la recargada ornamentación de los follajes.

Justo es decir, sin embargo, que durante el primer tercio del siglo XV nuestros arquitectos, López y Goini en Navarra, Balaguer en Valencia, Rodríguez Carpintero en Salamanca, Abiell en Barcelona, Anti-

© Biblioteca Nacional de España

goni en Castelló de Ampurias, Carpintero en Valladolid, Sagrera en Mallorca, resistieron la corrupción y que ésta fué importada por extranjeros, especialmente flamencos y alemanes.

Aparte hay que señalar un cambio de grande importancia, realizado principalmente en la Corona de Aragón (Mallorca, Gerona, Barcelona), y es que al



Catedral nueva de Salamanca

© Biblioteca Nacional de España

objeto de que pudiesen caber holgadamente en los templos las multitudes, ya que la población había ido aumentando, y por otra parte, de cada día eran en mayor número los conversos, se les dió mayor espacio construyéndolos de *una sola nave,* con lo cual se suprimían las columnas de las naves laterales.

Mucho se edificó durante esta centuria, de manera que no quedó rezagada España. Pertenecen al siglo XV la catedral de Sevilla, comenzada en 1402; la admirable cartuja de Miraflores, comenzada por Enrique III y concluída por D. Juan II; el monasterio de San Jerónimo de Madrid, fundado por Enrique IV; en el alcázar de Segovia, la grandiosa torre de D. Juan II; el castillo de Fuensaldaña (Valladolid), el de Astorga y otros muchos no menos elegantes; la célebre *Casa del Cordón,* de Burgos; la hermosa iglesia de San Juan de los Reyes de Toledo, famosa por sus espléndidos y delicados detalles.

Hacia 1455, Fernando Ruiz, constructor de la catedral de Sevilla, elevaba la famosa Giralda, y Alfonso Berruguete, pintor, arquitecto y, principalmente, escultor, de la escuela de Miguel Angel, construía preciosas sillerías.

En la Corona de Aragón se levantaba la catedral de Huesca y se llenaba de construcciones góticas y mudéjares Zaragoza, siendo famosa entre las primeras la Lonja.

En Valencia se empezaba la construcción del cimborio y continuaba la de la célebre torre del Miguelete, empezada en 1385 y no terminada hasta 1525.

En Mallorca se construía la incomparable Lonja, el más bello ejemplar de gótico alemán del tercer período, parco en ornamentación, y modelo en cuanto a la noble disposición de sus partes.

Barcelona se hermoseaba con preciosos monumentos: en 1400 quedaba terminada la fachada gótica de

© Biblioteca Nacional de España

las Casas Consistoriales. Su peregrina catedral se enriquecía con la maravillosa puerta de la Piedad y con la espléndida sillería del coro. El palacio de la Generalidad tenía por fachada principal la tan exquisita que se levanta hoy en la calle del Obispo con su magnífico medallón de San Jorge, obra de Pere Johan (1419), e interiormente contenía, de igual período, el maravilloso patio y su galería, que parecen arrancados de la *Ca d'Oro* de Venecia, el patio de los Naranjos y la gótica capilla de San Jorge (1432).

En toda Cataluña fueron muchos los conventos y monumentos que se edificaron en el transcurso de este siglo. En Gerona se construía su magna catedral, de una sola nave, y lo mismo en Lérida, para substituir a la primitiva.

Un autor insigne, el inglés Street, defiende la originalidad de la arquitectura ojival catalana, como ocurre en el condado de Norfolk respecto al resto del arte ojival inglés, y dice que por consiguiente su estudio tiene más interés que el de las grandes construcciones erigidas según un estilo trasplantado, como las catedrales y otros monumentos de Toledo y Burgos. Uno de los caracteres de esa arquitectura es la erección de iglesias de enorme y casi no igualada extensión interna.

Con todo, alguna vez nos ve Street inclinados hacia el arte extranjero; a Italia en la catedral de Tarragona (por más que, a causa de la larguísima duración de su construcción, reinen en ella multiplicidad de estilos); a la arquitectura gótico-alemana en la Seo de Manresa.

Estilo mudéjar.

Hablamos ya del primer monumento mudéjar completo que se conserva, o sea del alcázar de Sevilla, construído en tiempo del rey D. Pedro I de Castilla. En este mismo siglo (el XIV) construyeron los arquitectos (*alarifes*) mudéjares, la famosa Sinagoga de Toledo, hoy Santa María del Campo.

© Biblioteca Nacional de España

Es el mudéjar una mezcla del estilo árabe con el estilo gótico, y son en gran número los monumentos españoles pertenecientes a este orden, especialmente en los reinos de Castilla y en Aragón, mientras brilla por su ausencia en Cataluña y Galicia.

Entre las mejores construcciones mudéjares citaremos el palacio episcopal de Alcalá de Henares, el palacio de los Mendozas, de Guadalajara, las casas de los Ayalas y los Mesas, en Toledo, la de los duques de Alcalá de Guadaira, en Sevilla, y en Zaragoza la derruída Torre Nueva, el palacio de la Diputación (1437-1440), la Lonja, el arco de Ceneja, la iglesia de San Pablo, etc., etc. En estas construcciones entra en gran proporción el ladrillo.

Renacimiento En la última década del siglo XV, mientras continuaba el ojival en casi toda la parte española de la península (esto es, excluído Portugal, donde se inauguraba el soberbio estilo llamado *manuelino,*) se introdujo el Renacimiento, pero con caracteres especialmente propios, y muy distintos de los que caracterizan los renacimientos italiano y francés.

El renacimiento español, que se llamó *plateresco,* por lo mucho que contribuyó a su adopción la escuela *de plateros* de Toledo, fué importado primitivamente por el flamenco Enrique Egas, autor de la fachada, patio y escalera del hospital de Santa Cruz de Toledo, del Colegio de Santa Cruz de Valladolid y del Hospital real de Santiago. También florecieron por este tiempo Juan Gil de Hontañón, autor de los planos de la catedral nueva de Salamanca, y Juan de Álava, autor del claustro de la catedral de Santiago.

Con eso terminamos la parte relativa a la arquitectura del siglo XV, pues el desarrollo del plateresco corresponde ya al siguiente.

Escultura. Después de haber quedado como estacionada la estatuaria durante el siglo XIV,

© Biblioteca Nacional de España

aunque no la escultura ornamental, en consonancia con la marcha de la arquitectura, renació en el siguiente, debiendo citarse entre los maestros más conocidos al célebre Gil de Siloe, en Burgos; Juan Alemán, en Toledo; el maestro Rodrigo, Dancart, los Colonias, los Guas, los Egas, Diego Copin de Holanda, Nufro Sánchez, Pedro Millán, Bernardo y Pere Juan de Tarragona, Clapós, de Barcelona, Sagrera, de Mallorca, etc.

Hay que notar que la mayoría de esos escultores eran flamencos y alemanes, y sobresalían no solamente en la escultura en piedra, sino tal vez todavía más en la de talla, no teniendo rival en el manejo de la gubia, de donde su grande habilidad en la construcción de retablos y de sillerías de coro.

Eran a la sazón Franconia, Suabia, las provincias del Rhin y Brabante un centro productor artístico, cuyas obras eran exportadas a todos los países, fuera de Francia, que contaba con arte propio, y no sólo esto, sino que aquellos maestros solían, con mucha frecuencia, avecindarse en el extranjero, principalmente en Rusia, España y Portugal. Así hubo, desde largo tiempo, en Toledo, una colonia de escultores y entalladores flamencos, mientras se fijaban en Burgos los de Colonia.

Advirtamos que, según los más autorizados pareceres, muchas esculturas del siglo XV, atribuídas a artistas locales, fueron tal vez debidas a extranjeros; la escultura verdaderamente española será la de los imagineros, posteriores a la época que decimos.

A propósito de nuestra Estatuaria religiosa señalaba el ilustre arqueólogo D. Antonio López Ferreiro los siguientes caracteres distintivos: «En primer lugar, dice, en el extranjero las estatuas solían hacerse de mármol o bronce; en España se hacían ordinariamente de madera. En segundo lugar, en el extranjero las estatuas no tenían más color que el natural de la mate-

© Biblioteca Nacional de España

ria de que estaban formadas; en España fué siempre general costumbre pintar las imágenes. A veces sobre la escultura ponían lienzo pegado para extender mejor sobre él los colores. Las encarnaciones suelen ser hermosísimas, y los vestidos muy adornados de lo que se llama *estofado* (de *estofa*, tela), que consistía en un dibujo de follaje, flores u otra cosa parecida, trazado como con un punzón, ordinariamente en fondo de oro. En muchos casos se *estofaba* también el camarín que ocupaba la imagen. En tercer lugar, en España es costumbre vestir las imágenes con paños o trajes naturales; lo cual, si en las que se sacan en las procesiones puede tolerarse, porque las hace más movidas, en las que están fijas nada tiene de artístico. Por último, otra especialidad de la Estatuaria española, es el carácter eminentemente religioso que domina en sus obras.»

Débense a maese Rodrigo las sillerías de las catedrales de Plasencia, Ciudad Rodrigo y la baja de Toledo; a Dancart, flamenco también, el retablo y la sillería de Sevilla; Gil de Siloe fué como el anillo que enlazó el Renacimiento con la antigua estatuaria; se le deben los magníficos sepulcros de D. Juan II y del infante D. Alfonso en la Cartuja de Miraflores y muchas esculturas de la catedral de Granada. A este mismo período pertenecen Nufro Sánchez y Pedro Millán, que no se sabe a punto fijo si fueron españoles.

«En las regiones aragonesas, *y con anterioridad a esa influencia septentrional*, dice el ilustradísimo profesor D. Elías Tormo, hay obras de mayor grandiosidad de concepción, aunque de factura menos acabada, como las de Vallfogona, en Tarragona y Zaragoza, las de Clapós en Barcelona y las de Sagrera en la Lonja de Palma.»

En Cataluña fué admirable el desarrollo que alcanzó la escultura indígena, y algunas de sus obras

© Biblioteca Nacional de España

no reconocen rival en toda España. Tal es el retablo del altar mayor de la Catedral de Tarragona, obra del citado Vallfogona, hijo de Bernardo, maestro aparejador de la catedral, aunque no se firmaba así, sino «de Tarragona». El ilustre historiador D. Emilio Morera dice de este retablo que es un ejemplar maravilloso del arte gótico florido, sin que tenga otro con que compararse, ni en el conjunto ni en sus detalles. Sobre el basamento recamado con varios grupos de ángeles que sostienen los blasones de la Iglesia Tarraconense, en el centro, y el de los prelados iniciadores del proyecto, a ambos lados, se levanta el primer cuerpo de aquel espléndido monumento, en el que campean siete cuadros finísimamente burilados sobre duro alabastro, con pasajes de la vida y martirio de Santa Tecla, viéndose llenos los marcos de primorosos calados, pinaretes, arabescos, follaje y tal número de detalles, que su ejecución resulta inconcebible. Tres estatuas de extraordinaria magnitud se destacan en el segundo cuerpo, también de fino alabastro (*de Sagaró* y *Besalú*), la de la Virgen con el Niño Jesús en brazos y la inscripción gótica, en su artística peana *Ave regina cœlorum*, y las de Santa Tecla y San Pablo a su derecha e izquierda, cubriendo los intermedios otros doce cuadros, con afiligranado doselete, en que esculpió el artista misterios de la vida, pasión y muerte del Salvador. Sobre las tres estatuas se levantan airosas otras tantas agujas de roble, de fina labor gótica, como último cuerpo del retablo, cercana su punta, rematada con una cruz con el vértice del cascarón absidado, corriéndose en el espacio que aquéllas dejan, la bella crestería del mismo gusto y primor, que a la vez sirve de remate al retablo.»

Otro escritor, citado por D. Juan Justo Huguet, exclama: «¿Es posible que manos humanas pudieran dar a aquellos follajes tanta delicadeza y tanta belleza

© Biblioteca Nacional de España

a sus figuras?» Elogios no menos entusiastas ha prodigado recientemente a la maravillosa obra nuestro amigo el ilustradísimo profesor de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona Sr. Rodríguez Codolá, considerando el retablo de Tarragona como una obra maestra incomparable.

Este mismo Pedro Juan de Tarragona, o Vallfogona, pasó luego a Zaragoza, donde, en 1445, construyó el famoso retablo de aquella Seo.

Fallecido Pedro Juan de Tarragona, continuó el retablo, especialmente las agujas y la crestería, el escultor o *imaginero*, como le titulaba Pedro Juan, Guillermo de la Motta, que al parecer trabajaba ya anteriormente con él y en el cual se refleja la influencia florentina.

Volviendo a la catedral tarraconense diremos que su admirable coro es de orden gótico puro; las sillas, en número de 120, son de madera del bosque de Poblet y roble de Flandes, obra del escultor zaragozano Pedro Gomar (1478).

En Barcelona, como capital del Principado de Cataluña, llena de monumentos, abundaban en gran manera los escultores, habiendo recogido D. José Mas, Presbítero, en el archivo de la Catedral, los siguientes nombres de *ymaginaires:* Francisco Marata y Francisco Roure (1402); Pere de Anglada, Lorenzo Rexach y Pedro Moragues (1403-1405); Jaime Ribé (1422); Julián Nofre (1433); Pedro Oller (1439); Bertrán Tolosa, Bernardo Andreu, Antonio Clapós o Claperós (1441-1449); Juan Frederich, Miguel Lluch, Bernardo Lidenzel, N. Durán, Juan Casel, Franci Porxet, Daniel Rutart (1490-1499).

Hemos hablado ya del soberbio medallón de San Jorge, en la fachada de la Diputación, correspondiente hoy a la calle del Obispo, obra de Pere Johan (1419). Hay que retener el nombre de Clapós o Claperós (pa-

© Biblioteca Nacional de España

dre e hijos) como autores de las innumerables gárgolas de la catedral, modelo en su género.

Estos escultores catalanes se formaron evidentemente en su país, pues no se ve rastro de que hubiesen estado ni en Borgoña, ni en Pisa, ni en Florencia.

Estas diversas escuelas: flamenca, alemana, castellana, aragonesa, catalana acabaron por recibir la influencia poco menos que incontrastable del renacimiento italiano, aunque «tratadas casi siempre con cierta mezquindad goticista» (Tormo).

Pintura. Aunque la pintura española no adquirió carácter propio hasta el siglo XVI, con todo, no dejaron de florecer, con anterioridad, ilustres autores.

Aunque es costumbre reducir a tres nuestras escuelas: la castellana, la andaluza y la valenciana, debe en justicia agregarse otra, cual es la catalana, precisamente la que más brilló en el siglo XV, dejando aparte algunos maestros castellanos, como Antonio del Rincón, pintor de los Reyes Católicos, en el cual se hace visible la influencia del flamenco y el italiano.

Otros pintores fueron Pedro Berruguete, Santos Cruz, Alejo Fernández, de Sevilla, Juan de Borgoña, Pedro de Córdoba, Alfonso de Baena (que trabajó mucho en la corona de Aragón), Juan Sánchez de Castro, cordobés también, como Bartolomé Bermejo, Girón, Rodríguez de Sánchez, Camargo, Gaspar Gurrea, Pedro Vello, Berenguer Gurrea, amén de los miniaturistas, que dejaron obras tan primorosas como el misal del Gran Cardenal de España, D. Pedro González de Mendoza.

Algunos de estos pintores, como Bartolomé Bermejo, fueron de mérito tan sobresaliente, que por muchos años se atribuyó a Alberto Durero su maravillosa *Santa Faz*, del Museo Episcopal de Vich.

Tan considerable fué el número de pintores valencianos y catalanes, que sólo el barón de Alcalahí cita

© Biblioteca Nacional de España

69 de los primeros y Sanpere 175 de los segundos, cuyo número aumenta más y más. No menos abundaron los pintores aragoneses, aunque, al parecer, sin constituir escuela propiamente dicha, lo cual no quiere decir que cuando esté bien estudiado el asunto no resulte que hubo una escuela aragonesa independiente, como las de Valencia y Cataluña. Por ahora la cuestión está todavía obscura, de igual manera y con mayor razón que la de los orígenes de la pintura castellana y andaluza, en que abundan más los documentos. Sólo puede decirse que los magníficos retablos del Museo de Huesca bastan para poner en elevadísimo punto la pintura aragonesa, que tal vez no estuvo tan condicionada por la valenciana, como suponía el ilustre D. Mariano Cardenera, antes bien, en Aponte, se nota mejor la castellana.

Los cuatrocentistas catalanes.

Merece, con todo, lugar aparte el movimiento pictórico que hubo en Cataluña durante el siglo XV, y ha sido objeto de una notabilísima obra de nuestro buen amigo el eminente historiador D. Salvador Sanpere y Miquel.

Adviértese en las pinturas de los cuatrocentistas catalanes gran variedad de estilos; con todo, según el Sr. Sanpere, el carácter distintivo del arte pictórico catalán en el período a que nos referimos es ser *gótico*, fuera de Dalmau que es flamenco, Alfonso, que es italiano, y Bermejo, que es castellano, o, mejor, andaluz (cordobés). Es, pues, un arte *vestido a la antigua*.

Entre los grandes cuatrocentistas catalanes figuran el insigne Luis Borrassá, Benito Martorell; los pintores de escuela flamenca, Luis Dalmau, Domingo Sanz y Bernardo Gaffer; los nacionales Juan Cabrera, los Sadornís, Llony *el Saboyano*, todos de la primera mitad del siglo XV.

En la segunda mitad figuran nuevos elementos: a los pintores de la escuela nacional Jaime Huguet y

© Biblioteca Nacional de España

los Vergos se añaden los portugueses Basso Fernández y Juan Payva; los cordobeses como Alonso de Baena y Bartolomé Bermejo.

Aparte de Luis Dalmau, el autor de la *Coronación de la Virgen* o *Tabla de los Concelleres*, de puro estilo flamenco, tiénese por la obra maestra de los cuatrocentistas catalanes el *Retablo del Condestable* (1465), original de Pablo Bergós, en el cual aparecen retratados el de Portugal (proclamado conde de Barcelona cuando la insurrección contra D. Juan II) y el duque de Coimbra. Sin embargo, para otros, lo mejor de Bergós eran las tablas de *San Antonio, abad, exorcista*, de inapreciable valor, que había en la iglesia de dicho santo, incendiada por las turbas el 27 de Julio de 1909.

Grabado. Este arte parece remontarse a lejanísima antigüedad, pues se dice que era ya conocido en China, desde remotos siglos, y que fué cultivado en Roma en tiempo de Cicerón, así como en la Italia del siglo XIII.

En Cataluña floreció un arte especialísimo, en la XV.ª centuria y fué el grabado e iluminación de naipes. Algunas hojas, como la llamada de Girbal, son anónimas, pero ya en 1460 consta la existencia de un Pedro Borges, *naiperius*.

Coincidió la difusión del grabado en madera con el descubrimiento del papel, que al parecer se remonta a principios del XIV.

Las primeras estampas del siglo XV son catalanas y representan a Ramón Llull, el Príncipe de Viana y nuestra Señora del Rosario. No se sabe su filiación, y sólo se conoce el nombre del autor de la *Mare de Deu del Roser*, fray Doménech, de quien no consta más. Fué impresa esta estampa en los tórculos del convento de Santa Catalina, el año 1488, y es verdaderamente espléndida figurando un retablo.

No hay ningún grabado español, conocido, anterior

© Biblioteca Nacional de España

a éste, que, por otra parte, no tiene nada que envidiar a los más famosos de Venecia y de Florencia.

Pero no sólo se aplicaba el grabado a los asuntos religiosos, sino también a los libros profanos, y en tal concepto la traducción catalana de la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro, publicada en Barcelona por el maestro impresor Juan Rodenbach en 1493, *es el primer libro ilustrado publicado en España;* como no se conocía apenas esta edición, cuyos grabados se reprodujeron en la de Burgos (por Federico Alemán, 1496), de ahí que fuese proclamada ésta la primera. El nombre del grabador es desconocido.

Igualmente florecía el grabado en Valencia, cosa natural en la ciudad donde había tenido su cuna la imprenta española. De aquellas prensas salió uno de los libros de estampa más famosos en su tiempo o sea el *Ars moriendi.*

Todos estos grabados dejan adivinar la influencia de Alemania y de Flandes, cosa muy natural habiendo establecidos en España tantos artistas de aquella procedencia, y sobre todo debiéndose a alemanes la introducción de la imprenta.

Influencia extranjera en el arte español.

Sujetos siempre a la verdad, no podemos atribuir a España una personalidad perfectamente propia en todas sus manifestaciones de arte, literatura y ciencias y aun de la política, lo cual no tiene nada de particular, pues lo mismo ocurre en todos los países, y aun podemos decir que si nosotros nos dejamos influir por el extranjero, también el extranjero se dejó influir por nosotros. Así, mientras nuestros humanistas se entregaban a la imitación del latín en sus obras clásicas, en el extranjero «pasaba por gentileza y galanía hablar en castellano».

Estas corrientes empezaron ya tempranamente.

Por mucho que lastime e irrite nuestro patriotismo, y concretándonos a la Edad Media, hemos de reconocer

© Biblioteca Nacional de España

la grande influencia ejercida por Francia ya en tiempo de los godos, pues a la influencia de una francesa, la esposa de San Hermenegildo, que convirtió a éste al catolicismo, se debió la extirpación de la herejía arriana, y, como consecuencia, la proclamación de la unidad católica por Recaredo.

Viene la invasión árabe, y nos encontramos con que, para defender sus fronteras, funda Carlomagno la *Marca Hispánica,* convertida luego en Principado de Cataluña, y no sólo esto, sino que Alfonso II *el Casto,* de Asturias, solicita su protección y se convierte en otro de sus clientes.

Solicitados por nuestros reyes, por Sancho *el Mayor* de Navarra, por Fernando I *el Grande* y por Alfonso VI de Castilla vienen los franceses a tomar parte en nuestra empresa de reconquista. «Su obra política y de cultura, ha dicho un escritor, era una obra de consciente y sistemático afrancesamiento.»

Cistercienses y franceses fueron los que importaron el románico (San Isidoro de León, catedral de Santiago), convertido por nosotros en romano-bizantino (siglo XI) y en neogriego, más rico, en el siglo XII (catedral vieja de Ávila, Tarragona, claustro de San Cucufate del Vallés), con gran lujo de exornación (fachada de Santa María de Ripoll), pero vienen después los cluniacenses y nos imponen el gótico o franco, como en Inglaterra y Alemania, después rechazado en Italia y tardíamente aceptado en Cataluña.

Algunos galicanos llegan hasta afirmar que nos trajeron la literatura española.

«Porque todo eso de que aquí éramos muy sabios y muy artistas antes de que vinieran los cluniacenses y demás galicanos, dice un autor, es filfa que no se puede hoy sostener en ninguna parte.

»De los franceses aprendimos a cantar las *Gestas heroicas.* Aquí se cantó a Carlomagno y a Rolando

© Biblioteca Nacional de España

antes que al Cid. Y lo que llamamos ahora *Poema del Cid*, ¿qué es sino una canción guerrera muy española pero de que el castellanísimo autor tuvo presente, al componerla, la *Canción de Rolando?*

»Todo lo que es francés se admite sin ninguna dificultad en España, antes por lo contrario, con aplauso, y no por imposición de la moda, como dicen algunos, porque moda que se perpetúa y hace muchas veces secular, ya no es moda, sino algo más fundamental.

»¿Por qué, a pesar de esto, alienta siempre entre nosotros la prevención contra lo francés?

»Nuestra historia, bien considerada, no es sino la marcha simultánea y constantemente en pugna de ambas corrientes.

»Siempre aceptando, admitiendo, tomando, incorporando en nuestro modo de ser nacional, lo que nos viene de Francia. Y siempre refunfuñando, protestando, incomodándonos con nosotros mismos por haberlo aceptado, admitido y tomado. Nos afrancesamos, por decirlo así, inconscientemente; y conscientemente nos rebelamos contra ese impulso natural que nos afrancesa. Llega, en ocasiones, esta rebeldía a negar el hecho que nos aflige. No, no, gritamos; eso no ha venido de Francia; lo hemos inventado nosotros; los franceses lo han copiado de nosotros. Nuestros eruditos han tenido en este sentimiento nacional estímulo y tema inagotables para sus elucubraciones.»

Demos de barato que sea verdad, aunque con muchas restricciones, lo que dice el autor; es innegable, sin embargo, que ejercieron influencia en España otros países, aunque siempre con la salvedad de modificar y transformar luego lo recibido acomodándolo a nuestro modo de ser.

Hemos visto ya la influencia que ejerció Provenza en nuestra poesía; lo que debe el Arcipreste de Hita a los *fabliaux* franceses; lo grandemente que en nuestra

© Biblioteca Nacional de España

literatura influyeron Dante, Petrarca y Boccacio; en nuestra pintura y escultura Italia, Flandes y Alemania. Consta, sin embargo, que si muchas veces empezamos por ser discípulos, no tardamos mucho en convertirnos en maestros. De los suizos tomamos nuestra táctica de infantería, y en poco tiempo fué la nuestra la mejor de Europa, como lo fué después nuestra literatura con la *Celestina* y el *Quijote*.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

LAS ARTES SUNTUARIAS

El lujo español. — Orfebrería. — Esmalteria. — Tapices. — Armería. — Bordado. — Vitraria. — Metalistería. — Indumentaria.

El lujo español. A pesar de las numerosas pragmáticas que los Reyes Católicos expedían contra el lujo de las ropas, trajes, guarniciones y jaeces a que se entregaban las clases elevadas, y aun las medianas y pobres, no pudieron poner coto al uso de brocados y paños de oro tirados, y bordados de hilo de oro y plata, aun para enjaezar caballos y mulas y dorar espadas y puñales, de importación extranjera; como tampoco se consiguió que se abandonase el uso de la seda, tanto que no bastando las cosechas de Granada, Murcia y Valencia había que traerla también de Calabria.

De nada sirvieron tales pragmáticas, y aun aumentó el lujo al contraer D. Fernando *el Católico* segundas nupcias con Germana de Foix, grande amiga de fiestas y jaleo, como buena francesa, adquiriendo con ello las costumbres mayor libertad que antes y floreciendo con nuevo brío las artes suntuarias, de luengo tiempo cultivadas como inherentes al modo de ser de estos

© Biblioteca Nacional de España

reinos, pues ni en los tiempos más desgraciados, ni en medio de los mayores trastornos se dejó nunca en Castilla y Aragón de sentir desenfrenada pasión por el lujo y por toda suerte de diversiones, muchas de las cuales implicaban el empleo de costosos vestidos, de ricos decorados y suntuosos mobiliarios.

Y entre los que más lujo prodigaban se hallaban D. Fernando y D.ª Isabel, como ya diremos, de manera que en lugar de pragmatizar hubiera valido más que hubiesen comenzado por dar ejemplo.

Orfebrería. En gran predicamento estuvo este arte durante el siglo XV, y no fué España a la zaga de las demás naciones. En virtud del fraccionamiento de nuestra nación formáronse dos escuelas: una castellana y otra catalana. Osténtase ésta en los frontales de Gerona y Ripoll, y en el retablo de la catedral de la primera, obra de Pedro Bernec o Barner (siglo XIV) y cuya importancia excede a todas las obras que posee la platería española medioeval; la orfebrería castellana, menos sobria, se inspira evidentemente en el arte arábigo, que a tan alto grado de esplendor había llegado. Los principales centros de esta industria de arte fueron primero Asturias, después Sevilla y, por fin, Valladolid.

Una de las principales aplicaciones de la orfebrería fué la decoración de las llamadas cruces procesionales, entre las cuales se conservan inestimables ejemplares.

Muchas de esas cruces son magníficas como trabajo de platero, pero resultan más interesantes aún por sus esmaltes, que les prestan extraordinaria suntuosidad. Este arte floreció especialmente en Aragón, donde consta había grandes talleres de platería y esmaltería, en Zaragoza, Morella, Daroca, Monzón y otros puntos.

No pueden competir ciertamente nuestros esmaltes con los de Limoges, mas no por eso dejan de constituir preciosos ejemplares suntuarios.

© Biblioteca Nacional de España

Conste, pues, que en Aragón se hacían hermosos esmaltes, lo cual contradice la opinión de un docto historiador que afirma que nuestros orfebres no practicaron dicho arte. Los de Zaragoza, sobre todo, son inconfundibles por su aire y sus tonalidades, y se prodigaban en cruces, cálices, retablos, portapaces, cajas de guardar hostias, etc.

Estos esmaltes aragoneses son muy acertados en cuanto a la transparencia y las tonalidades. En los talleres de Zaragoza se seguía el procedimiento de excavar el metal, dejando una cavidad que se rellenaba de color, vitrificado luego en el horno, y también se empleaba el antiguo *cloisonné* de Limoges.

Practicábase también en Zaragoza el esmalte pintado, aunque sobre todo en Daroca, famoso centro de orfebrería de cuyos talleres salió la famosísima custodia que hizo labrar D. Pedro III para guardar los corporales.

Florecía igualmente la orfebrería en Pamplona, distinguiéndose por sus grandes figuras de plata repujada; en Cuenca, cuya custodia, obra importante de Becerril, fué robada por los franceses en la guerra de la independencia; Santiago de Compostela; Salamanca, etcétera.

Entre las obras maestras de la orfebrería española merece especial mención la famosa custodia del a catedral de Barcelona, llamada de D. Martín (¿1408 ó 1444?), de autor desconocido. Tiene la forma de una silla de plata y de ella dice el barón de Davillier que «es un precioso monumento, probablemente único en su género, ejecutado en el gusto del siglo XIV, con una elegancia y una delicadeza notables».

La *esmalteria* se practicaba también en Barcelona, formando gremio particular los maestros.

Tapices. Antes del siglo XIV es poco menos que imposible distinguir en los inventarios los ta-

© Biblioteca Nacional de España

pices *bordados* de los tapices *tejidos,* pero ya a principios de la citada centuria se encuentran mencionados los tapices de alto lizo.

Los tapices se fabricaban principalmente en Arras (paños de Arras) y durante el siglo xv constituyeron un adorno de verdadera necesidad en las iglesias y los palacios, pero sin que pudieran tejerse más que en la citada ciudad, fracasando las tentativas hechas en Francia, Italia y España.

Entre nosotros gozaron de una boga inmensa, hasta copiarnos esta afición Inglaterra. Tal vez sea España la nación que más tapices posee, siendo incomparable la colección del Real Palacio de Madrid.

Enlazado con el arte de los tapices es el de la fabricación de telas suntuarias de origen árabe y en esta parte puede decirse que no tuvimos nada que envidiar a las naciones más adelantadas y ricas, de origen árabe. Aun dentro del siglo xv y antes de la expulsión de los moros tejíanse admirables telas en Almería y Málaga.

En Barcelona floreció una industria llamada de *senyalers de draps,* los cuales fabricaban tejidos o tapices heráldicos, para cubrir bancos y demás asientos. Igualmente había en todas partes pintores que imitaban, con el pincel, los tapices, y a quienes se llamaba *maestros cortineros.*

Armería. Celebradísimo era el temple de las espadas, toledanas y catalanas (sabido es el aprecio en que tenía el Cid su *Tizona,* procedente del conde de Barcelona).

Tenían gran fama por doquier los cuchillos de Barcelona, o catalanes, así como la construcción de armaduras de toda clase, y en especial las cotas de malla. Los cuchilleros formaban gremio y vivían en una calle que conserva todavía su nombre de la *Daguería.*

Gozaban igualmente de extraordinaria celebridad las

© Biblioteca Nacional de España

navajas de afeitar y los instrumentos quirúrgicos, de fabricación barcelonesa.

Bordados. Este delicado y noble arte adquirió en España gran desenvolvimiento y llegó al más admirable grado de perfección en el siglo XV, siendo introducido, al parecer, por maestros alemanes y brabanzones. Por largo tiempo permanecieron éstos en Barcelona, sucediéndoles luego una escuela de bordadores catalanes, a cuyo frente figuran los Sadurnís, originarios de Montblanch, y a uno de los cuales, Antonio, atribuye Puiggarí el estupendo frontal de San Jorge, propiedad de la Diputación. Está bordado en hilo de oro, plata y seda, con la imagen de San Jorge matando al dragón y libertando a la hija del rey. Estas imágenes están embutidas con franja de hilo de oro alrededor. Al mismo Sadurní se atribuyen la casulla, las dalmáticas y la capa que forman parte del tesoro de la capilla de San Jorge.

Mide este frontal cuatro varas de largo por una y media de alto. «La composición, la ejecución, los trajes, los accesorios de paisaje, palacios, detalles y adornos de todas clases hacinados con labor ímproba en este delicadísimo tejido, y el bordado de alto relieve en oro y colores lo colocan entre los más raros artefactos de la Edad Media» (Balaguer).

Cerámica. Caracterízase la cerámica hispano-morisca por un acentuado carácter persa, y sus magníficos platos de reflejos morados.

Entre los centros productores descollaban Sevilla, Granada y Valencia, famosa esta última por sus preciosos azulejos.

Igualmente gozaba de grande estimación la cerámica de Talavera, de origen arábigo. En las provincias centrales se fabricaban inmensas tinajas, de puro estilo morisco, y en Barcelona había adquirido gran desenvolvimiento la fabricación de vajilla de loza.

© Biblioteca Nacional de España

Vitraria. En consonancia con el nuevo estilo arquitectónico, y de igual manera que la escultura, las vidrieras de colores se distinguen en el siglo XV por la riqueza de la ornamentación, «de manera, dice López Ferrero, que a veces las imágenes aparecen agobiadas bajo un mundo de pináculos, torrecillas, doseles, trepados, etc. Los fondos en muchos casos están formados por cortinas, adamascados, de gran riqueza, salpicadas de flores, hojas u otros adornos. Dominan los colores claros, y en muchas ocasiones las cabezas y las manos de las figuras no tienen más color que el natural del vidrio».

El arte de la fabricación del vidrio adquirió gran incremento en la isla de Murano (Venecia), donde se construían hermosas arañas, ya de un solo color, ya policromas. En España no hubo fabricación, sino que las obras de este género, tan numerosas en nuestras catedrales, eran importadas.

En Barcelona alcanzaban gran perfección la cristalería y vasería de vidrio, que disputaban la preferencia a la de Venecia.

Metalistería En este arte no hay nación que nos sobrepuje. «De cómo se trabajó el hierro en España,. dice Sanpere y Miquel, podrán decirlo las inimitables obras que guardan Barcelona, Toledo, Palma de Mallorca, Sevilla, Alcalá de Henares, etc., en donde pueden contemplarse obras que aun hoy día pueden tomar por modelos los primeros artistas de Europa, y en todo tiempo reputadas como de entre las mejores que pueden citarse.» Los nombres de nuestros rejeros, no nos son todos desconocidos, pues sabemos los de Morey, de Palma de Mallorca (1389-1397), el maestro Baril, de Burgos, Juan Francés, de Alcalá de Henares, y, por fin, los nombres de los grandes maestros barceloneses se conservan en el archivo del Gremio de Cerrajeros.

Igualmente sobresalían en el trabajo del hierro y del

© Biblioteca Nacional de España

bronce los árabes, como lo demuestran las llaves de la catedral de Sevilla y la preciosa lámpara del Museo Arqueológico de Madrid.

Tan diestros eran aquellos artífices que no solamente forjaban rejas coronadas de penachos, pináculos, frondas, florones, etc. (de las cuales posee las más hermosas muestras el claustro de la catedral de Barcelona), sino que imprimían el más hermoso sello artístico a los objetos de uso vulgar, como se puede ver en los aldabones, cerraduras y clavos de Toledo, en los candeleros, coronas de las iglesias, etc.

Indumentaria. Muy grande fué el cambio experimentado por el traje en esta centuria, perdiendo mucho de la nobleza que caracterizaba el del siglo anterior y, sobre todo, de su rumbosa apostura, haciéndose tan estrecho que paró en ridículo.

«Aquellos altos bonetes del siglo XV, dice Puiggarí, aquellas calzas escurridas y cuerpos no menos escurridos y derrengados, con sus cuellos altos y mangas de hombreras, daban a los varones un aspecto de fantoches que no tardó en comunicarse a las hembras por medio de sus talles oprimidos, mangas angostas, faldas aplanadas, desnudas pecheras y, sobre todo, la arrocada tocadura, que se transformó en un verdadero cucurucho. Estas novedades incongruas duraron más de medio siglo, desde 1420 a 1470, con identidad en todos los países, los cuales aportaron a ellas su respectiva contingencia. Citaremos, por ejemplo, a los catalanes, que, habiendo adquirido importancia en el continente y en las regiones de Levante, ya de algún tiempo ejercían su influjo sobre ellas; caso raro, nunca más repetido en la historia. En efecto, por la fecha de 1340 imponían sus modas a Italia, según Capmany citando a Muratori, con referencia a unos embajadores venecianos que se presentaron en Venecia *vestidos a la catalana.*

© Biblioteca Nacional de España

»Esto nos hace sospechar que la característica gorra del país, propia de la marinería durante 400 años, lejos de proceder de Italia, como algunos autores suponen, nació en el mismo, donde todavía sigue arraigada, y él la comunicó a las regiones levantinas que alimentaban su comercio, habiéndola tomado seguramente de la capilla, tan vulgar en el siglo anterior, o del cerboj (gorro frigio), nacido a fines de él.»

Hubo desde 1380 a 1420 una desmedida exageración, en los hombres, de los extremos superior e inferior. El perpunte o jubón que formaba un simple corpiño, heredero de la cota de malla, se emancipó y llevó anchas mangas llamadas *de alforja*, cerradas al puño. Pendía de los cinturones una abultada escarcela, y para neutralizar la indecencia del resto del traje se generalizó la hopalanda, de origen italiano, guarnecida de cintas, colgajos, cadenillas y aun cascabeles. Iba sobre el busto una especie de paletina, con collares y veneras y servían de cubrecabezas la boina vascongada, de pelo, o el gorro frigio. La toca o capirote se convirtió en turbante.

Las mujeres usaban hopalanda de largas mangas, rozagante, «hasta el ancho de 5 a 6 varas, ceñida al cuello, sujeta por el antiguo cinturón de la cota, que se elevó hasta debajo del seno de una manera chavacana. Conservaron el cerboj o tripa de red de malla que formaba una tocadura ligera y abultada, si bien dando preferencia a los fronteros o almohadillados en figura de corona, corazón, mitra hebrea, orejeras, toldillo, etc.» (Puiggarí.)

«Desde 1435 a 1440, sigue diciendo el citado autor, el jubón agregó a lo alto de las mangas bastante henchidas, una descomunal armazón o rodete postizo llamado *mogote* (francés *mahoitre*), cuyo primer objeto fué aparentar anchas hombreras a la moda italiana.»

© Biblioteca Nacional de España

Llevábase el cabello largo, cortado sobre la frente. Las damas españolas adoptaron el chapirón o *rocadero,* o sea el cucurucho, con un juego de velos que formaban muchas dobleces y cabos flotantes. A tal extremo alcanzó la exageración, que «en el período de 1460 a 70, dice Puiggarí, llegaron a trocarse las leyes naturales de formas humanas, bajo la presión de los cuellos, de los jubones, de las cinturas, de las calzas, de los zapatos, haciendo de hombres y mujeres una especie de muñecos, que en cualquier otro tiempo hubieran causado grima. La camisa empezaba a asomar por un agujero del codo, primer indicio del lujo de ropa blanca, que no debía tardar en apoderarse del abdomen, de los hombros y aun de los muslos, para situarse en el pecho. El perpunte cada vez más menguado, de raso, brocadillo o terciopelo entre gentileshombres, rebosaba en volumen de hombreras, con la novedad de rasgar sus mangas por la parte de debajo. Las piernas parecían dos remos, comprimidas por unas calzas justísimas, que nada ocultaban: felizmente el calzado de polaina iba limitándose, aunque todavía duró algunos años. Promiscuaban con este avío unas anchas sayas o batas de cuello y mangas espaciosas, ceñidas o no, y largas hasta los zancajos. La gente rica se echaba multitud de dijes, collares y cadenas. En complemento de verticalismo, ideáronse unos bonetes altos de a cuarta y media, cuya cima algo floja simulaba cuatro angulosidades, que exagerándose a la larga, dieron su extraña forma al clerical: esos bonetes, además, dieron origen a los sombreros de aguja. Por contraste, aquellos otros sombreros balumbosos que los doctores y otros varones de pro, habían conservado en señal de autoridad, pasaron de golpe entre profanos a la reducida dimensión de *morteros,* a semejanza del birrete, adornados como éste de medallas, cadenillas, plumas y pedrería. El birrete o toquilla,

© Biblioteca Nacional de España

a su vez, era llevado por los pisaverdes, algo derribado sobre la oreja, y por otros sujetos, calado debajo del gorro o sombrero. Hacia 1480 decayeron del todo las hombreras, para ceder su puesto a un henchimiento más natural, que resultaba del contraste del oprimido talle con la expansión de la collera, substituyendo al cuello una valona, primer anuncio de las reformas del Renacimiento. Durante este período llevábase el pelo caído y lacio, por delante, hasta los ojos, y por los lados y detrás hasta el cogote, a la *mercadera*, así dicho por usarlo algunos traficantes y en especial los labriegos; pero luego tomóse de los italianos el extremo contrario de rizarlo y atusarlo con hierro.

»La tocadura mujeril, cansada de aguzarse, se hendió como mitra, o bifurcó y trifurcó, siempre bellamente aliñada, sosteniendo un velo que flotaba como bandera hasta el suelo, acompañada de una viserilla que cubría la frente. Las damas aragonesas usaban velos de varios colores, y se los apuntaban sobre el pecho con alfileres cabeados de oro. Oprimía el talle una pretina (*tejillo*) o cinturón ancho de un palmo, amechando el vestido por debajo del seno y por la espalda. A la peletería del faldellín, solía reemplazar un rodapié de terciopelo, y el miriñaque despuntaba ya para abultar las caderas, con el indecoroso nombre de *albarda* y *albardilla*, según un pregón del Concejo barcelonés. Llevaban asimismo las damas catalanas unas graciosas zamarras largas hasta la cadera, cerradas al cuello y con braceras; cotes empuñados, pordemases forrados de raso, con orillas de pieles, gramalletas, clochas, abrigales, monjiles y capuchas; gandallas, beatillas y velos; ricos parches sosteniendo bolsas de seda, guarnecidas de flecos y cantonadas de metal; guantes, pañuelos, lindos rosarios, alhajas en profusión y a menudo un falderillo al brazo. De hombres eran el farsete, el jubón, el guardacuero, la marlota y la cha-

© Biblioteca Nacional de España

queta; sayos, goneles, cotas y gramallas; ropones, bernias, tabardos, clochas, balandranes, mantos, capas y capuces; cubriéndose con chapeles, birretes y bonetes, carmañolas (carmellonas), y calzando zapatos o soletas, borceguíes, estivales, escarpines, pantuflos y zuecos. La mayoría de estas piezas fueron comunes a los demás reinos españoles, inclusos Navarra y Portugal, prevaleciendo en ellos, sin embargo, jaquetas y marlotas, sayos y gabanes, ropas, hucas, tabardos; capirotes, caperuzas y bonetes para hombres: para mujeres, sayas y sobresayas, faldetas, ropetas y ropas, ceñidores o tejillos, monjiles, mantillas, capas, mantos de contray, alhames, tocas y toquillas, alfardas, tocados de impla, garvines, albanegas, etc., estilando ya moscaderos y guardasoles.»

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI

LA MÚSICA

¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?

exclamaba Jorge Manrique.

Continuaba desenvolviéndose la polifonía, que fué perfeccionada en este siglo por Guillermo de Fay, quien introdujo una verdadera revolución en la notación y la escritura, pero ya la música no era aquella invención natural y fresca de los grandes siglos XII y XIII, sino que los compositores se dedicaron a las combinaciones enigmáticas y aun extravagantes; gustaban de lo difícil, y de esta manera sucedió que, si no dejaron grandes obras, y aun éstas de ardua o casi imposible interpretación, por lo complicado de la escritura musical, en cambio prepararon la armonía y la melodía modernas.

Estaba en gran predicamento *el canon*, esto es, un canto cuyas partes podían servirse mutuamente de acompañamiento; se componían misas enteras sobre temas sacados de canciones profanas; escribíanse canciones, cantinelas y madrigales.

© Biblioteca Nacional de España

En España nos llegó la música de Flandes e Italia, a la verdad no contamos con grandes maestros; aunque de esta falta nos resarcimos con exceso al siguiente siglo en el que aparecen Salinas, Goes, Victoria, Morales, Cabezón y tantos insignes genios como llevaron el arte musical a insuperable grado de esplendor.

Esto no quiere decir que, importada o indígena, no fuese la música un elemento esencial, lo mismo en la vida pública que en la privada.

Respecto a instrumentos llevábase la palma el laúd, que hasta este siglo XV no adquirió su forma definitiva, con sus seis cuerdas, su gracioso cuerpo redondeado, su elegante rosa y su mástil largo y encorvado. Tañíase también el arpa irlandesa, de 43 cuerdas; el clavicordio, reemplazándose las lengüetas de metal por plumas de cuervo; la trompa; el violín, si bien no adquirió su forma definitiva hasta el siglo siguiente; los trombones, tamboril, la chufla, etc.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XII

LAS COSTUMBRES

PEREGRINACIONES. — TORNEOS. — CORRIDAS DE TOROS. — DESMORALIZACIÓN REINANTE. — DIVERSIONES.

Pese a los *laudatores temporis acti,* a los que son de parecer que

cualquiera tiempo pasado
fué mejor,

ello es que el siglo XV fué uno de los más corrompidos de la historia, aunque allá se vayan unos con otros, no cabiendo mejor demostración de lo que decimos que la relajada conducta del clero, así regular como secular, que obligó después a Cisneros a tomar cartas en el asunto.

Como lo mismo el clero que la nobleza y el pueblo no se distinguían por su cultura, perpetuábanse las más abominables supersticiones (lo cual no quiere decir que no sigan perpetuándose en pleno siglo XX) haciendo pingüe negocio los adivinos, los hechiceros, los agoreros, los vendedores de hierbas mágicas y demás truhanes, como lo hacen hoy los curanderos, las sonámbulas, los *saludadores,* las echadoras de cartas, las decidoras de buena venturas, etc., etc.

© Biblioteca Nacional de España

Acudían a Santiago, a millares, los peregrinos, en romería o aisladamente, de igual manera que hoy van a Lourdes, si bien en tales peregrinaciones, no siempre era la fe lo que más resplandecía. En 1434 la peregrinación santiaguista pasó de 3.000 personas.

Aquél fué el tiempo en que comenzaron a propagarse por calles y plazas las capillitas con imágenes de la Virgen y de los santos, alumbradas por farolillos, para evitar los crímenes. Por otra parte, nunca como entonces abundaron los torneos, las fiestas de toros, los banquetes, los bailes.

Atestigua el carácter caballeresco de la época, en medio de su profunda corrupción, el célebre *Paso honroso de D. Suero de Quiñones,* que fué un acontecimiento nacional en tiempo de D. Juan II,

D. Suero, caballero asturiano, en obsequio de la señora de sus pensamientos se comprometió, acompañado de nueve caballeros amigos, a romper contra 300 lanzas, con hierros de Milán, en el puente del Orbigo, cerca de León. Todo se cumplió puntualmente; el *paso* duró *treinta días* y no se pudo realizar por completo el reto, pues aunque se corrieron 727 carreras, no se rompieron más que 134 lanzas, de manera que faltaron 166 para que D. Suero de Quiñones pudiera verse libre de la esclavitud a que le tenía reducido su ingrata dulcinea.

Un poeta cantó la hazaña, exclamando:

Aun dura en la comarca la memoria
de tanta lid, y la cortante reja
descubre aún por los vecinos campos
pedazos de las picas y morriones,
petos, caparazones y corazas
en los tremendos choques quebrantados.

A pesar de tan caballerescos alardes, nunca se había

© Biblioteca Nacional de España

desarrollado, sin embargo, en tal extremo la inmoralidad.

He aquí lo que sobre el particular refiere el escritor bohemio Tetzel, que acompañó en su viaje a España a su señor el barón de Rosmithal (1465-1467).

«El obispo (de Santiago) tributó a mi señor (el barón de Rosmithal) muy grandes honores y proveyó su alojamiento de cuanto podía necesitar. Y sus caballeros y servidores, así como los más poderosos de la ciudad, ofrecieron a mi señor un espectáculo. Tenían toros bravos que traían a la plaza, y montados en caballos muy ligeros disparaban contra los toros dardos que llevaban, distinguiéndose el que estaba más tiempo a caballo y clavaba más dardos. Y se encolerizaban los toros, que corrían tras ellos, y los acosaban de manera que aquel día se llevaron dos hombres como muertos.

»Después que se terminó la corrida, pelearon entre sí, y se dispararon sus lanzas, parando los golpes con sus escudos, como suelen hacerlo los moros cuando combaten, no habiendo visto en mi vida caballos ni gente más ágil. Montan con los estribos muy cortos y llevan las rodillas casi sobre la silla, como hacen los moros. Mi señor y nosotros estuvimos en una casa con otros de la ciudad, y desde allí vimos el espectáculo, y había allí con nosotros bellas mujeres, que bebieron y comieron y se regocijaron.»

Y refiriéndose a Enrique IV escribe:

«Los habitantes de Olmedo son infieles en su mayor parte. El rey tiene muchos en su corte, habiendo expulsado a numerosos cristianos y cedido sus tierras a los moros. Come, bebe, se viste y ora a la usanza morisca, y es enemigo de los cristianos, quebranta los preceptos de la ley de gracia y lleva una vida de infiel.»

Otro viajero, Nicolás de Popietovo (1484-1485), corrobora con hartas pruebas la desmoralización reinante.

© Biblioteca Nacional de España

«Caracterízase este período histórico, dice el señor Ortega y Rubio, por el carácter caballeresco de los españoles, por su amor a las aventuras, por el poco respeto a la fidelidad conyugal, unido todo esto a un natural guerrero y batallador. Luego, a pesar de los esfuerzos de D.ª Isabel y del cardenal Jiménez de Cisneros, el aumento de los conventos, donde acudían hombres y mujeres, no por vocación religiosa, sino por móviles interesados, como también los vicios que de Italia traían los soldados y de América los que habían ido en busca de riquezas (entiéndase la sífilis), fueron causa de grandes inmoralidades. La hidalguía castellana, que en otros tiempos había hecho un templo del hogar doméstico, acabó en nuestra patria. Creóse entonces un tipo inmoral, desvergonzado y calavera, aplaudido en todas épocas y en todas partes, que con tanta fidelidad representa a nuestros caballeros, y que andando el tiempo tomó el nombre de D. Juan Tenorio. Acerca de la castidad de la mujer, nuestra literatura dramática describe las frecuentes citas misteriosas y las aventuras nocturnas.

»El clero participaba de la misma corrupción de costumbres. Pruebas elocuentes dan idea clara de esa corrupción, y que trasladamos a este lugar:

«Otrosí, le decían al conde de Tendilla, su embajador en Roma, faréis relación a Su Santidad quánto es buena, provechosa e honesta la ley que Nos ficimos en las Cortes de Toledo, el año de 80, sobre la pugnición de las mancebas de los clérigos, e frailes, e casados, cuyo traslado autorizado vos lleváis.»

«Apenas resplandecía en ellas (órdenes religiosas) alguna pisada de sus bienaventurados fundadores», decía el virtuoso franciscano Ambrosio Montesino, predicador de los Reyes Católicos.

«Ansí tenían hijos los frailes y monjas como si no fuesen religiosos, escribía el laborioso y sincero his-

© Biblioteca Nacional de España

toriador contemporáneo Gonzalo Fernández de Oviedo.»

Por lo demás dan perfecta idea del esplendor y grandeza de la corte aquellas coplas de Jorge Manrique:

«Las justas y los torneos
pasamentos, bordaduras
y cimeras...»

Muchas son las anécdotas (y hay que desconfiar siempre de ellas) que se cuentan de la modestia, de la sobriedad, de la economía de los Reyes Católicos: de que hablándole a D. Fernando de la conveniencia de facilitar la entrada de la canela, la nuez moscada y otros condimentos que enviaban de la India los portugueses, había respondido: «¡Buen condimento es el ajo!»

De que una vez convidó a comer a unos nobles, diciéndoles como si se tratara de algo extraordinario: —¡Tenemos polla!

De que había cambiado por tres veces las mangas del jubón que llevaba.

De que D.ª Isabel zurcía la ropa de su marido e hilaba ella misma sus camisas; aseveraciones que se encuentran en las historias de los más graves autores oficiales, mas por desgracia no resulta verdad tanta belleza, pues tan derrochadores y aficionados al lujo y a la ostentación eran ellos como los demás.

La Reina Católica lucía con frecuencia magníficos trajes de terciopelo sembrados de piedras preciosas, y lo mismo hacían los malogrados príncipes D. Juan y doña Isabel, casada después con D. Alfonso de Portugal, y a su imitación la nobleza. ¿Quién no recuerda la suprema elegancia y el fausto del Gran Capitán?

Cuando con motivo de dichas bodas se celebraron fiestas en Sevilla (1490), el dispendio fué enorme. La reina Isabel y su hija iban acompañadas de 70 damas de los mayores señoríos de España, «vestidas de paños

© Biblioteca Nacional de España

brocados e todas con grandes arreos de cadenas e collares e joyales de oro con muchas piedras preciosas e perlas de gran valor».

Además, y aparte de la dote que le correspondía como infanta de España, recibió la joven D.ª Isabel, de sus padres: 500 marcos de oro, 1.000 marcos de plata, 4 collares de oro con muchas perlas y piedras preciosas, y cadenas y joyeles de gran valor, con ricos tapices de Arras, de oro y seda, 20 ropas de paño brocado de diversos colores, 4 de hilo de oro tirado, 6 de seda bordadas con perlas y chapadas de oro, y ropa blanca a proporción.

Lo cual no prueba precisamente la decantada sobriedad y modestia de aquellos ilustres soberanos.

Una cosa muy española era que los nobles y gente opulenta «gastaban, dice el Sr. Ortega y Rubio, sus riquezas en banquetes, en representaciones teatrales, en bailes y en toda clase de fiestas y de solemnidades, pero mostraban modestia y aun pobreza en la vida ordinaria. Lo mismo sucedía a los caballeros y a los populares». La cosa no ha variado mucho desde entonces. Hay actualmente prócer millonario que gasta cédula de 11.ª clase o la saca en una aldea.

«De igual manera también que ahora había grande afición a las corridas de toros. Una vez, según refiere Fernández de Oviedo, asistió D.ª Isabel a una de ellas, en Medina del Campo, o acaso en Arévalo, en la cual los cornúpetos, que eran de la ganadería de Compasguillo, mataron dos hombres y cuatro caballos e hicieron otras diabluras, «con grande horror de la reina, en vista de lo cual mandó correr otros toros para ver si sería provechoso lo que tenía pensado», y fué... «que a los toros en el corral les encajasen otros cuernos de bueyes muertos en los propios que ellos tenían, e que así puestos se los clavasen porque no se les pudiesen caer; e como los insertos volvían los extremos e puntas

© Biblioteca Nacional de España

de ellos sobre las espaldas del toro, no podían herir a ningún caballo ni peón, aunque le alcanzasen, sino de plano e no hacerles otro mal; e así era tan gracioso pasatiempo e cosa para mucho reir, e de ahí adelante no quería la reina que se corriesen toros en su presencia sino con aquellos guantes».

Nada, sin embargo, da mejor idea de la corrupción de costumbres imperante bajo los últimos Trastamaras y los Reyes Católicos que la literatura. ¿Qué no delatan el *Corbacho* y la *Celestina?* ¿No pone los pelos de punta el *Coloqui de las Damas,* del poeta valenciano Moreno, en el cual la Beata, la Casada y la Viuda dicen las mayores obscenidades en la Catedral de Valencia, el Viernes Santo, durante el canto del *Passio?*

Edificante es también lo que dice el antiguo confesor de la Reina Católica, fray Hernando de Talavera, en su *Tratado del vestir, del calzar* y *del comer.*

«Agora, demandando perdón a las honestas y cargando la culpa a la disolución de las otras (dueñas), comencemos de las cabezas. Casadas y por casar se dissuelven primeramente en criar y azufrar los cabellos, comenzando a representar el azufre de los infiernos y las vivas llamas de aquel terrible fuego humoso, obscuro y negro, en que han de arder con ellos. Ya descubren toda la cabeza, porque parezcan más los cabellos, ya la cubren con crespina de oro o con alvanegas de seda muy sotilmente texidas y obradas o con filetes levantados o solamente llanos. Ya echan la crencha de fuera y fazen grand partidura, torciendo los cabellos y componiéndolos fasta cobrir las orejas e aun dejando algunas mechuelas fuera. Ya facen dellos diadema; ya los cogen en tranzados costosos e muy delgados con cintas de oro e de seda liados: ya se tocan cobriendo la cabeza toda y atrás partidura y descobriendo la media. Otras algunas que piensan tener el medio descobren sólo la crencha.

© Biblioteca Nacional de España

»Las tocas pocas veces son luengas que desciendan fasta los pechos: muchas veces son cortas que apenas cubren las orejas; ya son cambrays de lino, ya son de seda, ya son implas romanas, ya encrespadas, ya espumillas, ya lenzarejas, ya llanas, ya trepadas; ya las ponen con vueltas, ya las fazen tambas, sin moños o con moños, y lo que es peor y más defendido, que algunas ponen bonetes, sin vergüenza, en sus caras... Callo de los firmalles y joyeles de las frentes, de los cercillos y arracadas, de los collares, sartales y almanacas; vengo a las alcandoras labradas y cintadas e de muchas maneras plegadas, a los corpetes, de oro broslados, o de mucha seda labrados, que ponen ante los pechos...

»Solían usar (antes) gorgueras que cubrían las espaldas y los pechos... aunque eran tan delgadas, labradas e randadas, que se podía bien traslucir la blancura dellos; pero más honesto era que traerlos descubiertos.

»Ya ¿quién podrá dezir las mudanzas de las faldetas?... ¿quién de la diversidad de los briales de fustán, de paño, de seda, y a las vezes de brocado; de las cortapisas, de las alhorcas, ya chamorras, ya francesas; de las faldas, quándo muy luengas, quándo muy cortas y aun quándo redondas? ¿De las aljubas, cotas, balandranes, marlotas y tovardos de paño, de pana, de lino y de seda; de las cintas y bexillos de diversas maneras labrados y guarnecidos, y de los redondeles y pordemases, y mantos y gonelas, y de los mantos lombardos y sevillanos, quándo çintados, quándo caydos?... ¿Y de los chapines de diversas maneras obrados y labrados? Castellanos y valencianos y tan altos y de tan grand quantidad que apenas hay ya corchos que lo puedan bastar a grand costa del paño; porque tanto ha de crescer la vestidura quanto el chapin finje la altura, aunque ha de faltar y no llegar al suelo, para que aparezca lo pintado del chapín o del zueco.»

© Biblioteca Nacional de España

La policía urbana.

«Hallábase atrasadísima la policía urbana, continúa diciendo el citado autor, lo mismo en Madrid que en las demás ciudades de la Monarquía.

«Los árabes, escribe Picatoste, nos dejaron la suciedad y el abandono de sus calles, consideradas más bien que como vía pública como corral de los vecinos; y, por otra parte, la concentración de la vida en el interior de la casa y hasta la falta de ventanas o balcones a la calle, contribuía a que no se tuviera de ésta cuidado alguno.»

Aparte de esto, era general la suciedad. No es de creer que antes de la invasión árabe fuesen las calles y las casas un modelo de limpieza, pero una vez aquí aquellos enemigos, compartióse su idea de que la calle no era para transitar, sino para servir de corral donde arrojar las basuras, con el aditamento de que mientras ellos tenían los interiores limpios, los cristianos, encerrados en casas obscuras, sin patios, no cuidaban de ellas, salvo que fueran palacios.

Después, «cuando el odio a los moros y nuevas ideas de cultura hubieran podido reformar la policía urbana, dice Picatoste, vinieron los frailes con un deseo convertido en sistema y en virtud. El convento no cuidaba jamás la calle, y dentro de sus celdas llegó la suciedad a un punto que fué causa de enfermedades, sobre todo entre las monjas, que por una mal entendida aversión al mundo rechazaban todo género de limpieza respecto de su persona».

Las calles estaban intransitables con la basura; los Reyes Católicos tenían que expedir una pragmática prohibiendo se dejase andar a los puercos por las calles de Madrid, lo cual sucede aún en alguna capital de provincia; adquiríanse los comestibles de los vendedores ambulantes o de las tabernas, y la gente de baja condición comía en la calle.

© Biblioteca Nacional de España

Sólo hablando de todo esto se puede formar juicio exacto de una época, pues no todo se reduce a brillantes conquistas y a caballerescas hazañas y pintorescas ceremonias.

E igual que en Castila sucedía en la Corona de Aragón (¿no pertenecía a ella Valencia?), digan lo que quieran los que pretenden concederla una superioridad moral, que no existe, sobre Castilla. Nada más edificante en este punto que el curioso libro del eminente investigador Sr. Miret y Sans, *Sempre han tingut bech les oques*.

El Sr. Balaguer, sin embargo, traza un cuadro consolador por lo que respecta a Cataluña, donde, al parecer, se había refugiado la moral al huir de España. Cita para el caso textos del juriscosulto barcelonés Jaime Pon, y otros autores entre los cuales merece particular mención por lo ditirámbico de las alabanzas el siciliano Lucio Marineo, que escribía en latín. Dice, pues, éste refiriéndose a Barcelona, «que no sólo florecía en grandísimos caudales y riquezas, sino en singular prudencia de muchos varones, en muy buenas costumbres y constituciones; en la cual parecía que todos sus ciudadanos en la administración y acrecentamiento de la república seguían las huellas de los romanos. Allí, pues, dice, ni las discordias, ni los pleitos, ni las rencillas, ni los debates muy frecuentes en otras ciudades, daban el menor menoscabo a las riquezas de sus moradores, ni al bien y buen orden de sus familias; pues estimaban más vivir por lo que dictan la razón y la naturaleza, que por lo que prescriben las leyes civiles. De aquí vino que otras muchas ciudades imitasen sus santas reglas y orden de buen vivir, el dechado de su gobierno municipal y el ejercicio de sus buenas costumbres, y que muchas personas, no sólo de otras partes de España, sino de países extranjeros, se domiciliasen en ella para vivir con placer y tranquilidad».

© Biblioteca Nacional de España

«Jerónimo Pau, dice Balaguer, al ensalzar a los catalanes, se fija particularmente en esta ciudad, y celebra la armonía con que aquí se servía a las leyes, el estrecho enlace que mantenían la moral pública y la privada, la paz que reinaba en los matrimonios, el contento de las familias, la recta administración de justicia, la frugalidad doméstica, la austeridad de las costumbres públicas, la concordia entre sus ciudadanos, y, sobre todo, la limpieza de ociosos y vagos de que estaba purgado aquel pueblo.»

El siguiente suceso, referido por el citado historiador, arroja mucha luz sobre la moralidad de las costumbres de Barcelona, aunque no faltasen en ella grandes escándalos como en toda ciudad grande.

«Con motivo de la peste que reinaba a la sazón en Barcelona, se habían apartado de la capital, retirándose a los pueblos vecinos, algunas familias principales, y entre ellas una dama joven y hermosa, que el dietario no nombra, pero que dice era viuda del ciudadano Juan Romeu, fallecido recientemente, e hija del escribano Beltrán Esplugas. La dama en cuestión se había ido a Caldes de Montbuy, huyendo del azote de la peste, y allí permanecía, entregada por completo al dolor y a las lágrimas de su temprana viudez, cuando una noche, bajo pretexto de entregarle una carta, se la sacó de la casa en donde se hospedaba, poniéndola en poder de un caballero noble llamado Pedro de Castellvell, que hacía tiempo andaba de ella perdidamente enamorado. Castellvell, autor de aquella intriga, había ido a Caldes de Montbuy, acompañado de 10 ó 12 jinetes y 30 ó 40 peones, para apoderarse de la hermosa viuda y llevársela con toda seguridad, a fin de satisfacer su desordenada pasión, como lo consiguió, en efecto. El 16 de octubre se dió orden para sacar la bandera y levantar somatén; que el 22 salió la milicia ciudadana, y que el 27 estaba ya de regreso el veguer con ella y

© Biblioteca Nacional de España

también con la viuda de Romeu, causa inocente de todo. Pero la libertad de la hermosa no se consiguió fácilmente, según parece, pues hubo de tener lugar alguna refriega y debió morir en ella el señor de Castellvell, ya que con fecha del 4 de Noviembre siguiente dice el dietario: «En dicho día fué traído desde San Celoni el cadáver del señor de Castellvell con la caja en que había sido enterrado, y mandó el veguer de Barcelona desenterrarlo y exponerlo fuera de la Puerta Nueva en medio de la carretera.» Y añade con fecha del 5: «Hoy a las cuatro de la tarde ha sido enterrado en la Seo el cadáver del señor de Castellvell.»

Este suceso, para el cual no hay necesidad de comentarios, habla muy alto en favor de nuestros mayores del siglo XV.

En Valencia se hilaba también muy delgado en punto a moralidad. Era allí costumbre que las mujeres públicas se encerrasen en un lugar retirado durante la Semana Santa (lo mismo que en Barcelona, donde eran recluídas en una casa de la calle de Egipciacas).

Estas mancebas valencianas estaban bajo la dirección de un llamado rey *Arlot*, que tenía a sus órdenes varios dependientes, conocidos por los *hostalers*.

Los días festivos debían las meretrices oir misa a primera hora, en comunidad, cubiertas con un velo y llevando el delantal que las distinguía de las señoras honestas; si alguna admitía a un hombre antes de la misa, era condenada a la pena de azotes.

Un Jueves Santo de a fines del siglo XIV conducía el justicia criminal, vestido de gramalla, a las prostitutas a visitar las estaciones, cuando dicho funcionario le dió involuntariamente un codazo a un elevado personaje que, hecho una furia, le dió de bofetones. Preso en el acto, fué condenado a muerte sin valerle su elevada condición para ser indultado de la pena de degollación.

© Biblioteca Nacional de España

Diversiones No es menester decir que entre los nobles continuaba el entusiasmo por la caza, y entre las clases populares la afición a las romerías. Por otra parte, puede llamarse este siglo XV el de los torneos, bastando para formarse idea del predicamento de que gozaban aquel extraordinario *Paso de D. Suero de Quiñones,* de que se ha hablado ya, y aquel tan famoso que hubo en la Barleta, entre caballeros españoles y franceses en tiempo del Gran Capitán. Es digno de notarse que mientras la Santa Sede prohibió los torneos en Francia, dejó de hacerlo en España, y así continuaron aquellos simulacros hasta que cayeron en ridículo ante la sátira caballeresca de Cervantes.

De las luchas de toros se ha hablado ya, pero por mucho que fuera el horror y repugnancia que inspiraran a la Católica Reina, los cortesanos no renunciaron a ellas, siendo de creer que se prescindiría de los embolados. La afición cundió en los siguientes siglos en que se construyeron ya plazas *ex profeso,* hasta que Carlos III prohibió tal *sport.*

También estaban en auge los convites, saraos y fiestas palacianas, los cuales solían celebrarse en las casas de los señores después de las fiestas públicas: lizas, toros, procesiones, etc.

Igualmente se entregaban chicos y grandes al placer de presenciar los juegos escénicos, entremeses, misterios o danzas, sagrados o profanos.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XIII

LA RELIGIÓN

De igual manera que en los anteriores siglos, la institución más poderosa e influyente de España era la Iglesia, aunque, por desgracia, dejaba mucho que desear la disciplina, así en el clero secular como en el regular. La literatura bastaría a probarlo (*El Corbacho, La Celestina,* el *Coloqui de las damas*), si no viésemos enérgicamente empeñado a Cisneros en la corrección de tales abusos.

Dejando aparte que las costumbres del clero se hubiesen relajado más o menos, a lo cual no se tardó en poner remedio, no podía ser más profunda la religiosidad de D.ª Isabel *la Católica,* de un Cisneros, un González de Mendoza, un Hernando de Talavera, un Gonzalo de Córdoba, que asistía devotamente a los oficios, ocupando un sitio en el coro, con su breviario en la mano. ¿Y quién más religioso, hasta rayar en místico, que el inmortal Colón?

Con todo, no se puede negar que había eclesiásticos que, como dice el Sr. Ortega y Rubio, «tenían creencias extrañas a la fe religiosa y contrarias a la razón, así como otros sostenían con tenacidad y constancia ideas y opiniones erradas en materias religiosas. Esto contribuyó seguramente a que Fernando e Isabel fundaran la Inquisición y expulsasen con inaudita firmeza a los judíos y moros».

Bien podían ser debidos tales errores a la semilla

© Biblioteca Nacional de España

dejada aquí por los antiguos filósofos Averroes, Ibn Gabirol, Ben Ezrá, Maimónides, Jeudá de Toledo, todos ellos árabes o judíos.

Igualmente, y con anterioridad a la reforma luterana, diéronse algunos casos de protestantismo, durante el reinado de los Reyes Católicos, especialmente el del doctor Pedro Osma, de la Universidad de Salamanca, si bien se retractó de sus errores en seguida (1479).

También fué sonada la sentencia contra el canónigo de Córdoba, Pedro Fernández de Alcaudete, acusado de judaizante y apóstata en 1484, el cual, según pruebas, celebraba las fiestas especiales de la ley de Moisés «diciendo que aquélla era la verdadera Ley por Dios dada, e que la Ley de Christo que era burla; e no solamente contento de esto, y a más constava de hacer ayuntamiento con judíos de señal e con otros semejantes herejes, como predicándoles la Ley de Moysés; el qual guardó las pascuas de las Cabanuelas e del Pan censeño e del querno, e los ayunos en especial siempre comía carne, e guardava los sábados, mandándole comer en viernes por el sábado, encendiendo los candiles antes del sol puesto, los quales ardían hasta que de suyo se apagavan; y quando iva a la Iglesia no hacía aquel acatamiento al Sagrario que devía, sino falso, por dar a entender que era Christiano; e no creía que la hostia consagrada era Dios verdadero, e quando se vido en agonías y trabajos, ayunó por sí e hizo ayunar a otras personas los ayunos de la Ley vieja, por los quales fuese librado de penar; e no creía verdaderamente en lo que la Santa Madre Iglesia cree y tiene, sino de todo punto convencido de su herejía e inducimiento, en el qual siempre permaneció fasta la ora que fué traído al Consistorio, donde los Señores Padres e Inquisidores estaban».

Fué condenado a ser quemado vivo, y así se ejecutó la sentencia.

© Biblioteca Nacional de España

Por lo demás, como ha dicho D. Juan Valera, citando a Federico Ozanam, «los españoles de la Edad Media fueron menos dados que otros pueblos europeos, no sólo a lo sobrenatural profano o heterodoxo, tomado de mitologías antiguas o de recientes ensueños del vulgo, sino también a los prodigios y leyendas de santos, a los viajes extáticos al otro mundo, a las apariciones y milagrerías. Los héroes de la reconquista andaban muy afanados en asuntos de importancia real, tenían demasiado que hacer con los vivos, y el continuo batallar con un fin y propósito marcados les dejaba poco vagar y reposo para irse por los espacios imaginarios. No solían ir en busca de los santos, sino que los santos los visitaban de prisa, y casi siempre con un propósito útil, como Santiago, que peleaba contra los moros».

Sea como fuere, la religión constituía el fondo de la vida, y así vemos que los gremios, las corporaciones, las familias, los individuos se colocan todos bajo la advocación de un santo.

«En Barcelona, dice el Sr. D. E. Segarra en su notable obra *Los Gremios,* los *ferrers* y *platers* tenían por patrón a San Eloy; los *ollers, rajolers* y *gerrers* a San Hipólito; los *cotoners* a San Martín; los *cirurgians* y *barbers* a San Cosme y San Damián; los *brodadors, freners* y *cuyracers* a San Esteban; los *traginers de ribera* a San Antonio; los *flequers* y *forners* a San Miguel y San Mateo apóstol; los *justers* y *assahonadors* a San Juan Bautista; los *mestres d'aixa* a Santa Catalina y San Juan; los *teixidors de drap* a Nuestra Señora de las Mercedes; los *pelaires* a San Bartolomé apóstol; los *espasers e lancers* a San Pablo y Santa Eulalia; los *blanquers, sabaters, albadiners, pergaminers e aluders* a San Agustín; los *paraires, baxadors, cuiraters* y *texidors de lana* a San Marcos evangelista; los músicos a San Gregorio, papa, y Santa Cecilia; los sastres a Santa María Magdalena; los

© Biblioteca Nacional de España

«Actor en las vicisitudes que narró, dice Cantú, jurisconsulto, embajador, guerrero, empleado en los gobiernos de la Romanía, teniente general del ejército pontificio contra Carlos V, posee las dos cualidades necesarias a un historiador perfecto; sabe ver y sabe decir. Escudriñador de los corazones y versado en los manejos de mal género, observa con vista perspicaz, y aplica rectamente las observaciones generales. Rico en íntimas relaciones y en juicios propios, hace una viva pintura de la política y de la sociedad; pintura horrible en que no reconoce virtud, religión ni conciencia, sino sólo ambición, interés, cálculo, envidia. Difícilmente se encontrará otro autor moderno que se acerque tanto como él a los antiguos por la magnificencia de la exposición, el estilo constantemente majestuoso, y la viveza de las descripciones.»

La *Relación*, de la que vamos a transcribir algunas páginas, se escribió después de la embajada que desempeñó el autor cerca de Fernando *el Católico* en 1512-13, durante su segunda regencia.

«Este reino es poco poblado y se encuentran en él pocas plazas o castillos; cuenta algunas ciudades, como Barcelona, Zaragoza, Valencia, Granada y Sevilla, pero son escasas para un reino y un país tan grande, y fuera de las dichas las demás no valen mucho generalmente; aun las mejores son pequeñas, tienen feos edificios y de tierra la mayor parte en muchos lugares, y además están llenas de lodo y de inmundicia. Esta región es fértil y abundante, porque recoge más trigo del necesario para su consumo; lo mismo sucede con el vino, que lo exportan para Flandes e Inglaterra; produce también gran cantidad de aceite, que sale del reino cada año para los países citados y para Alejandría, por valor de más de 60,000 ducados. Esta fertilidad es mayor en las partes bajas de Andalucía y de Granada, y aun sería mucho más abundante si todo el país

© Biblioteca Nacional de España

El Emperador Carlos V

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

fuese cultivado; pero sólo se labra lo que se halla cerca de las poblaciones, y esto no bien, permaneciendo lo restante sin cultivo. Todos los años sale del reino gran cantidad de lana, cuyo valor, según dicen, pasa de *doscientos cincuenta mil ducados;* también se exporta seda muy fina, que se cosecha en lugares más bajos. Vizcaya tiene minas de hierro y acero en gran cantidad, bastante grano, cueros y alumbre y muchas mercancías; de modo que si esta nación fuese industriosa y mercantil, sería también rica. El clima es frío hacia los montes Pirineos, muy cálido hacia Andalucía y Granada y más templado hacia las regiones contiguas al Mediterráneo.

»Los hombres de esta nación son de carácter sombrío y de aspecto adusto, de color moreno y baja estatura; son orgullosos y creen que ninguna nación puede comparase con la suya; cuando hablan ponderan mucho las cosas y se esfuerzan en aparecer más de lo que son; agrádanles poco los forasteros y son con ellos harto desabridos; son inclinados a las armas, acaso más que ninguna otra nación cristiana, y aptos para su manejo, por ser ágiles, muy diestros y sueltos de brazos; estiman mucho el honor, hasta el punto de que, por no mancharlo, no se cuidan generalmente de la muerte. Verdad es que no tienen buenos hombres de armas, pero emplean mucho la caballería, para lo cual le sirve su país, por nacer en él excelentes caballos para este objeto, y se han dedicado más a este género de guerra que a otro alguno, por las asiduas contiendas que han tenido con los moros, los cuales usan mucho de esta manera de pelear sus jinetes (así llaman a la caballería ligera). No emplean las ballestas, sino sólo las lanzas; de manera que no pueden servir mucho en las batallas; valen para acosar, para inquietar la retaguardia de un campamento, para impedir el paso de los víveres y para producir a los enemigos otros males semejantes,

© Biblioteca Nacional de España

más bien que para atacar de frente. La infantería, principalmente la de Castilla, goza de gran reputación y es considerada como excelente, creyéndose que en la defensa y asedio de las plazas, en que tanto vale la destreza y la agilidad del cuerpo, supera a todas, y por esta razón y por su valor son bastante útiles en una jornada; de modo que se podía disputar cuáles de los españoles o suizos serían mejores en campo abierto, cuya discusión dejo a otros más entendidos.

»Los castellanos comienzan a ponerse en orden a la manera suiza, lo cual no sé si es conforme a su especial naturaleza, porque mientras están en ese orden y formando esa especie de muralla no pueden valerse de su destreza, que es en lo que exceden a todos. Van siempre armados, y en los tiempos pasados solían ejercitarse, no sólo en las guerras extranjeras, sino aun más en sus discordias intestinas; siempre se encontraban formando partidos y trabando contiendas; por esta causa tenía España más soldados a caballo que tiene hoy, y también más ejercitados, porque en tiempo de la reina doña Isabel se les ha puesto freno con la paz y con más justicia, y por esto soy de opinión que vale menos la España en las armas de lo que en otro tiempo valía.

»Son considerados como hombres sutiles y astutos, y, sin embargo, no se distinguen en ningún arte mecánico o liberal; casi todos los artífices que hay en la corte del Rey son franceses o de otra nación. No se dedican al comercio, considerándolo vergonzoso, porque todos tienen en la cabeza ciertos humos de hidalgos y se dedican con preferencia a las armas con escasos recursos, o a servir a algún grande con mil trabajos y miserias, y antes del reinado de este soberano, a salteadores de caminos, más bien que al comercio o a otra cualquiera ocupación, aunque hoy en algunos lugares han empezado a ejercerlo, y ya en ciertas partes de España se tejen paños y telas de carmín y

© Biblioteca Nacional de España

oro por de fuera, como en Valencia, Toledo y Sevilla; pero la nación, en general, es opuesta a la industria. Así, sus artífices trabajan cuando la necesidad los obliga y después descansan mientras les duran las ganancias, y he aquí la razón de que sean tan caros los trabajos manuales.

»Imítanlos los rústicos campesinos, que no se afanan a no ser forzados por una extrema necesidad; de aquí que labran menos terrenos de lo que podrían labrar si quisieran, y eso poco, por lo común, mal cultivado.

»La pobreza es grande, y en mi juicio no tanto proviene de la calidad del país cuanto de la índole natural de los habitantes, opuesta al trabajo; prefieren enviar a otras naciones las primeras materias que su reino produce, para comprarlas después bajo otras formas, como se observa en la lana y en la seda, que venden a los extraños para comprarles después sus paños y sus telas. Debe proceder de su pobreza el ser naturalmente miserables, siendo así que, al considerar el lujo que ostentan fuera del reino algunos grandes, es difícil creer que los demás vivan con suma estrechez en su casa; y si tienen algo que gastar lo llevan en su cuerpo o en su cabalgadura, sacando fuera más de lo que les queda en casa, en donde subsisten por una mezquindad extrema, y además con tanta economía que causa maravilla. Y bien que sepan arreglarse con poco, no carecen, sin embargo, del afán de ganar, porque son muy avaros, y, como no trabajan, muy dispuestos al robo, y de aquí que antiguamente, cuando había en el reino menos justicia, se encontrase tanta abundancia de malhechores; y les servía para ello el país, por ser sus muchos lugares montuosos y pocos sus habitantes; como son astutos, son también buenos ladrones; de aquí que se diga que el francés es mejor señor que el español, aunque ambos despojen a sus súbditos; pero el francés lo gasta de seguida y el español lo guarda,

© Biblioteca Nacional de España

y éste, además, por ser más sutil, ha de saber también robar mejor.

»No son aficionados a las letras, y no se encuentra ni entre los nobles ni en las demás clases conocimiento alguno, o muy escasos, y son pocas las personas que saben la lengua latina. En la apariencia y en las demostraciones exteriores muy religiosos, pero no en realidad; son muy pródigos en ceremonias y las hacen con mucha reverencia, con mucha humildad en palabras y cumplimientos, y besándose las manos; todos son señores suyos, todos pueden mandarles, pero son de índole ambigua y hay que fiar poco en sus ofertas.

»El disimulo es propio de esta gente, en cuyo arte son muy grandes maestros todos los hombres y lo llevan a la perfección; su fama de astutos e ingeniosos consiste sólo en esto, que en lo demás, como se ha dicho, sólo se averigua que son ingenios púnicos, aventajándose a todos, especialmente los andaluces, y entre éstos los de Córdoba, ciudad famosa y antigua, patria del Gran Capitán; y de este disimulo provienen sus ceremonias y gran hipocresía.»

Refiriéndose al carácter belicoso de los españoles, dice:

«La causa de esto puede ser, que quizá tenga mejores soldados que generales, y que sus habitantes hayan sido más aptos para el combate que para el gobierno o el mando, y tratando un día de esta cuestión casualmente con el rey D. Fernando, me dijo que esta nación era muy dispuesta para el ejercicio de las armas, pero que era también desordenada, y que sólo se sacaba de ella el fruto conveniente cuando encontraba gobernantes que supiesen regirla. Y se observa que los escritores antiguos la alaban, más por cierta feroz inclinación a tomar las armas y a mover guerras que por otra cosa alguna, y de aquí que Livio la apellide nación pronta en suscitar guerras, y que diga en otros pasajes que las

© Biblioteca Nacional de España

hace con más temeridad que constancia; sin embargo, no sé si esta razón es verdadera.»

. . . . . .

«Si bien particularmente usan de ceremonias y demuestran reverencia a las cosas de Dios, el culto divino no florece aquí mucho, ni tampoco se distingue por el orden, sino antes bien por el desorden, ni se oye hablar de monasterio alguno, de frailes o de monjas, que sea famoso por su santidad o por su ejemplar vida. Verdad es que hay muchos obispados con rentas muy considerables, y que tienen poder espiritual y temporal, siendo preeminente entre todos el arzobispado de Toledo, que, según dicen, produce 50.000 ducados. Los de Sevilla y Compostela pasan de 15.000; hay muchos de seis, ocho o diez mil ducados. Cuenta muchas buenas iglesias y abadías. Las riquezas de las dignidades eclesiásticas provienen en gran parte del diezmo que pagan los pueblos, los cuales dan a la Iglesia la décima parte de todo lo que se cría en su jurisdicción, así de animales como de lo demás, lo que constituye una suma importante, y de este diezmo, cerca de dos novenos pasan al Rey, y lo restante se distribuye dando parte a la iglesia del lugar y parte al obispo de la diócesis.

»Aunque no puede saberse con certeza los productos de todo el reino, tengo entendido que ascienden a poco más de 300 cuentos, que vienen a ser 800.000 ducados; cerca de una mitad de esta suma está afecta a los juros y permutas, que son enajenamientos de rentas, y sueldos o mercedes perpetuas, de las cuales no ve el Rey un solo maravedí. De los otros 400.000 se pagan los gastos de la corte, de los empleados, los de la Reina y los de las fortalezas, de modo que con ellos no se puede adelantar mucho. Cuéntase además con la renta de los maestrazgos, la cual está afecta, sin embargo, a los gastos de acostamiento y otras obligaciones... Cuéntase además con la renta de las islas recientemente descubiertas,

© Biblioteca Nacional de España

percibiendo el quinto del oro que de ellas se saca; el cual, según dicen, importa un año con otro unos 50.000 castellanos, aunque hay quien diga que son 70.000. En los tiempos anteriores producía mucho la Inquisición, porque a cada sentencia que pronunciaba, fuese o no de muerte, acompañaba la confiscación de bienes, y aunque se cediesen muchos de los inmuebles, daba, sin embargo, provechos; hoy produce poco. Cuenta, por último, con las confiscaciones ordinarias por razón de otros delitos, que no son por cierto muchos.

»En sus guerras contra los infieles, o en defensa de la Iglesia, dispone, con licencia apostólica, de los diezmos del clero. El Rey tiene otros muchos gastos, además de los mencionados, como son el sostenimiento de la guarnición de Orán, Mazalquivir, Bujía y otras plazas berberiscas; así que, teniéndolos en cuenta, se cree que los gastos son proporcionales a los productos, y aunque corren voces que tiene en Aragón un tesoro abundante, no lo creen así los prudentes. Los productos de los reinos de Aragón, Cerdeña, Mallorca y Menorca son mezquinos, y tampo o muy pingües los de Sicilia. De Nápoles obtiene uno 60.000 ducados, que entrega anualmente a la Reina, además de muchas pensiones señaladas a señores aragoneses, a quienes se despojó de sus Estados para entregarlos a los angevinos, con arreglo a las capitulaciones hechas con Francia, habiendo fijado a todos ellos un equivalente en dinero o en estados; de modo que con estos gastos y con los que hace con los hombres de armas y oficiales que mantiene de ordinario, y con la guarda de fronteras y galeras, es fama que por lo común no llegan anualmente a sus manos ni treinta mil ducados.

»Además de todas las rentas indicadas, goza generalmente por privilegio apostólico del derecho de exigir del clero un noveno del diezmo, y algunas veces dos, lo cual, aunque sea común a todos sus reinos de Castilla

© Biblioteca Nacional de España

y Aragón, el primero es casi sólo el que lo paga; porque cuando el segundo le concede algún subsidio en sus Cortes, pone siempre por condición que, durante cierto plazo, los eclesiásticos no han de pagar ninguna especie de noveno o de otra contribución que el Rey pueda obtener del Papa mientras dura; así que esta carga pesa únicamente sobre Castilla, la cual se ha contenido en la suma que ha de pagar por razón de diezmos, que asciende a unos 60.000 ducados. Percibe también un subsidio eclesiástico por razón de la guerra contra infieles, que llaman *de la Cruzada,* mediante la cual se conceden grandes indulgencias a quien adquiere la bula...»

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO II

LOS PRIMEROS AÑOS

LOS FLAMENCOS. — CORTES EN CASTILLA. — SUPERSTICIONES. — EN ARAGÓN. — DESASTRE EN ARGEL. — EN CATALUÑA. — CAPÍTULO DEL TOISÓN DE ORO. — EN VALENCIA. — COMIENZO DE LAS GERMANÍAS. — DISGUSTO GENERAL EN ESPAÑA.

(1517 - 1520)

Los flamencos.

Habían fallecido, ya desde años atrás, la Católica Reina, D. Felipe *el Hermoso,* Cisneros y Fernando *el Católico*; sólo vivía la reina propietaria, D.ª Juana, encerrada en Tordesillas, que la reina loca, por miedo a las mudanzas, había elegido como su último y definitivo refugio.

Murmurábase, y no faltaba quien propagara la murmuración, que D.ª Juana no era una católica muy practicante; pero tales supuestos no pasaban de chismes infundados. Siempre fué tan ortodoxa como buena madre, y tanto es así que después de recibir la visita de su hijo D. Carlos, mandó celebrar una misa en el corredor donde lo había encontrado.

Dejamos nuestra relación en el punto en que, ya en España el joven príncipe con su hermana Leonor, se hacía titular rey, a pesar de vivir su madre. Pero no

© Biblioteca Nacional de España

era eso lo peor, sino que rodeado de flamencos, había abdicado en ellos toda su voluntad y dejaba que mandasen y robasen a su antojo, sin tomarse la molestia de ocuparse en ningún asunto.

Por lo mismo, no puede constituir más curioso espectáculo el comienzo del reinado del Emperador Carlos V. Ningún papel desempeñaba, a la vista de los españoles; todo lo hacían los flamencos, como si no tuviera prisa ninguna por reinar, bien que harto se desquitó después. Como dice un autor, la juventud de Carlos V era semejante a la existencia de aquellos *reyes holgazanes* de Francia en que ejercían el poder los mayordomos de palacio.

Carlos V en la adolescencia

Guillermo de Croy, señor de Chievres, era el verdadero amo; Adriano de Utrecht, el ex deán de Lovaina, obispo de Tortosa, fué hecho cardenal; un sobrino de Chievres, arzobispo de Toledo; Juan Sauvage, gran canciller de Castilla.

En Castilla. Venidos de tierras donde imperaba el más desenfrenado absolutismo, aquellos señores no tenían idea de que aquí hubiese Cortes, y, por lo mismo, no pensaban en manera alguna en reunirlas a pesar de las gravísimas cuestiones que había pendientes, pues se

© Biblioteca Nacional de España

trataba de reconocer a D. Carlos como tal rey, no bastando que él se lo intitulase, viviendo como vivía su madre, D.ª Juana, única reina legítima y propietaria, y una vez reconocido debía jurar los fueros, franquezas, privilegios y libertades de Castilla.

A pesar de su resistencia, no tuvo, sin embargo, más remedio el joven D. Carlos que reunir las aborrecidas Cortes, las cuales se congregaron en Valladolid, a primeros de febrero (1518), y ya desde luego se pudo comprender que el nuevo reinante se conduciría como un déspota y atropellaría por todo, pues por sí y ante sí nombró presidente de aquéllas al flamenco Sauvage, vicepresidente al obispo de Badajoz, Pedro de la Motta, italiano, y asistente al también flamenco Maestrejos, de lo cual protestó el diputado por Burgos, doctor Zumel, y con él todos los demás procuradores, pues jamás se había dado el caso de que las Cortes de Castilla fuesen presididas por extranjeros.

Comenzó luego una terrible lucha, pues D. Carlos se negaba a jurar, costando muchísimo convencerle, de manera que buenas pruebas daba de respeto a las leyes.

Por fin se acordó: 1.º, que si D.ª Juana recobraba algún día la razón, reinaría sola; 2.º, que los edictos irían encabezados con los nombres de D.ª Juana y de su hijo. Hecho esto, se le concedió un servicio para la guerra contra el turco, de 200 cuentos de maravedises, cantidad enorme, que la pobre Castilla no había aprontado nunca hasta entonces.

Hay que advertir a todo esto que el rey no sabía hablar en castellano, ni lo entendía, sino que se valía del flamenco o el alemán.

Dolíanse los castellanos de la falta de voluntad de aquel rey, completamente entregado a su camarilla.

«No dirige, es dirigido», exclama Sandoval. Nadie desconoce que es un joven magnánimo, liberal, generoso, pero por eso resulta todavía peor.

© Biblioteca Nacional de España

El hijo de D.ª Juana *la Loca* demuestra una gravedad impropia de su edad; a todos escucha atentamente y responde con sobrias frases; los embajadores venecianos reputan tal concisión, tal falta de expansión, por una prueba de impericia y de defectuoso natural.

Era para poner a prueba la lealtad, o como decimos ahora, traduciendo del inglés, el *lealismo* de los súbditos. Nada puede dar mejor idea de la situación, aunque se trate de un autor extraoficial y no de un historiador clásico, que las *Cartas* privadas de Anglería, resumidas magistralmente en la tesis de M. Mariéjol. Nada más edificante que las páginas que reproducimos del digno comentador de Anglería; Pedro Mártir no escribe de real orden, sino como testigo presencial , y, perdónese la frase, como un pre-*reportero,* dirigiéndose a sus amigos y a los que le tenían encargado les enterase de lo que por aquí ocurría:

«Los ministros, dice Mariéjol, tenían el honor, el provecho y la responsabilidad de sus actos; se les podía atacar con toda seguridad de conciencia. Los hombres que en Bruselas dirigían los asuntos, habían seguido a Carlos a sus nuevos Estados. Miraban a Castilla menos como un reino que administrar, que como una colonia que explotar. Así herían a los españoles en dos puntos muy sensibles: la pobreza y el orgullo. Despojaban a un pueblo que no disponía más que de lo necesario y despreciaban a una nobleza que se creía por encima de todas las otras.

»Sus primeros actos fueron torpes. Mientras colmaban de ultrajes los últimos días de Cisneros, no permitían que el arzobispo de Zaragoza, Alfonso de Aragón, pidiese a Carlos el arzobispado de Toledo. Con todo, era hombre de cuenta aquel hijo natural de D. Fernando *el Católico,* regente que había sido de Aragón, mientras Cisneros lo era de Castilla. Había acudido a Tordesillas mientras se hallaba allí el rey. «Volvióse de la villa

© Biblioteca Nacional de España

espumarrajeando de rabia», dice Anglería. El arzobispado de Toledo le fué dado a un muchacho de diez y seis años, sobrino del sire de Chievres; así pasaban a manos de los extranjeros los beneficios eclesiásticos, y nadie presagió bien de tales comienzos. Pedro Mártir abomina de la frescura de los flamencos, juzga inconveniente su conducta y, lo que es peor, impolítica.

»A tales premisas respondieron las consecuencias. España fué saqueada por aquellos extranjeros ávidos de dinero que no pensaban más que en amontonar riquezas y marcharse cuanto antes. Se apoderaron de los tesoros acumulados por Cisneros; sacaron a subasta las dignidades y los empleos; vendieron a los cristianos nuevos el cambio del procedimiento inquisitorial; se embolsaron la paga de las tropas y dejaron que los piratas devastasen las costas y las ciudades marítimas.

»El país fué puesto en liquidación. No se contentaban con esquilar el rebaño popular.» «Así, belgas y galos, dice Pedro Mártir de Anglería con toda libertad, irán, con facultades para intentarlo todo, a través de los pingües pastos castellanos, y podrán escoger, a su gusto, entre el ganado grande y chico la res que más les agrade.»

Rebosaba la cólera en las almas; pero ¿qué podía el pueblo contra aquellos extranjeros, puesto que la nobleza les dejaba hacer? En vano Pedro Mártir apelaba a su patriotismo: «¡Ea, nobles españoles que lleváis y calentáis esta culebra devoradora! ¿hasta cuándo permaneceréis dormidos?»

Nápoles y Sicilia se veían tratados aún más duramente que Castilla. «Desde aquí se oyen sus quejas, sus gemidos.» En Ibiza los soldados de Moncada lo han robado y saqueado todo. Los isleños no tienen ni un pedazo de pan; han enviado una diputación al rey para exponerle su extremada miseria. «No he podido oirles sin derramar lágrimas y oprimírseme el corazón.»

© Biblioteca Nacional de España

Así se conducían aquellos extranjeros que como bandada de buitres habían caído sobre España sólo para robar y saquear. De los principales habla Anglería en los siguientes expresivos términos: «Ha muerto Juan Sauvage, el primer canciller, flamenco, jurisconsulto, nacido para pervertir la excelente naturaleza del rey. No había salido aún de Flandes, cuando ya había sacado a subasta todas las dignidades; ahora ha cruzado el Aqueronte sin dinero; ni siquiera se ha llevado el trióbolo para pagar a Caronte.»

El señor de Chevres mejor se comía al rey que lo educaba. Vendía todo lo que podía: empleos, oficios, obispados; sólo el dinero era omnipotente. «Los flamencos eran todo fuego, todo llama para el oro fino y la plata virgen que venía de las Indias...» Madame de Chevres, sin embargo, más que el oro y la plata prefería las perlas. Supo que habían enviado a D. Carlos 160 que pesaban ocho onzas, y corrió a pedírselas al rey, y en cuanto las tuvo no quiso ni siquiera enseñárselas. De ahí que con censurable falta de galantería la designase siempre Anglería con el remoquete de *Xebrensis Vetula* (la viejecilla xebrense).

«Estas extorsiones, dice M. Mariéjol, mataban la confianza y el respeto. Hubo falta de numerario en Castilla; el canciller (Juan Sauvage) había expedido 11.000 ducados a Flandes; Chevres drenaba el resto de la fortuna pública. De ahí chascarrillos y canciones:

Doblón de a dos norabuena estedes,
Pues con vos no topó Chievres.»

A su vez refiere Brantôme que le gustaban tanto a Chevres aquellos doblones de dos caras, acuñados en tiempo de Fernando *el Católico*, que exigía de los tesoreros le pagasen siempre en dicha moneda.

El odio contra Chevres era implacable, y aun si por ventura hacía algo bueno se juzgaba en mal sen-

© Biblioteca Nacional de España

tido. Por ejemplo, al negarse a imponer un diezmo sobre el clero se interpretó diciendo que hacía como aquel usurero de Milán, que para quedarse él solo con el negocio tenía pagado a un fraile para que predicase fuerte contra los préstamos a crecido interés.

D. Fernando de Austria, hermano del emperador

Se comprende, por otra parte, que nuestros españoles sintiesen honda antipatía hacia aquellos extranjeros. «Las sobrias poblaciones del Mediodía, dice Mariéjol, no podían sufrir a aquellas gentes del Norte tan gloto-

© Biblioteca Nacional de España

nas, verdadero tonel de las Danaides donde se estaba echando siempre sin calmar el hambre ni la sed. Su borrachera, su libertinaje, que llegaba a las últimas violencias, revolvían a esta nación, prevenida contra tales excesos en la escuela de la Cruzada, bajo la disciplina austera de un clero fanático. Las simpatías se desviaban de Carlos para recaer en su hermano Fernando, y así, para desembarazarse de un posible jefe de oposición, los flamencos resolvieron enviarle a Alemania. En los muros de una iglesia de Valladolid apareció un pasquín sedicioso que decía: ¡Ay de ti, Castilla, si dejas partir al infante Fernando!»

Este era, en efecto, el que querían los castellanos; había sido educado entre ellos, así como Carlos lo había sido entre flamencos, y desde niño hubo de gozar de inmensa popularidad.

Si cuando abdicó el emperador D. Carlos dejando a su hermano el Austria y a D. Felipe España lo hubiese hecho al revés, tal vez hubiera sido otra la suerte de la nación, ya que D. Fernando era un verdadero español, siendo así que Felipe II demostraba en todo instante su abolengo flamenco.

Tan triste era la situación de Castilla bajo aquellos extranjeros, que la gente se dió a creer en profecías de astrólogos, que anunciaban llegarían a España, para gobernar, unos enjambres «de moscardones de largas patas», que harto claro se veía no eran otros que los flamencos.

Supersticiones.

Aparte de esto, eran generales las supersticiones reinantes, y todo el mundo se creía bajo la influencia de un mal hado, tan terribles eran los presagios de próximas calamidades. En Valencia llovió cuarenta días seguidos (1517), saliéndose el Turia de madre y desplomándose en la ciudad más de cien casas, con gran mortandad. Un día entró en la catedral un labrador y arrojando su manta

© Biblioteca Nacional de España

a los pies del justicia, D. Juan Onofre de Cruilles, gritó: —«Alerta, D. Juan, que la ciudad y reino están amenazados de una gran calamidad», dicho lo cual desapareció sin dejar rastro.

Unos marineros dijeron que habían visto un lobo levantado quince codos en el aire; en otro lugar se veían salir por las noches de una iglesia arruinada multitud de soldados divididos en dos ejércitos, uno con una bandera roja y un crucifijo pintado, y otro con estandarte blanco y lunas amarillas, que se pasaban hasta el amanecer peleando con encono, con gran vocerío y ruido de atabales y trompetas. Terminemos diciendo que aquél fué el año en que el famoso *licenciado Torralba,* el mágico, fué y volvió de Roma en una noche, y anunció que España iba a quedar destruída por las guerras civiles.

Tales predicciones se vieron confirmadas por desgracia, como ya veremos.

Aragón. Bien sometida Castilla, pensó el gobierno de D. Carlos que podría hacer igual con Aragón y Cataluña; pero esta vez se equivocó. Los aragoneses se negaron en redondo a darle a D. Carlos el título de rey mientras viviese su madre D.ª Juana y no hubiese probado la razón de sus pretensiones, y de ahí no salían, con grave escándalo de los castellanos que no podían comprender cómo un pueblo tan reducido mostraba tamaña terquedad, y «ya maduros para el despotismo» se impacientaban ante tantos formulismos.

Era lo mismo que les había pasado a las castellanas reinas D.ª Leonor, esposa de Alfonso IV, y D.ª Isabel *la Católica,* escandalizadas ante la altivez de valencianos y catalanes. Contra semejante obstinación en no querer reconocer por rey al que tan fácilmente había acatado Castilla, propuso el conde de Benavente a D. Carlos que impusiera su voluntad por la fuerza;

© Biblioteca Nacional de España

pero pronto pudo recoger el fruto de su insolencia, pues por la noche se echaban a la calle los zaragozanos, a la voz del conde de Aranda, y se combatía a estocada limpia con los realistas.

No sabía Chevres con quien trataba ahora; no le llegaba para remedio ningún doblón. Las Cortes de Aragón se negaron en absoluto a conceder el *servicio* antes de que fuesen satisfechos los *greuges* o, como dicen otros, el *memorial de agravios*. Y así pasaba el tiempo, sin adelantar un paso. Chevres, desesperado, no tuvo más remedio que apelar a los usureros, según el refrán de «más vale pájaro en mano que buitre volando». Ya pagaría Castilla. Ello fué que cuando al cabo de ocho meses salió de Aragón la corte, los gastos hechos excedían al servicio concedido.

«Aragón, dice Mariéjol, triunfó así de las buenas como de las malas intenciones del gobierno. Los castillos eran refugio de los bandidos y salteadores de camino real. El pueblo reclamaba el establecimiento de una justicia severa. Hubo un motín en Zaragoza para obtener la represión enérgica del bandolerismo, así como la libertad del comercio de granos y la franquicia de los abastos, cuyo monopolio se habían atribuído los nobles... Carlos hubiera querido dar satisfacción a la clase media, pero se vió obligado a ceder a las exigencias de los señores. Anglería caracteriza muy bien a los aragoneses. «Prefieren más, dice, conservar sus viejas costumbres que sufrir una mejora que emane de la persona del rey.»

Desastre en Argel.

Mientras se hallaba D. Carlos en Zaragoza ocurrió un hecho que confirmó a los supersticiosos en la creencia de que aquellas señales que hemos dicho presagiaban grandes desdichas.

Sucedió que el joven rey de Castilla recibió la nueva de que en un combate con los españoles, cerca de Tremecén, había perecido el famoso *Barbarroja*, Horuch

© Biblioteca Nacional de España

(reemplazado luego por su hermano Quereddin, que también se llamó *Barbarroja*), y creyendo era buena ocasión para recobrar la plaza de Argel, de la que se había apoderado aquel famoso corsario, dispuso que fuese allá D. Hugo de Moncada, antiguo virrey de Sicilia, con 4.500 hombres y una fuerte armada. Moncada se hizo a la vela y fondeó en Argel, pero en vez de desembarcar se estuvo allí quieto hasta que al cabo de nueve días se desató una violenta tempestad durante la cual se fué a pique casi toda la escuadra y se ahogaron más de 4.000 hombres. Moncada se salvó, llegando a Ibiza, desde donde comunicó la fatal nueva.

Hugo de Moncada

En Cataluña.

Aburrido D. Carlos con su larga y estéril estancia en Aragón, trasladóse a Cataluña, donde se le esperaban nuevos disgustos y rabietas. Si en Aragón le habían mareado los leguleyos y ergotistas, íbase a encontrar en Cataluña con gente zumbona, atenta sobre todo a ganar dinero y no menos dada a formulismos y puntillos.

Hacía D. Carlos su entrada en Barcelona el 15 de febrero (1519), con gran pompa

«En la plaza de Fra-menors, dice Balaguer, y con el aparato y ceremonia usados, prestó D. Carlos el juramento llamado *por las islas;* pero debe advertirse que

© Biblioteca Nacional de España

nuestros cronistas dan sólo título de príncipe al monarca, atendiendo a las dificultades que aquí, como en Zaragoza, se habían suscitado para aceptarle como rey en vida de su madre. Ya al entrar en Cataluña había jurado D. Carlos, pero presentaron sus protestas sobre la nulidad del juramento los síndicos de la diputación y ciudad de Barcelona, cuyas protestas, dice Feliu de la Peña, admitió el príncipe, y mandó que bajasen las varas los ministros que las habían levantado en su nombre, diciendo que obraban bien los catalanes en defender sus leyes y costumbres.

»Los celosos catalanes oponían obstáculos a la admisión de D. Carlos como conde, viviendo aún la reina D.ª Juana, condesa de Barcelona, y se pasó algún tiempo antes de que estos obstáculos pudiesen verse allanados. Así es que, sólo después de muchas juntas y consejos, «resolvieron la ciudad de Barcelona y Principado de Cataluña (atendiendo a la indisposición de la reina e imposibilidad de gobernar, y que el príncipe era sucesor y no podía dejar de gobernar durante el impedimento de la madre, que se juzgaba sin remedio) asistir al juramento de los privilegios y constituciones de Cataluña, y admitir a Carlos como a legítimo conde de Barcelona, prestándosele el juramento de fidelidad, en la forma que es costumbre, sin perjuicio de la reina condesa».

»Pero nueva y mayor dificultad sobrevino en seguida, pues viendo que D. Carlos quería convocar Cortes, se le trató de disputar el derecho de reunirlas en vida de su madre. Por fin se venció también este obstáculo y se allanó con el juramento como conde, entrando en el ejercicio de la jurisdicción, que se le había impedido, no obstante el juramento de Lérida. Las Cortes fueron, pues, convocadas, y a 16 de abril juró el príncipe como conde los privilegios en la sala grande del palacio mayor, prestándosele sólo entonces el sacramento de

© Biblioteca Nacional de España

fidelidad, y sólo desde entonces quedando reconocido por rey.

»En el tiempo que medió desde la entrada de don Carlos en esta ciudad hasta 16 de abril, los fastos de Barcelona consignan dos recuerdos, de que es preciso tomar nota.

»En 1.º de marzo se comenzaron a celebrar en la catedral, durando tres días, unos suntuosos funerales por haber muerto el emperador Maximiliano, abuelo materno de D. Carlos. Un manuscrito de aquel tiempo habla minuciosamente de estas honras fúnebres, de su pompa, de su grandeza, de su esplendor y majestad, y dice haber asistido a ellas el futuro emperador con lucida comitiva de caballeros catalanes, castellanos, alemanes y flamencos, todos vistiendo espléndidos trajes de luto.

Capítulo del Toisón de Oro.

»Un día después, el 5 de marzo, tuvo lugar en la misma catedral otra ceremonia de carácter bien distinto, y fué la del primero y único capítulo general de la orden del Toisón de Oro celebrado en estos reinos. Con este motivo se pintaron entonces en las sillas del coro de la antedicha iglesia los escudos de armas, que todavía se conservan, de los caballeros que a la sazón componían la orden, o habían fallecido desde la celebración del anterior capítulo; y se adornó todo el templo con extraordinaria magnificencia, vistiendo de ricos tapices sus vetustas paredes, y poniendo en sus puertas y capillas lujosas colgaduras de terciopelo, brocado y raso carmesí. Las funciones que se celebraron duraron cuatro días, y en todos ellos atrajeron por su novedad y pompa un extraordinario concurso.»

Los caballeros concurrentes al capítulo pertenecían a la nata y flor de la nobleza, entre ellos Cristerno, rey de Dinamarca; Segismundo, rey de Polonia; los duques de Alba, de Escalona, del Infantazgo, de Frías, de Béjar, de Nájera, de Cardona, de San Mayo; el gran

© Biblioteca Nacional de España

Almirante de Castilla; los príncipes de Orange y de Visignano; el marqués de Astorga; el conde de Guare, el señor de Beauraing, etc.

Jurado ya conde de Barcelona D. Carlos, el 16 de

Armadura ecuestre de Carlos I

abril de 1519, continuó en la ciudad, donde le entretenían los catalanes pidiendo nueva reunión de Cortes para la concesión del servicio y otros asuntos, en lo cual se pasaron algunos meses, pues no se volvieron

© Biblioteca Nacional de España

a reunir aquéllas hasta primeros de 1520. Parece ser que los barceloneses se burlaban de aquellos extranjeros y estaban resueltos a sacarles todo el dinero que pudiesen, de suerte que M. de Chevres «y demás cerberos de menor cuantía» se encontraron con la horma de su zapato. Cuéntase que la cólera y confusión de los flamencos hacían las delicias de los barceloneses, y al revés de lo ocurrido en Castilla, quien se arruinaba era Chevres.

Tales burlas, sin embargo, no rezaban con el rey-conde a quien se tributaban las más respetuosas muestras de adhesión, y no podía quejarse de pasarlo mal, pues eran grandes las satisfacciones que aquí experimentaba: en efecto, en Barcelona tuvo noticia de su proclamación como emperador de Alemania, siendo vencido su contricante Francisco I de Francia. Aquí le llegó la nueva de la conquista de Méjico, y recibió al portugués Magallanes, que le propuso la expedición en busca del famoso *paso del mar del Sur,* como así lo alcanzó. También estuvo a visitarle el rey de Túnez, en persona, para pedirle auxilio contra Quereddin *Barbarroja* que le había arrojado del trono, a lo cual accedió de buen grado el ya emperador.

Esta vez el triunfo fué glorioso; encargado de nuevo el mando de la expedición a D. Hugo de Moncada, que tan mala suerte había tenido en Argel, derrotó por completo a Barbarroja y se apoderó de la isla de Gelves, vengando así la catástrofe acaecida en tiempo de la regencia de D. Fernando *el Católico.*

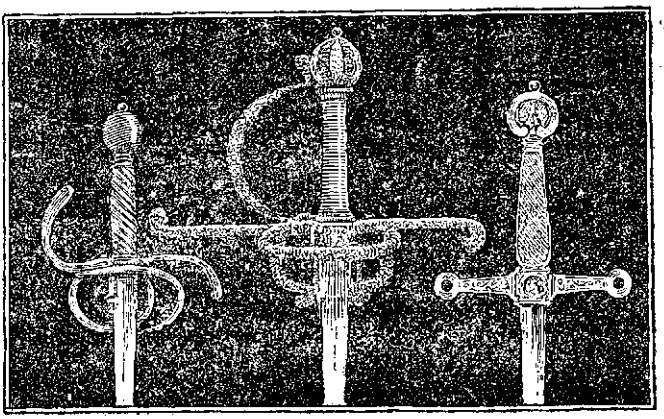
Reunidas de nuevo las Cortes catalanas a primeros de enero de 1520, pidiéronle los brazos que pusiese coto al poder de la Inquisición, introducida por Fernado *el Católico,* y cada día más invasora, y por fin se le concedió un donativo de 250.000 libras, aunque en honor a la verdad, apenas si esta suma compensaba los gastos de aquel año de permanencia en la ciudad

© Biblioteca Nacional de España

condal. Con todo, los flamencos consiguieron con ello sacar la tripa de mal año.

En Valencia

Impacientísimo D. Carlos para pasar a Alemania a coronarse, y para que no volviera a ocurrir lo que en Aragón y Cataluña donde le habían tenido entretenido veinte meses, en definitiva para no darle nada, o poco menos, mandó que el reino de Valencia le reconociese por rey y le votase el ser-



Espadas del Emperador Carlos V

vicio sin acudir en persona a las Cortes. Y así, en vez de emprender el viaje a Valencia, se marchó precipitadamente a Valladolid.

No es menester decir cuán a mal tomaron los valencianos tal desaire, tal desafuero y tal violación de sus constituciones; al fin y al cabo su fuero se lo había dado el gran rey D. Jaime *el Conquistador;* por sostener el *Privilegio de la Unión* habían sufrido el martirio sus ciudadanos; por las intrigas de su compatriota Fray Vicente Ferrer, *no por derecho,* había sido elegido rey de Aragón Fernando de Antequera, del cual procedía

© Biblioteca Nacional de España

el entronizamiento de Carlos I, ¿y así se les pagaba?

El joven emperador se salió del paso enviando a Valencia a Pedro Mártir de Anglería y a Jerónimo Cabanillas, para que preparasen el terreno al cardenal Adriano, el ex-deán de Lovaina obispo de Tortosa, que debía presidir las Cortes, pero pronto se convencieron de que eran inútiles sus gestiones. Valencia se hallaba en plena insurrección.

Pedro Mártir de Anglería no dejaba de escribir de continuo al nuevo gran canciller, el italiano Mercurino de la Gattinara (sucesor de Juan Sauvage, que se había muerto) para que viera de que D. Carlos I no insistiera en su resolución, al par que se desgañitaba en Valencia tratando de justificar la ausencia del rey en las Cortes.

Los valencianos no cedieron en su justísima demanda y no solamente no quisieron dar dinero, si el rey no presidía las Cortes, sino que dijeron que si D. Carlos abandonaba a España no obedecerían a nadie, ni cumplirían las órdenes de nadie, ni pagarían contribución a nadie. El joven flamenco, enterado de ello, juraba que iba a hacer un escarmiento; que iría a Valencia y dejaría ejemplar memoria, pero la taifa belga y tudesca que le rodeaba procuraba quitarle tales ideas de la cabeza y darle prisa para que se marchara, asegurándole que bastaría con nombrar un alcalde severo para que los valencianos se apaciguasen, en lo cual se equivocaban por completo.

Conviene decir, en efecto, que la situación de Valencia no era nada tranquilizadora desde hacía meses. Hablamos ya de las terribles devastaciones ocasionadas por el desbordamiento del Turia, y por si no fuera bastante calamidad, se desarrolló luego la peste, lo cual hizo que la gente pudiente abandonara la ciudad. Así las cosas, corrió la voz de que se acercaba una formidable escuadra de argelinos, cumpliéndose así los funestos presagios que desde hacía tiempo tenían ate-

© Biblioteca Nacional de España

rrorizado a todo el mundo. Un fraile, más falto de mollera que sobrado de discreción, hubo de predicar diciendo que lo que pasaba era castigo de Dios por los muchos sodomitas que había en Valencia.

Furioso el pueblo dió en buscar a los incursos en tal pecado y creyó haber dado con uno en la persona de un panadero. A pesar de todas las protestas de inocencia que hizo y del esfuerzo de las autoridades fué horriblemente martirizado y arrojado a una hoguera. Los amotinados, entonces, saquearon la catedral, incendiaron el palacio del arzobispo y allanaron varias casas en busca de sodomitas.

No tardó el motín en revestir amenazador carácter político: los amotinados se armaron todos, so pretexto de rechazar la invasión argelina, se organizaron en forma de hermandades o germanías, por gremios, y lanzaron el grito de rebeldía contra los nobles, cuyas demasías no podían ya llegar a más, hasta el extremo de que un noble arrebatara de manos de un marido a una desposada al salir de la iglesia.

Y el terror que inspiraba la nobleza era tanto que no había abogado que quisiera tomar a su cargo la defensa de los plebeyos en sus pleitos o agravios contra aquélla, de manera que el rey tuvo que nombrar a dos de oficio.

Comienzo de las Germanías

Ya en abierta rebelión los sublevados, proclamaron éstos por jefe a cierto Juan Lorenzo, hombre de gran capacidad, de elocuencia tribunicia y reputado por adivino, y por indicación suya se formó una junta de 13 individuos, tomando por divisa la defensa del reino contra los moros y del pueblo contra los nobles, como así se verificó a fines de año (1519).

Aterrados los señores ante aquella organización popular enviaron una diputación al rey, que, como ya sabemos, se hallaba entonces en Barcelona, para pe-

© Biblioteca Nacional de España

dirle que, entretanto fuese allá a tener Cortes, prohibiese aquellos armamentos de los gremios. Los plebeyos entonces enviaron otra diputación a D. Carlos, que continuaba aún en la ciudad condal. No podía disimular el rey la satisfacción que le causaba la rebeldía contra la nobleza, y así fué que, en vez de prohibir el armamento popular, aun lo fomentó, y en cuanto a pasar a Valencia a tener Cortes, como debía, no había que pensar. Ya veremos, sin embargo, cómo el rey se puso después de parte de los nobles contra los plebeyos en cuanto las Germanías constituyeron un peligro, y cómo los que cedieron a que D. Carlos no celebrase Cortes fueron los dos brazos noble y eclesiástico.

Disgusto general en España.

Aquella corona de Alemania no inspiraba ningún entusiasmo a los españoles. ¿Qué había de importársenos a los catalanes, castellanos, aragoneses, gallegos, mallorquines, andaluces, extremeños o navarros?

¿Qué resultado podía tener el que Carlos I de Castilla fuese el emperador Carlos V de Alemania, sino quedar relegada Castilla a segundo término?

De entonces datan nuestra ruina y perdición. España, esto es, Castilla, León, Navarra, Aragón, Cataluña, libre y en el pleno goce de sus prerrogativas, iba a quedar reducida a la mera condición de una de tantas provincias, con la agravante de que contando con los soldados de la sumisa Castilla, de la corona de Aragón y de Andalucía, y con las contribuciones de España y el oro de América, nos iba aquel hombre a meternos en lo que no teníamos nada que ver y enredarnos en aventuras completamente ajenas a nuestro interés y a nuestros ideales.

¡Infeliz día fué aquel en que murió el infante don Miguel, el hijo del portugués D. Manuel y la castellana D.ª Isabel! ¡Infeliz día aquel en que D.ª Juana *la Loca* parió a D. Carlos, hijo del archiduque Felipe! ¡Desde

© Biblioteca Nacional de España

aquel instante no fuímos ya españoles; fuímos esclavos de la funestísima casa de Austria!

En cambio, si D. Jaime I hubiese sido tan buen político como capitán, ¡qué diferencia! Si en vez de abandonar, como abandonó miserablemente, sus derechos a los Estados del Mediodía de Francia hubiese formado un *reino mediterráneo,* con Provenza, Languedoc, la Aquitania, la Guiena, Cataluña y Aragón y Navarra, y posteriormente por matrimonios se hubiese enlazado este reino mediterráneo con el de Castilla, mediterráneo y atlántico ¡qué imperio, completado por Pedro III con Sicilia y con Alfonso V con Nápoles! ¿Quién hubiera podido romper la unidad de este reino?

Mas una cosa es la previsión y la inteligencia de los políticos, y otra las flaquezas domésticas. El imperio mediterráneo no pudo tener efecto, como hubiera debido; la casualidad nos deparó el de un Nuevo Mundo, pero la política personal de Carlos V lo echó a perder metiéndonos en contiendas con Alemania y con Francia por cosas que nada se nos importaban, y se tragaba nuestro dinero, cambiaba nuestro carácter y había de llevarnos al extremo de que en tiempo del otro Carlos, el segundo, se repartieran a España las potencias como las vestiduras de Cristo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO III

LOS COMUNEROS

ABANDONO DE ESPAÑA. — CORTES EN SANTIAGO. — PRIMEROS CHISPAZOS EN VALLADOLID. — LA INSURRECCIÓN.

(1520)

Abandono de España.

Decíamos que lleno de prisa Carlos de Gante por ceñirse la corona de Alemania, que nada nos interesaba, habíase negado a presidir las Cortes de Valencia, impaciente por presentarse cuanto antes en Aquisgrán.

Podía tener prisa él, pero ninguna sentían los españoles, a quienes, de tal hecha iba a precipitar a su ruina, por exceso de *lealismo*, porque ¿qué se nos daban a nosotros las pretensiones de aquel príncipe que nada tenía de español, sino que venía a continuar y a legar a sus descendientes las extravagancias de su abuelo Maximiliano *sin blanca?*

No se ha visto nación más desgraciada, más contrariada que la nuestra; no se ha visto nación más destinada a la fatalidad. ¿Cómo esperar en lo por venir cuando lo pasado no es más que una serie de disparates? Mirémonos en los ejemplos del extranjero: en Fran-

© Biblioteca Nacional de España

cia se sigue siempre una política *unitaria;* en Italia igual, y no tuvo la culpa César Borgia, si no se anticipó a Cavour; en Inglaterra la nación se esfuerza tempranamente en hacerse la reina de los mares, pero en España todo es yerro; Jaime I, en vez de constituir una monarquía mediterránea, conquista a Murcia, y luego destroza sus Estados repartiéndolos entre sus hijos; los Reyes Católicos intentan la unidad, pero se deshace luego fatalmente: se muere el príncipe D. Miguel, que hubiera juntado Portugal con España y por poco, con el casamiento de D. Fernando con D.ª Germana, no se separan Aragón y Castilla; pasa desdichadamente la corona a Carlos de Gante, y lo que debiera servir para nuestro engrandecimiento, el oro de América y la sangre de Castilla, se emplean en quiméricas empresas para intentar ahogar, insensatamente, la Reforma, y para satisfacer piques con el francés. ¡Desgraciado destino el nuestro! ¡Buque con pilotos empeñados en conducirnos al naufragio!

¿Qué tenían de españoles aquellos descendientes de un ridículo Maximiliano sin dinero y de una reina loca, de sangre portuguesa?

A pesar de haber bajado tanto su nivel, no se les ocultaba a los nobles que a nada bueno conduciría el que se asentara la corona imperial de Alemania sobre la cabeza de un rey de Castilla.

Cortes en Santiago.

Cada vez más desdeñoso D. Carlos con los españoles, no vacilaba en encender la guerra civil con las medidas que le imponían los flamencos. Estos habían sido, en efecto, y sobre todo Chevres, que con harta razón temía le matasen, los que más prisa le daban en marcharse y los que contra fuero habían señalado Santiago de Compostela como punto de reunión de las Cortes de Castilla, siendo así que dicha ciudad no tenía voto, aparte de estar situada en lo último de España.

© Biblioteca Nacional de España

Primeros chispazos en Valladolid.

El disgusto con que era vista la marcha del rey a Alemania hizo que algunos ciudadanos de Valladolid tramaran una conjuración para impedirlo, a cuyo objeto un zapatero allí residente se subió al campanario de San Miguel y tocó a rebato; por desgracia el movimiento no halló eco y los confabulados, descubiertos y presos, fueron condenados a las más horribles penas.

Procedíase entretanto a las elecciones de procuradores, en las cuales se cometieron toda suerte de ilegalidades, de manera que poco hubieron de diferenciarse de las de hoy. Pusieron los ministros su principal empeño en derrotar a Zúmel, el procurador de Burgos que tan enérgica oposición había hecho en las primeras Cortes de Carlos I, y así lo consiguieron, en efecto, a fuerza de coacciones y chanchullos, saliendo elegido un pariente de aquel obispo de Badajoz, Motta, de quien dijimos era extranjero.

Abrió las sesiones el 1.º de mayo Mercuriano de Gattinara, flamenco, sucesor de Sauvage en el cargo de primer canciller. El gobierno planteó desde luego la cuestión: ¡dinero!

Los procuradores no querían darlo; no podían; ya cuando la vez anterior, en 1518, se le habían concedido al rey 200 cuentos de maravedís, había sido a condición de que no se repitiera. Los flamencos manifestaron a D. Carlos que a los españoles había que tratarlos a palos.

Los procuradores, sin embargo, no cedieron, y entonces, para tenerles más a mano y cansarles, se les llevó más lejos, a la Coruña.

La presión ejercida por Mercurino de Gattinara, presidente de las Cortes, era brutal; los representantes de Salamanca, que se distinguieron por su oposición irreductible, fueron expulsados. Toledo no quiso enviar procuradores, pero despachó para Santiago a los

© Biblioteca Nacional de España

caballeros D. Pedro Lasso y D. Alfonso de Silva a fin de que expusiesen las quejas de aquella ciudad contra el proceder del gobierno: fueron desterrados inmediatamente el uno a Nápoles y el otro a Gibraltar. Era natural que teniéndose las Cortes en Galicia este reino desease contar con representación en ellas; la petición fué denegada brutalmente. Por fin, apelando al cohecho, a la amenaza, al soborno, a la violencia, a todo lo que puede apelar un gobierno tiránico y sin escrúpulo, se arrancó la concesión del servicio. Y ya con el suspirado dinero embarcóse D. Carlos, dejando por regente a su antiguo preceptor el cardenal Adriano, obispo de Tortosa, un extranjero.

Adriano de Utrecht

A pesar de la docilidad que desde la llegada del rey había demostrado, esta vez el pueblo estalló en la mayor indignación contra la venalidad o cobardía de los procuradores que habían ilegalmente votado el servicio. Ya por entonces había estallado la revolución en Valencia, con el nombre de *Germanías*, y el alzamiento fué secundado en Castilla con el nombre de *Comunidades*, todos en defensa de sus libertades, tan escandalosamente atropelladas por el rey y sus parciales.

Algunos procuradores, de vuelta a sus ciudades y villas, lo pasaron mal. El procurador de Sego-

© Biblioteca Nacional de España

via, licenciado Tordesillas, quiso desafiar la ira de la muchedumbre y fué conducido a la horca, donde llegó después de haber sido horriblemente arrastrado y golpeado. Lanzáronse a las armas Segovia, Zamora, Madrid, Sigüenza, Toledo, Guadalajara y Burgos. En ésta, ciudad rica y pacífica, el pueblo asesinó, persiguiéndole hasta el pie de los altares, al caballero Garci-Jofre que tenía confiado por el rey el castillo de Lara.

La soberbia del Rey.

Presentábase imponente la revolución, y no hay que extrañarse, pues harto había sufrido el pueblo, por una parte, y hartos desprecios había tenido que devorar la nobleza para que de tales premisas no se desprendieran dolorosas consecuencias. Si algún documento puede justificar la indignación provocada en Castilla por aquellos tres años de insoportable tiranía es la siguiente carta de Anglería al obispo de Tuy, su amigo y compatriota Aloisio Marliano (el mismo que compuso para Carlos V la divisa de *Plus Ultra,* y era, además de obispo, ilustre médico).

«Ninguno acusa al César, ni niega los grandes gastos que se han originado de la formación de tantas armadas, viajes, etc. Nada de esto ha producido los tumultos. Señalan por causa lo que decís en vuestra carta: que ni el Rey ni los suyos han mandado en España con soberbia, sino soberbísimamente. ¿Qué cosa más soberbia que tolerar que los españoles fuesen tratados con el mayor rigor por faltas levísimas cometidas contra los flamencos, y que ningún hombre de la justicia se atreviese a echar mano a un flamenco aunque cometiera un delito atroz contra un español? ¿Cuántas ignominias he visto yo? ¿Qué burlas hechas a españoles muy nobles por los más viles mozos de cuadra y pinchos de cocina?... Añaden a esto que por sus malas enseñanzas tiene el César en poco estos reinos, y aun más que le han inspirado odio a los españoles para en-

© Biblioteca Nacional de España

gañarle mejor. Estas arterías, Marliano mío, éstas han sembrado las espinas imperiales. Vuestro Capro (así llamaban a Chevres) y los Cerberos que penden de él, dejaron estas semillas en el ánimo de un Rey feliz; nació para mandar el mundo. Hasta el cielo se levantan voces diciendo que el Capro trajo al Rey acá para poder destruir esta viña después de vendimiarla. No se les ocultaba que habían de ocurrir estos sucesos cuando el Capro tomó para sí el arzobispado de Toledo contra las leyes del reino, apenas entró en él, para odio de todo el reino contra el Rey, de lo cual tú le excusas. ¿Qué podía hacer un joven imberbe puesto al pupilaje de tales tutores y maestros? Lo que ha sucedido con las demás vacantes lo sabes, y no ignoras que apenas se ha hecho mención de algún español y con cuánto descaro se ha quitado el pan de la boca de los españoles para llenar a los flamencos y franceses perdidos que dañaban al mismo Rey. ¿Quién ha venido del helado cierzo y del horrendo frío a esta tierra templada, que no se haya llevado más onzas de oro que maravedís contó en su vida? Tú sabes cuál ha quedado la Real Hacienda por su causa. Omito otras capaces de hacer perder la paciencia al mismo Job. Hemos dicho bastante sobre las causas de estos alborotos; pidamos a Dios que los remedie, tanto más que en lo humano no hay remedio.»

Primeros chispazos.

No es de extrañar, pues, el carácter terrible que revistió la revuelta. El primer alboroto, como ya dijimos, fué el de Segovia, donde había sido ahorcado el procurador Tordesilla, entre dos porquerizos, como fuera crucificado Jesucristo entre dos ladrones.

El pobre cardenal Adriano, recluído en Valladolid, envió al alcalde de corte, Ronquillo, a Segovia, para que «castigase con atrocidad según él sabía hacerlo», a los autores del asesinato; pero fué rechazado con no-

© Biblioteca Nacional de España

table valentía, en vista de lo cual encargó la empresa al veterano Antonio Fonseca, que había desempeñado importante papel en las guerras de Italia y era nombrado ahora general en jefe del ejército real.

Ejercía el mando en Segovia el valiente Juan Bravo, habiendo huído el corregidor y los regidores para no ser víctimas de los enfurecidos ciudadanos. Era Fonseca un hábil cuanto rudo militar, más parecido a Pedro Navarro que al Gran Capitán, y constándole lo fuerte que era la plaza de Segovia no quiso acometerla sin artillería, por lo cual se dirigió a Medina del Campo a buscarla, al frente de un fuerte ejército.

Era a la sazón aquella villa el mayor depósito comercial de España y gozaba de grandes franquicias. Ni el rey podía nombrar allí a nadie para ejercer ningún cargo, ni el papa para ejercer ningún beneficio; sólo el ayuntamiento concedía todos los empleos, laicos y eclesiásticos.

La riquísima villa, emporio español, se negó resueltamente a entregar las lombardas. El general Fonseca, que contaba con inteligencias en Medina, pues en ninguna parte faltaban traidores, trató de penetrar, por sorpresa, de noche, pero fué descubierto, y se trabó un combate terrible entre realistas y comuneros, nombre que se había dado a los defensores de la nobilísima causa de las libertades y franquicias de Castilla y vengadores de los latrocinios y porquerías de los flamencos.

El brutal Fonseca, sin atender donde se hallaba, sin parar mientes en que Medina del Campo era el centro comercial más opulento de toda España y que las mercaderías que allí había depositadas no tenían precio, hizo uso de bombas incendiarias, llenas de alquitrán, y ardieron el mercado y el monasterio de San Francisco, con gran parte de la villa con inmensa ruina. Los de Medina no se arredraron, y Fonseca fué rechazado, como lo había sido el alcalde de corte Ronquillo en Segovia.

© Biblioteca Nacional de España

La rebelión

Estalló entonces violento el odio popular. Lanzóse el pueblo a las armas, acaudillado por el fundidor Bobadilla; fué arrojado por una ventana de las Casas Consistoriales un regidor llamado Nieto y asesinado el hebreo Téllez, quedando desde entonces Bobadilla por amo de la población.

Escribieron en seguida los medinenses a los de Valladolid, sede de la regencia, y furiosos los vallisoletanos pegaron fuego a las casas que poseía allí Fonseca. Valladolid era un foco revolucionario y no olvidemos que allí habían saltado los primeros chispazos cuando con motivo de querer marcharse a Alemania Carlos I, se había tramado aquella conspiración que costó la vida, después de atroces martirios, a los que en ella habían tomado parte, bajo la jefatura del zapatero de que hablamos.

Dirigía la insurrección un frenero llamado Vera; el cardenal Adriano tuvo que huir por el puente, el licenciado Vargas escapó por un albañal y así otros, siendo buscados con no muy sanas intenciones los individuos del Consejo Real, y ardiendo, al mismo tiempo que las casas de Fonseca, las de los procuradores que en la Coruña habían votado el subsidio.

El pobre Adriano de Utrecht, con todos sus birretes cardenalicios y sus obispados de Tortosa y sus regencias perdió completamente la cabeza; desautorizó al generalísimo Fonseca y le destituyó, con lo cual la soldadesca realista se desbandó o se pasó al enemigo, encontrándose el desgraciado regente sin una lanza o un arcabuz, y sin blanca, con Valladolid en plena insurrección.

Toda Castilla estaba en armas; habíanse sublevado Toledo a la voz de D. Juan de Padilla; Segovia, acaudillada por Juan Bravo; Salamanca, por Maldonado; Madrid, por Zapata; Burgos, de donde fué expulsado el Condestable. En Soria era ahorcado otro procura-

© Biblioteca Nacional de España

dor por haber votado el subsidio. Y era cosa que ponía los pelos de punta a los apegados al antiguo régimen ver reemplazados ahora a los caballeros en la jefatura de las fuerzas y en los ayuntamientos y cargos de mayor importancia, por freneros, pellejeros, cerrajeros, tundidores y demás: en Valladolid, el frenero Vera; en Burgos, el pellejero Villoria; en Medina, Bobadilla el tundidor; en León, Ontoria el cerrajero; en Salamanca, Méndez el librero; en Ávila, el alférez Lárez.

En vista del mal cariz que tomaban las cosas en Castilla (y ya veremos que no iban mejor en Valencia), pasaron a Alemania Fonseca y Ronquillo para enterarle de todo al Emperador, que a la sazón se hallaba en *Bormes* (Worms) muy engolfado en cosas que aquí no se nos importaban nada. El César, convencido de que el pobre Adriano no estaba a la altura que se requería, convirtió la regencia en trina, agregándole al cardenal al Almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez y a D. Iñigo de Velasco, el Condestable, furibundos partidarios de Carlos, con el título de *gobernadores del reino.*

Con tales hombres al frente, pues realmente les sobraba toda la energía que le faltaba al antiguo deán de Lovaina, reaccionaron los que se habían conservado fieles al joven rey, y no eran muchos: los condes de Haro, Benavente, Salinas, Alba de Liste, marqués de Astorga, Zúñiga y, sobre todo, curiales y leguleyos.

El partido comunero.

El movimiento contra las demasías del poder real carecía de organizac n y, por lo mismo, reunidos algunos de los más decididos jefes del alzamiento decidieron constituir una especie de gobierno con el título de *Santa Junta de Ávila,* por haberse congregado en esta ciudad los representantes de las ciudades y villas sublevadas (Toledo, Burgos, Soria, Cuenca, Ciudad Rodrigo, Murcia, Guadalajara, Madrid, etcétera) (20 de julio de 1520).

© Biblioteca Nacional de España

Habían tomado la iniciativa de la organización de las Comunidades, a raíz de la ausencia del rey, los capitanes Hernando de Ávalos, D. Pedro Girón, D. Juan de Padilla, el licenciado Bernardino Zapata, el asesor doctor Zúñiga, el abad de Alcalá y el obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña.

Constituída ya la Junta, fué nombrado presidente D. Pedro Lasso de la Vega, y general de las tropas D. Juan de Padilla, capitán de hombres de armas del rey D. Carlos.

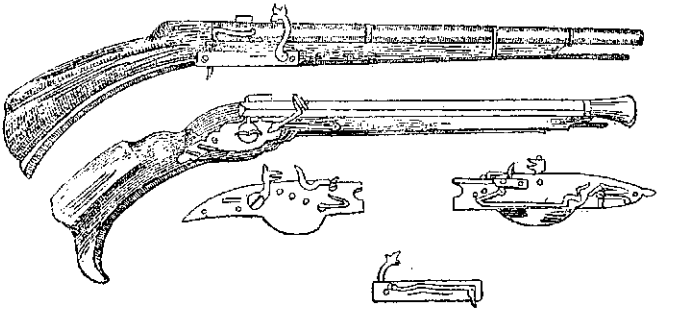
Era grande el entusiasmo, mientras tanto los regentes procuraban introducir la discordia en el campo enemigo, distinguiéndose entre los intrigantes el famoso fray Antonio de Guevara, de noble familia, quien procuraba sembrar la cizaña y propagaba los mayores descréditos contra los jefes: decía que el obispo Acuña había tomado las armas para echar de Zamora al conde de Alba de Liste y alcanzar mejor mitra; que don Pedro Girón quería poseer Medina Sidonia; el conde de Salvatierra las Merindades; Padilla, ser maestre de Santiago; D. Pedro Lasso ser el único en Toledo; Quintanilla mandar en Medina; Fernando de Avalos vengar ciertas injurias que tenía recibidas; D. Pedro Pimentel adueñarse de Salamanca; el abad de Alcalá ser obispo de Zamora; el licenciado Bernardino Zapata (éste era un traidor a sueldo de Adriano), oidor de Valladolid; Fernando Ulloa echar de Toro a su hermano; Ramiro Núñez apoderarse de León; Carlos de Arellano agregar Vorobia a Soria; Juan Bravo ser conde de Chinchón; pero nunca el buen obispo se distinguió por su veracidad.

Sea como fuere, el movimiento comunero revestía la mayor trascendencia, y en el fondo se trataba de una radicalísima revolución, pues los agentes de la Junta recorrían las ciudades, como Toledo, Burgos, Valladolid, León, Salamanca, Segovia, etc., y predi-

© Biblioteca Nacional de España

caban que de aquella hecha «quedarían exentas y libertadas como lo son Venecia, Génova, Florencia, Sena y Luca, de modo que no se llamarían ya ciudades, sino señorías, y que no habría en ellas regidores, sino cónsules, aparte de lo cual todos pecharían, nobles y plebeyos, y todos serían iguales ante la ley», en lo cual se ve que el movimiento era principalmente democrático, a pesar de figurar en él algunos caballeros.

El primero en conseguir una victoria fué el obispo Acuña, que se apoderó de Zamora, y ya una vez allí



Escopeta de caballería. Pistolete. Llaves de pistolete. Llave de escopeta

organizó un magnífico batallón de trescientos clérigos armados de escopetas, todos ellos excelentes tiradores.

El movimiento, de carácter en realidad republicano, en un principio, adquirió ahora un carácter perfectamente legalista al apoderarse los comuneros de Tordesillas, donde residía la reina propietaria, D.ª Juana, la cual les entregó el gran sello para que lo usasen en sus decretos.

La villa, defendida por los caballeros adictos a Carlos I, fué atacada por el obispo Acuña, que empuñaba una partesana, mientras sus clérigos hacían tan certeros disparos que uno solo de ellos, colocado detrás de una almena, derrocó a once hombres, «y el donaire era

© Biblioteca Nacional de España

que al tiempo que asestaba para tirarles, los santiguaba con la escopeta y los mataba con la pelota.» Murió este clérigo de una saetada que le entró por la frente.

La reina D.ª Juana.

Ya en Tordesillas (2 de septiembre de 1520), y con D.ª Juana en su poder, cambiaba de una manera completa la situación. «*Si esta desgraciada princesa,* dice Anglería, *se hubiese hallado en estado de dictar una orden, España escapaba a Carlos Quinto.*»

Por desgracia, la reina persistía en su terrible falta de voluntad, no teniéndola ni siquiera para quejarse de la dura esclavitud a que la tenía sujeta su carcelero, mejor que mayordomo, el marqués de Denia, nombrado por D. Carlos. D.ª Juana le aborrecía, sin embargo, y lo mismo toda la servidumbre fiel a la reina; su proceder no tenía nada de humano ni de respetuoso. El mismo cardenal Adriano confesaba «que casi todos los criados y servidores de la reina decían que Su Alteza había sido maltratada y tenida en prisiones durante catorce años». Lo mismo daba mosén Ferrer que don Bernardo de Sandoval, marqués de Denia.

Los rigores de éste aumentaron al acercarse los comuneros a Tordesillas; triunfaron los curas de Acuña, y los vencedores echaron a Denia, substituyéndolo con Alonso de Quintanilla, de Medina del Campo, y lo mismo hicieron con todos los servidores carlistas, al parecer con mucho contento por parte de la reina Católica.

«Fué imposible, sin embargo, decidirla a obrar, dice M. Mariéjol, basado en las cartas de Anglería, testigo presencial de los hechos. En el momento en que se la enteraba de los acontecimientos había tenido la veleidad de intervenir. Habló de que llamaría al obispo de Málaga, su antiguo capellán y a los consejeros Polanco, Zapata y Aguirre, pero no quiso ordenar nada por escrito. Pedro Mártir señala también su repugnancia

© Biblioteca Nacional de España

hacia los negocios. «Que caiga el cielo o que cree nuevos astros», es para ella lo mismo.

»Esta fué una de las principales razones del fracaso de las ciudades. A los ojos de los lealistas, D.ª Juana era la soberana verdadera, y si hubiese consentido en dar órdenes, en firmar decretos, en poner mano en la administración, *la causa de Carlos Quinto estaba perdida.*

»Los políticos no se engañaban acerca de la gravedad de semejante intervención. Esta es la opinión de Pedro Mártir, y Adriano de Utrecht participa de esta opinión. «Si la cosa llega a suceder, escribe al César, será el final de mi cargo, y no sé cómo podremos mantener una sola ciudad en la obediencia de Vuestra Majestad.» (Carlos Quinto fué el primer rey de España que se hizo dar este título.)

»Los cálculos de la Junta fueron desbaratados por la inercia de la reina; escuchaba las quejas, decía que se hallaba resuelta a proveer a los males del reino, pero en cuanto se la proponía firmar un documento, se negaba a ello tercamente.

»Con todo, los comuneros tuvieron su día de alegría triunfante. Los procuradores la pintaron con patética elocuencia el triste estado de sus reinos. Pareció quadar sorprendida de que su hijo hubiese usurpado en vida el título de rey. Las exhortaciones de los oradores fueron tan vivas que prometió formalmente escribir, de su mano, las órdenes necesarias para el restablecimiento de la paz, pero ocurrió con estas promesas igual que con las anteriores...»

No digamos ya más sobre D.ª Juana; allí, en Tordesillas, se quedó, hasta que se murió de vieja, sin que, destrozadas las comunidades, volviese nadie a acordarse de ella.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IV

LA REVOLUCIÓN COMUNERA

EL PROGRAMA DE LAS COMUNIDADES.—TRAICIÓN DE GIRÓN.—EXPEDICIÓN DE ACUÑA.—LA TORRE DE LOBATÓN.—REANÚDASE LA GUERRA.—ACUÑA EN TOLEDO.

(1520)

El programa de las comunidades.

Desde el primer momento había podido preverse que el formidable movimiento revolucionario habría de fracasar por falta de una cabeza, a pesar de ser los comuneros enteramente dueños de Castilla y hallarse reducidos al último extremo los gobernadores.

«Las competencias entre los jefes militares, dice M. Mariéjol, la falta de inteligencia entre las ciudades (*como ocurrió en la imponente insurrección federal de* 1869), la anarquía en el mando (*como en la Commune de París*), arruinaron la causa de la Junta en medio de su éxito. A todo esto la lucha cambiaba de objeto; en un principio había sido entre las ciudades y el rey: las reclamaciones de los comuneros en el memorial que dirigieron a Carlos no ataca para nada la naturaleza del poder real. Estas demandas tienen un carácter esencialmente conservador; regulan la administra-

© Biblioteca Nacional de España

ción, sin exigir nada más que el retorno a antiguas y liberales costumbres: orden en la hacienda, supresión de las tasas odiosas, alejamiento de los funcionarios extranjeros, limitación del derecho de alojamiento, negativa de las alcabalas y del don gratuito, que no constituyen innovaciones constitucionales (1).

»De una y otra parte puede decirse que los violentos han dictado y los moderados han escrito. No había en la persecución del remedio a tan justas quejas con qué entretener el ardor revolucionario. Los violentos no tardaron en mirar más allá y en buscar a sus verdaderos enemigos. Como en todas las revoluciones, el poder tendió a pasar a manos de la multitud. Un mercader, Piñuelos, un tundidor, Bobadilla y otros agitadores de encrucijada consiguieron así llegar a colocarse en primer puesto. Pedro Mártir ha juzgado bien este desenvolvimiento lógico de los movimientos populares: «Veo cómo poco a poco va a caer la dirección en manos de los incapaces, que no cuidan de nada. Veo en este mar tempestuoso apoderarse del timón los porquerizos mientras han sido arrojados al mar los pilotos hábiles.

»Bajo este impulso nuevo la insurrección no apun-

---

(1) Las peticiones más importantes de las ciudades eran:

«Que los consejeros y alcaldes reales diesen cuenta cada tres años de sus magistraturas y oficios, y que habían de conocer en este asunto censores nombrados por las ciudades.

»Que a la misma ley debían quedar sujetos los de las Chancillerías de Valladolid y de Granada.

»Que debían disminuirse las contribuciones y reducirse a la forma que había establecido la reina Isabel.

»Que se pusiera también coto a las condonaciones pontificias.

»Que los predicadores ignorantes, a quienes llamaban *cuervos*, no maltratasen a los labradores aldeanos, pues las indulgencias no se habían de hacer tomar con terror ni por motivos interesados, sino que debían concederse con piadosas exhortaciones.

»Querían también se prohibiese que las dignidades, tanto eclesiásticas como seculares, se diesen a extranjeros.»

© Biblioteca Nacional de España

taba solamente al rey, sino que se desencadenaba contra la nobleza. Según Marineo Siculo, la aristocracia poseía la tercera parte de la fortuna pública (*las otras dos las poseían el rey y el clero*), habiendo poco a poco usurpado gran parte de los dominios reales; desde Valladolid a Santiago de Galicia, en una extensión de más de cien leguas, el rey sólo conservaba tres aldeas.

»La Junta se mostró tan preocupada por recobrar los bienes de la corona como por obtener la reparación de sus propios agravios. Los comuneros declararon en alta voz que despojarían a los grandes de todo lo que habían arrebatado al Estado; dicen que enriquecerán la corona real.»

La revolución seguía, pues, su curso natural. Entre las amenazas del pueblo y la arbitrariedad de Carlos Quinto, la nobleza se decidió por éste, salvo algunos nobles, mientras el pueblo se mostraba cada día más arrogante. Los señores que habían pensado pescar en río revuelto se desengañaron y corrieron a ponerse a las órdenes de los tres gobernadores. «Vieron, dice Anglería, que de aquella sedición popular saldría la muerte de la aristocracia.»

El buen Adriano, que residía en Medina de Rioseco desde su fuga de Valladolid, contó desde ahora con un brillante ejército, compuesto sobre todo de caballería, traída por los Benavente, los Astorga y demás próceres castellanos, mientras los jefes militares de la revolución Girón y Padilla, que residían en Villabrágima, reforzaban su hueste con la infantería reclutada por las comunidades.

Traición de Girón.

Transcurría entretanto el tiempo sin que los comuneros se aprovecharan de la oportunidad que se ofrecía para vencer, cuando disponían de muchos más elementos que los nobles, mientras los gobernadores apelaban a toda clase de medios para desbaratarlos.

© Biblioteca Nacional de España

Grave percance fué el que les ocasionó el traidor D. Pedro Téllez Girón, hijo del conde de Ureña, quien, cediendo a los consejos de fray Antonio de Guevara, que estuvo a verle en Villabrágima, entregó Tordesillas a los nobles, sus amigos y congéneres. Nunca había tenido Tordesillas condiciones de defensa y ya fué mala idea establecerse en aquel lugarón la Santa Junta, pero no era lo peor haber perdido la villa sino haberse dejado en ella a D.ª Juana y el gran sello, que servía cuando menos para dar carácter de legalidad a la insurrección plebeya. Las tropas de Tordesillas, al mando de D. Pedro Lasso de Toledo, se refugiaron en Valladolid, mientras Padilla, en Villabrágima, con Acuña, se pasaba los días en la inacción.

Ya en Valladolid la gente desencastillada de Tordesillas por el Almirante, aumentó como nunca la agitación que reinaba en la ciudad entregada a la demagogia. Todo eran reuniones en que los oradores callejeros excitaban más y más los ánimos, y se celebraban grandes *mitines*, como diríamos hoy, en el inmenso patio de la casa del comendador Ribera, precisamente aquella en que estaba alojado Pedro Mártir. No es menester ponderar la intranquilidad que de continuo reinaba en la alborotada ciudad castellana, siempre turbulenta.

Allí se hallaban ahora el presidente de la Junta D. Pedro Lasso y el obispo Acuña, y si en Villabrágima había fray Antonio de Guevara sonsacando a D. Pedro Girón, encontráronse Lasso y Acuña en Valladolid con Pedro Mártir de Anglería, que en representación de la Regencia trató a su vez de separarles de la causa que defendían. El primero era discípulo suyo; al segundo le conocía de cuando era capellán de la reina Isabel.

Anglería supo catequizarles muy bien. Díjoles que en medio de aquella turba de aventureros sólo ellos dos se distinguían por su inteligencia y carácter, y que,

© Biblioteca Nacional de España

por lo mismo, a ellos correspondía ver de llegar a una avenencia. A este efecto les persuadió de que pusiesen el asunto en manos del Nuncio de S. S. el Papa León X y acatasen el laudo que pronunciara.

Anglería hizo una pintura patética del estado de Castilla. «Los caminos hasta el presente más seguros se hallan infestados de ladrones y salteadores; estáis enriqueciendo a bandoleros y malvados, y oprimís a los hombres de bien; ya el poder ha ido a parar a manos de asesinos.»

Cayeron en la red D. Pedro Lasso y el obispo Acuña, y reunida la Junta presentaron la proposición de arbitraje, consiguiendo fuese aceptada, con tanto mayor motivo en cuanto la Junta, por su parte, había solicitado la mediación del rey de Portugal, sabedores de lo cual los regentes se habían apresurado a llamar las tropas que estaban de guarnición en Navarra y nombraban general en jefe del ejército realista al conde de Haro.

Por fortuna o por desgracia, en aquella misma ocasión entraba en Valladolid, procedente de Villabrágima, D. Juan de Padilla, a la cabeza de un poderoso ejército, siendo recibido con frenético entusiasmo por la población.

Llegó el Nuncio, monseñor Vianesi Albergati, y se encontró con que la Santa Junta, o *Junta General*, no le permitía entrar en la ciudad, sino que le obligaban a detenerse en el monasterio de San Jerónimo del Prado, extramuros, para tener allí las entrevistas, pero el orgulloso legado no era hombre que sufriese imposiciones y manifestó que si no le dejaban entrar en Valladolid se volvería a Medina de Rioseco. Cedieron los junteros, y entró en Valladolid monseñor Vianesi, alojándose en casa del comendador Ribera, en compañía de su paisano Pedro Mártir de Anglería, al tiempo mismo que llegaba también el embajador del rey de Portugal, Rodríguez Mansiño.

© Biblioteca Nacional de España

Digamos ahora que lo bueno del caso fué que las credenciales que presentó el Nuncio, con poderes para entender en el asunto, *eran falsas;* las había falsificado Anglería mismo, que no había sentido escrúpulo en apelar a semejante fraude.

Lo primero que hizo el Nuncio fué convencer a los junteros de que entrasen en relaciones con la Regencia de Medina de Rioseco, a lo cual se allanaron con igual candor que se habían dejado engañar por las falsas credenciales de Vianesi, haciendo de correvcidile un criado de Anglería, llamado Fernando Rodríguez. El pueblo, enterado de que se preparaba un pastel, le apedreaba a veces, o bien le despojaba de cuanto llevaba encima, pero no por eso cesaban las negociaciones. Tal vez se hubiera llegado a un acuerdo a no ser por el carácter violento de Vianesi, que de pronto lo echó todo a rodar, y se dispuso a marcharse, imitándole el embajador portugués. Ya en Medina de Rioseco el Nuncio, manifestó a la Regencia que era preciso ahorcar a todos los junteros.

Así como había hecho defección D. Pedro Girón, el generalísimo, dimitió ahora su cargo D. Pedro Lasso, envidioso de la popularidad de que era objeto D. Juan de Padilla, mas no por eso se desalentaron los comuneros, pues precisamente acababan de llegar Juan Bravo, con sus valientes de Segovia, y Francisco Maldonado, con los de Salamanca y Ávila, lo cual alentó en gran manera a los sublevados.

Por desgracia, ocurrió un incidente que no dejó de perjudicar la causa de las Comunidades, y fué que, tal vez por manejos de la Regencia, se sublevaron cuatrocientas lanzas de los Gelbes, reclamando sus pagas atrasadas, que importaban algunos miles de ducados, y la Junta, que no tenía dinero, a fin de que no salieran de Valladolid, se vió en el caso de echar mano de 6.000 ducados que algunos particulares tenían

© Biblioteca Nacional de España

depositados en el monasterio de San Benito, pidiendo prestado el resto, lo cual no dejó de producir muy mal efecto.

A todo lo cual, el emperador continuaba en Worms, muy ocupado en ver de sofocar la herejía de Lutero, ya procurando convencer a éste, ya, por fin, decidiéndose a perseguirle, anteponiendo tales gestiones a las súplicas de la Regencia, que no cesaba de pedirle viniese aquí con la mayor brevedad posible, desembarcando en algún puerto de Andalucía, sin necesidad de que trajese tropas, pues las encontraría a su llegada en suficiente número para acabar con la insurrección.

Expedición de Acuña.

Nombrado D. Juan de Padilla generalísimo de las fuerzas comuneras, deseaba hacer algo señalado para acreditar lo acertado de su elección; pero antes que él habíase puesto ya en movimiento el obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña, el cual, sabiendo que había fallecido en Worms el joven cardenal de Croy, sobrino de Chevres, arzobispo de Toledo (y además obispo de Cambray y otras muchas cosas suculentas), pidió le diesen un ejército para ir a pelear contra el Prior de San Juan, que estaba levantando gente en aquella archidiócesis en servicio del Rey.

Accedió la Junta, y Acuña, que no se descuidaba, solicitó se le autorizase para ser reconocido por administrador y gobernador en el arzobispado, pues no veía llegada la hora de ocupar la sede de los Ildefonsos y Julianes, pero no le salió la cuenta como él pensaba, pues al disponerse a entrar en Toledo se encontró con que D.ª María Pacheco, la mujer de Padilla, que allí mandaba, entendiendo su intención, le cerró las puertas, puesto que tenía también ella su candidato para la sede arzobispal toledana, que pensaba fuera para un hermano suyo. Con lo cual se retiró Acuña para hacerse reconocer como administrador, sede vacante, en Alcalá

© Biblioteca Nacional de España

de Henares, Uceda y otras poblaciones, complicándose con ello todavía más la situación.

Torrelobatón. Resuelto, por fin, Padilla a dar pruebas de lo que valía, salió de Valladolid, con la bandera de esta ciudad, al frente de 10.000 infantes, 1.000 caballos y artillería, y sentó sus reales cerca de Zaratán, donde a poco llegó Acuña, en una litera, por hallarse enfermo, después de su expedición por el arzobispado de Toledo.

Por fin, el 21 de febrero (1521) levantó Padilla su campo a media noche, y a marchas forzadas se encaminó hacia la Torre de Lobatón, villa que era del almirante Enríquez, a tres leguas de Tordesillas y defendida por una buena fortaleza, gobernada por D. García Osorio.

Llegaba Padilla a Torre de Lobatón a las diez de la mañana, y desde luego se apoderó del arrabal, indefenso, pero ya no parecía tan fácil entrar en el pueblo defendido por una alta y recia muralla. Hubiera parecido lo más oportuno batirla con artillería, pero enardecida la hueste se acordó tomarla por asalto, a cuyo efecto llevaban las correspondientes escalas.

Defendíanse los habitantes con no menor denuedo que el que demostraban los enemigos, y ensordecía los aires el fragor de los arcabuzazos y el zumbar de las saetas disparadas por las ballestas. Todo el día duró el combate, con muchos más muertos y heridos por parte de los comuneros que de los sitiados, pues las escalas habían resultado cortas, en vista de lo cual se dió la orden de retirada.

No tardaron el Almirante y demás nobles que en Tordesillas estaban en tener noticia de lo ocurrido en Lobatón, y así tomaron las medidas oportunas para hacerles levantar el cerco a los comuneros, dando aviso de ponerse en seguida en marcha a las guarniciones de Simancas y Portillo.

© Biblioteca Nacional de España

Dos días seguidos batió Padilla las murallas, defendiéndose los habitantes a saetadas, arcabuzazos y piedras, hasta que, por fin, el 25 salieron de Tordesillas para Lobatón el conde de Haro y otros grandes, con mucha caballería y las guarniciones arriba dichas.

Infantería española. Pífano y tambor

Ya se hallaban cerca cuando llegó un mensajero del Almirante, que había quedado en Tordesillas, advirtiendo al conde de Haro que en lugar de entrar la infantería, lo hiciesen los hombres de armas, cosa que

© Biblioteca Nacional de España

disgustó mucho al conde, y aun más al ver que el Almirante no le enviaba las escalas que habían convenido, y aun más y fué que llegó después otro mensajero con orden de que volviesen todos a Tordesillas, pues la Torre de Lobatón podía defenderse muy bien por sí misma.

Con gran contrariedad tuvo Haro que cumplir las órdenes del gobierno, irritada la hueste de que Padilla se hubiese mantenido impávido en el arrabal, donde los arcabuceros, distribuídos entre los cercados y las tapias, se mostraban dispuestos a sostener el choque de la caballería.

Ya ausentes las tropas realistas, emprendió Padilla nuevamente el ataque cayendo esta vez la villa, que fué entrada a saco por los soldados, y la fortaleza en su poder; victoria celebrada con inmenso júbilo en todas partes, desde Valladolid a Toledo, «por ser tierra tan cercana a Tordesillas, donde los gobernadores y gente del Rey estaban, y haberse ganado a fuerza de armas, siendo hecha tanta resistencia por los que la guardaban». (Pedro Mejía.)

En cambio, no pudo ocultar su preocupación la Regencia, al tener tan cerca al enemigo, y por contrarias las vecinas ciudades de Toro, Zamora, Salamanca, Medina del Campo, Valladolid, Ávila y Segovia.

El resultado fué concertarse una tregua de ocho días entre el gobierno de Tordesillas y la Santa Junta de Valladolid, y durante este tiempo se reanudaron las negociaciones.

A tal efecto celebráronse varias entrevistas en el monasterio de Santo Tomás, cerca de Tordesillas, entre D. Pedro Lasso de la Vega y el bachiller Alonso de Guadalajara, procurador de Segovia, por la Junta, y la Regencia, en representación del rey, asistiendo, además, a las conferencias el embájador de Portugal.

No era posible llegar a un acuerdo, por mostrarse

© Biblioteca Nacional de España

muy exigentes los comuneros, pues una de sus condiciones era que si el Rey se negaba a acceder a sus demandas, hiciesen causa común con ellos los señores y se obligasen a pedirlas «por armas y guerra» y que para seguridad de que así lo harían les diesen rehenes de personas principales y de fortalezas que tuviesen en su poder».

Aun tal vez se hubieran podido continuar los tratos, si aun antes de terminar la tregua, no hubiera aparecido inesperadamente en la plaza de Valladolid un edicto del Emperador, expedido en Worms (donde Carlos V continuaba muy engolfado en lo de Lutero), declarando *rebeldes, traidores* y *desleales* a los defensores de las Comunidades, señaladamente a 249 personas, a las cuales se condenaba a muerte, si eran seglares, y a la ocupación de sus bienes temporales si eran eclesiásticos.

La Junta recogió el guante y mandó publicar, a su vez, a son de atabales y trompetas, un bando declarando traidores y quebrantadores de la tregua a los señores que se hallaban en Tordesillas al lado del gobierno y a varios carlistas de Simancas, Burgos y otras ciudades y villas.

El bando estaba concebido en términos violentísimos: «La paz es buena, decía, pero no la de Judas, como esta que te dan.»

La tregua había de ser fatal a los comuneros, pues mientras tanto Padilla se hallaba entregado en Lobatón a las delicias de Capua, fiados en el armisticio, cada día se le marchaban soldados enriquecidos y bien provistos con el saco de la villa, al mismo tiempo que le abandonaban, por falta de pagas, no pocos hombres de armas y guardias.

Digamos ahora que a todo esto, y por si no bastara con los quebraderos de cabeza que le daba Lutero al César de Alemania, Francisco I de Francia daba satisfac-

© Biblioteca Nacional de España

ción a sus rabietas haciendo invadir a Navarra para reponer en el trono a Juan de Labrit, de lo cual hablaremos a su tiempo para no interrumpir ahora la narración.

Reanúdase la guerra.

Apenas terminada la tregua, hacia el 8 ó el 9 de marzo (1521) pusiéronse de nuevo en movimiento los comuneros. Padilla tenía empeño, sobre todo, en privar de mantenimientos a Tordesillas y enviaba compañías de arcabuceros por los caminos para prender a los que allí se dirigían, lo cual dió motivo a que ocurriesen algunas escaramuzas.

Como ya hemos dicho, aquella larga permanencia de Padilla en la Torre de Lobatón, pasadas ya las treguas, inmovilizado cuando hubiera debido salir cuanto antes para apoderarse de Tordesillas, hizo que mermara mucho su hueste, por lo cual se vió obligado a pedir nuevas ayudas y socorros a las ciudades, al mismo tiempo que el gobierno de Tordesillas requería también a los que podían auxiliarle a que enviasen cuantas fuerzas tuviesen a su disposición.

En cumplimiento de esta orden poníase en camino, desde Burgos para Tordesillas, el co-regente D. Iñigo de Velasco, Condestable de Castilla (padre del conde de Haro, el generalísimo), al frente de 3.000 infantes, 500 hombres de armas, algunos caballos ligeros y jinetes, con bastante artillería. Estas fuerzas se componían de gente pagada a sueldo del rey, de la suya propia y de la que había pedido al virrey de Navarra, duque de Nájera, a trueque de desguarnecer aquel reino, en vísperas de verse invadido por el envidioso francés.

Acuña en Toledo.

Mientras esto ocurría en Castilla la Vieja, el Prior de San Juan, D. Antonio de Zúñiga, levantaba gente en el reino de Toledo, en favor del rey, logrando reunir hasta 6.000 hombres, de a pie y de a caballo, sin contar otros que le habían traído los hermanos Carvajal, de Baeza, y puesto al

© Biblioteca Nacional de España

frente de este ejército partió para Ocaña, con ánimo de reducirla a la obediencia.

Andaba a la sazón por allí el obispo de Zamora, con campo no inferior al de Zúñiga, formado por gente de Ocaña y de Toledo; trabóse una encarnizada pelea entre los dos bandos cerca del lugar de Robledal, y salió derrotado Acuña, que se retiró a la otra parte del Tajo.

Un hecho verdaderamente desastrado ocurrió en esta campaña y fué que habiendo sido atacados los realistas por los vecinos de la villa de Mora, cercana a Ocaña, «indignados los capitanes y su gente, dice Pedro Mejía, entraron por fuerza peleando hasta la iglesia, en la cual, porque era bien grande, habían recogido todas las mujeres y niños, y cerrando y fortificando las puertas, en la una dellas, que dejaron abierta y barreada, pusieron dos falconetes con dos pipotes de pólvora para su defensa; y como llegase la gente y requiriesen a los que guardaban la puerta que se diesen, y ellos no lo quisieran hacer, antes disparando un tiro, mataron a un caporal de D. Hernando, indignados los soldados, sin orden ni mandamiento de capitán ni de nadie, trujeron apriesa muchos sarmientos, y derramándolos a las puertas, les pusieron fuego, pensando hacer entrada quemándolos; y como el fuego llegase a la pólvora de los pipotes que de la parte de dentro estaban, fué tanto el ímpetu y fuerza con que ardieron y la llama y fuego que dellos se levantó, que el enmaderamiento de la iglesia y la madera que a la puerta estaba comenzó luego a arder con grande furia; y como la pobre gente que dentro se había metido no tuviese otra salida sino la de por donde el fuego estaba, y la iglesia cerrada sin otro respiradero, sin poder ser socorridos se abrasaron y murieron casi todos, en que afirman que se quemaron más de tres mil personas; de lo que al Prior pesó en gran manera cuando lo supo, y a todo el reino puso gran lástima».

© Biblioteca Nacional de España

Mientras esto ocurría en Mora, el obispo Acuña se había marchado a Toledo, solo, dejando a su gente dos o tres leguas de la ciudad, «y descubriéndose después y dándose a conocer, luego concurrió todo el pueblo, el cual con grande alboroto le fué a ver y le otorgaron la administración del arzobispado, como si tuvieran autoridad del Sumo Pontífice para ello, y le llevaron a la iglesia mayor y le sentaron en la silla arzobispal; y hecho este vano auto y solemnidad, le dieron después dineros y plata de las iglesias para socorro y paga de sus gentes; con lo cual volvió muy contento a ellas donde las había dejado, y fué luego sobre el cerro del Aguila, que era de D. Juan de Ribera, ya nombrado, y lo combatió y hubo muchas muertes de una parte y de otra».

Ya había logrado, pues, su propósito D. Antonio de Acuña, y se había sentado, cuando menos, en la silla de Toledo, dándole la razón al maldiciente fray Antonio de Guevara.

© Biblioteca Nacional de España

Batalla de Villalar

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO V

VILLALAR

La batalla. — La venganza.

(1520 - 1522)

La batalla. Dejamos al Condestable de Castilla en ocasión de encaminarse desde Burgos a Tordesillas al frente de un aguerrido ejército, quedando en la ciudad del Cid, para guarda y gobernación de ella, el conde de Nieva, D. Antonio Velasco.

Padilla, sabedor de que el gobierno iba a recibir tan importante socorro, trató de oponerle algún obstáculo en el camino y a este objeto envió a la villa de Becerril, en Tierra de Campos, por donde había de pasar el Condestable, algunas fuerzas de caballería, pero no le valió, pues fueron vencidos aquellos pelotones, y la tropa realista pudo continuar tranquilamente su camino, llegando el 19 de Abril a Peñaflor, cerca de Valladolid y junto a la Torre de Lobatón, donde continuaba inmovilizado Padilla, satisfechísimo, al parecer, con la toma de aquella villa, hacía cerca de dos meses.

La noticia de la llegada del Condestable a Peñaflor hizo que se alborotaran los comuneros de Valladolid,

© Biblioteca Nacional de España

donde hubo gran revuelo, sin que llegaran a ponerse de acuerdo los que querían salir al instante para atacar y los que opinaban que había que ponerse a la defensiva, «y en esto pararon al cabo».

En cambio, todo era júbilo en Tordesillas, donde se acordó ir a reunirse al momento con el Condestable, en Peñaflor, dejando a la reina al cuidado del cardenal Adriano y de su antiguo carcelero el marqués de Denia, y con el número de gente bastante para guardar la villa, muy bien fortificada durante los cuatro meses que hacía habían sido expulsados de allí los comuneros.

Hallábanse reunidos en Peñaflor, con el Condestable, su hijo el generalísimo conde de Haro, los corregentes D. Íñigo de Velasco y el almirante Enríquez, el Prior de San Juan y multitud de grandes y caballeros; al conde de Oñate, que se hallaba al frente de un buen trozo de gente en los alrededores, se le dió orden de seguir allí, con encargo de estorbar a los de Valladolid para que no pudiesen enviar refuerzos a Padilla.

En suma, el ejército reunido en Peñaflor al mando de Haro ascendía a más de 6.000 infantes y 2.400 caballos, en su mayoría hombres de armas y el resto caballería ligera, «los mejores que se pudieran juntar en ningún otro reino».

Padilla contaba, en Lobatón, con 7.000 infantes y poco más de 400 caballos, pues como hemos dicho, todos los demás se le habían marchado, y aunque esperaba cada día nuevos refuerzos, no parecían, por lo mal que se transmitían las órdenes y por haber impedido el Condestable, durante su marcha, que se le incorporaran los mil hombres que le enviaban de Palencia y Dueñas, «de manera, dice Pedro Mejía, que se vió claro el ruin consejo que él y los otros capitanes tomaron en se detener allí dos meses como habían estado».

© Biblioteca Nacional de España

Reunidos los generales realistas, acordaron cercar a Padilla, de manera que no pudiese salir de Torre de Lobatón sin batalla, pero comprendiendo la intención el caudillo comunero, y tenido en cuenta el parecer de sus capitanes, resolvió, ya harto tarde, salir de allí cuanto antes y lo más secretamente que pudiese, para refugiarse en Toro, en espera de los socorros que le enviaran de León, Zamora y Salamanca.

El plan era excelente, pero ya no era posible, después de haber perdido tanto tiempo, siendo tanto más de doler en cuanto a la sazón ya se había roto la guerra con Francia, por la parte de Navarra, creen algunos que de inteligencia con los comuneros.

No había alboreado aún, cuando el martes 23 de abril de 1521, día de San Jorge, el ejército comunero, a las órdenes de Padilla, Juan Bravo, Francisco y Pedro Maldonado y Fernando Porras, se encaminaba hacia Toro (al SO. de la Torre de Lobatón), siguiendo en dirección primero al S. a lo largo del riachuelo Hornija. Aunque el día era lluvioso y los caminos estaban intransitables, todo iba en muy buen orden, con la artillería y la infantería delante y la caballería a retaguardia.

Apenas se hubo movido la tropa comunera cuando los caballos ligeros del gobierno enviados para vigilar los movimientos de Padilla llegaron a Peñaflor para participar al conde de Haro y sus generales la salida de los comuneros y la vía que llevaban, «y luego, a la mayor prisa que fué posible, dice Pedro Mejía, mandaron tocar alarma, y partieron en su alcance con todo su campo; y porque les llevaba tanta ventaja, que era imposible alcanzarle yendo al paso de la infantería, dejada orden de que caminasen cuanto pudiesen, se adelantaron con toda la caballería y alguna artillería de campo, que al paso que llevaban podía ir tirada por caballos; y llegando a vista de los enemigos, les

© Biblioteca Nacional de España

mataron con sus tiros algunos soldados y les fueron dando algunos alcances, pensando desordenarlos y romperlos o entretenerlos hasta que su infantería los alcanzase; pero ellos caminaban tan en orden y cerrados, que no bastó esto para les desordenar en más de dos leguas que caminaron ansí; y aun dícese por cierto que dos veces hizo Juan de Padilla alto, y quisiera dar la batalla en dos buenos sitios que se le ofrecieron, viendo que lo había de haber con la caballería sola, sino que sus compañeros fueron de contrario parecer y se lo estorbaron. Caminando desta manera los unos y los otros, llegando cerca de un lugar que es de la orden de Santiago, llamado Villalar, acabada de subir una cuesta, descubrieron un gran prado que estaba antes de llegar al lugar, por el cual los escuadrones de los comuneros comenzaron a caminar más apriesa y a se desordenar algo de la vanguardia, con pensamiento de entrar en el lugar.

»El capitán general del campo imperial y aquellos señores que con él venían, reconociendo esto, determinaron de dar en ellos; y sin más lo dilatar, todos a un tiempo, hechas dos batallas, como se había ordenado en la batalla real, a la mano derecha los gobernadores y todos los más de los grandes y señores que allí se hallaron, y en la de la mano izquierda la vanguardia, y en ella el conde de Haro, capitán general, con la gente de las guardias y de señores, partieron para ellos.

»Ya en este tiempo había disparado dos veces la artillería de los enemigos desde Villalar, adonde habían llegado, y mató algunos escuderos de la vanguardia, a uno dellos junto al conde de Haro, y otra pelota llevó el pie a Pedro de Ulloa, un caballero de Toro, hijo de Garcí Alonso de Ulloa. Juan de Padilla, que aquel día iba como hombre de armas, con una ropeta de brocado sobre ellas, visto que ya no podía excu-

© Biblioteca Nacional de España

sarse sino huyendo, determinó de pelear, y habiendo esforzado y mandado esperar su gente, con algunos capitanes y la gente de a caballo que quiso tener con

Caballero del siglo XVI

él, salió al encuentro a la batalla real, y rompiendo los unos y los otros, él acertó a encontrarse con D. Pero de Bazán, vizconde de Balduena, el cual aunque iba a

© Biblioteca Nacional de España

la jineta, como caballero esforzado, no dudó su encuentro; pero llegando primero y con más fuerza la lanza de Juan de Padilla, lo sacó de la silla sin herillo; y siendo fácilmente rompidos Juan de Padilla y los que con él arremetieron, las batallas pasaron a dar en su infantería, la cual si quisiera pelear bien, la victoria fuera harto sangrienta, según la ventaja que en el número hacían; pero habiéndose comenzado a desordenar por se entrar en el lugar, que fué causa de su perdición, hubo poca resistencia, y aunque algunos cargaron las picas y esperaron (*en la Puente del Fierro*), fueron ansimismo rompidos, y los unos y los otros volvieron las espaldas huyendo. El conde de Haro y algunos señores mancebos y otros caballeros siguieron el alcance gran trecho; Juan de Padilla y D. Pedro Maldonado o Pimentel y Francisco Maldonado, capitán de Salamanca, y Juan Bravo, capitán de Segovia, habiendo peleado animosamente, fueron presos en la batalla, y el Juan de Padilla, mal herido en una pierna, al cual prendió D. Alonso de la Cueva... y otros escaparon huyendo. Fueron muertos de los comuneros casi quinientos hombres y no más, porque aquellos señores usaron con los vencidos de misericordia; de los del campo del Rey quince o veinte escuderos y pocos más heridos.»

Para distinguirse ambos bandos llevaban los comuneros unas cruces coloradas, y los del emperador cruces blancas, lo cual sirvió para que muchos de las Comunidades pudieran salvarse trocando su señal por la de los contrarios. Los imperiales luchaban al grito de *Santa María y Carlos* y los de Padilla al de *Santiago y Libertad.*

Tal fué aquella por siempre funestísima batalla de Villalar, primer eslabón de la cadena que por largos siglos debía aherrojar a España en el más deprimente absolutismo y de la cual decía en sus lecciones de la

© Biblioteca Nacional de España

Universidad de Madrid D. Emilio Castelar que «hasta los cielos lloraban al ver perdidas las libertades de Castilla».

«¿Por qué permanecieron los comuneros inactivos en Torrelobatón?, exclama con viril elocuencia el señor Ortega y Rubio.

»¿Por qué no salieron de la villa burlando la vigilancia del enemigo?

»¿Por qué hicieron la marcha con tanta lentitud?

»¿Por qué no esperaron a los imperiales en Vega de Valdetronco, donde en fuerte posición hubieran podido vencer?

»¿Por qué se retiraron sin orden ni concierto, y sin que algunos soldados cubriesen la retirada, cuando sus fuerzas eran casi iguales a las de los cesarianos?

»¿Por qué se dejaron sorprender en el antiguo Puente del Fierro, cuando tanto favorecían al enemigo las posiciones?

»No lo sabemos, pues no se concibe ni se explica una serie tal y tan numerosa de torpezas, ni que un ejército compuesto de hombres decididos se disipase como el humo al primer disparo de la artillería enemiga. O hubo traición o faltó la inteligencia y no sobró el valor. Tales son las únicas hipótesis admisibles.

»Causa tan noble como la defensa de las libertades castellanas merecía algo más de lo que hicieron los comuneros, a quienes no basta a absolver de sus culpas ante la historia el bello gesto de su cristiana muerte, valerosa y caballerosamente sufrida en la picota de Villalar.»

La venganza. Los realistas se saciaron cumplidamente de su sed de venganza.

Presos D. Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, fueron degollados al día siguiente en Villalar, con público pregón en que se les declaraba por traidores, oído lo cual por Juan Bravo, el capitán de Segovia, exclamó airado dirigiéndose al pregonero:

© Biblioteca Nacional de España

—Mientes tú y quien te lo ha mandado decir.

—Señor Juan Bravo, exclamó Padilla, ayer era día de pelear como caballeros; hoy es el de morir como cristianos.

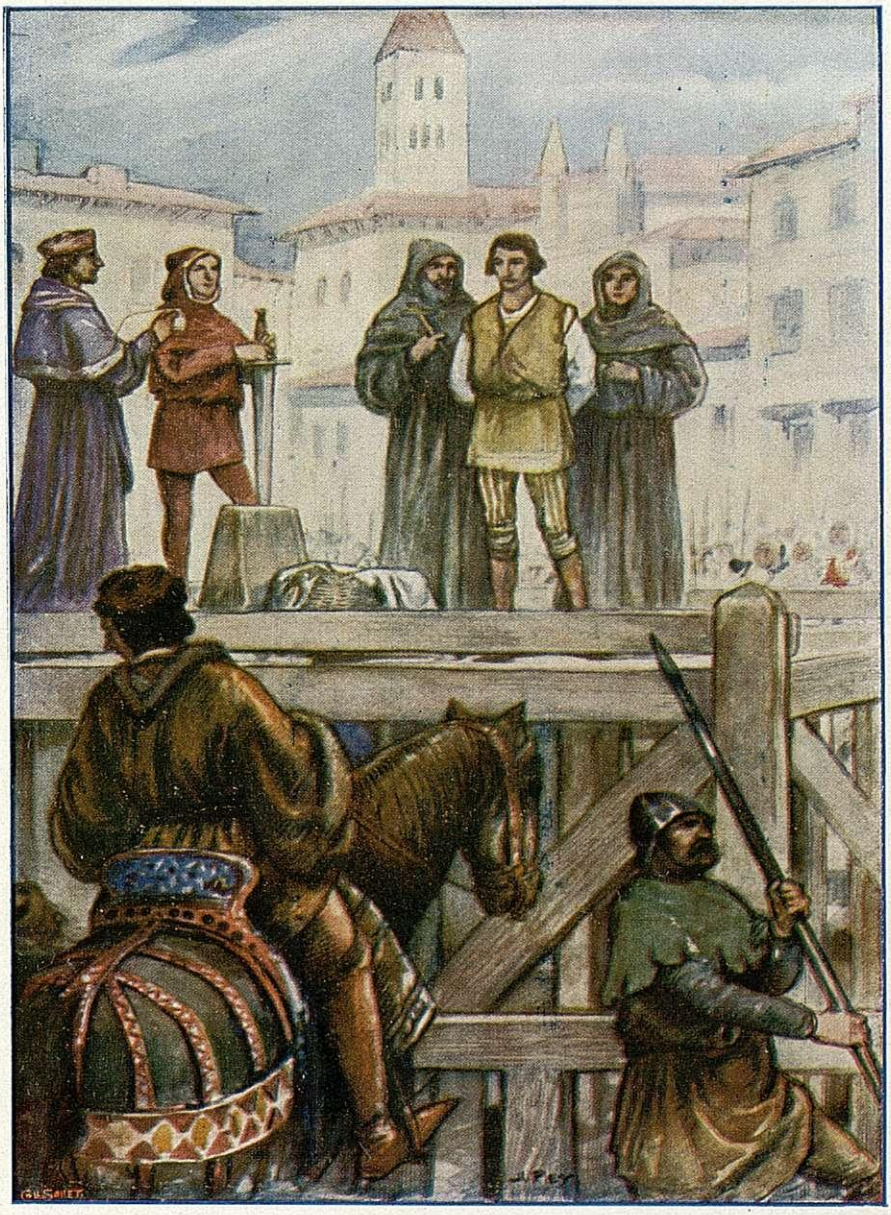
Juan Bravo pidió ser degollado el primero, en vez de Padilla, «porque no viese muerto tan buen caballero».

El capitán de Salamanca, Pedro Pimentel, fué indultado de la pena de muerte por ser allegado del conde de Benavente, pero no tardó mucho en correr igual suerte que su jefe y sus compañeros.

Acto seguido envió la Regencia requerimientos con grandes amenazas a todas las ciudades comuneras para que se rindieran, lo cual se apresuraron a hacer, incluso Valladolid, negándose únicamente Toledo, donde habían alzado por capitán al obispo de Zamora. D. Antonio de Acuña, sin embargo, convencido de que lo iba a pasar mal, huyó, disfrazado, con intento de refugiarse en Francia, pero descubierto fué preso en Logroño y encerrado en el castillo de Simancas, villa que se había mantenido siempre fiel, durante aquellas alteraciones.

No por eso se amilanó Toledo; a falta de hombres se puso al frente de la insurrección D.ª María Pacheco, la viuda de Padilla, la cual, «como estaba apoderada del alcázar y de las puertas, dice Pedro Mejía, procuraba echar fuera de la ciudad a todos los que le eran sospechosos; y teniendo cerca de sí hombres traviesos y facinerosos, y amigos de guerras y bullicios, estaba hecha señora y tirana de aquella ciudad; de manera que aunque se asentó tregua por ciertos días con el Prior, que les hacía guerra, para tratar de reducirse al servicio del Rey, no se pudo asentar cosa, porque llegada la nueva que los franceses venían sobre Navarra, D.ª María y sus valedores se ensoberbecieron de nuevo, y duró lo de Toledo muchos días, y padeció aquella ciudad por sus durezas grandes daños, por la guerra que el Prior y D. Juan de Ribera le hacían».

© Biblioteca Nacional de España



Decapitación de Padilla

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Diez meses duró la resistencia de Toledo bajo el gobierno de aquella heroica mujer, quien, cuando se vió perdida, escapó a Portugal, donde la persiguió implacable la saña del césar alemán. Su casa de Toledo fué derribada y sembrada de sal.

El número de condenados a muerte, además de los dichos, fué grandísimo, con gran dolor del Almirante, que vencida la insurrección no era partidario de tanto derramamiento de sangre. Fueron ajusticiados, entre otros, Pedro Maldonado (hermano de Francisco, degollado en Villalar), Francisco Merino, Alfonso Saravia, Pedro de Sotomayor, el licenciado Rincón, el doctor Cabeza de Vaca y muchos más, defensores

Facsímile de la firma de Carlos I.

de las libertades de Castilla, arrancadas de raíz por la despótica tiranía de Carlos I de Austria, rey de España y emperador de Alemania, el impulsor de la ruina de esta nación sin ventura.

Ya descansado, por lo pronto, Carlos de sus negocios germánicos y sus querellas con Lutero, tuvo la dignación de venir por aquí, a mandar degollar más comuneros, hasta que, importunado por tantas súplicas, especialmente por parte del noble Almirante Don Fadrique Enríquez, en favor de aquellos honrados castellanos que no habían cometido más delito que pedir se respetasen sus leyes, exclamó: — Bueno, basta ya; no se derrame más sangre.

¡Y dió un indulto (20 de octubre de 1522), pero

© Biblioteca Nacional de España

exceptuando 300 personas, entre las cuales figuraban el antiguo generalísimo de los comuneros, D. Pedro Girón y D. Pedro Lasso de la Vega, presidente de la Junta, a quienes, como se ve, no les valió su defección; Ulloa y Porras, procuradores de aquélla; Arellano y Zapata, capitanes de la misma; Alonso Enríquez, prior de Valladolid; Alonso de Priego, deán de Ávila, etc.

Pero aun no cesó con esto el martirologio; en 1524 era ajusticiado D. Pedro de Ayala, conde de Salvatierra, y en 1526 perecía en el castillo de Simancas el obispo Acuña. Verdad es que pretendiendo escapar de su encierro había asesinado, en circunstancias verdaderamente horribles, al alcaide del castillo Mendo de Noguerol. Entregado por el césar al alcalde Ronquillo, sometióle éste al tormento y le hizo dar garrote, colgándole después en una almena, lo cual hizo que, falsamente, cundiera la voz de que el emperador había sido excomulgado.

Así terminó el levantamiento de las Comunidades de Castilla, del cual hubiera podido salir la unión del pueblo y la nobleza para oponerse a las demasías del Poder Real, como en Inglaterra, pero que por egoísmo de los unos e inexperiencia de los otros fué la ruina total de las antiguas libertades de Castilla, para convertirse ésta en una provincia servidora humilde y sumisa cual ninguna al césar de Alemania.

Ya no tendrá Castilla su rey propio; reinará un extranjero que la vaciará de dinero y le sorberá la sangre para sus particulares empresas, no para gloria y beneficio de la nación.

Puede decirse que el origen del levantamiento fué la tiranía, rapacidad y orgullo de los flamencos que vinieron con D. Carlos y renovaron los procedimientos de aquellos otros que acompañaron al archiduque don Felipe *el Hermoso* y tantos malos ratos le hicieron pasar a D. Fernando *el Católico*.

© Biblioteca Nacional de España

Ahora, como entonces, la mayoría de la nobleza prefirió ser cortesana a mantener sus antiguas reivindicaciones; la obra de los Reyes Católicos había surtido su efecto; la aristocracia, fuertemente castigada, con el concurso del pueblo, había quedado bien abatida, pero, cuando menos el estado llano se había elevado considerablemente sobre su antiguo nivel.

No sucedió igual bajo Carlos I; éste quería ser el único, y sus flamencos perseguían igual a los nobles que a los plebeyos, atentos únicamente a enriquecerse en la para ellos colonia castellana. Los pocos nobles que figuraron en las Comunidades lo hicieron, en su mayoría, movidos por intereses y ambiciones particulares, prontos a desertar, como ya hemos visto, dejando solo al pueblo, que tuvo que seguir a improvisados demagogos.

Con todo, el partido comunero no desapareció por completo; aun quedó alguna parte de la nobleza, la misma que se había puesto de parte de Fernando *el Católico* en sus disensiones con el archiduque, y que si no había tomado gran parte en favor de las Comunidades, tampoco las había combatido a las órdenes de los generales de la Regencia, y ya veremos cómo este partido renace años después, precisamente bajo Felipe II, que halló en él su principal apoyo.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VI

LAS GERMANÍAS DE VALENCIA Y DE MALLORCA

LOS TRECE. — DESÓRDENES EN VALENCIA. — LA GUERRA. — SITIO DE JÁTIVA. — BATALLA DE MURVIEDRO. — INVASIÓN CASTELLANA. LA ROTA DE ORIHUELA. — VICENTE PERIS. — EL DESASTRE DE LA OLLERÍA. — LA REPRESIÓN.

(1520-1522)

Los Trece. Dijimos ya que sublevados los plebeyos de Valencia, contra los nobles, que les hacían víctimas de los mayores atropellos, y que abandonados de todos, hasta el punto de que ningún abogado, por temor a los señores, quisiese encargarse de su defensa, habían enviado una diputación a D. Carlos mientras éste se hallaba en Barcelona, en vísperas de partir para Castilla, y de allí, una vez obtenido *el donativo gratuito,* a coronarse emperador de Alemania, habiéndoles dispensado el rey la mejor acogida, puesto que la actitud de la plebe valenciana favorecía sus miras contra la nobleza, cuya arrogancia se proponía abatir.

En su virtud trajeron los comisionados, Juan Lorenzo, Guillén Sorolla, Juan Coll y Juan Caro una real carta en que se concedía a los gremios de artesanos y a los labradores de Valencia la facultad de po-

© Biblioteca Nacional de España

der llevar armas y ejercitarse en revistas militares para rechazar cualquier agresión de los piratas argelinos.

Pasóse la revista sin pérdida de tiempo, presidida por el cardenal Adriano; los agermanados en número de 8.000 hombres, con 40 banderas, se presentaron perfectamente armados y bien vestidos, con admirable disciplina, desfilando por delante del cardenal a los gritos de *¡Viva el Rey!*

El movimiento se propagó con inaudita rapidez por todo el reino de Valencia, no habiendo pueblo grande ni pequeño que no se armara, tanto era el odio que se sentía contra los nobles. En las banderas de aquellas milicias se leía el lema de *Paz, Justicia y Germanía,* mas por desgracia estuvo muy lejos de cumplirse el primer término, pues fueron muchos y horribles los excesos que se cometieron, especialmente en Murviedro, Orihuela, Alcira, Játiva y otras poblaciones, y de los cuales fueron víctimas los nobles.

Hasta entonces se habían mantenido tranquilos los agermanados de la capital, donde continuaba aún el cardenal Adriano, y en virtud de esa tranquilidad reuniéronse allí en asamblea gran número de nobles, los cuales nombraron una junta de veinte a fin de que acordaran las medidas oportunas para poner coto a los terribles estragos que por doquier cometían los agermanados.

Una disputa entre el señor de Pardines y el síndico del gremio de carpinteros por cuestión de un aprendiz, y de resultas de la cual el de Pardines le abrió la cabeza al síndico, hizo estallar el conflicto hasta entonces latente, siendo inútiles las exhortaciones de Adriano y la pena de destierro que impuso a Pardines y sus criados, pues los agermanados pusieron a precio las cabezas de los desterrados, y no cesaban de alborotar al grito de *¡Mueran los caballeros!*

© Biblioteca Nacional de España

Los nobles enviaron entonces una comisión a don Carlos I, que todavía se hallaba en la Coruña, y en vista de las explicaciones que le dieron, nombró capitán general del reino de Valencia a D. Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mélito, hermano del marqués de Adzaneta (Zenete), pero a su vez envió la Junta de los Trece a Jerónimo Coll para neutralizar el efecto que pudieran causar las reclamaciones de los nobles. Parece ser que los agermanados confiaban en la protección de los alemanes y flamencos que rodeaban al rey y a quienes estaban muy agradecidos por haber sido los que habían aconsejado a D. Carlos las concesiones hechas en Fraga.

Entretanto seguían en la ciudad las violencias y los horrores, ocasionados por falsas acusaciones de sodomía, hasta que el 18 de mayo (1520) se supo que había llegado el nuevo capitán general, conde de Mélito, que, como de costumbre, se detendría dos días en Cuarte antes de hacer su entrada.

Envió Mélito a los tres Estamentos las credenciales de su cargo y copia de los poderes que tenía, conferidos por el rey, pero Juan Lorenzo, que era el verdadero jefe de la Germanía, no siendo Guillén Sorolla más que el brazo, manifestó que no se debía acatar la autoridad del nuevo general, puesto que no estaba reconocido aún el mismo rey, ya que no se había presentado ante las Cortes a jurar las leyes. No le faltaba razón a Juan Lorenzo, pero los Brazos militar y eclesiástico votaron porque fuese reconocido, aunque sin servir de precedente, en virtud de lo crítico de las circunstancias.

«Los Trece entonces, a su vez, dice Balaguer, creyeron también lo más conveniente atraerse al virrey, pues no podían alejarle, y comisionaron a Guillén Sorolla para que en su nombre fuese a darle la bienvenida y le manifestase que la Germanía daría en su obsequio una

© Biblioteca Nacional de España

gran parada. Era principal objeto de la parada el de ostentar a los ojos del virrey las fuerzas de la Germanía, y hacerle a más comprender que así estaban aquellas fuerzas dispuestas a apoyarle si se declaraba en su favor contra los nobles, como prontas a obrar contra él si seguía una marcha contraria. Guillén Sorolla era muy a propósito para desempeñar la misión que se le confió, pero nada pudo recabar del conde de Mélito, quien permaneció reservado en la conferencia, sin dejarse sorprender, y limitándose a dar al embajador del pueblo copia de una carta del rey por la cual éste mandaba a todos aquellos a quienes cumplía saberlo, que obedeciesen al conde, encargado de pacificar el reino.

»Fijado el día para la entrada pública del virrey en la ciudad, éste, con numerosa comitiva y lucido acompañamiento, acababa de pasar la puerta de Cuarte y se disponía a dirigirse por la calle de Caballeros, como camino más corto y breve para llegar a la catedral, cuando a la esquina de una calle le salieron al encuentro los Trece de la Germanía rodeados de muchos plebeyos, y cogiendo de las bridas la mula en que iba montado el conde, le detuvieron, tomando en seguida la palabra Guillén Sorolla para decirle «que los reyes y los príncipes no buscaban atajos en sus entradas solemnes, y que siguiendo su ejemplo debía dar la vuelta por la Bolsería y Mercado, calle de San Vicente, por San Martín, calle de las Avellanas, por delante del palacio del arzobispo para la catedral.» Dijo esto Sorolla al virrey con desenfado y como si en vez de presentarle una súplica, le diera una orden; pero a pesar del tono, el conde se avino.»

Desórdenes en Valencia

Había pendiente también otra cuestión, y era que se había recibido una carta real nombrando los 12 caballeros y 12 ciudadanos que debían concurrir a la próxima elección de jurados y excluyendo de este cargo a los plebeyos, siendo así

© Biblioteca Nacional de España

que, según los fueros y costumbres, figuraban siempre dos. La Junta de los Trece se negó desde luego a acatar la orden y fueron elegidos los seis jurados que propuso.

No quiso Mélito reconocer la validez de la elección, pero no era hombre Sorolla que se resignase tan fácilmente, y así, con ocasión de conducir al patíbulo a un reo, por orden del virrey, hizo correr la voz de que no le habían dado tiempo para poder hacer su defensa. El pueblo, furioso, arrebató al sentenciado del poder de los soldados que le custodiaban, y lo pusieron en seguro en la catedral. Las turbas, en imponente actitud, atacaron el palacio del virrey para apoderarse de Mélito y de los caballeros que allí estaban, lo cual no pudieron conseguir por la desesperada defensa que hizo la guardia.

Con infernal astucia se escondió entonces Guillén Sorolla en su casa, y encargó a un amigo propalase la voz de que Mélito le había hecho asesinar. A tal nueva, los agermanados, que idolatraban en él, se lanzaron a la calle y volvieron a atacar el palacio, y a buen seguro hubieran matado allí al conde de Mélito y todos los nobles que con él se hallaban a no haber corrido el obispo de Segorbe a casa de Guillén y suplicádole se dejase ver de las turbas para que se convenciesen de que no era verdad lo de su asesinato. Así lo hizo, y aprovechándose Mélito de la tranquilidad en que quedó Valencia, huyó de madrugada a Cocentaina y lo mismo hicieron todos los nobles que se hallaban en la ciudad. Así quedó ésta enteramente en poder de la Junta de los Trece.

Sabedores los agermanados de dónde se hallaba el virrey fuéronse para Cocentaina, viéndose obligado a escapar para refugiarse primero en Játiva y después en Denia, siempre perseguido. La insurrección cundía como un reguero de pólvora y las villas se apresuraban a

© Biblioteca Nacional de España

abrir sus puertas a los agermanados: así había ocurrido en Chelva, Elche, Segorbe, Orihuela; sólo se había resistido Morella, equiparándose así a Simancas, siempre fiel al rey D. Carlos, mientras toda Castilla se declaraba por los comuneros.

Seguían entretanto cada vez más terribles los alborotos en Valencia, hasta el punto de que el que era el alma del movimiento, el noble e inteligente Juan Lorenzo, se hubo de morir de pasión de ánimo. Con razón, ya que no tal vez con estricta fidelidad, pone el historiador Viciana en su boca estas palabras: «No por cierto fué inventada la Germanía ni hecha para hacer cosas tan escandalosas y tan abominables, sino para castigar a los malos y hacer justicia y poner en paz y sosiego la tierra, y pues la gente sin orden se desmanda a hacer y emprender toda cosa mala, veo claramente que éstos serán causadores de la perdición y desolación de la ciudad, porque no tienen vergüenza, ni temor a Dios, ni al Rey, ni quieren obedecer a los oficiales, ni creen a los ancianos que les aconsejan.»

Muerto el caudillo, proclamóse gobierno independiente la Junta de los Trece, y como rechazaran las proposiciones de paz enviadas por el emperador, prosiguió la guerra, con más furor que nunca.

Ya en esto los nobles se habían rehecho; habían organizado en forma de tropa a sus vasallos moriscos y reclutado gente en Castilla y Cataluña, reuniendo así fuerzas suficientes para crear dos ejércitos, puestos al mando de D. Alfonso de Aragón, duque de Segorbe, y del conde de Mélito.

Las Germanías de Mallorca.

Al mismo tiempo que tales trastornos ocurrían en Valencia, mientras quedaba ahogado en sangre en Castilla el movimiento de los comuneros, estallaba en Mallorca una formidable insurrección popular, que, proclamando por jefe a un zapatero llamado Juan Crespi, se apoderaba

© Biblioteca Nacional de España

del castillo de Bellver y se ofrecía a los valencianos, lo cual hizo que éstos cobraran nuevos ánimos.

El ejército real atacó entonces a los agermanados de San Mateo, donde se habían entregado a toda suerte de excesos. Los realistas acorralaron a los sitiados en una iglesia, y no queriendo éstos rendirse, pegaron fuego al templo; los que no perecieron entre las llamas fueron pasados a cuchillo y el resto enviados al patíbulo. La desgraciada villa fué entrada a saco, y las haciendas de los agermanados fueron repartidas entre las tropas de D. Carlos.

La guerra. «La noticia de la toma de San Mateo, dice Balaguer, encendió en ira a los de Valencia, que se entregaron a represalias, vengándose en algunos vecinos de Morella establecidos en la capital, y disponiendo que una división a las órdenes del carpintero Miguel Estellés saliese con el objeto de recorrer el Maestrazgo y sublevar aquel país contra los de Morella. Ya el *alea jacta est* se había pronunciado; ya no era cuestión de tratos ni de avenencia; ya la guerra que iba a tener lugar debía ser bárbara, implacable, feroz y exterminadora, como las escenas que la habían originado.

»Celebróse en Gandía una asamblea de nobles, iniciada por el almirante de Aragón D. Alfonso de Cardona, presidida por el virrey, conde de Mélito, y a la cual acudió, entre otros, D. Alfonso de Aragón, duque de Segorbe, que, con autorización de su padre el infante D. Enrique, se había puesto ya en campaña con unos 500 hombres y gran número de personajes del reino, que voluntariamente habían desnudado su espada contra las Germanías. Quedó definitivamente resuelto en esta asamblea, convocar a todos los caballeros del reino para marchar contra los plebeyos, dar facultades al señor de Rocafull y de Albatera para formar un cuerpo de 1.500 infantes por de pronto, y apoyar

© Biblioteca Nacional de España

al duque de Segorbe, destinado con su hueste a caer sobre la de Estellés.

»Este último había salido de Valencia sólo con 500 hombres, y avanzaba rápidamente sobre el Maestrazgo, siendo recibido con grande entusiasmo por los pueblos del tránsito, que se apresuraban a facilitarle recursos de gente y de dinero, logrando así hacer subir su hueste a 2.000 hombres. Estellés, después de haber descansado en Villarreal, pueblo que era altamente propicio a la causa de los agermanados, pasó a Alcalá de Gisbert, de donde arrojó a los moriscos, que eran en todas partes partidarios de la nobleza. En Alcalá recibió la noticia de que el duque de Segorbe había entrado en Villarreal, luego de haber él salido sin gran resistencia del pueblo; y como supo también que las armas del duque amenazaban a Castellón de la Plana, resolvió abandonar la posición de Alcalá y pasar al castillo de Oropesa, siguiendo la orilla del mar. Cuando Estellés se disponía a efectuar este movimiento, el duque se apoderaba de Castellón, poniéndola también a saco, según costumbre de aquella terrible guerra, y se ponía inmediatamente en marcha para cortar la retirada a los agermanados. Cerca de Oropesa se encontraron ambas fuerzas enemigas, y no dudó el duque en empeñar la acción, a pesar de no tener más que 700 infantes y 50 caballos, confiado en que no le sería difícil vencer a los 2.000 hombres del carpintero valenciano, que iban mal armados y se resentían de la falta de disciplina y buenos jefes. Tal sucedió efectivamente; y aunque todas las historias confiesan que los agermanados resistieron valerosamente, acabaron éstos por ser vencidos, cayendo en poder de los vencedores el propio Estellés, cuya ensangrentada cabeza fué colgada al día siguiente de una escarpia en la puerta de Castellón.

»En alto grado impresionó la noticia de esta derrota

© Biblioteca Nacional de España

a los valencianos. Los agermanados de la capital hicieron que las campanas tocasen a rebato, y reuniéndose tumultuosamente en la plaza de San Francisco, pidieron a gritos marchar contra los nobles para vengar la muerte de Estellés y de sus hermanos. Hubieron de acceder los Trece a sus instancias, y formóse un cuerpo expedicionario de 2.000 hombres, cuyo mando se dió primero a Jaime Ros, y luego, en reemplazo suyo, al popular Juan Caro. Al salir éste de Valencia con su división, supo por medio de los espías que el duque había mandado destacar una fuerza de caballería y de infantería para que se alojase en Alcaser y Picasent, a fin de observar los movimientos de los agermanados, y en seguida marchó sobre estos lugares, que saqueó e incendió, al objeto de que cuando llegasen las tropas de la nobleza no hallasen albergue ni viesen cumplido su proyecto.

»Realizado esto, la división de Caro pasó adelante y se alojó en Alcira, donde no tardó en verse considerablemente reforzada por las compañías que le enviaban las Germanías de los pueblos inmediatos. Así es que, viéndose con fuerzas suficientes, decidió Caro ir a poner sitio al castillo de Corbera, cuya defensa, por disposición del duque de Gandía, se había confiado a D. Pedro Zanoguera y a 200 hombres escogidos. El castillo, vigorosamente atacado, fué vigorosamente defendido, y no es cierto que de él se apoderasen los agermanados, como tengo leído en Ortiz de la Vega y otros historiadores de nota, pues, antes bien, consta en memorias auténticas que los plebeyos, en número ya entonces de 4.000 hombres, tentaron en vano repetidas veces el asalto, siendo siempre rechazados con alguna pérdida, y que aproximándose el virrey con su ejército, hubieron de levantar el sitio, no sin haber causado muchas pérdidas a los sitiados.

»De regreso ya a Alcira tuvo la nueva el caudillo de

© Biblioteca Nacional de España

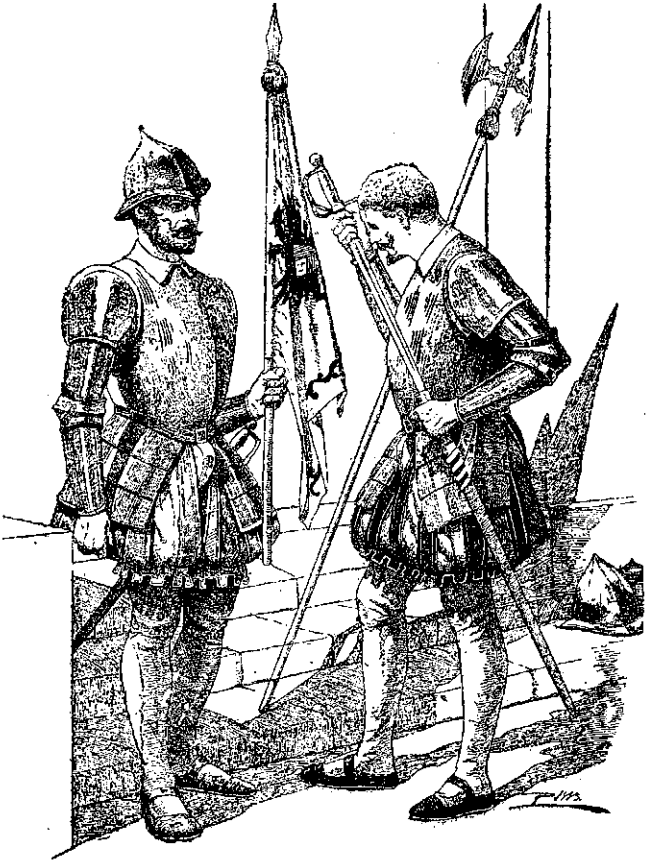
los agermanados de que el virrey, variando de plan, se disponía a marchar contra Játiva, y entonces salió de Alcira y púsose rápidamente en marcha para aquella ciudad, con ánimo de acudir a su defensa y apresurar la rendición del castillo de Játiva, al que los agermanados tenían puesto sitio hacía tiempo. De paso, Juan Caro dió cinco asaltos furiosos, aunque sin fruto, al castillo de Mogente, habiendo llegado a conseguir en uno de ellos ondear dos banderas suyas en lo alto de la muralla. Hubo, sin embargo, de abandonar su empresa y proseguir su camino a Játiva.

Sitio de Játiva.

»En este último punto los agermanados de la ciudad tenían puesto sitio, aunque sin gran rigor, al castillo, donde mandaba el alcaide Baltasar Mercader, en auxilio del cual había recientemente acudido Luis Crespí de Valdaura, señor de Sumacarcer, con 50 hombres. Mercader había resistido bien hasta entonces, pero al llegar Juan Caro con los suyos, las cosas tomaron nuevo aspecto. La plaza fué estrechada y diéronsele asaltos continuos por los agermanados, al frente de los cuales figuraba entonces a más de Juan Caro, Vicente Peris, que reemplazó en el mando al comandante de los comuneros de Alcira, llamado Tomás Urgellés, muerto en un combate. Según nos dice el cronista que ha consignado los anales de Játiva, Vicente Peris, una de las figuras que más descuellan en la historia de aquella espantable guerra de las Germanías, fué el que verdaderamente dirigió las operaciones del sitio, disponiendo un ataque general y simultáneo por tres puntos, y cayendo furiosamente sobre el castillo, decidido a entrarle antes que acudiese el virrey en su socorro. Tres días y tres noches se refiere que duró el combate, horroroso por su estrago, hundiendo el cuarto día en el cansancio y la fatiga a sitiados y sitiadores. «Peris, dice Boix, pidió entonces un armisticio, que fué aceptado, y en

© Biblioteca Nacional de España

seguida propuso a los del castillo una capitulación honrosa. Mercader admitió un parlamentario, y en presencia del duque de Calabria se estipuló que 60 soldados plebeyos relevarían la guarnición, que debería salir con armas y banderas. Hallábanse conferenciando sobre los medios de llevar a efecto este trato, cuando los ager-



Infantería española. Alférez y sargento

© Biblioteca Nacional de España

manados, impacientes u hostigados, se precipitaron de súbito hasta el pie de la muralla del castillo, y llegando por fin a un lienzo que se hallaba arruinado, penetraron por él, degollando a los pocos defensores que toparon en aquel punto, consiguiendo ya por fuerza el objeto de lo que se estaba deliberando. La entrega del castillo se verificó el 14 de julio de 1521. En el acto salió la guarnición, pero los vencedores, faltando al derecho de gentes, asesinaron a los pocos pasos a mosén Crespí de Valdaura y a Sanz, señor de Llosa, reduciendo a prisión a En Baltasar Mercader, que se vió en peligro de morir en el calabozo, víctima de los ratones y otras sabandijas.»

En este castillo de Játiva encontraron los agermanados a aquel duque de Calabria, hijo de Fernando III de Nápoles, que, hecho prisionero por Gonzalo de Córdoba después de haber jurado, sobre la hostia consagrada dejarle en libertad, había sido recluído en aquella fortaleza, bajo la vigilancia especial de D. García Gil de Ateca.

«D. Fernando, que era hombre de estudio y de costumbres sencillas, dice Balaguer, trató de hacerse agradable su prolongado cautiverio, y las memorias que de él han quedado en Játiva cuentan que era joven y gallardo, ingenioso y dedicado al estudio, y que se ocupaba en embellecer su propio encierro con obras sólidas y elegantes, introduciendo el gusto italiano, desconocido hasta entonces en nuestras obras públicas y particulares. Hizo construir bajo su dirección en el castillo una capilla, unos subterráneos y una gran balsa, y pasaba largas horas encerrado en su biblioteca, donde había reunido libros y códices preciosos, escogidos y raros, que conserva aún hoy la Universidad de Valencia. A la muerte de D. Fernando *el Católico,* fué ofrecida la corona al cautivo de Játiva, pero no quiso aceptarla, y también, según parece, las

© Biblioteca Nacional de España

Germanías le brindaron para que se pusiese a su frente, recibiendo la contestación misma que algunos años antes había dado a los que le ofrecieron el trono de Aragón. Sayas dice en sus anales, que «los rebeldes de aquella Germanía (de Játiva) deseaban sumamente ocuparle para sus fines», y Boix supone que se le presentaron un día Juan Lorenzo, en representación de los Trece de Valencia, y Francisco Tordera en nombre de los seis de Játiva, para decirle que los agermanados habían pensado en él porque necesitaban un brazo de hierro, una corona de rey y un corazón de héroe; pero que D. Fernando les había respondido que era cristiano y caballero, y como cristiano, se había sometido a la voluntad de Dios, y como caballero había jurado no salir del castillo. Es lo cierto, en efecto, según se desprende, que no salió de aquel recinto, ni aun tomada la fortaleza por los agermanados, con quienes estuvo en buenas relaciones, sin tomar parte alguna en su favor.

»Cuatro días después de haberse apoderado del castillo de Játiva, y antes que en Valencia hubiera tiempo de celebrar ese triunfo, sufrían los agermanados un descalabro en los campos de Almenara. Unos mensajeros de Murviedro se habían presentado en Valencia a pedir socorro a los Trece, no sólo contra el duque de Segorbe, que desde Almenara hacía frecuentes correrías sobre la antigua Sagunto, sino también contra los moros, que en número de 2.000 se habían levantado en favor de la nobleza. Cuentan las crónicas que unos mensajeros de Murviedro, al objeto de excitar más las simpatías, entraron públicamente en Valencia llevando sobre un mulo los cadáveres de dos jóvenes, a quienes se suponía víctimas de los partidarios de la nobleza. El menor pretexto bastaba entonces para encender en ira a los valencianos, y esta vez se vió a un religioso agustino, llamado Fray Lucas Bonet, arengando

© Biblioteca Nacional de España

a los grupos con un crucifijo en la mano y clamando para que se vengara la muerte de los dos jóvenes de Murviedro.

»Este mismo fraile, puesto a la cabeza de una gran muchedumbre, se hizo entregar el pendón o estandarte de Valencia, llamado por las memorias del tiempo *el Rat penat,* que era como la bandera de Santa Eulalia entre los barceloneses, y fueron con gran algazara a colocarlo en la puerta de Serranos, según costumbre en tales casos. Formóse en seguida una división de 5.000 hombres, según unos, y de 8.000, según otros, y salió acto continuo de Valencia, tomando el camino de Murviedro, siendo su jefe Jaime Ros, y el portador del estandarte de la ciudad Pedro Balanza. Los agermanados sólo se detuvieron una noche en Murviedro, y pasaron adelante, anhelosos de llegar a las manos con la gente del duque de Segorbe.

Batalla de Murviedro.

»Las huestes se encontraron entre Murviedro y Almenara y se trabó la acción el 18 de julio, siendo una de las más empeñadas que en aquella funesta época tuvieron lugar. Al principio llevaron ventaja los plebeyos; pero arrollados éstos por la excelente caballería que llevaban los nobles, hubieron de ceder el campo después de muchas horas de combate, dejando en él cerca de 2.000 hombres y salvándose los demás en Murviedro, en cuya población quedó el *Rat penat,* ya porque los de Murviedro quitasen este pendón al que lo llevaba, ya porque se dejase allí para salvarlo, pues ambas versiones se dan por los cronistas.

»No tuvo esta derrota las consecuencias decisivas que de su importancia era de esperar, porque a los pocos días la vengaron los agermanados con una brillante victoria, alcanzada por el arrojado Peris, y siendo esta vez el derrotado el mismo virrey en persona. Fué el día 25 de julio. El conde de Mélito había decidido atacar

© Biblioteca Nacional de España

en dicho día el campo de Vicente Peris, que estaba a una legua de Gandía, extendiéndose por la ribera del río de Alcoy, junto a la sierra Bernisa. Cuatro mil infantes y quinientos caballos formaban la hueste del virrey, yendo además con ella una lucidísima comitiva de grandes y caballeros, pues que apenas hubo familia noble del reino que no tuviese allí un representante. Los principales mandos de los cuerpos estaban conferidos al conde de Oliva, al duque de Gandía, a D. Pedro Maza de Lizana, al almirante de Aragón D. Alfonso de Cardona y a otros caballeros de la primera nobleza.

»Según de acuerdo dicen Sayas y Boix, Vicente Peris, al saber que el enemigo se dirigía hacia él, lejos de huir el combate, lo provocó avanzando al son de sus numerosas cajas y pífanos, con su gente en buen orden y bien formada, precedida de la artillería, y él delante, a caballo, «impaciente de avistar el ejército del virrey». En cuanto el general de los plebeyos llegó a descubrir las avanzadas del ejército enemigo, se apeó del caballo, según dicen, y empuñando media lanza, a guisa de bastón de mando, «con animosa alegría y espíritu más que de plebeyo», dirigió una corta alocución a los suyos, a quienes excitó para batirse con gentes que por naturaleza y reputación eran valientes. En seguida se hincó de rodillas allí mismo, en medio del campo; oró o fingió que oraba para implorar el socorro del Señor, y poniéndose inmediatamente en pie, con noble ademán y enérgica expresión, exclamó vuelto a los suyos: «Ea, hermanos, que no son nada los enemigos.» Y avanzó resueltamente el primero, blandiendo su media lanza.

»Toda la hueste de los agermanados se puso entonces en movimiento de combate, avanzando, según Quas, en dos direcciones, una por la orilla del río y otra por la falda del monte, formando la vanguardia una partida de hombres con espadas montantes de dos manos, y en el centro de ella llevaban cañones de pequeño

© Biblioteca Nacional de España

calibre, los cuales, luego que se desplegó la columna, principiaron a romper el fuego, causando con sus certeros tiros no poco destrozo en las filas contrarias. La división del conde de Oliva avanzó contra los plebeyos, exclamando a voces: ¡San Jaime! ¡San Jaime! y se trabó la batalla por todos ángulos del campo, rompiendo igualmente el fuego la artillería del virrey.

»Entonces se observó que los artilleros dirigían altos los tiros, o por malicia o por torpeza, de modo que no daban en el blanco que ofrecía la línea de batalla de los agermanados, y mientras se remediaba este accidente, el virrey creyó decidir la acción dando una carga a la cabeza de 200 caballos, atacando el flanco izquierdo de la hueste enemiga, a fin de romper aquella masa y revolver sobre la retaguardia; pero los plebeyos sostuvieron a pie firme la carga, y lejos de romper el virrey la línea, vióse forzado a volver grupas en medio de una granizada de balas, para ir a reponerse al pie de la sierra, donde el cuerpo de honderos hizo caer sobre él una lluvia de piedras, poniendo en confusión espantosa a caballos y jinetes.

»No tardó el ejército real a pronunciarse en retirada, a pesar de los grandes y heroicos esfuerzos que hicieron el virrey y los demás jefes, siendo los primeros en abandonar el campo dos compañías de manchegos, a quienes la codicia del saqueo obligó a retroceder a Gandía. La victoria de los agermanados fué completa, y mientras el virrey con el conde de Oliva, el almirante de Aragón y los restos de su ejército emprendía su retirada a Denia, dejando el campo sembrado de cadáveres y de heridos, entre ellos no pocos caballeros, Vicente Peris avanzaba sobre Gandía, en cuya población entró triunfante, yendo a hospedarse en el palacio ducal, de donde acababa apenas de partir el mismo duque, fugitivo de la batalla, llevándose a su madre, sus dos hijas y su hermana.

© Biblioteca Nacional de España

»Cuando el caudillo de los agermanados llegó a Gandía, halló la población entregada a la rapacidad de los manchegos, pero les obligó a devolver el botín que habían hecho, y les hizo salir desarmados de la población. En seguida estableció una junta de gobierno, y distribuyó entre los 22 agermanados más comprometidos los cuantiosos tesoros del duque, adjudicándoles además los ricos muebles de su palacio. También dispuso que a todos los moros de Gandía y pueblos inmediatos, en castigo de haber hecho armas contra los plebeyos, se les hiciese recibir el bautismo de grado o por fuerza, y entonces se vió a los agermanados buscar a los moros por todas partes, conduciéndolos a las iglesias y a las orillas de las balsas y acequias, donde ellos mismos, con frenético rencor, les administraban el bautismo, rociándoles las cabezas con escobas empapadas en agua, o sumergiéndoles en las acequias, donde a no pocos dejaron ahogados. Un destacamento de Peris pasó al pueblo de Polop a cumplimentar la orden de su jefe, y los moros que había allí se retiraron al castillo decididos a hacerse fuertes, pero al fin se rindieron, estipulando por condición que no se les había de hacer daño si se bautizaban. Se les prometió esto, bautizáronse más de 600, y sin embargo, contra toda ley divina y humana, fueron pasados a cuchillo, contentándose con decir sus verdugos, como para tranquilidad de su conciencia, que hacían aquello *para echar almas al cielo y dinero al bolso.*»

Invasión castellana.

Llegó el momento en que exterminados los comuneros se aprestaron los nobles de Castilla a intervenir en Valencia para aplastar asimismo la rebelión de las Germanías en honor y gloria del Poder real absoluto y en castigo de aquellos insolentes plebeyos que se atrevían a desafiar a la aristocracia feudal.

Puestos de acuerdo el duque de Gandía, el almirante

© Biblioteca Nacional de España

Revolución popular en Valencia contra los nobles

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

de Castilla, el marqués de los Vélez y otros nobles valencianos y castellanos, penetró en el reino de Valencia, por la parte de Orihuela, el de los Vélez, cuyo castillo cayó luego en su poder. El ejército realista en seguida atacó a Elche, que los agermanados defendieron con desesperado valor; la lucha era encarnizada, y ya se sabía que no había cuartel para unos ni para otros; cayeron Aspe y Crevillente después de Elche, y los agermanados, furiosos, quisieron tomar entonces la ofensiva.

La rota de Orihuela.

«Un cuerpo de plebeyos, a las órdenes del escribano Pedro Palomares, dice Balaguer, tenía puesto sitio al castillo de Orihuela, que estaba ya próximo a sucumbir, no obstante el acierto y valor desplegado en la defensa por su alcaide Jaime Despuig, cuando acudió en su auxilio el ejército de los nobles con el marqués de los Vélez a su cabeza. Los agermanados hubieran podido retirarse, pero prefirieron combatir. Palomares marchó con ánimo resuelto al encuentro del marqués de los Vélez, pero marchó a su derrota, pues la suerte le fué contraria, perdiendo en esta batalla tanta gente los agermanados, dice el historiador Viciana, que llegó a cubrirse una acequia llamada Azap, formando sus cadáveres como un puente para dar paso a la caballería de los vencedores. Palomares, hecho prisionero, fué decapitado, y colocada su cabeza sobre un arpón en la puerta de Elche, ahorcados los Trece que formaban la junta de gobierno de la ciudad, y entregada la población al saqueo y a la venganza de los vencedores, quienes cometieron en ella excesos inauditos.»

El efecto que produjo la rota de Orihuela fué terrible; todos los pueblos comprendidos entre aquella población y Játiva abandonaron la causa de la Germanía, aparte de otras villas importantes como Jijona, Alcoy, Peñáguila, Biar, Onteniente, Villajoyosa. Sólo se

© Biblioteca Nacional de España

mantenía firme la inquebrantable Játiva, donde se había puesto a la cabeza de la insurrección el franciscano fray Miguel García, antiguo militar.

En cambio en Valencia hacía grandes progresos la contrarrevolución, azorada la clase media ante el estado anárquico de la capital y la gente de baja ralea que había acudido al cebo del desorden, aparte de lo cual, mientras la Junta de los Trece carecía de fondos para pagar a las tropas, corría el oro de los nobles para sobornar a los influyentes.

En tal estado, vióse obligada la Junta, bajo el clamor de la opinión pública, a tratar de llegar a un acuerdo, y conservando muy buenos recuerdos del infante D. Enrique, padre del duque de Segorbe, le suplicaron viniese a Valencia, como así lo hizo (19 de octubre de 1521), y tal vez se hubiera llegado a una concordia de no haberse presentado inesperadamente en la capital Vicente Peris, Bocanegra, Guillén Sorolla y otros jefes que en manera alguna querían darse a partido.

Vicente Peris. De ahí que comenzaran en seguida graves tumultos y motines promovidos por Peris «quien, dice Balaguer, se declaró francamente caudillo de los intransigentes, y acaso hubiera tenido que abandonar D. Enrique la capital con cuantos eran de su partido, si no se hubiese recibido la nueva de que el virrey, conde de Mélito, unidas sus huestes a las del marqués de los Vélez, se acercaba a Valencia para entrar en ella de grado o por fuerza. Divididos como se hallaban los agermanados, y siendo los más del partido de D. Enrique, que estaba por la avenencia, era imposible resistir. Envióse, pues, al virrey una diputación, de la cual formaban parte varios religiosos y Juan Caro, para convenir con él sobre las bases de una honrosa capitulación. Inmediatamente abandonaron la ciudad los más comprometidos y los más revolucionarios, entre ellos Vicente Peris, que se fué a Alcira. A todo

© Biblioteca Nacional de España

esto, una comisión venida de Aragón y presidida por el justicia Cerdán, intervenía y trabajaba solícita para dar un resultado pacífico a la guerra civil que desolaba las hermosas llanuras de Valencia, interponiendo sus buenos consejos, así con el virrey como con los más turbulentos, y procurando calmar odios y acercar voluntades. Ello es que el 1.º de noviembre entraba el virrey en la ciudad, dejando alojados en los pueblos inmediatos los 20.000 hombres que tenía a sus órdenes.

«Pero no estaba vencida la revolución, dice el antes citado autor. Aun estaba vivo Peris; aun se mantenían en pie Alcira y Játiva; aun discurrían por el reino varias compañías de agermanados con jefes valientes y desesperados a su frente; aun faltaba que aquel vasto incendio que se extinguía se reanimase un momento, como la llama próxima a apagarse, para lanzar terribles explosiones.

»El 13 de noviembre salió de Valencia el virrey, acompañado de los condes de Cocentaina y Oliva, varios caballeros, y un buen pie de ejército de todas armas, para marchar sobre Alcira, que resueltamente se había negado a obedecer sus órdenes, recibiendo mal y despachando peor a un alguacil real que se le mandara con la intimación de entregarse. Mandaba en Alcira un capitán llamado Enego; siendo jefe de los solteros, Lorenzo Peris; de los aventureros, Pírico Espinochi, y director de la artillería un inglés, al decir de Viciana. Las gentes que tenían estos caudillos a sus órdenes, ha dicho un cronista, eran valientes y esperaron por consiguiente con serenidad el ataque del virrey, que con 8.000 hombres y su mejor artillería se presentó a la vista de la población.

»Puesto el ejército en orden de sitio, principió la artillería a batir el arrabal de San Agustín, cuyo punto se tomó, aunque no así la plaza, al pie de cuyos muros debía correr en abundancia la sangre de los sitiadores.

© Biblioteca Nacional de España

Los agermanados, enarbolando bandera negra, y auxiliados por un refuerzo de 1.000 hombres que les habían mandado los de Játiva, hicieron una heroica resistencia. Vanamente intentaron varias veces las tropas del virrey escalar la muralla; siempre fueron rechazadas, siéndolo muy particularmente y con sangriento destrozo en un asalto, cuyo mal éxito obligó al conde de Mélito a levantar el sitio, con pérdida de más de 2.000 hombres, contándose entre los muertos algunos caballeros principales, entre ellos D. Gabriel de Guzmán, alcaide de Chinchilla.

»El conde de Mélito, de tal manera rechazado de Alcira, pensó que podría desquitarse en Játiva, pero también allí se estrelló, viéndose obligado a abandonar el sitio, al cabo de algunos días, durante los cuales perecieron más de 4.000 hombres, de una y otra parte.

»Tales reveses produjeron honda sensación en Valencia, y en general en todo el reino. El marqués de Zenete, que en un principio se había hecho muy popular entre los agermanados, tuvo la mala ocurrencia de presentarse en Játiva, siendo así que por la importante parte que había tomado en la capitulación de Valencia había incurrido en el odio de los insurrectos, y así lo pudo conocer por la actitud amenazadora del pueblo al verle entrar en la plaza.

»Pidió el marqués tener una conferencia con los jefes de la Germanía, dice Balaguer, y con ellos se le presentó Vicente Peris, el gran agitador, el incansable orador y el primer brazo de los agermanados intransigentes. Peris llevaba un plan, y se manejó de manera que pudiese hacerlo triunfar. En la conferencia logró con maña, con astucia, con reticencias y hasta con provocaciones encubiertas, que el marqués de Zenete se impacientara, permitiéndose alguna expresión que no había de ser lisonjera para los oyentes. En el acto estalló un tumulto. Quiso el marqués dominarlo con su

© Biblioteca Nacional de España

autoridad, mas no pudiendo conseguirlo, y temiendo un desmán, se echó a la calle desenvainando su espada y lo propio los de su comitiva. Entonces aparecieron por un lado 200 hombres y otros 200 por el opuesto, emboscados adrede y de antemano por Vicente Peris, quien había decidido apoderarse aquel día del hermano del virrey para guardarle en rehenes. Si ésta fué la idea de Peris, como autorizados cronistas suponen, triunfó por completo. El marqués quedó prisionero.»

Digamos, con todo, que su detención fué muy corta, y pudo regresar pronto a Valencia (enero de 1522).

El virrey abrió de nuevo la campaña «marchando contra Onteniente con una fuerza de 800 hombres y algunos caballos, para sujetar a los agermanados de esta villa, que la abandonaron uniéndose a una columna de 500 hombres, con los cuales se fortificaron en la Ollería. Allí les alcanzó el virrey. Los agermanados se habían hecho fuertes, unos en la casa del cura y otros en la iglesia; pero de una y otra se apoderó Mendoza, después de haberlas prendido fuego. Cerca de 500 hombres cayeron en su poder, e hizo ahorcar a más de 70 en la plaza de Onteniente, presenciando un oficial del rey la muerte de un hermano suyo comunero, con tal sangre fría, que horrorizó a todos los observadores.»

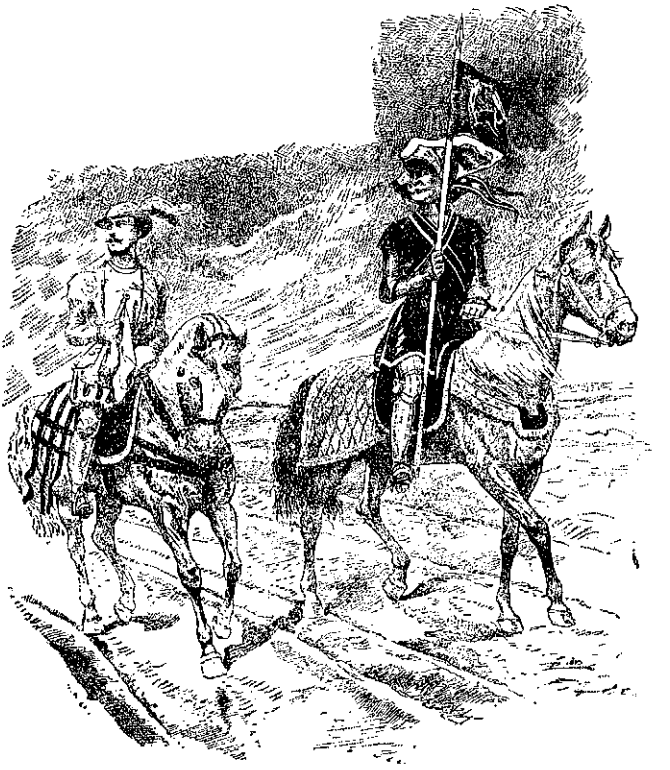
Mientras tal catástrofe ocurría en la Ollería, los castellanos de D. Álvaro de Bazán y D. Juan de la Cueva entraban por asalto en Carcagente, donde, como en los demás pueblos, corrió la sangre a torrentes.

No se le podía ocultar a nadie que ahogado el movimiento comunero y dueño el conde de Mélito de todas las ciudades y lugares de Valencia, menos Játiva, no había de tardar en quedar exterminada la Germanía, pero antes de que llegase este trance aun intentó Vicente Peris un supremo esfuerzo y fué que, con temeridad inconcebible, se metió en Valencia para suble-

© Biblioteca Nacional de España

varla nuevamente, sin contar con que el virrey disponía de numerosas fuerzas, más que suficientes para ahogar toda rebeldía, por imponente que se presentase.

Supo el de Mélito, a no tardar, que Peris se hallaba



Soldados de caballería española

en su casa de la calle de Gracia donde había convocado a los jefes de la Germanía, y se dispuso a apoderarse de todos. La empresa no era muy fácil, sin embargo, pues se habían reunido en casa de Peris algunos cen-

© Biblioteca Nacional de España

tenares de agermanados dispuestos a defenderle hasta la muerte. Fué preciso, en efecto, emplear tres columnas para tomar aquella modesta vivienda. Todas las calles que salían a la de Gracia estaban erizadas de barricadas, y cuando por fin las tres columnas, mandadas por Mélito, su hermano el de Zenete y el caballero Exarch llegaron ante la casa donde se hallaban Peris y sus compañeros, fué tan terrible la resistencia, que el virrey no vaciló en ordenar se prendiera fuego. Con eso hubo de entregarse el valiente caudillo popular, al que dieron cruel muerte las mismas turbas que tanto le habían aclamado, siendo arrastrado por calles y plazas su cadáver. Su casa fué demolida y el solar sembrado de sal. Pocos días después caía también en manos de los realistas el bravo Guillén Sorolla, que murió descuartizado.

Pero ni aun así se rendía Játiva, más resuelta ahora que nunca a no entregarse. Había aparecido ahora allí, titulándose vengador de Vicente Peris, un misterioso personaje al que se dió el título de el *Encubierto*. Decíase era hijo del malogrado príncipe D. Juan (el hijo de los Reyes Católicos) y de su esposa D.ª Margarita de Flandes, y nieto, por lo tanto, de D. Fernando y D.ª Isabel. Dotado de una elocuencia tribunicia arrebataba a las gentes, haciéndolas concebir esperanzas de un próximo triunfo y manteniendo así en su intransigente actitud a Játiva. El conde de Mélito, en la seguridad de que no había de apoderarse de él por la fuerza, puso su cabeza a precio, y no tardó el *Encubierto* en morir asesinado por los traidores agermanados en su casa de Burjasot (19 de mayo de 1522), siendo su cadáver arrojado a las llamas en virtud de sentencia de la Inquisición. Játiva continuó resistiendo algún tiempo más, hasta que no siendo humanamente posible prolongar la defensa se rindió.

La represión. Si terrible había sido la represión en Castilla, fuélo en muchísimo mayor grado en Va-

© Biblioteca Nacional de España

lencia, donde el sentimiento de venganza de los nobles contra los plebeyos estaba sin comparación más exacerbado que el de los próceres castellanos. Los jefes que no habían perecido en los combates fueron presos y condenados a muerte; salieron para el destierro millares de habitantes y el pueblo, tan mimado y favorecido por D. Carlos I, antes de marcharse a Alemania, hubo de sufrir el yugo de la nobleza con más crueldad que nunca.

Aunque no hubiese sido muy larga, aquella guerra fué devastadora como pocas, al revés de lo que pasara en Castilla. Por lo pronto murieron más de 12.000 hombres en la flor de la juventud; los campos, antes tan risueños y feraces, quedaron talados; las magníficas acequias y presas construídas por los moros estaban convertidas en pantanos o cegadas; habíanse cometido horrores en las personas, y como ya se ha dicho, se obligó a muchos moros a abrazar el cristianismo, sin que esto les librase de morir degollados.

Muchos historiadores, sobrado parciales, les echan la culpa de todo a los agermanados.

«Ni una sola persona de principios o esmerada educación, dice Robertson, al que siguen otros muchos autores, pudo hacerse entrar en la hermandad (*Germanía*), de manera, que como no había a la cabeza de sus consejos más que hombres obscuros de la clase proletaria, es claro que con tales elementos no podía alcanzarse el asentimiento de una desordenada plebe más que con una celosa adhesión, y por medio de procederes los más rídiculos. Como se despreciaban e ignoraban en semejante sociedad las reglas que la civilización ha introducido con objeto de poner un freno de moderación contra las crueldades de la guerra, no hubo acto de barbarie que no se cometiera; la humanidad natural era ultrajada del modo más feroz.»

Téngase en cuenta, sin embargo, que esos tan mal-

© Biblioteca Nacional de España

tratados hombres eran los mismos que en las instrucciones dadas a Juan Caro cuando salió de Valencia para dirigirse a Alcira, le encargaban «evitar con su respeto que la gente armada ejecutase saqueos, incendios y extorsiones irregulares en los lugares de los señores; sí sólo que se opusiese con todas sus fuerzas a que el ejército del duque de Segorbe avanzase a hacer daño e incomodar a los hermanados de los pueblos».

La Germanía tenía motivos más que sobrados para pedir con las armas la reparación a tantos agravios como recibía de la nobleza y del gobierno: gemían los plebeyos bajo el peso de las más ominosas exacciones; se les negaba toda participación en los cargos públicos, cuando tanta tenían en Cataluña y aun en Castilla; no había justicia para ellos, hasta el punto de no encontrar abogados que quisiesen defenderlos; los nobles deshonraban brutalmente a sus mujeres e hijas, y por mirar en favor de los intereses se habían constituído en protectores de sus arrendatarios y colonos moriscos. Orgullosos de su importancia y su dinero despreciaban a quien no perteneciese a su casta, y así insultaban lo mismo a los artesanos, labradores y obreros que a los funcionarios municipales. «Con su audacia y su oro, dice el historiador Danvila, conservador, algunos nobles se creían en Valencia autorizados para todo.»

De ahí el ansia por salir de aquella situación, mayormente cuando la clase media, colocada entre la nobleza y la plebe, enriquecida, colmada de privilegios y monopolizadora de todos los cargos populares, se inclinaba siempre a favor de los caballeros, a lo menos en su mayoría.

Dicho esto hay que reconocer que con sus primeros triunfos se ensoberbecieron demasiadamente los agermanados; su hostilidad contra la clase media hizo que

© Biblioteca Nacional de España

ésta se entregase en brazos del marqués de Zenete antes que reconocer la dictadura de Vicente Peris, lo cual contribuyó no poco al fracaso de un movimiento que tan bien había comenzado, dirigido por Juan Lorenzo y Guillén Sorolla.

De todas suertes el absolutismo austriaco había dado un paso más. Al arrebatamiento de las libertades de Castilla se unía ahora la pérdida de los privilegios forales de Valencia. Aragón y Cataluña se mantuvieron egoístamente pasivas, mas no por eso habían de librarse de sufrir igual suerte que los dos reinos caídos ya bajo el poder despótico del césar.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VII

LA GERMANÍA DE MALLORCA

(1522)

La Germanía de Mallorca.

Como ya dijimos, también se había constituído una *Germanía* en Mallorca, simultáneamente con la de Valencia y las comunidades de Castilla. Reemplazado Crespi por Juan Colom, estalló formidable el alzamiento de labradores y artesanos contra la nobleza (tanto más tiránica en cuanto en gran parte procedía del comercio).

Era de prever que el movimiento sería muy sangriento, pues no se habían extinguido aún los odios de los *forenses* o «remensas» contra la nobleza por la terrible guerra entre unos y otros ocurrida a fines del siglo anterior y en la cual los forenses fueron objeto de una espantosa matanza.

Después de larga lucha, los agermanados lograron expulsar al virrey, D. Miguel Gurrea (marzo de 1520), y nombraron en su lugar, con título de baile, al capitán Pedro Pachs, gobernador del castillo de Bellver. Aceptó Pachs, pero en vista de que le era imposible ejercer el mando por las violentas coacciones de que era objeto, dimitió y se retiró al castillo, donde no tardaron en refugiarse algunos caballeros, objeto de las

© Biblioteca Nacional de España

más horribles amenazas por parte de las desenfrenadas turbas.

Tal amparo irritó en gran manera a los agermanados, y subiendo a Bellver exigieron al noble Pachs les entregase aquellos *bandidos* a quienes había concedido hospitalidad. Negóse a tal infamia el ilustre gobernador (cargo que de hecho estaba vinculado en la familia), y entonces los insurrectos trataron de apoderarse del castillo por la fuerza, para lo cual trajeron de la ciudad pertrechos y gente para poner sitio.

A pesar del escasísimo número de defensores y de hallarse éstos desprevenidos, sin armas, municiones ni víveres, oponía Pachs una resistencia heroica, hasta que, creciendo el número y los recursos de los sitiadores, dieron por fin el asalto, y ya dentro asesinaron al gobernador y a su hermano Nicolás, a Mateo Net, Jerónimo Español y su hijo, el caballero Albertí y otros muchos más.

Así transcurrieron largos meses, sujeta Mallorca a la dictadura de Juan Colom, hasta que llegado el emperador (julio de 1522), comenzó a tomar las disposiciones necesarias para acabar con la insurrección mallorquina, vencida ya la de las Germanías de Valencia. Encerrados los sublevados en la ciudad de Mallorca, envióse contra ellos una escuadra y un copioso ejército, al mando del virrey Gurrea. El cerco fué muy largo, hasta que habiéndose añadido a los estragos de la artillería las plagas del hambre y de la peste, y acercándose Gurrea cada día más a la muralla, trataron de composición los sitiados, a base de perdón de todo.

No pudiéndose llegar a un acuerdo amenazó Gurrea a los sublevados con que si no entregaban la ciudad la entraría a saco y serían todos sus moradores pasados a cuchillo. Con tales amenazas acabaron por ceder, a condición de que a todos los agermanados se les diese carta de guiaje hasta que Su Majestad mandase juz-

© Biblioteca Nacional de España

gar sus culpas y que cuatro de ellos pasarían a Valladolid, donde estaba ahora la Corte, a solicitar el perdón de los demás. Concedióla Gurrea, y ya en la ciudad (7 de marzo de 1523) y entregadas las armas, repartió sus soldados entre los principales puestos, nombró los jurados y oficiales necesarios para el gobierno y restituyó a los leales sus honores y haciendas. El emperador, por su parte, concedió a Alcudia el título de Fidelísima ciudad.

De vuelta de la corte los comisionados procedióse al enjuiciamiento de los agermanados. Los principales promovedores fueron descuartizados; Colom fué atenaceado y su cabeza puesta en una jaula en una puerta de la ciudad; los principales sediciosos fueron ahorcados y confiscados sus bienes, todo esto en medio de la peste que se cebaba por doquier en la isla.

Así terminó el movimiento comunero, último esfuerzo de España para conservar sus libertades, ya nunca más vueltas a recuperar; Villalar, Játiva y Palma son las fúnebres losas bajo las que yace el régimen popular de Castilla, Valencia y Mallorca. Desde entonces no ha habido en estos antiguos reinos más voluntad que la de los reyes, o lo que es peor aún, de las oligarquías imperantes. Todo acabó: el pueblo quedó reducido a la condición de oveja, no ya esquilmada, sino degollada. Acabaron las libertades municipales; mandó únicamente el gobierno, sin oposición alguna a sus designios, y al pretender instaurar en 1810 el régimen constitucional los legisladores de Cádiz, se olvidaron de las Cortes de Castilla y de los fueros de Valencia y Mallorca para regalarnos un código copiado del francés.

Quedó el pueblo ya vencido y subyugado para siempre, y al noble ha venido a substituirle el cacique.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO VIII

RIVALIDAD DE CARLOS V Y FRANCISCO I

El despecho del francés. — Invasión de Navarra. — En los Países Bajos. — En Italia. — En Alemania. — Fuenterrabía. — En Cataluña. — Invasión de Francia. — En el Valle de Arán.

(1521 - 1523)

El despecho del francés.

Dijimos ya que D. Carlos I de Austria, rey de España, había abandonado esta nación para posesionarse del trono imperial de Alemania, que no les importaba nada a los españoles. Por culpa de aquel extraño solio debíamos vernos envueltos en largas guerras con el extranjero, que nos condujeron a la ruina. Bastante que hacer habían de darle a Carlos I los gobiernos de España, de Nápoles y Sicilia, de los Países Bajos, de su archiducado de Austria, de Bohemia y de un Nuevo Mundo para ambicionar más coronas y sobre todo la del Imperio de Alemania, pero tal era su desenfrenada ambición, o su vanidad tal vez, que no sosegó hasta alcanzar su objeto, derrotando a Francisco I de Francia, que aspiraba también a sentarse en el trono de Carlomagno.

Claro comprendió que no podía con todo y, por lo mismo, cedió a su hermano Fernando, hijo de Madrid

© Biblioteca Nacional de España

y castellano neto, los Estados propios de su abuelo Maximiliano, menos los Países Bajos y Bohemia, pero con lo que quedaba tenía de sobra para no sosegar un momento.

El despecho de Francisco I no tenía límites; algunos autores, aunque sin pruebas, han supuesto que azuzó los movimientos de las Comunidades y las Germanías; pero dejando aparte esta sospecha, el rey francés mostróse ya desde luego como enemigo irreconciliable de Carlos, y se dió a buscar apoyos, sabido lo cual por el emperador procedió también de igual suerte. Estos trabajos dieron por resultado el que prometieran su concurso a Francisco I su suegro Enrique de Labrit, ex rey de Navarra, despojado por D. Fernando *el Católico;* el sultán de Turquía, Solimán *el Magnífico;* los príncipes protestantes de Alemania y el duque de Cleves, que pretendía el señorío de Güeldres, en Holanda, en poder de Carlos V, mientras éste conseguía la alianza de Enrique VIII de Inglaterra, casado con D.ª Catalina de Aragón, hermana de D.ª Juana *la Loca,* y el Papa León X.

Enrique VIII de Inglaterra

Sólo faltaba un pretexto para romper las hostilidades y lo suscitó, movido bajo mano por el francés, el duque de Bouillon, Roberto de Mark, que se declaró contra el emperador por haberse negado éste a cederle un cas-

© Biblioteca Nacional de España

tillo del ducado de Luxemburgo. La Marque pasó a Francia, donde levantó un ejército e invadió luego el ducado susodicho, enviando Carlos V contra él al conde de Nassau.

Reclamó el emperador, expresando a Francisco I su disgusto por el apoyo prestado al rebelde vasallo; pero en vez de darle satisfacciones reivindicó el francés el reino de Nápoles, resucitando con ello las pretensiones angevinas y exigió la devolución de Navarra a Enrique de Labrit, a lo cual contestó Carlos reclamando a su vez los ducados de Borgoña y de Milán para reintegrar en éste a Sforza. Tales y tan contrarias exigencias dieron lugar a veintiocho años de guerras, en las que España no hizo más que empobrecerse y desangrarse por motivos que nada le importaban y en virtud de una política personal que la condujo al borde del abismo.

Invasión de Navarra.

Ocurrió en esto el levantamiento de los Comuneros, y aprovechando el francés la circunstancia de hallarse Navarra casi desguarnecida, por haberle enviado su virrey, el duque de Nájera, al Condestable de Castilla lo mejor de las tropas que tenía, según ya dijimos, y haber sido derribadas sus fortalezas en tiempo de Cisneros, mandó invadir aquel reino por un ejército fuerte de 6.000 hombres al mando del señor de Lesparre, Andrés de Foix. Poco le costó a éste ocupar Navarra, indefensa, y sólo encontró obstáculo en el castillo de Pamplona, defendido por un valentísimo mozo llamado D. Ignacio de Loyola, fundador después de la Compañía de Jesús. El bravo capitán Loyola se defendió con desesperado coraje hasta que, herido por una bala de artillería y falta la guarnición de su jefe, abrió el castillo sus puertas, y así quedó todo aquel reino en poder de Foix.

Hubieran debido los franceses fortificarse en su conquista, pero con sobrada impremeditación se metieron

© Biblioteca Nacional de España

en Castilla, para dar calor a los comuneros, y llegando hasta Logroño pusieron sitio a esta ciudad, hasta que quedó cercada. Vencidas las Comunidades en Villalar y pudiendo ya disponerse del ejército ocupado hasta entonces contra Padilla, acudieron el Condestable, el Almirante, el duque de Nájera y demás y obligaron a los franceses a levantar el sitio. Retirósc el de Foix, pero perseguido por los gobernadores fué alcanzado cerca de las Navas de Esquirós, dejando 6.000 hombres sobre el campo, cayendo prisioneros el general en jefe y muchos señores y apoderándose los castellanos de sus banderas, artillería y bagajes (1521).

Repasó el maltrecho ejército francés los Pirineos, después de haber logrado apoderarse de Fuenterrabía, que dejaron bien guarnecida y abastecida, y se replegaron en Bayona. Y en Fuenterrabía quedaron encerrados, tomadas las precauciones necesarias para que no pudiesen recibir ninguna clase de socorros por tierra ni por mar.

En los Países Bajos.

Peleábase al par que en Navarra, en los Países Bajos y en Italia.

El conde de Nassau venció a Roberto de Mark y se apoderó de su ducado, después de lo cual recibió orden del Emperador para que invadiera a Francia y atacase la Champagne (junio de 1521).

Era el caso ahora que Francisco I se encontraba sin dinero. Todo lo había gastado en las espléndidas fiestas que daba en el Louvre y en sus locas prodigalidades, entre cuyo número figuraba el inaudito lujo que desplegó en una entrevista que tuvo con Enrique VIII en un lugar llamado el *Paño de Oro*, entre Guines y Ardres, sin que al fin y a la postre sirviese de nada, pues a su regreso a Londres se vió el inglés con el emperador en Gravelinas, y se alió con él.

Las ciudades, ante la invasión, se hallaban desmanteladas, las fronteras desguarnecidas y las tropas eran

© Biblioteca Nacional de España

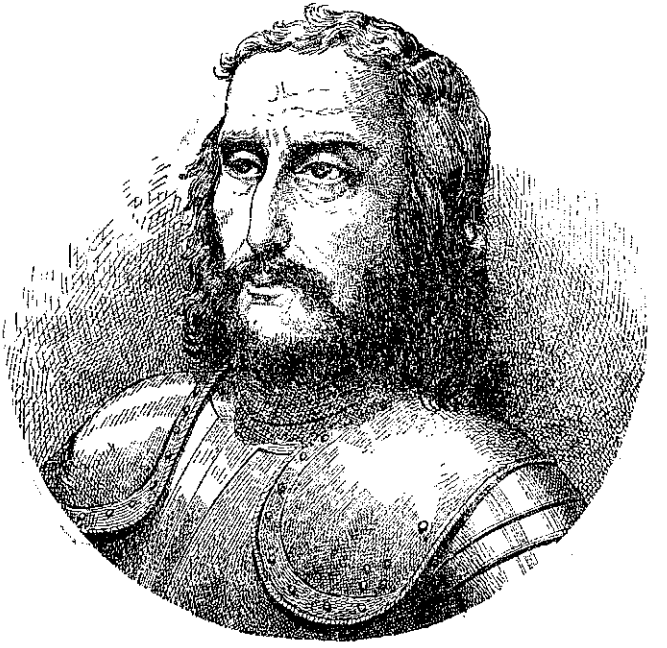
en corto número. Francisco I entonces, dice un historiador francés, «visitó de prisa la Picardía y la Borgoña, acumuló dinero con la venta de los empleos

Cabos de lansquenetes

judiciales y un empréstito de 200.000 libras, cargado sobre la ciudad de París, alistó lansquenetes y suizos, y mandó que se dirigieran a la frontera de Champaña 20.000 hombres mandados por el duque de Alenzón.

© Biblioteca Nacional de España

Carlos se hallaba en Bruselas, y exclamó al darle esta noticia: «¡Alabado sea Dios, pues yo no soy el que »principia la guerra y el rey de Francia quiere hacerme »más grande de lo que soy! Dentro de poco tiempo seré »yo un miserable emperador, o él un pobre rey.»



Próspero Colonna

»El duque de Alenzón retrocedió al acercarse el conde de Nassau, que iba a sitiar a Mezières (agosto). Montmorency y Bayard se precipitaron dentro de los muros de esta plaza, que estaba sin guarnición y mal fortificada, sostuvieron vigorosamente los esfuerzos de los imperiales, y dieron tiempo a que el ejército francés hiciera levantar el sitio. Llegó Francisco I con su bri-

© Biblioteca Nacional de España

llante nobleza y los suizos, alcanzó a los imperiales entre Cambray y Valenciennes, y no se atrevió a trabar con ellos batalla.»

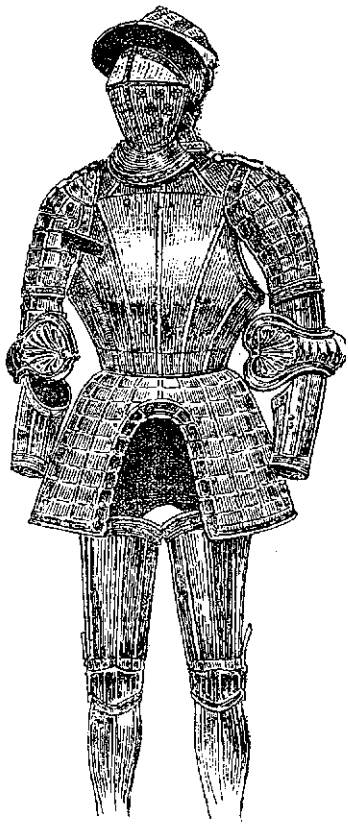
En Italia. En Italia, la campaña que había comenzado bajo buenos auspicios, terminó de una manera desastrosa. Ejercía el cargo de gobernador del Milanesado el señor de Lautrec, hermano de la condesa de Chateaubriand, querida del rey Francisco I, siendo insoportable la tiranía que desplegaba contra los habitantes afiliados al partido güelfo o nacionalista (representado por la Santa Sede), y como, además, carecía de dinero, dejaba que sus tropas viviesen sobre el país.

El rey Francisco I

En pugna con Roma, atacó a Reggio de la Emilia, ciudad de los Estados Pontificios, de donde fué rechazado por el ilustre historiador Guicciardini, y ante tal agresión declaróle la guerra a Francia el papa León X, aliado del Emperador. Confiado el mando del ejército al ilustre prócer napolitano

© Biblioteca Nacional de España

Próspero Colonna, vióse Lautrec obligado a ampararse dentro de las murallas de Milán. Enviado contra Lautrec el marqués de Pescara, apoderóse con inesperada brevedad de la plaza, mientras el general francés se refugiaba en territorio veneciano, dejando solamente alguna guarnición en el castillo; y como Milán, caían también en poder de Próspero Colonna las importantes ciudades de Plasencia, Parma y otras, en las cuales fueron recibidos los pontificio-imperiales como libertadores, tanto era el odio que los franceses habían despertado.

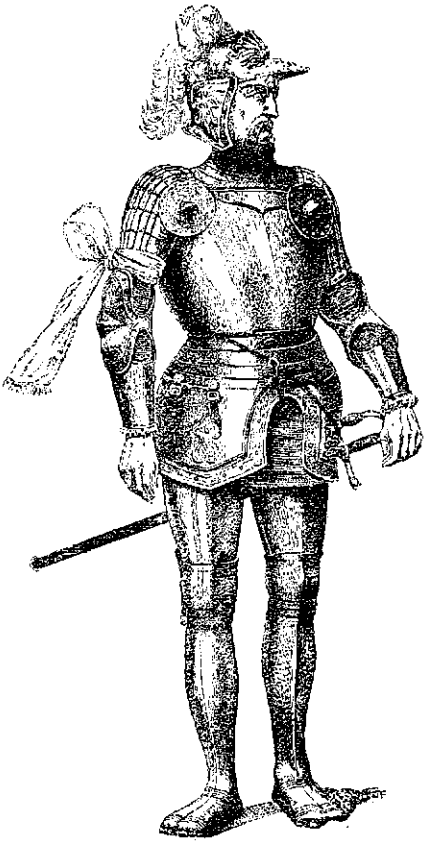


Armadura del marqués de Pescara

Así las cosas (primeros de diciembre de 1521), falleció el inmortal Papa León X que dió nombre a su siglo, y empleó Carlos V toda su autoridad en que ciñese ahora la tiara el que había sido su preceptor, regente de Castilla, el cardenal Adriano, antiguo deán de Lovaina, obispo de Tortosa y siempre su servidor fidelísimo. Podía contar con que Adriano no le negaría nada, y así fué, pues le concedió el derecho de representar todos los obispados de España y la perpetua administración de los tres maes-

© Biblioteca Nacional de España

trazgos de las órdenes militares. Fué elegido Adriano el 10 de enero de 1522, y hubo de fallecer al siguiente año. Pudo haber sido en la política Adriano VI más o menos imperialista, pero no cabe duda en que fué un hombre austero, que puso coto, o intentó ponerlo, al libertinaje de Roma, y de ahí que apareciera en la Ciudad Eterna, un pasquín en que aludiendo a la ignorancia de los galenos que habían asistido al Papa Adriano en su última enfermedad, decía: «A los médicos de Adriano V, Roma agradecida.» Lo cual basta a ponderar cómo andarían las costumbres.



El marqués de Pescara

Rehecho Lautrec con el envío de un refuerzo de suizos y de tropas venecianas, trató de recobrar a Milán, estrellándose en su propósito; rechazado de esta suerte, se encaminó hacia Arona, donde le había escrito Francisco I encontraría la suma de 400.000 escudos que le remitía pero apenas había emprendido la marcha se vió dete

© Biblioteca Nacional de España

nido a cuatro millas de Milán por los imperiales que, apostados en el formidable castillo de la Bicoca, le cerraron el paso y le infligieron cruel derrota. Retiráronse los suizos y los venecianos a sus países, y Lautrec regresó, maltrecho, a Francia. Y resultó que aquellos 400.000 escudos se los había metido en el bolsillo la reina madre de Francisco I, Luisa de Saboya, para causar la pérdida y la ruina de Lautrec, a quien aborrecía. Se le echó la culpa al superintendente de Hacienda Semblanzay, que fué inicuamente procesado y condenado a la horca. Próspero Colonna, tan favorecido por la fortuna, acabó su obra arrojando de Génova a los franceses, con lo cual no le quedó a Francisco I ni un palmo de tierra en toda Italia.

En Alemania. Como ya dijimos, hallábase en España desde julio de 1522 el emperador Carlos V e imposible parecía que pudiesen bastar sus fuerzas para ocuparse en tantos negocios a la vez.

Apenas llegado a Alemania se había encontrado con la agitación luterana, lo cual le obligó a convocar una dieta en Worms «con el objeto de reprimir el progreso de las opiniones nuevas y peligrosas que turbaban la paz de Alemania y amenazaban destruir la religión». «Se intimó a Lutero, dice un historiador, a que compareciese en la dieta. Partió con un salvoconducto del emperador, a pesar de los consejos de sus amigos, que le recordaban la suerte de Juan Huss. «He sido legalmente intimado, dijo, a comparecer en »Worms, y cumpliré el mandato en nombre del Señor, »aunque estuvieran conjurados contra mí tantos de»monios como tejas cubren los techos de las casas.»

»Entró en la asamblea en compañía de los nobles que eran discípulos suyos, cantando juntamente con ellos su himno de reforma, que bien pronto iba a oirse en todas las batallas (6 de marzo). Confesó sus obras, no quiso retractarse de sus doctrinas, al menos que no

© Biblioteca Nacional de España

se le probase que eran erróneas por medio de la Escritura; y se dió prisa a salir de Worms, escribiendo al emperador: «Yo no defiendo mi propia causa, sino la »de toda la Iglesia y especialmente la de Alemania; »protegedme, pues, contra mis enemigos, que son los »vuestros.»

»El elector de Sajonia temió que cometieran contra él alguna violencia, porque el legado amenazaba poner en entredicho a Alemania si no le entregaban al hereje; y le hizo robar por caballeros enmascarados y conducir al castillo de Wartburg en Thuringia, donde permaneció nueve meses, ignorando su paradero amigos y enemigos, y continuando en herir con folletos populares «al monstruo que reside en Roma y se pro»clama Dios».

»Toda Alemania empezó a moverse y a murmurar; un decreto imperial declaró a Lutero hereje y excomulgado, y se prohibió a todos los que perteneciesen al cuerpo germánico, el darle asilo, bajo la pena de comparecer al tribunal del imperio.»

Esta herejía le fué, desde cierto punto de vista, favorable al Emperador, pues hallándose dudoso León X entre él y Francisco I, hubo de decidirse por Carlos, «temeroso de que éste, decía un escritor contemporáneo, quisiera tenerle sujeto con la doctrina luterana».

Agreguemos a tales cuidados la guerra de las Comunidades, las Germanías, las intrigas para granjearse el apoyo de Inglaterra, mediante el soborno del cardenal Wolsey; la restauración de la paz en los espíritus, en los reinos de España. Verdad es que no lo hacía todo personalmente; no era un genio, tal vez, aunque Castelar lo tuviese por tal, pero «era económico, laborioso, activo y hábil en escoger sus generales y ministros, dice un historiador extranjero. Carlos había afirmado su posición tan cercada de peligros al principiar la

© Biblioteca Nacional de España

guerra, pues su amabilidad, su destreza y su afición a las costumbres nacionales habían pacificado a España, y de este país era de donde sacaba sus principales fuerzas en hombres y dinero».

Precisemos algo; no era de toda España, sino de Castilla de donde salían el dinero y los hombres; ya había aprendido a hablar corrientemente en castellano, con gran satisfacción de Pedro Mártir de Anglería; si había arrebatado sus libertades a Castilla, había tenido habilidad bastante para hacérselo perdonar por el pueblo castellano, ya que había contado siempre con la mayoría de la nobleza.

Ello es que Carlos I de Castilla cumplía con su divisa tomada al llegar aquí: *Pas encore* (*todavía no*). Se condujo como un rey holgazán que les dejaba hacer en un principio, a los Chevres y a los Mercurinos de la Gattinara, pero en cuanto llegó el momento todo lo quiso saber y todo lo dirigió.

Su nombradía era universal. «A los principios de este año (1523), dice D. Juan de Ferreras, meritorio compilador de los historiadores contemporáneos, que escribía en tiempo de Felipe V, hallándose el Emperador en Valladolid llegaron los embajadores de Polonia y Prusia para el ajuste de las diferencias que tenían entre sí sus amos. El Emperador procuró agasajarlos y dando a unos y a otros buenas esperanzas de ajuste, los despachó.»

De modo que no le bastaban a Carlos V sus quebraderos de cabeza en lo concerniente a España, a la guerra de Italia, a Navarra, a los Países Bajos, a Italia y a Francia; tenía aún que arreglar las diferencias entre Polonia y Prusia.

Fuenterrabía. Dijimos ya que rechazados de Navarra y Castilla los franceses, a las órdenes de Andrés de Foix, habían conservado a Fuenterrabía, pero ya cuidaban el virrey de Navarra y el gobernador de

© Biblioteca Nacional de España

Vizcaya de que no pudiesen recibir socorros. Francisco I, expulsado de Italia, se apresuró a enviar al gobernador de Fuenterrabía los auxilios que éste demandaba, y a este efecto dispuso que se organizaran en la Rochela

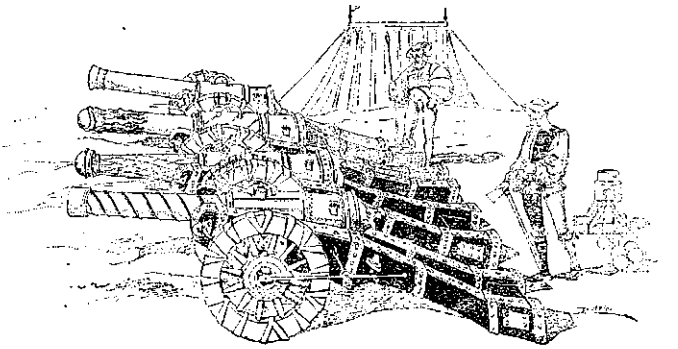
Soldados venecianos

y Burdeos sendas escuadras cargadas de víveres, pero ya próxima a la plaza guipuzcoana, los unos buques fueron rechazados por los nuestros, y los otros dispersos por una tempestad.

En vista del fracaso marítimo, envió Francisco I a

© Biblioteca Nacional de España

M. de la Palice, gobernador de Bayona, un importante socorro, con lo cual contó con 20.000 infantes, 2.000 caballos y 30 piezas. Ya con tan crecidas fuerzas, fuése M. de la Palice a prestar auxilio a Fuenterrabía, metiendo en esta plaza gente, municiones y víveres. Los castellanos, que le esperaban en el monte Andaya, en vista de la superioridad de sus fuerzas, no quisieron presentarle batalla; llamaron gente, para impedirle la



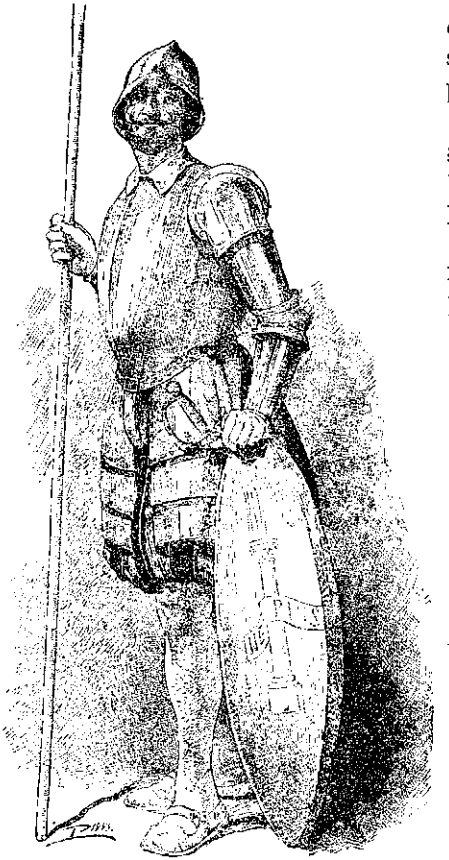
Artillería del emperador

salida, pero M. de la Palice, más listo, se escabulló una noche, a la sordina.

En Cataluña. Continuaba el Emperador en Valladolid y sospechando que Francisco I, arrojado de Italia e invadido su reino podría intentar algo contra Cataluña, envió aquí como virrey al Prior de San Juan, D. Antonio de Zúñiga, que tanto le había ayudado en la guerra de las Comunidades. Como refuerzo de las tropas de Cataluña fueron llamados unos regimientos de infantería española que estaban en Vizcaya, los cuales, llegados a Valladolid, y con leve ocasión, anduvieron a la greña con la *Guardia Flamenca* de Carlos I. Los nuestros mataron a cinco y los flamencos a un español; alborotóse con ello la ciudad y Dios

© Biblioteca Nacional de España

sabe en qué hubiera parado aquello, pero el Emperador no quiso darse por entendido y se contentó con mandar que los regimientos españoles saliesen en seguida para el Principado.



Infantería española. Piquero

Carlos I convocó luego Cortes, no para satisfacer demandas de los procuradores en beneficio para el país, sino para pedir dinero. (Siempre que convocaba Cortes el Emperador, era exclusivamente para esto.) Su objeto era invadir a Francia. Se le concedieron 400.000 ducados, pagaderos en tres años. Todo salía de Castilla. Con aquel dinero levantó gente, y en pago de tal favor concedió muchas demandas que se le hicieron, entre ellas «que toda la gente pudiese traer espada, atendiendo al que sucedía muchas veces que los plebeyos y demás gente eran muertos por los que las traían, por no tener con qué defenderse; y que ninguno anduviese enmascarado para quitar osadía a los delitos».

Terminadas las Cortes determinó el Emperador acu-

© Biblioteca Nacional de España

dir a lo de Navarra, dispuesto a invadir a Francia por aquella parte. Aquí hemos de decir que al marcharse el señor de la Palice, había dejado por gobernador de Fuenterrabía a M. Fraget. Los de Irún y demás gente, que estaban a la vista de aquella plaza, no cesaban de dar caza a los franceses, armándoles mortíferas celadas. Así, en Marzo habían sorprendido a 500 hombres salidos de Fuenterrabía, matando a 300, y en septiembre hicieron lo mismo con otros 300, de los cuales sólo escaparon con vida 24, y aun no se contentaron con esto, sino que con frecuencia hacían incursiones por Francia, hasta llegar cerca de Bayona, llevándose gran número de ganados.

Invasión de Francia.

A primeros de octubre (1523) llegaba el Emperador a Pamplona, pero como se declarase al poco tiempo una epidemia entre las tropas, ordenó saliesen de allí y mandó al Condestable, D. Iñigo de Velasco, que entrase con el ejército en Francia. Constaba la hueste de 22.000 infantes, 2.000 caballos y la correspondiente artillería. Mandaba la infantería española, en la cual figuraban muchos comuneros, el Príncipe de Orange, el caballero Rocandulfo, los lansquenetes, y la artillería de Torremonde.

El ejército español penetraba en Francia a primeros de diciembre y se apoderaba de Melón, San Pelayo y Sauveterre (capital del Bearn). Ante tan peligroso avance encerróse Lautrec en Bayona y mandó a Fraget que hiciese lo mismo en Fuenterrabía. Los españoles saquearon el valle de Alp y como se resistiese la guarnición del castillo de Bidasoa fué entregado éste a las llamas, pereciendo cuantos dentro se hallaban, después de lo cual marchó el Condestable sobre Fuenterrabía.

Para no interrumpir la narración de aquella campaña y dejando para luego hablar de los importantísimos sucesos que ocurrían en Italia, diremos que en cuanto supo el Emperador que el Condestable se hallaba ante

© Biblioteca Nacional de España

Fuenterrabía salió de Pamplona y se situó en Vitoria. Intimada la rendición, respondió Fraget que no estaba en el caso de entregar la plaza, sino de defenderla.

El Condestable comenzó entonces a cañonear la villa, que contestaba vigorosamente. El sitio era muy penoso, no sólo por lo continuado de las lluvias, nieves, vendavales y frío, sino por las impetuosas salidas que con frecuencia hacían los asediados. Por fin, abierta suficiente brecha y cuando los españoles se disponían a dar el asalto, capituló honrosamente Fraget (27 de febrero de 1524), saliendo con sus armas y a banderas tendidas 1.500 infantes, 100 lanzas y 100 arqueros, y dejando en Fuenterrabía 47 cañones y gran cantidad de balas y arcabuces y suma porción de trigo y carnes saladas. Dejó el Condestable por gobernador de la plaza a Sancho Martínez de Leyva.

Doloroso fué que cuando nadie pensaba ya en suplicios por el levantamiento de las Comunidades, fuera secretamente ejecutado en el castillo de Burgos D. Pedro de Ayala, conde de Salvatierra, siendo llevado a enterrar descalzo, pero con grillos.

En la dicha ciudad se hallaba el Emperador cuando, como si no tuviera harto que hacer con sus campañas contra Francia, recibió cartas del Gran Sofi de Persia exhortándole a que declarara la guerra a Solimán *el Magnífico*, el sultán de Turquía, ofreciéndose a hacerla por su parte, al mismo tiempo que se le presentaba en igual súplica el arzobispo de Capua, Legado del Papa, para tratar de sellar la concordia entre los Príncipes cristianos y unirse todos contra el otomano, que no parecía sino que aspirase a hacerse dueño del mundo.

También recibió el Emperador, hallándose en Burgos, la visita del Gran Maestre de la Orden de San Juan, en súplica de que habiendo sido tomada por los turcos la isla de Rodas, donde tenían su asiento los caballeros de aquella milicia, les concediese alguna

© Biblioteca Nacional de España

nueva residencia, a lo cual se allanó de buen grado el césar, que les hizo donación de las islas de Malta y de Gozzo, pertenecientes a la corona de Sicilia.

Digamos ahora que, previo permiso de la Sacra Cesárea Augusta Majestad, los vizcaínos armaron en corso una flota de 36 velas, y saquearon las costas del litoral francés, a lo cual contestaron los franceses armando otra escuadra que causó algunos daños en las costas de Galicia.

Otro cuidado fué para el Emperador la elección de nuevo Pontífice.

Había fallecido en septiembre (1523) el Papa Adriano VI, que durante su corto pontificado había gobernado con verdadero espíritu cristiano, bien distinto del que había informado la administración de León X, cuya corte más parecía pagana que católica, lo cual hacía que los romanos no gustaran en manera alguna de las costumbres austeras que pretendía imponer, y de ahí que a la noticia del fallecimiento del virtuoso pontífice apareciera en la puerta de la casa del médico que le había asistido un pasquín que decía: *Al salvador de la ciudad, Roma agradecida.*

El Papa Clemente VII

Fué elegido en su lugar Julio de Médicis, primo de León X y jefe de la República florentina, bajo el nombre de Clemente VII, y a quien se le esperaban terribles tribulaciones. Era hombre muy inteligente y bien intencionado, y movido precisamente por su afecto

© Biblioteca Nacional de España

hacia el Emperador, le hizo sabedor de que los moriscos de Valencia (créese que azuzados por agentes franceses) mantenían tratos con los berberiscos, a quienes enteraban de cuanto ocurría, por lo cual le expidió un breve ordenándole que expulsase a todos los moriscos que no se redujesen a la religión católica, a cuyo efecto le dispensaba de todos los juramentos que él o sus antecesores hubiesen hecho de conservarlos en su falsa religión, a lo cual se allanó el César, confiando este cuidado a los inquisidores.

En el valle de Arán.

Rugíase por entonces (otoño de 1523) que los franceses reunían tropas para invadir a Cataluña. Mandó, en su consecuencia, el Emperador que pasasen al Principado los lansquenetes que se hallaban en Navarra y Vizcaya, y encargó al virrey de Aragón, duque de Segorbe, reuniese las Cortes, para pedirles dinero, naturalmente. Obedeció el virrey, pero se encontró con que los tres Brazos le respondían que por entonces no podían servir a S. M., pero que si venía a Zaragoza se esforzarían en hacerlo; conducta harto diferente de lo que sucedía siempre en Castilla, de donde sacaba su rey D. Carlos I los tesoros y los soldados que empleaba en pelearse con su rival.

Y entró efectivamente el francés, pero no por la frontera oriental de Cataluña, sino por el valle de Arán. Componíase el ejército invasor de 13.000 hombres al mando del senescal de Tolosa, y lleno de ufanía atacó el castillo de Salardi, donde se habían encerrado 15 hombres y 20 mujeres. Fué en vano, sin embargo, que el senescal con sus 13.000 combatientes pretendiera apoderarse del vetusto castillejo; levantóse a una el valle de Arán; envió el duque de Segorbe 900 hombres en su auxilio; unas partidas de araneses derrotaron a los señores de Prives y Monterat, y el senescal tuvo que regresar a Tolosa, perseguido por aquellos bravos montañeses que estuvieron constantemente picándole la retaguardia.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

PAVÍA

COALICIÓN CONTRA FRANCIA.—BONIVET EN ITALIA.—INVASIÓN DE PROVENZA.—LOS ESPAÑOLES EN LOMBARDÍA.—LEIVA EN PAVÍA.—EL SITIO.—BATALLA DE PAVÍA.—TEMORES Y PERFIDIAS DE LOS COLIGADOS.

(1523 - 1526)

Coalición contra Francia.

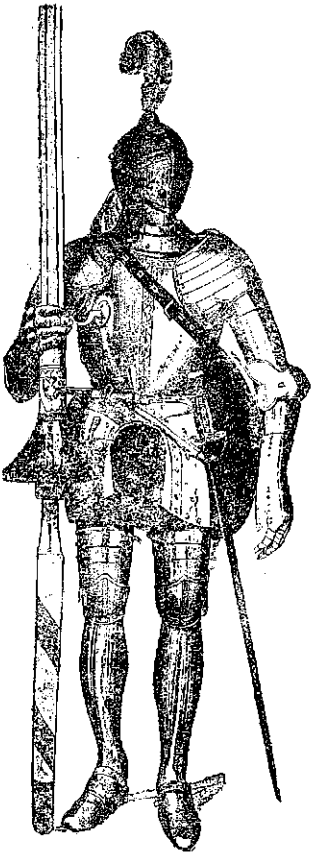
Dicho lo que ocurría en España, refiramos ya los hechos importantísimos de que era teatro Italia.

Mientras los españoles invadían el Mediodía de Francia, en cuya empresa, por patriotismo, tomaron parte muchos que habían peleado bajo la bandera de las Comunidades, formábase una poderosa coalición contra Francia, en la que entraban el papa Adriano, Carlos V, Enrique VIII de Inglaterra, el archiduque de Austria, D. Fernando, las repúblicas de Venecia, Génova y Florencia y Francisco Sforza, siendo nombrado generalísimo de la Liga el príncipe Próspero Colonna (mayo de 1523). Digamos que gran parte del éxito de la coalición fué debido a los hábiles manejos diplomáticos de Carlos V, bien secundado por sus embajadores.

El conflicto presentaba gravísimos caracteres, pero

© Biblioteca Nacional de España

no pareció arredrarse Francisco I; creído de que sólo corrían peligro de invasión Picardía, por el Nordeste, y el Mediodía, determinó pasar a Italia con el grueso de sus fuerzas. No contaba con un terrible contratiempo que había de experimentar dentro de la propia Francia, y era la defección del condestable de Borbón.



Gendarme francés

Fué general la indignación y grande el terror de Francisco I, quien exclamó, dice Lavallée, «que le vendía una gran parte de la nobleza, que se veía por todas partes acosado». Entraron en Borgoña 12.000 lansquenetes, que debían reunirse con Borbón y cortar al rey la retirada de Italia, y al mismo tiempo los ingleses invadieron la Picardía y los españoles los Pirineos. La entrada de los lansquenetes fué infructuosa a causa de la fuga del condestable: los españoles se apoderaron de Fuenterrabía, se estrellaron en Bayona, pero entraron en la Picardía treinta mil infantes y seis mil caballos (enero de 1524).

«Todos esperaban que Francisco desplegaría una actividad extrema para vengarse, pero no pensaba ya, como antes de su cautiverio, más que en sus placeres, y le gobernaba su nueva querida la duquesa de

© Biblioteca Nacional de España

Etampes. La administración era siempre desordenada, y estaba el reino abrumado de impuestos: el pueblo se quejaba, y el Parlamento intentaba dirigir al trono serias representaciones. El rey prohibió a los magistrados que se mezclasen en los negocios del Estado, y satisfizo las quejas del pueblo vejando y persiguiendo a los empleados de la hacienda.

»Manifestóse entonces claramente la debilidad de aquella Italia tan despedazada, tan anárquica y tan dividida por los extranjeros. Empezó la guerra con lentitud; y el ejército de los aliados, mandado por el duque de Urbino, aunque superior en fuerzas al de los imperiales, no hizo otra cosa que cometer yerros. Los españoles (al mando de Borbón) tomaron a Milán, que quedó durante muchos meses entregada al pillaje y la barbarie de la soldadesca; y capituló Sforza, sitiado en el castillo. Los italianos estaban desesperados de la inacción de los franceses. «¿No es muy culpable y extraño, escribía un embajador francés, que después de dos meses de concluída la liga no haya contribuído a esta empresa con ningún auxilio, mientras que el papa y los venecianos han hecho tan terrible defensa y se han comprometido tan seriamente?» La liga reanimó sus esfuerzos, pero todos temían sacrificarse por un príncipe tan fácil en hacer promesas.»

No podía ser más crítica la situación: los españoles recobraban Fuenterrabía y penetraban en Francia por los Pirineos; los ingleses, en número de 30.000 infantes y 6.000 jinetes al mando del duque de Norfolk, invadían a Picardía, y 12.000 lansquenetes a Borgoña.

Gobernaba en esta última provincia el valiente caballero M. de la Tremouille, pero falto de tropas tuvo que ir retrocediendo de plaza en plaza, hasta el punto de que los lansquenetes se hallaban tan sólo a once leguas de París.

No atreviéndose Francisco I a salir de Francia,

© Biblioteca Nacional de España

amenazada por tantas partes, había renunciado a marchar a Italia, confiando el mando de la expedición al grande Almirante Bonivet, que era como enviarle a la derrota.

Bonivet en Italia.

Bonivet, en efecto, no tenía otro mérito que ser el amante de la reina madre, Luisa de Saboya. Por lo demás, no tenía ningún talento.

El ejército no podía ser más numeroso, aunque estuviese muy mal pagado, lo cual le obligaba a vivir sobre el país. Constaba de 30.000 infantes y 1.800 lanzas, y había pasado los Alpes en septiembre (1523), «pero se dirigió a Milán con tanta lentitud, que dió tiempo a Pescara para que reuniera 25.000 hombres y fortificase la ciudad. Bonivet se entretuvo en escaramuzas que debilitaron su ejército, se acantonó después en el Tesino, mientras el ejército enemigo se aumentaba con nuevas tropas venecianas y con 6.000 aventureros, conducidos y asalariados por Borbón. Viendo entonces Pescara que sus fuerzas eran superiores a las del enemigo, pasó el Tesino, y quiso encerrar a los franceses en Italia apoderándose de Verceli. Bonivet se retiró apresuradamente a Novara, donde esperaba 10.000 suizos, pero éstos llegaron a Gattinara sin

© Biblioteca Nacional de España

querer pasar más adelante. Resolvió reunirse con ellos, y con este objeto pasó el Sesia por Romagnano, lo efectuó y se dirigió a Ivrée para volver a pasar los Alpes (abril de 1524).

»Los imperiales se arrojaron en su persecución, y convirtieron su retirada hasta Ivrée en un combate continuo. Bonivet se puso en la retaguardia, donde fué herido, dejando el mando a Bayardo, El *caballero sin miedo y sin tacha* cayó también herido de un tiro de arcabuz, y expiró tres horas después.

»El duque de Borbón encontró a Bayardo recostado al pie de un arbol, con el rostro vuelto hacia el enemigo, y le dijo que le tenía mucha compasión al verle en aquel estado, por haber sido tan virtuoso caballero. — Señor, le respondió Bayardo, no la tengáis de mí, porque muero siendo hombre de bien; pero yo sí que os compadezco al veros pelear contra vuestro rey, vuestra patria y vuestro juramento.» (Lavallée.)

Invasión de Provenza.

Expulsados de Italia los franceses, no tenía ya razón de ser la guerra y, por lo mismo, el pontífice, Clemente VII, propuso al emperador que no porfiase más en su hostilidad, e igual pensaban Florencia y Venecia. «Pero Borbón, dice Lavallée, no abrigaba otro pensamiento, dice el autor antes citado, que la ruina de su patria, y logró que el emperador consintiera en que penetrase en la Provenza y el Delfinado, para hacer sublevar el interior de Francia. Dirigióse, pues, hacia el Var, apoyado y vigilado por Pescara, con 15.000 hombres y 600 lanzas (7 de julio de 1524).

»Rindióse Aix y la mayor parte de las ciudades marítimas, pero Marsella hizo una resistencia heroica, y obligó a los imperiales a retirarse (19 de agosto). Llegó el rey con 8.000 caballos, 34.000 infantes, dinero abundante y una brillante artillería. Después de cuarenta días de saqueo en Provenza se retiró Borbón precipi-

© Biblioteca Nacional de España

tadamente por Niza (29 de septiembre), acosado por Chabannes y Montmorency, y acabó de ser derrotado en las montañas de Génova.

Caballero francés del tiempo de Francisco I

»Francisco no pudo presenciar una retirada tan desastrosa sin abrigar el deseo de recobrar a Milán. A pesar de las instancias de sus antiguos generales, dejó la regencia a su madre y se dirigió hacia los Alpes creyendo llegar a Milán antes que los imperiales. Y su marcha fué, en efecto, tan rápida, que entraba en Verceli cuando Pescara estaba aún en el Tanaro con un ejército enfermo, desanimado, sin dinero y sin víveres. La vanguardia francesa llegó a Milán, donde acababa de declararse una peste espantosa. Los imperiales estaban completamente derrotados, y arrojaban sus armas corriendo a refugiarse al otro lado del Adda. Pescara dejó 5.000 hombres en Pavía con Antonio de Leiva, y se retiró a Lodi, donde se fortificó, mientras Borbón corrió a Alemania a reunir tropas. El emperador dejaba a sus generales sin dinero, y estaban reducidos a los medios más miserables para alimentar sus soldados. Si Francisco los hubiese perseguido, los hubiera destruído enteramente, recobrando sus aliados

© Biblioteca Nacional de España

de Venecia y de Florencia, y haciendo sublevar a Nápoles; pero no creyó acertado dejar detrás de sí plazas fuertes, y fué a sitiar a Pavía con 2.000 lanzas y 24.000 infantes (28 de octubre de 1524). Jamás se había visto en una posición tan brillante: toda la Italia se alzaba en su favor: se habían declarado neutrales el papa, Venecia y Florencia: había cesado en sus hostilidades Enrique VIII que estaba descontento de la elección de Clemente VII, y tan seguro se creía Francisco de ser muy pronto dueño de Italia, que destinó un cuerpo de 8.000 hombres para conquistar el reino de Nápoles.»

Iba este cuerpo (que otros hacen ascender a 10.000 hombres y 800 caballos) a las órdenes del duque de Albania, y parecía lógico que, no habiendo tropas españolas en Nápoles, los españoles abandonasen el Milanesado para acudir en auxilio de aquel reino a costa de tanta sangre y tanta habilidad conquistado por el Gran Capitán; pero el papa, que como queda dicho, se había ahora declarado *neutral* (y caro lo había de pagar), con neutralidad más que dudosa, se apresuró a noticiar al rey Francisco que les iba a llegar a los imperiales un grueso refuerzo de lansquenetes, que había ido a buscar Borbón, en virtud del cual soplo se apresuró el divertido monarca francés a enviar contraorden al duque de Albania, y así fué cómo éste repasó el Po.

Los españoles en Lombardía.

Según puede verse, el alto y poderoso Carlos V, digno descendiente de Maximiliano *sin blanca*, les dejaba a sus generales que allá se las hubiesen en materia de dinero, lo cual daba origen, como queda ya indicado, a continuos y gravísimos disgustos. Así Pescara se hallaba en Lodi, sin un maravedí, y Antonio de Leyva pasaba las de Caín en Pavía, «muy cuidadoso de sosegar los alemanes que tenía de guarnición, porque pedían con insis-

© Biblioteca Nacional de España

tencia sus sueldos, amenazando que si no se los daban desertarían o entregarían la ciudad a los franceses, de que dicho Leyva avisó a Launoy (*el virrey de Nápoles*), el cual a vista de la necesidad procuró juntar un pedazo de dinero en oro, y cosiéndole en unos jubones encomendó a dos soldados le entrasen en Pavía. Éstos lo entraron: unos dicen que por una mina, otros que fingiéndose vivanderos; avisaron a Leiva, que hizo una salida, por la puerta donde estaban, e incorporándose con la gente, entraron en la ciudad; con que Leiva, alegre con el socorro, pagó parte del sueldo a los alemanes, *porque los españoles no quisieron tomarle*, a fin de que los alemanes estuviesen afianzados, acción que les picó en el honor, y así, de allí en adelante, no tomaron en la boca sus sueldos, esperando cobrarlos cuando hubiere ocasión».

Antonio de Leiva

Ocurrió en esto (fines de 1524) que un capitán al servicio de Francisco I, se apoderó por sorpresa de la villa de Chiavena, en el país de las grisones, lo cual movió a éstos a llamar a sus compatriotas, que en número de 6.000 se hallaban a sueldo del francés, para que acudiesen al momento a defender su patria, a cuyo requerimiento abandonaron las filas aquellos mercenarios, a lo cual no quiso oponerse Francisco I, temeroso de que si se lo impedía se pasasen al ejército cesarista.

© Biblioteca Nacional de España

Por fin, a mediados de enero (1525), llegó a Lodi Borbón con 10.000 infantes y 1.000 caballos proporcionados por el archiduque Fernando y al mando de Jorge de Austria, y con esta fuerza el duque de Milán, Sforzia, y los imperiales que se hallaban acuartelados en la otra parte del río Adda.

Leiva en Pavía.

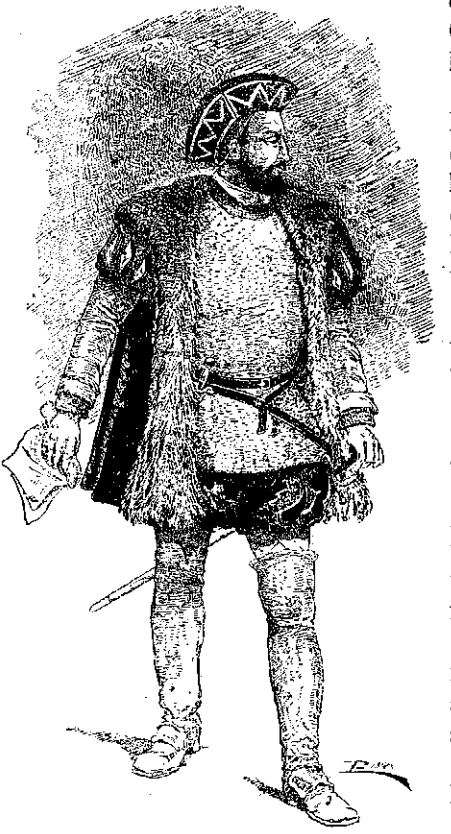
Celebrado consejo de Generales, opinaron el marqués de Pescara y Fernando de Alarcón que se diera la batalla al francés, o, de no ser así, emprender la retirada, que era confesarse vencidos y dejar el Milanesado en poder de Francisco I, en mengua y desdoro de las armas imperiales, optándose por lo primero, con grande alegría de todos y en especial de Borbón, que abrazó estrechamente al de Pescara, general de la infantería española.

Convocó Pescara a sus capitanes y soldados para comunicarles lo acordado, y todos a una le manifestaron que estaban dispuestos a seguirle donde les llevase, y como fuesen necesarias para las prevenciones del ejército muchas cosas, como carros, maromas, zapas y herramientas, todos a una le dieron cuanto dinero llevaban encima, lo cual sirvió al marqués para darles una paga a los lansquenetes.

En tal estado las cosas, avisó Leiva desde Pavía a los generales cesáreos que le iba faltando la pólvora con el continuo disparo de la artillería, y se la enviasen, de cuyo cometido mandó el virrey Launoy se encargase el capitán Francisco de Haro, capitán de caballos ligeros, el cual, tomándose 30 caballos ligeros y vistiéndose a la francesa, cuya lengua sabía hablar perfectamente, hizo poner en las grupas sendos saquillos de pólvora, y burlando a los sitiadores con decirles que tenía orden de apostarse a la salida de la ciudad, pudo meterse en Pavía, pues enterado previamente Leiva les abrió las puertas, con gran resentimiento de los franceses, furiosos por el engaño.

© Biblioteca Nacional de España

Resuelta así la entrada en campaña salieron de Lodi los imperiales al mando de Launoy, Borbón, Pescara, Fernando de Alarcón, el marqués del Vasto y demás cabos, en número de 6.000 infantes españoles, 3.000 italianos, 12.000 alemanes, 800 hombres de armas, 200 caballos y alguna artillería. Quedó solamente en Lodi el duque de Milán, Sforzia, que después de dejar en la ciudad alguna guarnición se trasladó a Cremona (24 de enero de 1525).



Antonio de Leiva

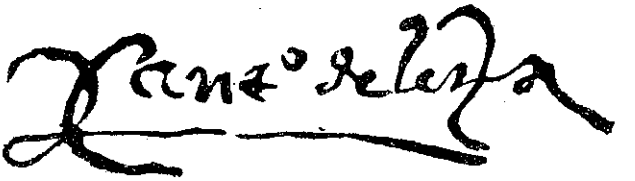
Hicieron los imperiales como que se dirigían a Milán, a ver si, engañado el rey Francisco I, levantaba el sitio de Pavía, pero en vista de que no lo hacía, emprendieron el camino de esta última ciudad, caminando muy despacio; apoderáronse durante su marcha del castillo de Sant'Angelo, muy bien custodiado por los franceses, y el 3 de febrero llegaban a la vista de Pavía, donde Antonio de Leiva mandó se hiciesen luminarias en señal de regocijo.

Todo aconsejaba que el rey de Francia no se expu-

© Biblioteca Nacional de España

siese al trance de una batalla, ya que podía tenerse por seguro que el ejército imperial se dispersaría en breve, por falta de pagas, y, por lo tanto, podían los franceses apoderarse de todo sin necesidad de exponerse. El papa Clemente VII a su vez exhortaba a lo mismo y por iguales motivos, al rey Cristianísimo, recomendándole se atrincherase en su campamento y no se acercara a Pavía, pero nada bastaba a quitarle a Francisco I las ganas de pelear, creyendo poco decoroso levantar el sitio.

En tal situación comenzaron a escaramuzar españoles



Facsímile de la firma de Antonio de Leiva

y franceses, saliendo por lo común descalabrados éstos; tronaba también diariamente el cañón, pero a la fuerza habían de salir peor librados los galos que los de Leiva, pues el campamento francés, colocado entre Pavía y el campamento de Pescara, era batido por ambos, al mismo tiempo que el marqués, alma de la conducta de aquel ejército, les mantenía en continua alarma con falsos ataques nocturnos. Y sin duda debían figurar en el ejército imperal muchos catalanes, pues de aquel cañoneo quedó el estribillo de:

Bernat Pescaire
tira pets en l'aire

(*pets* en el sentido de disparos de bala de artillería).

En vista de que los franceses no hacían caso de las

© Biblioteca Nacional de España

falsas alarmas, creyó Pescara llegado el momento de atacarles de veras, y así fué cómo una noche se puso al frente de 1.500 españoles, repitiendo el consabido ataque, a los gritos de gavachos, marranos y otros insultos. Los franceses no respondieron, creídos de que era como las otras noches, y en vista de que estaban quietos, asaltó el marqués el campamento de los italianos, en los cuales hizo gran mortandad, y lo mismo en el cuartel de los franceses, a los cuales tomó muchas banderas, caballos, víveres y dinero, aparte de haber clavado varios cañones y arrojado otros al foso, y haber hecho algunos prisioneros, después de lo cual se retiró a su campamento sin que los franceses se decidieran a irle al alcance. Esta sorpresa le costó al rey de Francia la pérdida de 2.000 hombres.

Hernando de Alarcón

A pesar de tan brillante victoria, cumplíase en el campo imperial lo que habían previsto los generales franceses y el papa Clemente VII, y era que desertaban muchos soldados,

© Biblioteca Nacional de España

por falta de pagas, costando mucho convencerles de que volviesen.

Para salir de tan peligrosa situación celebraron consejo los capitanes imperiales y todos se adhirieron al parecer de Pescara: atacar a los franceses en sus trincheras, mayormente sabiéndose que iban de un momento a otro a recibir un copioso refuerzo de tropas de Venecia. Señalóse la operación para el día 24 de febrero (1525) y desde luego se determinó llevar al castillo de Sant'Angelo, entre Pavía y Lodi (del cual hemos dicho se había apoderado Pescara, arrojando de allí a los franceses y poniendo guarnición española), toda la impedimenta, para que no estorbara; que todos los oficiales y soldados se pusiesen sobre los vestidos camisas y bandas rojas para ser conocidos y los que no tuviesen camisas se pusiesen papel blanco.

Finalmente, para que los franceses creyeran que los imperiales abandonaban la partida, se ordenó que al salir del campamento fuesen incendiadas las tiendas y barracas, de todo lo cual se dió cuenta a Antonio de Leiva para que estuviese sobre aviso.

Batalla de Pavía.

Innumerables son los autores que han reseñado este famosísimo hecho de armas, pero tal vez nadie ha estudiado mejor el asunto que Ferreras, cuyo relato está basado en lo que dicen Pedro Mártir de Anglería, Pedro Mejía, Sandoval, Ulloa, Illesca, Suárez de Alarcón, Ochoa, Zayas, Zapatier, Vera y otros de los nuestros, así como Guicciardini, Rozes, Paulo Jovio, Dupleix, Mecere y el P. Daniel.

He aquí, pues, cómo refiere la gloriosa batalla el ilustre bibliotecario mayor de Felipe V:

«Como el Marquès de Pescara tenia bien explorado el modo con que estaba atrincherado el exercito Francès, reconociendo, que por la pared, ò muralla de el parque (lugar de diversion de los Cartujos) estaban me-

© Biblioteca Nacional de España

nos recelosos los Franceses, se determinò acometerlos por aquella parte, y dicho dia 24 de Febrero à la vna de la noche empezò à decampar el exercito Imperial, y de orden de el Marquès de Pescara, los Capitanes Santacruz y Salcedo salieron con sus compañias à derribar las paredes de el parque, para que pudiesse entrar en èl el exercito Imperial. Executaron los dos Capitanes el orden, y aunque à costa de summo trabajo, derribaron vn grande espacio de la pared; de suerte, que à el rayar de el alva pudo entrar el exercito, y ponerse en la debida orden, y haviendo los vltimos, que decamparon, puesto fuego à las tiendas, y barracas, juzgaron los Franceses, que el exercito Imperial se retiraba; con que reparando, que entraba por el parque, se hallaron algo sorprehendidos; pero inmediatamente tomaron las armas, y se formaron.

El marqués del Vasto

»El exercito Imperial se dispuso en esta forma: el primer cuerpo era de seis mil infantes Españoles, de

© Biblioteca Nacional de España

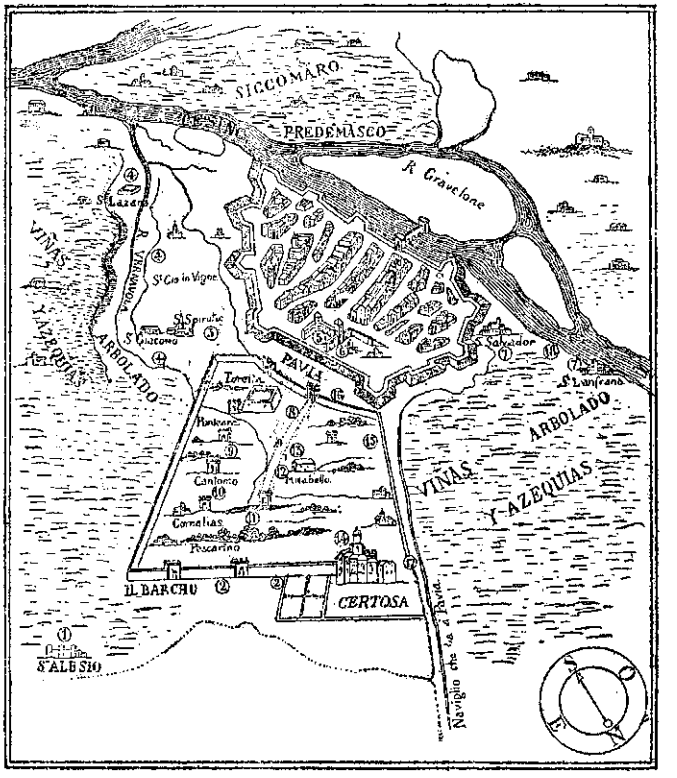
quien era Capitan el Marquès de Pescara; el segundo era de doce mil Alemanes, de quien era Cabo Jorge de Austria; y el tercero de tres mil Italianos, cuyos Cabos eran Papacoda, y Cesaron de Napoles. El Virrey Launoy iba à la ala derecha con trescientas lanças, y à el ala izquierda el Duque de Borbon, y el Marquès de el Basto con otras tantas, y detràs el señor Alarcon con docientas lanças, y entre estos cuerpos iba la artilleria, y polvora. Havia en el parque vna casa fuerte, que llamaban Miravèl, que estaba ocupada de los Franceses, y pareciò conveniente desalojarlos de aquel lugar; à que fuè el Marquès de Sant Angel, y luego le siguiò el Marquès de Pescara con sus Españoles, donde entrando degollando a los Franceses, se hicieron dueños de aquel puesto.

»El General de la artilleria Francesa la tenia muy bien dispuesta, y Monsieur de Alanson, cuñado del Rey Francisco, rodeando por entre vnos arboles, vino el primero à la batalla con quinientos hombres de armas, y cinco mil Esguizaros, y encontrandose con el cuerpo de los Italianos de el exercito Imperial, empezò à trabarse la pelea; y aunque los Italianos, obrando con generosa resolución, acometieron a los Franceses; pero como era tan desigual el numero, derrotaron estos à los Italianos, muriendo muchos de ambas partes, apoderandose los Franceses de quatro à cinco piezas de artilleria: con cuya ocasion, empezaron à gritar: victoria por Francia; mas los Alemanes, que iban inmediatos à los Italianos, volvieron à los Esguizaros, y fuè tal el corage con que los acometieron, que los hicieron retroceder, y huir desordenados, retirandose tambien el Duque de Alanfon con sus quinientas lanças.

»En este tiempo la artilleria Francesa hizo notable daño en los Alemanes, y en el lugar de los Esguizaros se puso el cuerpo de los Franceses, Gascones, y Bearneses, que pelearon con corage; pero fueron derrota-

© Biblioteca Nacional de España

dos, y hechos pedazos; mas todo el peso de la batalla estuvo en el cuerpo, donde estaba el Rey de Francia, con el Rey de Navarra, y toda la nobleza Francesa, con mil y quinientas lanças, à el qual acometieron à



Plano de la batalla de Pavía

vn tiempo con notable ardimiento Launoy, Borbon, y el señor Alarcon, y hallaron vna vigorosa resistencia en la caballeria Francesa, que era algo superior; y viendo el Marquès de Pescara el riesgo en que

© Biblioteca Nacional de España

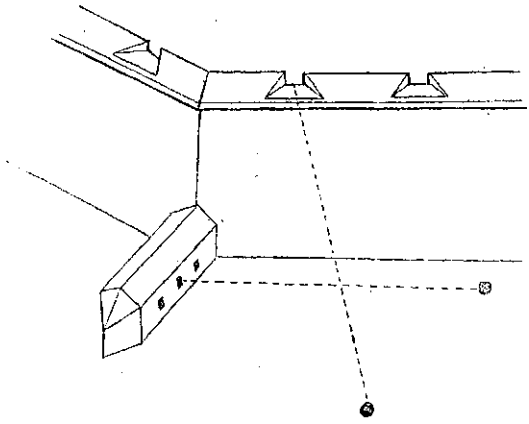
estaba la Imperial, embiò vnas compañias de arcabuceros con el Capitan Pedro Fernandez de Quesada, para que se mezclassen entre la caballería Imperial, y la socorriessen; y assi que llegaron los arcabuzeros, volviò la Imperial à embestir à los Franceses, y con el descargo de la arcabuceria, hicieron en ellos vn horroroso estrago, quedando muertos los mas principales Cabos, y entre ellos el Almirante de Francia, y Monsieur de la Paliza.

»El Marquès de Sant Angel en esta ocasion, se entrò por los enemigos, y como no llevasse riendas de cadenilla en el caballo, estando en la mayor furia de la batalla, se las cortaron: con que el caballo, azorado con el ruido de las balas, y el estruendo de las cajas, y trompetas, le llevò asta donde estaba el Rey de Francia, que le arrimò vna lanza, y quedò muerto en tierra. Los Alemanes haviendo hecho pedazos à los Esguizaros, con los Franceses se batieron furiosamente, y saliendo de la plaza Antonio de Leyva con sus Españoles, y Alemanes, quedaron de el todo derrotados los Franceses. El Marquès de Pescara con la infanteria Española, acometiò à el esquadron de el Rey Francisco, y hizo en èl vn grande estrago: con que viendo los Franceses muertos sus Cabos, y Capitanes, se pusieron en fuga, sin que pudiessen detenerlos los Cabos con sus palabras, ni con el acero.

»El Rey de Francia reconociendo roto su exercito, procurò assegurar su vida con algunos caballos, tomando la puente de el Tesin; pero un arcabucero Español le matò el caballo, y cayendo en tierra, Juan de Vrbieta, hombre de armas de la compañia de Don Diego de Mendoza, natural de Hernani en Guipuzcua, reconociendo, que era persona principalissima, por el vestido, y armas, le puso el estoque por el costado, y le dixo: que se rindiesse; entonces el Rey le respondiò: quien era, para que no le quitasse la vida, y se diò

© Biblioteca Nacional de España

por prisionero; mas viendo Vrbieta, que peligraba el Alferez de su compañia, fuè à socorrerle; y à este tiempo llegò Diego de Avila, de la compañia de el señor Alarcon, y luego Juan de Pita, y asseguraron à el Rey por prisionero: vno, tomandole la manopla; y otro, el collar de San Miguèl, y Juan de Aldana Catalan, le quitò la espada, y el puñal; y concurriendo los soldados, que estaban mas cerca, quisieron todos tener parte en la gloria, quitandole retazos de los vestidos, asta



Defensa del foso

que corriendo la voz, llegò el Virrey Launoy el primero de los Capitanes Imperiales à besarle la mano, encargandose de tan noble prisionero. Luego llegaron los Marqueses de Pescara, y de el Basto, y el señor Alarcon, que le besaron la mano con aquellas demonstraciones, que si fuera su Monarcha, templando el sentimiento de su desgracia con la segura benignidad de el Emperador, à quienes recibiò el Rey con grande estimacion, no queriendo darles à besar la mano, poniendosela sobre el hombro, como si los abrazara. Vino des-

© Biblioteca Nacional de España

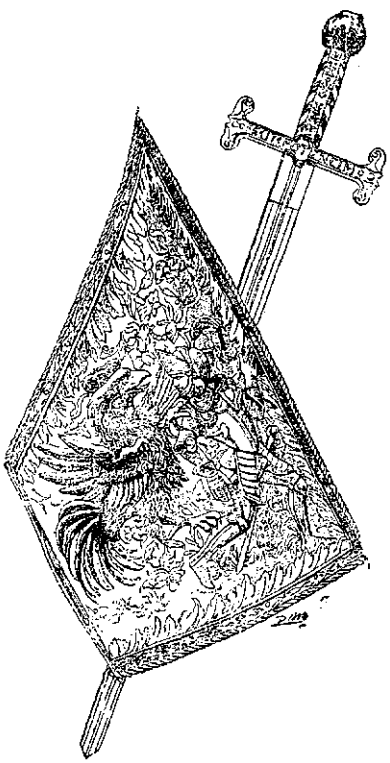
pues el Duque de Borbon, trayendo en la mano la espada toda ensangrentada; pero antes que viesse à el Rey, se anticiparon el Marquès de Pescara, y el señor Alarcon, à decirle la moderacion, y rendimiento con que debia hablar à el Rey: con que luego que entrò en donde estaba, se arrodillò, y le pidiò la mano; mas el Rey no quiso concedersela: dixole à el Rey: que si le huviera creído, no se veria en aquel estado; y el Rey le respondiò: que à la adversa fortuna era solo remedio la paciencia.

»Puestos en fuga los Franceses, fueron copiosissimos los despojos, que lograron los soldados; desuerte, que fuè rarissimo el que no quedò rico. Cogiòse toda la artilleria, tren, y vagages. Los muertos en la batalla, y ahogados en el Tesin fueron diez mil hombres, poco mas, ò menos, y entre ellos lo principal de la nobleza de Francia. Los prisioneros, fuera de los gregarios, casi todos los Señores Franceses, que estaban en el exercito; cuya lista es como sigue: Luis de la Tramulla, el Mariscal de la Paliza, el Conde de Lambesc, hermano de el Duque de Lorena, Aubigni, San Severino, Bonivet, y otros de calidad, muertos. Prisioneros el Mariscal de Lescun, Renato bastardo de Saboya, que después murieron de las heridas, Enrique de Albret, llamado Rey de Navarra, el Conde de San Pol, el Mariscal Memoranci, Floranges, Brion, Lorges, Rechepot, Montejan, Montpesat, Langei, Curton, y otros muchos de gran calidad. De el campo Imperial murieron de setecientos à ochocientos hombres, sin haver entre ellos persona de quenta, mas que el Marquès de Sant Angel.

»No podemos menos de confessar el gran valor de el Rey Francisco en esta ocasion; pero no podemos dejar de advertir, como nos lo pinta vn moderno Historiador Francès, que escribe: que despues de haverle muerto el caballo, hallandose rodeado de Españoles,

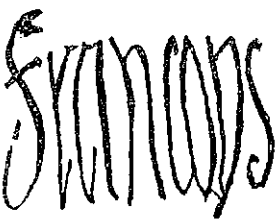
© Biblioteca Nacional de España

matò por su persona doce antes de rendirse: circunstancia, que hasta ahora no ha escrito Italiano alguno, ni Francès, y contra la verdad de tantos, como han escrito este sucesso. *Mecere, y el Padre Daniel* escriben: que el Rey Francisco se rindiò prisionero à Pomperan, criado de el Duque de Borbon, contra la fè de todos los Historiadores. Tampoco podemos dejar de culpar el descuydo de muchos de los nuestros, que por hacer mas gloriosa la victoria, augmentan considerablemente el numero de los enemigos; porque es cierto, que de el exercito Francès faltaron los seis mil Esguizaros, que se volvieron à sus casas, los seis mil hombres, que



Escudo y espada de Francisco I

estaban en la guarnicion de Milàn, y el destacamento de los diez mil, que fueron à Napoles con el Duque de Albania. Tambien es cierto, que la Nobleza Francesa obrò en esta ocasion con el generoso ardimiento propio de ella, mu-



Facsímile de la firma del rey Francisco I

© Biblioteca Nacional de España

Batalla de Pavía.—Prisión de Francisco I

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

riendo algunos por conservar la vida de su Rey, y muchos, que havian procurado escaparse de la rota, sabiendo, que el Rey estaba prisionero, volvieron ò entregarse,para ser sus compañeros en la desgracia. Los Historiadores no pueden tener otros enemigos, que la mentira, y el engaño, y à los enemigos con mas razon se les ha de hacer justicia.

»Launoy, y el Marquès de Pescara quisieron llevar à el Rey Francisco à Pavia, y reconociendo aun en la grande constancia de su animo, el sentimiento de entrar prisionero en esta ciudad, que juzgò entrar triunfante, no queriendo darle este disgusto, ni afligir su lastimado corazon con la desgracia, le hospedaron en vn Monasterio fuera de la ciudad, y despues para su mayor seguridad, encomendò el Virrey Launoy la guarda de su persona à el señor Alarcon, que para assegurarle mas, de orden de el Virrey, le llevò à el castillo de Piciguiton.»

Con esto volvió el ducado de Milán a la obediencia de Francisco Sforzia, sin quedar ni un francés en todo aquel Estado.

Fué notable la batalla de Pavía por haber durado solamente una hora, mientras la matanza de franceses duró todo el día y por la enorme diferencia entre las bajas, pues no pasaron las nuestras de más de setecientas, mientras los franceses dejaron 8.000 cadáveres sobre el campo.

Los vencedores se apresuraron a poner en conocimiento del Emperador, que se hallaba a la sazón en Madrid, la noticia del brillantísimo triunfo, por conducto del capitán Peñalosa, no llegando el mensaje hasta el día 23 de marzo. D. Carlos se apresuró a dar gracias a Dios, pero no permitió se celebraran públicos regocijos, y desde luego mandó cesaran las hostilidades.

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO X

PRISIÓN DE FRANCISCO I

EN PIZZIGHETONE. — FRANCISCO I EN MADRID. — DESAIRES DE CARLOS V. — LA CONCORDIA DE MADRID. — EL REY DE FRANCIA EN LIBERTAD.

(1525-1526)

En Pizzighitone.

Ya en su encierro de Pizzighitone, escribió Francisco I aquella célebre carta a su madre: «*De toutes choses ne m'est demeuré que l'honneur et la vie qui est sauve.*» (Todo se ha perdido menos el honor, y la vida que está en salvo.) Con todo, los mismos franceses reconocen que Francisco I no se condujo en su cautiverio con la dignidad que era de esperar, pues escribió una carta a Carlos V en la que le decía: «Si os place tener esta justa compasión y dar la seguridad que merece la prisión de un rey de Francia que quiere ser vuestro amigo, podréis hacer una adquisición que os convierta al prisionero inútil en un rey esclavo vuestro para siempre.» Palabras que no parecen muy propias de un rey con tantos humos.

Ello es que el desastre de Pavía dejó aterrada a Francia y que no se veía solución a tan terrible conflicto; pero si allí había causado consternación la prisión de

© Biblioteca Nacional de España

su rey, las potencias coligadas contra él comprendieron ahora que no les convenía dejar que el emperador se hiciese tan poderoso, pues, sin duda, tendría unas exigencias enormes para soltar a su cautivo. Francia era en realidad el baluarte de Europa contra las ambiciones de la casa de Austria y, por lo mismo, no solamente prometieron los gobiernos a la regente, Luisa de Saboya, su neutralidad y aun su apoyo, sino que le suplicaron que no hiciese concesiones demasiado onerosas que conducirían a la esclavitud de Europa.

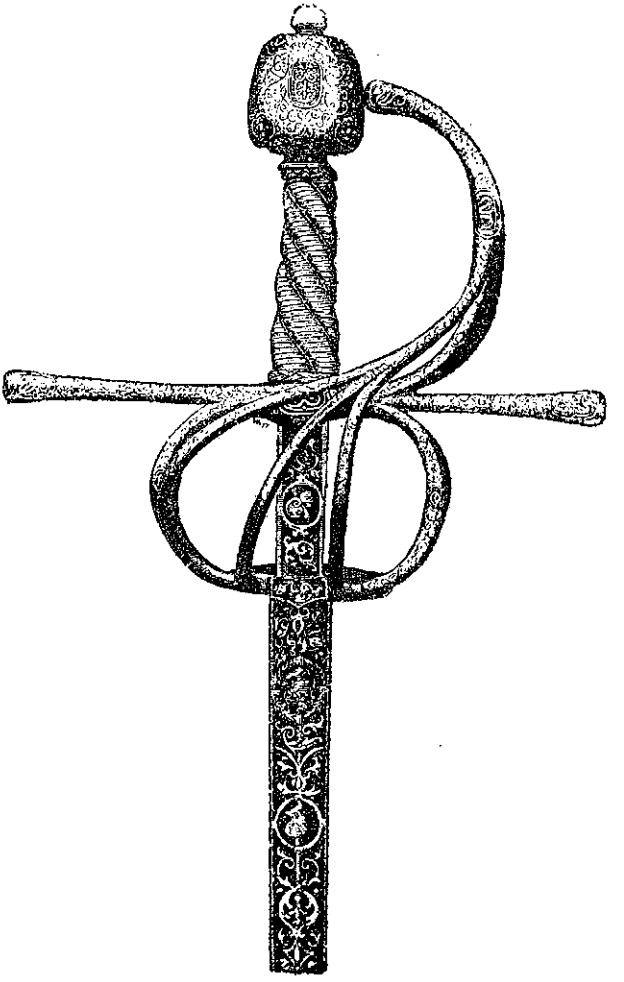
Temores y perfidias de los coligados.

Disimularon, con todo, sus intenciones, y como los generales de Carlos V, que para no ser tan gravosos al ducado de Milán habían sacado de allí sus tropas, para llevarlas al Piamonte, pidieran dinero al Papa, Venecia, Florencia, Siena y Génova para pagar a los soldados, todos se apresuraron a facilitarlo menos Venecia, que respondió con buenas palabras; el Papa aprontó 200.000 ducados, y a proporción los demás.

Entretanto, y probablemente por pura fórmula, reunió el emperador a su Consejo de Estado para que le diese su parecer sobre lo que convendría mejor hacer respecto a Francisco I, y contra el dictamen del obispo de Osma, confesor del rey, que opinaba fuese puesto en libertad, sin ninguna condición, triunfó el del duque de Alba, que se avenía a la libertad del rey de Francia, pero después de imponerle tan duras condiciones que no pudiese ya inspirar ningún temor. Estas condiciones eran que devolviese a la casa de Austria el ducado de Borgoña, que tenía usurpado, con todos los Estados y plazas que tenía también usurpados en Flandes; que devolviese a Inglaterra la Guiena y que entregase Provenza, el Delfinado y el Borbonés, con título de rey, al duque de Borbón. Así se lo comunicaron al real prisionero el marqués de Pescara y el virrey Launoy, y tanto fué el furor que le entró a Francisco I, que echó

© Biblioteca Nacional de España

mano a un puñal que tenía para matarse, impidiéndolo Alarcón, su guardián. Realmente, eran demasiadas exigencias. No pidió tanto, después, Bismark.

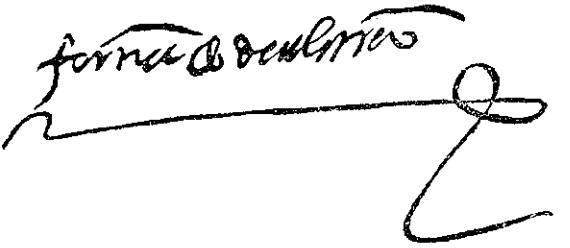


Espada de fabricación italiana

© Biblioteca Nacional de España

Ansiosos siempre los antiguos coligados de ver en libertad al rey de Francia, trataron de sobornar a Fernando de Alarcón, ofreciéndole magníficos Estados en Italia o Francia, y cuantiosas sumas para que le dejase escapar, pero lo que hizo aquel lealísimo castellano fué descubrírselo todo a Launoy, quien juzgó oportuno sacar de Pizzighitone al francés y enviárselo al emperador, cosa que deseaba, por su parte, el real prisionero.

No era, sin embargo, prudente que se sospechase tal



Facsímile de la firma de Hernando de Alarcón

determinación y, por lo mismo, al embarcarse Launoy y Alarcón con el rey de Francia, en Porto-Delfino, con mil soldados de escolta, propalaron la voz de que iban a Nápoles, y eso mismo creían los pilotos, pero una vez en alta mar, dióse orden de poner la proa a España.

Francisco I en Madrid.

Desembarcó el rey en Palamós, y desde allí fué conducido, por tierra, a Barcelona, donde se le hizo un grandioso recibimiento; pasó luego por Tarragona, donde se hospedó en el Palacio del Patriarca, y siguiendo luego por Valencia, Requena y Guadalajara, llegó a Madrid, alojándose en el Alcázar, bajo la custodia de Alarcón, cuyo sino parecía ser el de ejercer de alcaide. Alarcón tenía orden de permitirle al rey todas las diversiones que apeteciese, pero siempre bien asegurado.

© Biblioteca Nacional de España

Creía el rey Francisco que recibiría inmediatamente la visita de Carlos V; pero no fué así. El emperador se hallaba en Toledo, donde tenía Cortes, para pedir dinero, como no es menester decir, y se le sirvió espléndidamente. Castilla se dejaba sangrar y empobrecer, no sólo sin protesta, sino con el mayor gusto, y de allí, como hemos dicho y repetido, salía todo. Además le tenía ocupado el importante negocio de su casamiento. Estaba concertado su enlace con una princesa de Inglaterra, pero ya no eran iguales las relaciones que antes, y la inglesa debía casar ahora en Francia, por lo cual el emperador resolvió tomar por esposa a la infanta D.ª Isabel de Portugal, hermana del rey D. Juan III, nieta de los reyes Católicos, por su madre la castellana D.ª María, mujer de D. Manuel *el Grande.*

Aparte de esto, la estancia de Carlos V en Toledo se señaló por magníficos festejos; mientras el rey Francisco se aburría soberanamente en la torre de los Lujanes de Madrid, todo era júbilo en la imperial ciudad; la Sacra Cesárea Augusta Majestad se dignaba jugar cañas por la mañana en la Vega, *sport* en el que tomaron parte más de 200 caballeros, y aquella misma tarde (día de San Juan de 1525) se celebraba una gran fiesta de toros en la plaza del Zocodober.

Y hacemos mención de estos pormenores, que podrían parecer frívolos, para hacer ver cómo había cambiado el sentimiento popular: aun podían contemplarse las ruinas de la casa del comunero Padilla, sembrada de sal «para que no pudiera producir ni aun hierbas silvestres».

Harta razón tenía D. Alvaro de Luna cuando decía, camino del patíbulo: «Esta es Castilla, que así hace los hombres como los deshace.» La rebelde ciudad comunera se mostraba ahora la más cortesana, y llenaba de dinero a Carlos V.

© Biblioteca Nacional de España

Desaires de Carlos V.

A todo esto, el rey Francisco I esperaba a cada momento ver llegar al emperador, sin que éste se dignara visitarle. Harto de fiestas toledanas, había ido Carlos V a Segovia, donde olvidando la degollación de Juan Bravo, fué recibido con frenético entusiasmo, fuése a cazar en los bosques de Buitrago, y se disponía a regresar a Toledo cuando al llegar a Alcobendas se encontró con un correo que le participaba que, si quería ver vivo a Francisco I, se apresurase a ir a Madrid.

Efectivamente, el rey de Francia estaba gravemente enfermo, cosa muy natural con tales padecimientos de ánimo. Es muy curioso, ya que no importante, lo que allí pasó. «El emperador, dice Ferreras, así que entró en la cámara del rey de Francia, se quitó el sombrero, y se fué a abrazar a el rey, que inmediatamente se sentó en la cama y se quitó unos defensivos (*paños mojados*) que tenía en la cabeza, y los dos monarcas se abrazaron tiernamente, sin hablarse palabra por un buen rato, en que mostraron los ojos de uno y otro la ternura del afecto, y despues de èl, dixo el Rey a el Emperador: señor veis aqui vuestro esclavo, y prisionero; à que respondiò el Emperador: no sino libre, mi buen hermano, y amigo verdadero; à que replicò el Rey Francisco: no sino vuestro esclavo; y el Emperador respondió: no sino amigo, y hermano, y lo que mas deseo es vuestra salud, que ahora debemos atender, que todo lo demàs se harà como quisiereis; à que el Rey replicò: no sino como vos mandareis: con que haviendo estado el Emperador con el Rey Francisco como media hora, por no fatigarle la cabeza, se despidiò, y se fuè a una pieza de el Alcazar, en donde le tenían prevenida la cena, y cama; y luego entraron à besar la mano à el Rey Francisco los Señores, que acompañaron à el Emperador, y arrodillados, le pidieron la mano, que no quiso darla à ninguno, aunque à todos los abrazò

© Biblioteca Nacional de España

con suaves, y dulces palabras de estimacion, y luego se despidieron.

»Al dia siguiente volviò el Emperador à visitar à el Rey Francisco por la tarde, y estando en la visita, entrò la noticia, de que llegaba à la puerta de el Alcazar, la hermana de el Rey, Madama Alenson, con lo qual saliò à recibirla el Emperador, que la encontrò à el empezar à subir la escalera, à la qual abrazò, y besò en el carrillo, conforme à la costumbre de Francia, y tomandola la mano, la subiò por la escalera, diciendola con muy corteses, y afables palabras: como con tal visita, esperaba lograria su hermano perfecta salud, que era lo que èl deseaba; y de esta suerte la llevò à la camara, donde estaba el Rey, y se despidiò de ambos, y aquella tarde se fuè à dormir à Jetafe, y à el dia siguiente 20.de Septiembre llegò à Toledo.

»Madama de Alenson abrazò, y consolò à su hermano, que à el dia siguiente, sospechando mal de la retirada de el Emperador, estuvo tan malo, que su hermana le tuvo por muerto; tanto, que le cubriò el rostro con la sabana, y à el dia siguiente, ella, y todos sus criados confessaron, y comulgaron por la salud de el Rey: y diciendole Missa su Confessor, para comulgarle, pareciendole, que el Rey no estaba para recibir à su Divina Magestad, se le llevò para que le adorasse; pero el Rey dixo: que queria recibirle; que haviendolo hecho muy devotamente, dixo: ya estoy bueno: con todo, Martes 26.de Septiembre le diò vn accidente, de que se creyò moriria; mas estando assi, se provocò à vomito, y arrojò vna gruesissima cantidad de coleras, y flemas, y reparandole los médicos con vnos caldos, reposò mas de dos horas; después de las quales entraron los Doctores Alfaro, y Narsi, Medicos de el Emperador, que por su orden le assistian, y le hallaron casi sin calentura: desde cuyo tiempo empezò à recobrar perfectamente la salud. En el tiempo de su enfermedad

© Biblioteca Nacional de España

se hicieron en Madrid en todas las Iglesias, y Monasterios publicas rogativas por su salud, con tanta devoción, y afecto, como si fuera el propio Emperador.»

Convaleciente el rey, que sólo a su robustez debió haber escapado de la muerte, marchóse a Francia madama de Alenzón, lo cual, unido a que las noticias de Italia eran muy satisfactorias y a que Inglaterra se había claramente separado de la Liga, hizo que el emperador se mostrara menos intratable en sus exigencias. De ahí que se concertara, en 14 de enero de 1526, la *Concordia de Madrid,* que en resumen venía a decir así:

«Paz y amistad perpetua entre el emperador de Alemania y el rey de Francia, quienes como buenos y leales hermanos, amigos, aliados y confederados, se amarán y favorecerán el uno al otro, y se guardarán las vidas, honras, Estados y dignidades, sin fraude ni engaño.

»Libre trato, comercio y comunicación entre los súbditos de Francia y España.

»Restitución del ducado de Borgoña al Emperador, el cual ducado quedará perpetuamente separado de la corona de Francia.

»El 10 de marzo siguiente, el rey Francisco I entraría libremente en su reino por la parte de Fuenterrabía y en el acto le serían entregados al Emperador, en calidad de rehenes, los dos hijos mayores del monarca francés, el delfín y el duque de Orleans, hasta el completo cumplimiento de los artículos de la Concordia.

»Renuncia absoluta y completa del rey Francisco a todos sus derechos y pretensiones de los Estados de Nápoles, Milán, Génova, Artois, Henao y de todas las demás tierras y señoríos que poseía el emperador.

»Casamiento de Francisco I con Leonor, hermana de Carlos V y viuda del rey de Portugal, y del delfín

© Biblioteca Nacional de España

con la hija del rey de Portugal, cuando tuviese la edad.

»Renuncia de Enrique de Albrit al título de rey de Navarra, y a todos los derechos que pretendiere tener a aquel reino.

»Pago del francés al rey de Inglaterra de 133.305 escudos anuales, que el emperador le debía, a contar desde junio de 1522.

»Restitución al duque de Borbón de todos sus Estados, con las rentas y bienes, muebles, señoríos, preeminencias y derechos que tenía antes de salir de Francia.

»Libertad del príncipe de Orange y su principado, como igualmente a Madame Margarita y al marqués de Saluzzo de todo lo que poseían antes de la guerra.

»Convocación de un concilio general para tratar del bien de la cristiandad y de la empresa contra turcos y herejes.

»Obligación del rey de Francia a costear, siempre que el emperador necesitaría pasar a Italia, de 12 galeras, 4 naos y 4 galeones, y la paga de 6.000 infantes, 500 lanzas y la artillería correspondiente.

»Ratificación en Francia de los capítulos de la concordia, y si cualquiera de éstos no fuese guardado, palabra de honor de Francisco I de volver a su prisión.»

Digamos ahora que el día antes de firmarse este convenio el rey Francisco I había mandado llamar secretamente a unos notarios para que diesen fe de que sólo por la violencia firmaría la concordia.

El rey de Francia en libertad.

El 21 de febrero de 1526 salía, por fin, Francisco I de la torre de los Lujanes, al cabo de diez meses de cautiverio, acompañado de Launoy y el señor Alarcón. Llegado a orillas del Bidasoa, embarcóse para ganar la otra margen al

© Biblioteca Nacional de España

tiempo que en sentido contrario bogaba la barca en que iban sus hijos el Delfín, Enrique, y Francisco, duque de Orleans. Pasaron los de una nave a la otra: despidiéronse, y mientras los hijos desembarcaban en España para ser conducidos al castillo de Villalpando, el padre saltaba en tierra en Hendaya, montaba a caballo y galopaba lleno de alegría, exclamando: *¡Je suis encore roi!* (Aun soy rey.)

© Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO XI

EL SACO DE ROMA

La Liga Clementina. — Los españoles en Roma. — El avance de Borbón. — Intenciones pacíficas de éste. — El asalto. — Prisión del Papa. — Derrotas de los franceses. — Tratado de Cambray. — Rebelión de los moriscos de Valencia.

(1527 - 1529)

La liga Clementina.

Faltóle tiempo a Francisco I una vez en Francia, para declarar que daba por nulo el vergonzoso tratado de Madrid, que le había sido arrancado a la fuerza, sacrificando así a sus pobres hijos, y como consecuencia rechazaba su casamiento con D.ª Leonor la hermana de Carlos V, que tuvo que volverse compuesta y sin novio llegada ya a Vitoria, de nuevo en su alegre corte del Louvre concertó una coalición en la que entraban el papa Clemente VII, Enrique VIII de Inglaterra, Francisco Sforza y la pérfida Señoría de Venecia.

Esta Liga, que se llamó *Clementina* en honor al Papa, no era más que una suma de egoísmos, pues si bien su objeto ostensible era la libertad de los hijos de Francisco I y la entrega del ducado de Milán a Francisco Sforza, todos los que en ella entraban trabajaban

© Biblioteca Nacional de España

pro domo sua: Clemente VII ardía en sed de venganza contra las humillaciones por que le había hecho pasar el emperador; a Sforza se le hacía interminable el recobro de su ducado; Enrique VIII de Inglaterra quería un principado en Nápoles y otro Estado en Italia para su ministro el cardenal Wolsey.

El Papa, menos prudente de lo que debiera y creído de que los ligueros iban a aplastar al emperador, le escribió a éste una carta insolente en que le decía: «Si queréis la paz, bien; si no, sabed que no me faltarán armas ni fuerzas para libertar a Italia y la república cristiana.»

D. Carlos, antes de aceptar la guerra, procuró negociar, y envió a Launoy a requerir a Francisco I el cumplimiento del tratado. El rey de Francia convocó los Estados generales de Borgoña, y éstos, delante de Launoy, declararon que no pudiendo enajenar el rey ninguna provincia de su monarquía se negaban a reconocer la validez del tratado de Madrid, y se opondrían con las armas a su cumplimiento.

Los confederados debían levantar un ejército de 30.000 infantes y 2.000 caballos, cuya paga satisfaría Francisco I, recobrarían el ducado de Milán, para Sforza y reconquistarían Nápoles, para los napolitanos, renunciando el rey de Francia a toda reivindicación. No se trataba más que de arrojar de allí a los españoles.

La situación era sumamente crítica para Carlos V: había estallado (pagada sin duda por Francia) una formidable insurrección de moriscos en Valencia y Aragón; los turcos habían invadido a Hungría; media Europa había levantado las armas contra él; existía siempre en Alemania el peligro luterano; mas no por eso se arredró el emperador, que con su acostumbrada actividad se dispuso a hacer rostro a todo.

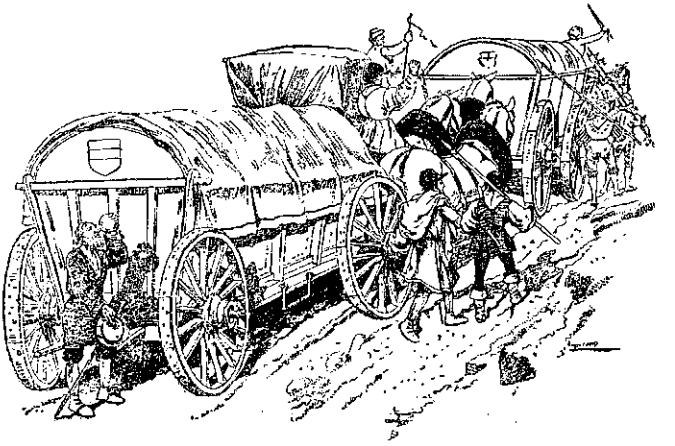
Una gran desgracia, a la verdad, tenía que lamentar

© Biblioteca Nacional de España

D. Carlos, y era la muerte del insigne marqués de Pescara.

Fué nombrado en su lugar general en jefe del ejército de Italia el duque Carlos de Borbón, y bien podía asegurarse que la elección no podía ser más acertada.

Ciertamente debía tener Francisco I una conciencia muy ancha, entregado a la crápula mientras sus pobres



Carros de campaña

hijos yacían en cautiverio en el lóbrego castillo de Villalpando, mustiándose como dos tiernos retoños.

Los españoles en Roma.

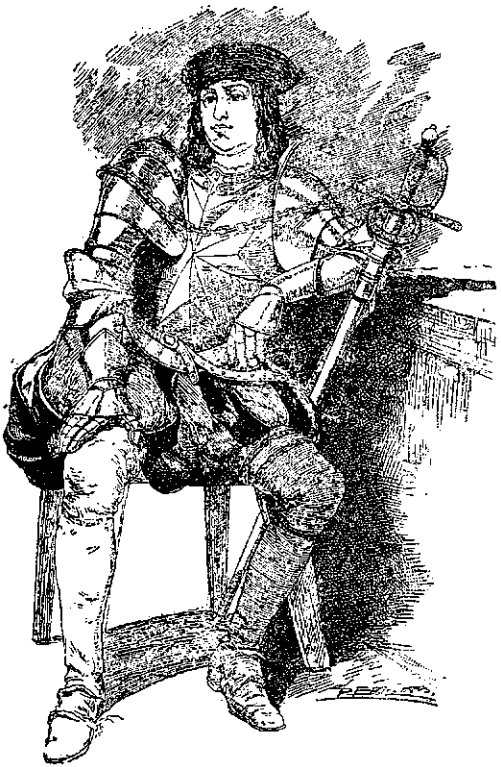
Mientras los italianos se lamentaban del abandono en que les tenían los franceses, Launoy desembarcaba en Gaeta con 7.000 hombres y le paraba los pies al ejército pontificio, que había invadido ya el reino de Nápoles. Una escuadra que se creía iba a prestar grandes servicios se contentó con saquear las costas.

Entretanto, puestos de acuerdo D. Hugo de Moncada, el duque de Sessa y el cardenal Pompeyo Colonna, realizaban un audaz golpe de mano contra Roma, y

© Biblioteca Nacional de España

así fué como en la ocasión menos esperada penetraban en la Ciudad Eterna 3.000 imperiales, españoles y napolitanos, al grito de *libertad*, llevando a su frente a Moncada.

Clemente VII, aterrado con razón, se refugió en el



D. Hugo de Moncada

castillo de Sant'Angelo, mientras los imperiales y coloneses entraban a saco el Vaticano, el Borgo, la iglesia de San Pedro y las casas de los personajes más adictos al Pontífice. Hecho esto, sitiaron el castillo donde se

© Biblioteca Nacional de España

había refugiado el Papa. Espantado éste, pidió capitulación que le fué otorgada a condición de firmar una tregua de cuatro meses con Carlos V, abandono de las plazas que su ejército ocupaba en el Milanesado y perdón de los coloneses.

Portaestandarte

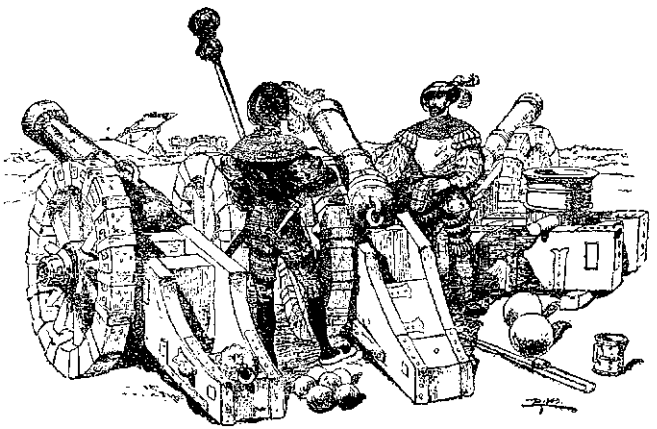
Convenido así, regresó Moncada a Nápoles, en ocasión en que acababan de llegar 7.000 españoles, al mando de Launoy y el señor Alarcón.

Una nueva complicación surgía en aquellos mismos momentos: tal era la entrada en Italia de 15,000 lansquenetes, en su mayor parte fanáticos luteranos, y hez de todos los pueblos, que al mando del *condottiere* alemán Jorge Frundsberg, uno de los héroes de Pavía y entusiasta de Borbón, pasaron como una nube de langosta por el Mantuano sin que el duque de Urbino, con sus venecianos, pudiese contener su marcha (otoño 1526).

Reuniéronse con Borbón en Trebbia, pero no sabiendo el duque cómo pagarles, les envió a Milán, ya que de no pagarles se hubieran pasado al enemigo, y allí vivieron «entre el desorden, la muerte y el saqueo».

© Biblioteca Nacional de España

En tal estado de cosas y faltando a lo convenido con Moncada, rompió Clemente VII la capitulación de Sant'Angelo, excomulgando al cardenal Colonna y persiguiendo con la mayor saña a su familia. Irritados los imperiales, juntaron sus fuerzas, y juntos Launoy, D. Hugo de Moncada y los coloneses, en número de 20.000 hombres, marcharon sobre los contrarios, si bien no pasaron adelante por haberse encontrado en Frasinone con un fuerte ejército pontificio, lo cual deter-



Artillería imperial

minó a Launoy a fortificarse en su posición y pasar allí la invernada (noviembre de 1526).

Todos los planes hubieron de quedar desbaratados, sin embargo, por los lansquenetes de Jorge Frundsberg, quienes, reclamando sin cesar sus pagas y cometiendo en Milán los más terribles excesos, no cesaban de pedir al duque les sacase de allí para conducirles a Roma. Luteranos empedernidos no pensaban más que en prender al Papa y entrar a saco la ciudad. Borbón no pudo contenerles, y dejando en Milán a Antonio de

© Biblioteca Nacional de España

Leyva con 6.500 hombres, se puso en camino para la capital del orbe católico, al frente de 20.000 aventureros, entre alemanes, italianos y españoles, en su mayoría feroces malandrines, que más de una vez se sublevaron por el camino, pidiendo las pagas, con muerte de algunos oficiales.

A tal noticia apresuróse el Papa a celebrar un convenio con Launoy sobre las siguientes bases: tregua de ocho meses; reparación a los Colonnas con devolución de los bienes que se les habían confiscado; entrega de 60.000 ducados al virrey de Nápoles, por vía de indemnización, para pagar a sus tropas, mediante compromiso de impedir el avance de Borbón hacia Roma.

En su consecuencia, mandó Launoy al duque que se detuviese, pero por más que hizo Borbón no lo pudo conseguir; aquellos 40.000 condenados querían a toda costa atropellar al pontífice y saquear a Roma.

A la voz de que se iban acercando los nuevos bárbaros, todo fueron vacilaciones, confusión y espanto, hasta que ante el tremendo peligro armóse como pudo la juventud romana, se organizaron con toda premura algunos cuerpos irregulares, levantáronse parapetos, se repararon los muros y Clemente VII fulminó los rayos de la excomunión contra Borbón y su gente.

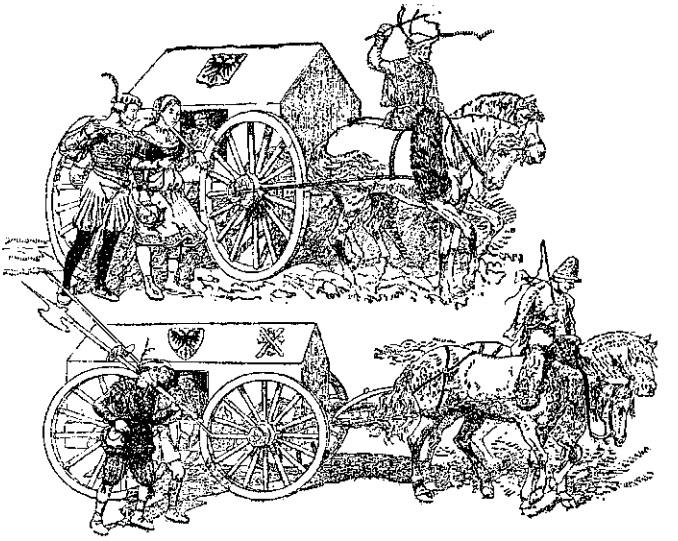
En la tarde del 5 de mayo (1526) llegaba aquella pillería a la vista de la Ciudad Eterna, pasándose la noche en vela, impacientes los lansquenetes luteranos por repetir las tremendas devastaciones de las hordas de Alarico y de Totila.

Intenciones pacíficas de Borbón.

Borbón, que preveía demasiado lo que iba a ocurrir, envió un trompeta a la ciudad (Cartas del tomo VII de la *Colección de Documentos inéditos*), «con objeto de que enviasen alguna persona o personas con quienes practicase su entrada, por excusar que Roma no fuese saqueada y el

© Biblioteca Nacional de España

señor Rendo de Cheri Ursino, a quien el Papa y el pópulo habían hecho capitán general, en persona de todos, despidió al dicho trompeta con palabras descomedidas, de cuya causa Borbón se indignó para dar más furia en su entrada, y de tal manera que por animar su gente se puso en los delanteros, donde en los primeros momentos fué muerto de un tiro de arca-



Carros de campaña

buz, lo cual se cree que ha sido causa de las tres partes de los males y crueldades que se han hecho, porque aunque se diera saco a Roma, durara un día y no *diez y nueve,* como ha durado, saqueando y matando siempre, y atormentando a la gente para que descubrieran el dinero y ropas».

Otros autores confirman las buenas intenciones de que estaba animado Borbón. El Sr. Cánovas del Castillo dice: «El milanés Grumello, que escribía segura-

© Biblioteca Nacional de España

mente su historia en los días del suceso, dice en su dialecto particular que «el duque de Borbón tenía intención de librar del saco a la ciudad, quizás contra la voluntad de Dios que quería que Roma fuese de todo punto destruída, por los pecados horrendos que en ella reinaban». Y al arcediano romano, en sus *Diálogos,* le hizo decir nuestro Juan de Valdés estas palabras: «El duque de Borbón no venía para conquistarnos sino a defendernos de su mismo ejército; no venía a saquearnos, sino a guardar que no fuésemos saqueados.» Que parece idea extraña, si no se supone que los soldados imperiales, faltos de pagas y de todo género de recursos, no tanto eran conducidos como conducían ellos mismos a su caudillo al asalto de Roma; o no se da crédito a la especie de que antes de comenzarlo, Borbón intentó por varias veces tratos con el Papa y sus caudillos, que los despreciaron, teniendo por imposible que de rebato fuese tomada la ciudad y fiados en el cercano socorro que les ofrecía el ejército coligado contra los españoles y que mandaba el duque de Urbino.»

El asalto. Sea como fuere, en cuanto alboreó, Borbón se dispuso al ataque habiendo dividido sus fuerzas en tres columnas, una de lansquenetes, otra de italianos y otra de españoles, y a todo esto sin que en Roma hubiese fuerzas, pues el ejército pontificio había sido enviado a invadir el reino de Nápoles.

El duque, armado de todas armas y llevando un vestido blanco para ser reconocido de los suyos, arengó a su gente y la condujo al pie de la muralla, «hacia el sitio donde se juntaba la Ciudad Leonina con el muro que desde allí partía a cubrir las colinas del Janículo», según Cánovas del Castillo, o entre el Belvedere y la puerta de San Pancracio, según otros. La espesa niebla que reinaba hizo que los imperiales pudiesen acercarse fácilmente a la ciudad.

Los primeros ataques fueron valientemente recha-

© Biblioteca Nacional de España

zados por la guardia suiza y los veteranos, en vista de lo cual y como sus soldados perdiesen terreno, pó-

Arcabucero

nese a la cabeza de los asaltantes, coge una escala y trepa por ella con temerario ardimiento.

Un arcabuzazo, que se jactaba de haber disparado

© Biblioteca Nacional de España

el famoso orfebre Benvenuto Cellini, derriba al duque, mortalmente herido; Borbón, siempre valentísimo, se dirige a sus soldados y exclama:

—«Cubridme, para que los enemigos no sepan mi muerte, y seguid animosamente la empresa; no impida mi desgracia que alcancéis tan gloriosa y segura victoria.»

Reuniéronse en tan crítico momento los capitanes y proclamaron por su general al Príncipe de Orange, Filiberto de Châlons. No se abatió el coraje de la soldadesca con la muerte de Borbón, antes bien se trocó en ciego furor; rechazados aquí y allá dieron al fin con una casa adosada a la muralla por la parte de *Sancto Spiritus* y penetraron por una ventana tapiada con tierra y piedras, derramándose en seguida por Roma, escapando cobardemente Renzo de Cheri, encargado de la defensa.

Lo que luego pasó es inenarrable.

«Jamás se había hecho un abuso tan abominable de la victoria, dice Lavallée. Se derramó muy poca sangre, porque, según dice Vettori, no muere quien no se defiende; pero ¡qué saqueo más espantoso! La destrucción de esta ciudad, llena de riquezas y adornada de tantas obras maestras, no duró un día... ¡duró diez meses! Cada casa y cada familia fueron saqueadas y atormentadas a su vez con una especie de regularidad bárbara. Era un nuevo género de devastación de que habían dado ejemplo en Milán los españoles. Los luteranos pusieron rescate a los cardenales, llevaron al tormento a los sacerdotes, profanaron los ornamentos sagrados, y proclamaron papa a Lutero en un concilio burlesco.

»Se ató, dice un autor alemán, a muchos cardenales, obispos y prelados las manos a la espalda y se les paseó por las calles hasta que pagaron su rescate. Los templos y los conventos fueron saqueados; se ro-

© Biblioteca Nacional de España

baron los vasos sagrados, los ornamentos de las iglesias, etc. Todos los conventos fueron violentamente abiertos y despojados, las tumbas violadas y se quitó al cadáver del papa Julio II un anillo de oro... Los lansquenetes se pusieron las birretas de los cardenales, se vistieron sus largas vestiduras encarnadas y recorrieron así las calles, montados en jumentos, haciendo bufonadas y mojigangas.»

Tantas fueron las atrocidades, que quedó como refrán la frase de «*Quod Barbara non fecerunt, fecerunt Barberini*». (Lo que no hicieron los Bárbaros lo hicieron los Barberini, nombre de una familia romana imperialista.)

Prisión del Papa.

El Papa, que con 13 cardenales, algunos prelados, los embajadores de Francia y Venecia, y el cobarde Renzo de Cheri, había permanecido en el Vaticano, se trasladó al castillo de Sant'Angelo, donde quedó estrechamente bloqueado; manteníale la esperanza de que acudiría el tan esperado duque de Urbino, pero no le pareció a éste prudente acercarse y tomó las de Villadiego (1.º de junio).

El general en jefe, Orange, carecía de autoridad entre la tropa, por lo cual creyó oportuno el virrey Launoy acudir a Roma, desde Siena, donde se hallaba, pero tuvo que retirarse luego ante una sedición de la soldadesca, poco amiga de su severidad, aparte de lo cual constituyó su presencia, juntamente con la de Moncada y del marqués del Vasto, una nueva calamidad, pues su gente arrebañó con lo que habían dejado los que dieron el asalto, horrores que continuaron durante nueve mortales meses, y aun no fué esto lo peor, sino que aquellas tropas indisciplinadas trajeron una peste terrible, que acabó por hacer más lastimosa la situación, pues se prolongó por largo tiempo.

Convencido el Papa de que no había de esperar socorro de nadie, se rindió a Launoy (6 de junio), a

© Biblioteca Nacional de España

condición de entregar 400.000 ducados, el castillo de Sant'Angelo, Civitavecchia, Placencia, Parma, Módena, Ostia y Tiserna, aparte de otras condiciones que deberían ajustarse entre el Pontífice y el Emperador, y

Veterano español del siglo XVI

para que hubiese allí una cabeza mandó llamar de Nápoles al bizarrísimo y caballeroso Alarcón, para que viniese a Roma con tres compañías de españoles y otras tres de alemanes para guardarle en el castillo de

© Biblioteca Nacional de España

El Papa en el Castillo de Santi Angelo, guardado de vista por los españoles

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Sant'Angelo, «donde cumplió con su encargo a la satisfacción y decoro del Pontífice».

Hallábase el emperador en Valladolid, entregado con toda la corte a los más gozosos regocijos por el nacimiento del príncipe D. Felipe, cuando hubo de recibir la infausta nueva de la prisión del Papa, mandando suspender en seguida los festejos. Mostróse sumamente afectado por lo ocurrido y protestando de los excesos cometidos por sus soldados, vistió él e hizo vestir de luto a su corte y ordenó se hiciesen rogativas en todas las iglesias de España por la libertad del Papa, pero guardándose bien de dar orden de soltarle, hasta cumplidas las exorbitantes condiciones de su rescate.

Arreglado así aquel negocio, salió de Roma el bravo Launoy con parte de la gente, para acudir a Nápoles, pero llegado a Gaeta murió de la peste, siendo reemplazado como virrey por D. Hugo de Moncada.

Aprovechándose de aquellos trastornos sublevároнse los florentinos y expulsaron a los Médicis, constituyéndose nuevamente en república.

Coalición contra Carlos V.

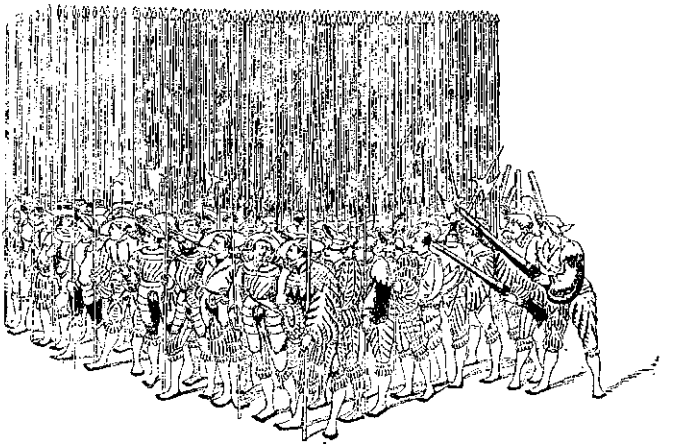
Grandes amigos ahora Enrique VIII y Francisco I, habíanse confederado ya a fines de abril para que si el Emperador no se avenía a poner en libertad al Delfín y al duque de Orleans por un razonable rescate, se le declarase la guerra, después de lo cual, y a la noticia del saco de Roma alióse el francés con los venecianos para la libertad del Papa.

Francisco I nombró por generalísimo de las tropas franco-venecianas a M. de Lautrec y obtuvo el concurso del almirante Doria. Apoderóse éste de Génova, y Lautrec, gracias a la superioridad numérica de sus fuerzas arrojó a los imperiales de Alejandría della Palla (Piamonte) y recobró a Pavía, que entró a saco, mientras lo cual se le escapaba a nuestro nobilísimo Alarcón el cautivo Clemente VII, que disfrazado de mercader, fué

© Biblioteca Nacional de España

a refugiarse en Orvieto, al amparo de la Liga (9 de diciembre de 1527).

Tocaba ya a su término el año, cuando pasaron a España los embajadores de Francia e Inglaterra para presentarle el *ultimatum* al emperador. Este hubiera transigido respecto a algunos capítulos de la concordia de Madrid, pero exigía, en cambio, la evacuación de Italia por los franceses y la devolución de Génova y el ducado de Milán. Negáronse los embajadores, y el



Escuadrón de lansquenetes

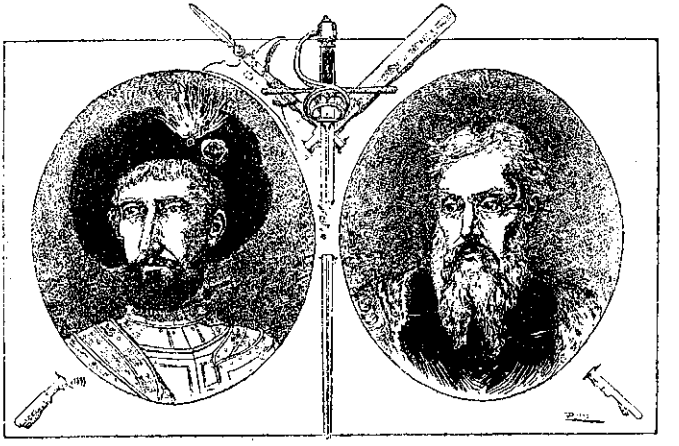
21 de enero de 1528 le notificaban, a son de trompeta, la declaración de guerra. Carlos V, entonces, acusó a Francisco I de cobarde y villano, a lo cual contestó el francés, muy aficionado a los libros de caballerías, retándole a singular combate, señalando para lugar un campo cerca de Fuenterrabía, pero ello fué que el fatuo provocador no acudió.

Prosiguió Lautrec sus operaciones e invadió el reino de Nápoles a la cabeza de su ejército, aumentado ahora con 35.000 hombres, no costándole mucho en-

© Biblioteca Nacional de España

señorearse de los Abruzzos (febrero de 1528). Entonces los españoles, que permanecían en Roma al mando del Príncipe de Orange, salieron de la Ciudad Eterna para acudir al peligro que amenazaba en Nápoles, pero a causa de la peste, por una parte, y de la desmoralización, por otra, apenas si las tropas llegaban a la mitad de las que habían entrado.

La retirada fué llevada a cabo con admirable pe-



Duque de Borbón — El Almirante Andrés Doria

ricia, pues no fué poco poder llegar a Nápoles después de haber abierto muchas ciudades sus puertas al francés. Bloqueada la capital por la escuadra de Filipino Doria, venció ésta a la nuestra, pereciendo en la batalla el valeroso D. Hugo de Moncada y cayendo prisioneros el marqués del Vasto y otros muchos jefes.

En medio de tales prosperidades desarrollóse la peste en las tropas de Lautrec, aparte de lo cual se quejaban por la falta de pagas, y con eso empezaron los contratiempos. El almirante Andrés Doria, descontento por el proceder de Francisco I, que en vez de

© Biblioteca Nacional de España

proteger a Génova no hacía más que arruinar su comercio y atentar contra sus libertades, se pasó al Emperador y después de devolver al rey de Francia las galeras que de él tenía, pasó con las suyas a Nápoles, encargándose del mando de la escuadra imperial. Atacado Lautrec por mar y tierra, veíase cada día en más apurada situación, muriendo de la peste que hacía estragos en su campamento sitiador.

Emprendieron la retirada los restos del ejército francés, «y acosados por los españoles y destruídos por la peste y el hambre, dice Lavalléc, capitularon en Aversa, y perecieron en lugares infectos o degollados por sus enemigos. Doria condujo su escuadra a Génova, arrojó la guarnición francesa, y dió a su patria una constitución republicana que duró hasta 1797.

»Francia había enviado a Italia un segundo ejército al mando del conde de San Pol y compuesto de mil lanzas y diez mil infantes: iba con el objeto de adelantar el sitio de Nápoles, pero fué detenido en Lombardía por Antonio de Leyva, y no pudo reunirse con el de Lautrec (1529). Redujéronle a una mitad la falta de dinero, la deserción y la incapacidad del general, y el resto fué sorprendido en Laudiano por Leyva, donde sufrió una derrota y dispersión completa (21 de junio).

Tratado de Cambray.— Sumisión de Italia a la casa de Austria.

»Una guerra tan interminable había agotado a todos los Estados, y aunque había aún muchos aventureros dispuestos a pelear, faltaba dinero para pagar a estos bandidos feroces e insaciables. Italia estaba amenazada de inminente ruina; Francisco se cansaba de una guerra en la que sólo lograra humillaciones y derrotas, y Carlos temía perder todas las ventajas que una fortuna siempre propicia le había regalado, teniendo brillantes ejércitos sin pagarlos, ganando hermosas victorias que no esperaba, y haciéndose

© Biblioteca Nacional de España

dueño de ciudades en las que jamás había pensado. Entabláronse en Cambray negociaciones entre Luisa de Saboya y Margarita de Austria, y sin testigos ni ayuda de nadie firmaron allí estas dos mujeres la paz (5 de agosto de 1529) (1).

»El tratado de Cambray no fué más que una modificación del de Madrid. El rey conservaba la Borgoña, pero cedía sus derechos de soberanía sobre Flandes y el Artois, renunciaba a Milán, Génova y Nápoles, pagando dos millones de escudos por su rescate; se casaba con la hermana del Emperador, rompía su amistad con sus aliados de Italia, prometiendo obligarles a que se sometiesen a Carlos, y devolvía, por fin, los bienes del condestable de Borbón a sus herederos. Fué uno de los tratados más humillantes que sufriera hasta entonces Francia.

»Es verdad que sólo se perdía Italia, pero se entregaba en poder del dominador de la mitad de Europa, se sacrificaba a todos los que habían peleado por Francisco, sin pedir la generosidad o compasión del vencedor; pues no se mentó en el tratado nada en favor de Venecia, Florencia o Ferrara. Francia adquirió un funesto renombre, y de esta mengua de su carácter, tan generoso y leal casi siempre, es deudora a Francisco I, a quien los cortesanos tomaban por modelo de fidelidad y de nobleza. El *rey caballero* no tuvo vergüenza de hacer secretas protestas contra sus renuncias, como si no las hiciera voluntariamente y estuviera aún cautivo y preso en Madrid. ¡Artificio pueril e indigno de un príncipe y que violaba abiertamente la fe pública!

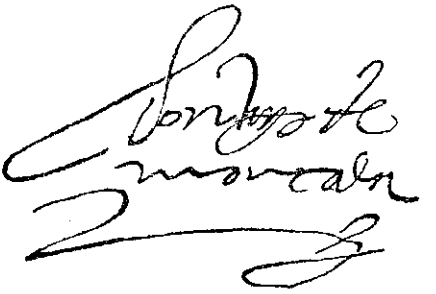
»Precedió al tratado de Cambray el que hicieron el Papa y el Emperador. Conociendo la Santa Sede que eran vanos e impotentes todos los esfuerzos que hacía en apoyo de la independencia de Italia, se humilló

(1) De ahí el nombre de Paz de las Damas.

© Biblioteca Nacional de España

ante la corona germánica, manifestando no tener otra ambición que la de salvar los restos de su poder espiritual. Clemente dió a su vencedor la investidura de Nápoles, y recobró sus Estados con la promesa de que restablecería a los Médicis en Florencia. Este tratado era el principio de la esclavitud de Italia. Hecha la paz de Cambray, el Emperador se embarcó en las galeras de Doria, y con un ejército de 30.000 hombres fué a tomar posesión de aquel hermoso país tan fácilmente cedido por su rival.

»Desembarcó en Génova, tuvo una entrevista con el



Facsímile de la firma de Hugo de Moncada

Papa en Bolonia, y se ocupó en pacificar la península. Obligado a regresar a Alemania, donde los turcos sitiaban a Viena y los luteranos tomaban una actitud amenazadora, trató a Italia con indulgencia y, además, porque la Liga en su terror se había humillado y dejado las armas. Sforza recobró su ducado, cuyas plazas fuertes recibieron guarniciones españolas, y pagó enormes contribuciones; el duque de Saboya se hizo partidario del partido austriaco, perdiendo para siempre Francia la alianza del dueño de los Alpes; y quedó en poder del Papa Florencia, la antigua amiga de los reyes franceses. Resistióse durante seis meses al ejército imperial y capituló con la condición de que con-

© Biblioteca Nacional de España

servaría sus libertades, pero fué violada la capitulación y se estableció la tiranía más odiosa con la persona de Alejandro, primer duque de Florencia y bastardo de los Médicis.»

Por fin, en 23 de diciembre de 1529 se firmaba la paz general, en la que entraron el Papa, el Emperador, los reyes de Francia, de Inglaterra, de Escocia, de Portugal, de Hungría, de Bohemia, de Polonia y de Dinamarca; las Repúblicas de Venecia, Génova, Siena y Luca; los duques de Milán y de Ferrara, y los cantones católicos de Suiza. Quedaron solamente excluídos de la concordia Florencia y los Estados protestantes de Suiza y de Alemania.

El Emperador, que cumplía a la sazón 30 años, se hacía coronar por Clemente VII, en la catedral de Bolonia, Rey de Romanos, y se ceñía en Milán la famosa *corona de hierro* de Lombardía.

Inmediatamente después salía para Alemania, de donde faltaba hacía ocho años, para celebrar una Dieta en Augsburgo, con motivo del alarmante progreso que alcanzaba la herejía luterana.

Rebelión de los moriscos en Valencia.

A fin de no interrumpir la relación de las cosas de Italia, no hemos hablado aún de la formidable rebelión de los moriscos que estalló en el reino de Valencia en 1525, el mismo mes de la batalla de Pavía.

Era el caso que después de la derrota de las Germanías, los moros convertidos a la fuerza por la gente de Guillén Sorolla y Vicente Peris, volvieron a la práctica de su antigua religión, por lo cual convocada una junta de teólogos declararon éstos que debían continuar siendo cristianos, ya que habían sido bautizados, a cuyo dictamen se adhirió el Emperador, enviando para el cumplimiento del edicto que con tal motivo promulgó, al obispo de Guadix, comisario del Inquisidor general y a varios oficiales del Santo Oficio y pre-

© Biblioteca Nacional de España

dicadores, entre éstos fray Antonio de Guevara, que tan buenos servicios había prestado para la derrota de los comuneros.

Según los términos del edicto se concedían 30 días para volver al seno de la Iglesia; pasado este término los que se negasen incurrirían en pena de muerte y confiscación de bienes. En un principio se hicieron fuertes, en número de 16.000, en la sierra de Bernia, pero acabaron por ceder, excepto los de Benaguacil, que, atrincheráronse en la abrupta sierra de Espadán, donde proclamaron por su rey a un correligionario que tomó el nombre de Zelim Almanzor. Atacados por un cuerpo de 2.000 imperiales, viéronse éstos obligados a retirarse, en vista de lo cual el virrey, duque de Segorbe, pidió refuerzos. Se le enviaron 4.000 alemanes, llamados de los Países Bajos, y puesto al frente el de Segorbe consiguió, por fin, vencer tan grave rebelión.

Subleváronse también en Aragón los moriscos de Muel, Ricla y otros pueblos, pero el movimiento no adquirió el alarmante carácter que en la sierra de Espadán.

Y habiendo sospechas de que los moriscos de Granada intentarían también algo, fué trasladada a la ciudad de dicho nombre la Inquisición de Jaén, bastando el terror que esto produjo para que los amenazados ofreciesen al Emperador servirle con 80.000 ducados sobre los impuestos ordinarios.

FIN DEL TOMO DÉCIMO

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

1001974206

© Biblioteca Nacional de España